

# INMORTAL BELOVED

*Descubre el secreto de  
la vida eterna*

Cate Tiernan

1

*Foro Purple Rose*

## Agradecimientos

### Moderadora

Ellie

### Staff de Traducción

Ellie	Dham-Love
CyeLy DiviNNa	bautiston
Hillary_Stone	Dessy.!
flochi	Sera
Maai	Emii_Gregori
SmileyMiley	MaKiiTTa
ANDRE_G	vapino
masi [SOS]	kuami
Ruthiee	Gayanita
Paovalera [SOS]	ηιιι ♡ [SOS]
kiwon	Lost Angel [SOS]
cowdiem	Anelisse

### Staff de Corrección

Ellie  
Emii\_Gregori  
Melo  
Selune  
V!an\*

### Recopilación

Ellie

### Diseño

Emii\_Gregori

Immortal Beloved

Cate Tiernan

## Índice

Sinopsis.....	Pág. 5
Capítulo 1.....	Pág. 6
Capítulo 2.....	Pág. 18
Capítulo 3.....	Pág. 33
Capítulo 4.....	Pág. 44
Capítulo 5.....	Pág. 53
Capítulo 6.....	Pág. 61
Capítulo 7.....	Pág. 70
Capítulo 8.....	Pág. 73
Capítulo 9.....	Pág. 88
Capítulo 10.....	Pág. 100
Capítulo 11.....	Pág. 115
Capítulo 12.....	Pág. 128
Capítulo 13.....	Pág. 141
Capítulo 14.....	Pág. 147
Capítulo 15.....	Pág. 157
Capítulo 16.....	Pág. 162
Capítulo 17.....	Pág. 171
Capítulo 18.....	Pág. 179
Capítulo 19.....	Pág. 189
Capítulo 20.....	Pág. 195
Capítulo 21.....	Pág. 203
Capítulo 22.....	Pág. 211
Capítulo 23.....	Pág. 222
Capítulo 24.....	Pág. 232
Capítulo 25.....	Pág. 240
Capítulo 26.....	Pág. 254
Capítulo 27.....	Pág. 266
Capítulo 28.....	Pág. 284
Capítulo 29.....	Pág. 292
Capítulo 30.....	Pág. 307



Sinopsis

**N**uevo nombre, nuevo pueblo, nueva vida. Nastasya lo ha hecho demasiadas veces como para llevar la cuenta. Y no hay un final a la vista. Nada jamás termina realmente... cuando eres inmortal. Pero esta vez es diferente: Nastasya sabe que este nuevo pueblo debe contener su salvación... o su muerte.

Nastasya nació en la oscuridad, y la ha aceptado durante toda su vida. Pero ahora, luego de cuatro siglos de alimentarse de las vidas de los inocentes que la rodean, de explorar las profundidades y los límites del poder oscuro, Nastasya ha llegado a sentirse enferma de muerte. Si continúa por ese camino, ella acabará convirtiéndose en algo muy oscuro, retorcido, y malvado... con un poder inimaginable. O puede empezar el largo y doloroso camino hacia la luz, y reclamar ese destino que otros intentaron robarle.

*Está en mi sangre, lo sé: La oscuridad. La heredé, junto con mi  
inmortalidad y mis ojos negros.*

*Son muy extraños. Tú tal vez nunca hayas conocido uno, quizás nunca te sentaste junto a uno en un avión, tal vez jamás comiste con ellos en el mismo restaurante al mismo tiempo. Pero los Inmortales están allí. Siempre han estado allí. Y siempre estarán allí. Moviéndose entre los humanos, viviendo su propio destino maldito. A veces sutilmente, a veces con inmensas consecuencias para la humanidad. Pero nadie jamás lo sabrá. Nadie excepto tú.*

## Capítulo 1

Traducido por Ellie  
Corregido por Emii\_Gregori

**A**noche mi mundo entero se derrumbó. Y ahora estoy aterrorizada.

¿Alguna vez te pasó ir como si nada, viviendo tu vida, viviendo en tu realidad, y de pronto algo sucede que desgarrar tu mundo en dos? Ves algo u oyes algo, y de repente todo lo que eres, todo que haces, se rompe en mil fragmentos de afilada y amarga realidad...

Eso me sucedió anoche.

Estaba en Londres. Con mis amigos, como de costumbre. Salíamos, como de costumbre.

—¡No, no, gira aquí! —Boz se inclinó hacia delante y tocó al taxista en el hombro—. ¡Aquí!

El taxista, cuyos hombros anchos e inmensos apenas entraban en su gruesa camiseta y chaleco escocés, se giró sobre su asiento y le dio a Boz una mirada que habría hecho que una persona normal se sentara y se mantuviera muy callada.

Pero Boz estaba muy lejos de ser una persona normal: era más hermoso que los demás, más fuerte que los demás, más divertido que los demás y, Dios lo sabía bien, más tonto que los demás. Acabábamos de venir de un club nocturno donde una pelea con navaja había estallado de repente. Dos chicas locas se habían mezclado en un lío de tiradas de pelo y gritos, y entonces una de ellas había sacado un cuchillo. Mi pandilla había querido quedarse y mirar—les encantan esa clases de cosas—, pero, sabes, si has visto una pelea de navaja, las has visto todas. De modo que los arrastré fuera, y tropezamos en la noche, tomando por suerte un taxi antes de que el frío nos quitara la borrachera.

—¡Aquí! ¡Aquí mismo en medio de la cuadra, mi buen hombre! — dijo Boz, ganándose una mirada asesina que me hizo sentir agradecida nuevamente por el estricto control de armas de fuego en Merrie Olde, Inglaterra.

—¿Mi buen hombre? —Cicely rió disimuladamente junto a mí. Nosotros seis estábamos apretados en la parte trasera del gran taxi negro. Podríamos haber sido más, pero nos dimos cuenta que seis inmortales borrachos era todo lo que un taxi de Londres podría aguantar, y eso si ninguno de nosotros vomitaba.

—Sí. —Cicely dijo alegremente—. Pare aquí.

El taxista pisó el freno de golpe, y todos nosotros nos impulsamos hacia delante. Boz y Katy golpearon sus cabezas contra el vidrio que nos separaba del conductor. Stratton, Innocencio, y yo fuimos catapultados de nuestros asientos, aterrizando en un muy poco elegante montón de personas riendo tontamente en el piso sucio del taxi.

—¡Oye! —dijo Boz, frotando su frente.

Innocencio me encontró bajo el embrollo de brazos y piernas. — ¿Estás bien, Nas?

Asentí, todavía riéndome.

—¡Salgan ya de mi taxi, maldita sea! —gritó nuestro conductor. Salió disparado del asiento delantero, dio la vuelta, y abrió nuestra puerta de un tirón. Mi espalda estaba apoyada contra la puerta, y caí inmediatamente en el canal de la calle, golpeándome la cabeza contra el borde de piedra.

—¡Aw! ¡Aw! —El canal estaba mojado, había estado lloviendo, por supuesto. El dolor, el frío, y la lluvia apenas penetraron mi consciencia— dejando de lado la pelea de navaja, la noche de intensa fiesta me había envuelto en un tibio capullo de nebuloso bienestar.

—¡Fuera! —dijo el taxista de nuevo, tomándome por los hombros y acarreándome fuera del coche. Me empujó sobre la acera y se volvió para alcanzar a Incy.

Bien, de acuerdo, ahora tenía enojo y un hilito de conocimiento. Fruncí el ceño, frotándome los hombros mientras me incorporaba. Estábamos a una cuadra del Calabozo, otro horriblemente sórdido bar al que solíamos concurrir. Y en esta solitaria cuadra, la calle estaba oscura y desierta, con lotes vacíos alternándose con antiguas casas de crack, dándole a la calle la apariencia de una boca a la que le faltaban varios dientes.

—¡De acuerdo, quítame las manos de encima! —dijo Innocencio, aterrizando en la acera junto a mí. Su rostro estaba frío de furia, y se veía más despierto de lo que había pensado.

—¡Fuera! —Gritó el taxista—. ¡No quiero a los de su clase en mi taxi! ¡Ustedes, niños ricos, se creen que son mejores que los demás! —Se inclinó en la cabina, tomando el cuello del abrigo de Katy mientras Boz salía por sí solo.

—Ohh... voy a vomitar —dijo Katy, con el cuerpo a medio salir del coche. Boz saltó fuera del taxi justo antes de que el estómago de Katy expulsara una tarde completa de whisky... en los zapatos del taxista.

—¡Maldición! —Rugió el taxista, sacudiendo sus pies con indignación.

Boz y yo—no podíamos parar de reír. Pobre y malo Sr. Taxista.

El taxista tomó los brazos de Katy, con la intención de tirarla hacia la acera, pero de pronto Incy murmuró algo y abrió su mano.

Tuve una fracción de segundo para pensar *¿Qué...?*, y entonces el taxista se tambaleó como si hubiera sido golpeado con un hacha. Katy se soltó de sus manos, y el hombre se derrumbó, su espalda doblándose casi por la mitad. Cayó hacia atrás, aterrizando pesadamente sobre la acera mojada, con su cara pálida y los ojos muy abiertos.

Una onda de náusea y fatiga me venció... quizá había bebido más de lo que pensaba. —Incy, ¿qué hiciste? —Pregunté, desconcertada, mientras me ponía de pie—. ¿Utilizaste magia contra él?

Dejé salir una pequeña risa... la idea era algo ridícula. Me incliné contra el farol, sosteniendo mi rostro arriba, hacia la fresca niebla. Unos pocos alientos profundos y ya me sentía mejor.

Katy parpadeó lentamente, y Boz rió entre dientes.

Innocencio se paró, frunciendo el entrecejo a sus nuevas botas Dolce & Gabbana, ahora arruinadas por la lluvia.

Stratton y Cicely salieron por el otro lado del taxi y se nos unieron. Miraron al taxista, congelado en el pavimento mojado, y sacudieron sus cabezas.

—Muy lindo... —dijo Stratton a Incy—. Muy impresionante, Sr. Ilusionista. Puedes dejar que el pobre diablo despierte ahora.

Todos estábamos mirando entre cada uno de nosotros y el taxista. Yo no podía recordar la última vez que había visto a alguien utilizar la magia así. Sí, tal vez para conseguir una buena mesa en un restaurante o para alcanzar ese último tren en el Metro...

—No lo creo, Strat —dijo Innocencio, su rostro enfadado—. No creo que este sea un hombre muy agradable.

Stratton y yo nos miramos. Toqué a Innocencio en el hombro. Él y yo habíamos sido cómplices por casi un siglo, y nos conocíamos muy, muy bien, pero esta fría rabia era algo que yo había visto pocas veces. —De acuerdo, déjalo entonces. Estará bien en unos minutos, ¿sí? Vamos, tengo sed. Y supongo que Katy también querrá algo de beber ahora.

Katy hizo una mueca. —Ugh...

—Sí, vamos —dijo Cicely—. Tienen una banda esta noche, y quiero bailar.

—Para el momento en que despierte, ya nos habremos ido. —Tiré de la manga de Incy.

—Espera —dijo Incy.

—Déjalo —repetí. Me sentí un poco mal acerca de dejar al taxista en la fría lluvia, pero estaría bien una vez que el hechizo se le quitara.

Innocencio quitó mi mano de su hombro, sorprendiéndome. Mientras lo miraba, extendió sus manos hacia el taxista, mientras sus labios se movían. No oí lo que dijo.

Con un fuerte y horrible sonido de ruptura, el taxista se arqueó hacia arriba una vez, su boca abriéndose en un grito que no pudo dejar salir.

Otra vez, sentí una onda de náuseas, mientras una leve niebla gris me impedía ver. Parpadeé varias veces, buscando el brazo de Cicely. Ella rió entre dientes cuando yo me tambaleé, obviamente culpando al alcohol. Unos momentos después, mi visión se aclaró y me incorporé, mirando fijamente a Incy, quien miraba al taxista. —¿Ahora qué? ¿Qué hiciste?

—Oh, Incy —dijo Stratton, sacudiendo la cabeza y chasqueando la lengua—. Un poco innecesario, ¿no lo crees? Bien, vámonos entonces. — Caminó por la acera en dirección al Calabozo, cerrando su tibio abrigo contra el frío.

—Incy, ¿qué hiciste? —Repetí.

Incy se encogió de hombros. —El tipo se lo merecía.

Katy, luciendo aún un poco verde, miró durante un largo momento al taxista, y luego a Innocencio. Tosió y sacudió su cabeza, entonces se marchó junto con Stratton.

Solté a Cicely y ella se encogió de hombros, tomando el brazo de Boz. Siguieron a los otros, y pronto sus pasos dejaron de escucharse en la oscuridad.

—Incy —dije, desconcertada porque los otros ya se habían ido—. Incy... ¿tú le... le rompiste la espalda con magia? ¿Dónde aprendiste a hacer algo así? No... Tú no lo hiciste. ¿Verdad?

Incy me miró entonces, una expresión medio divertida en su rostro sobrenaturalmente guapo. Sus rizos negros brillaban con diamantes diminutos de lluvia, resplandeciendo a la luz de lámpara.

—Querida... tú viste cómo era —dijo.

Lo miré, luego al taxista, todavía inmóvil, su cara deformada por el dolor y el terror. —¿Le rompiste la espalda? —Repetí, sintiéndome de pronto muy sobria y horriblemente presente. Mi cerebro daba saltos alrededor de mis pensamientos, como si fuera una chispa caliente que debía evitar—. Utilizaste magia... oh, Dios. Bien, de acuerdo, arréglalo entonces —dije—. Quiero un trago, pero esperaré. —Yo no podría ayudar al taxista. No tenía la menor idea de dónde Incy había aprendido algo así, y mucho menos cómo contrarrestarlo, o deshacerlo, o lo que sea.

La mayor parte del tiempo, yo huía de la magia, de esa magia con la que nacen los inmortales, que viene naturalmente a nosotros. Causaba demasiados problemas, y generalmente me hacía sentir físicamente enferma. La última vez que me había metido en ello, lo hice para que alguien se chocara contra una puerta o se derramara café encima. Eso había sido hacía años. Y nada parecido a esto.

Innocencio me ignoró y miró al taxista. —Bien, compañero... —dijo en voz baja.

Los ojos del taxista, ahora salvajes de dolor, se centraron en él con dificultad.

—Eso es lo que sucede cuando eres grosero con mis amigos, ¿ves? Espero que hayas aprendido tu lección.

El taxista no pudo hacer ni un sonido, y me di cuenta de que estaba bajo un hechizo de nulidad de voz. Un verdadero hechizo de nulidad de voz—yo quizá lo había visto sólo una o dos veces antes—en cientos de años. Como mucho.

—Vamos, revuértelo —dije impacientemente. Yo nunca había visto a Incy así, haciendo algo como esto—. Le enseñaste una lección. Los otros nos esperan. Deshazlo para que podamos irnos.

Incy se encogió de hombros y tomó mi mano fuerte y dolorosamente. —No puedo deshacerlo, mi amor —dijo, y levantó mi mano hasta sus labios para besarlos. Me tiró con él hacia el Calabozo, y yo miré sobre mi hombro al taxista ahora detrás de nosotros.



—¿No puedes deshacerlo? ¿Le rompiste la espalda para siempre? —  
Miré fijamente a Incy, mi mejor amigo durante el último siglo.

Él me sonrió, su hermoso rostro de ángel iluminado por el farol como si tuviera un halo.

—Si apuestas, apuesta en grande —dijo alegremente.

Dejé salir un gemido. —¿Y después qué, pasar a Stratton a través de una desmenuzadora de madera? —Mi voz subía a medida que la niebla creciente mojaba mi cara. Incy se rió, me besó en el pelo, y me incitó a continuar caminando. En ese momento vi algo diferente en sus ojos... más que simple indiferencia, más que una necesidad casual de venganza. Incy había disfrutado rompiéndole la espalda a ese hombre, había disfrutado de ver a alguien retorciéndose en dolor y miedo. Había sido emocionante para él.

Mi mente no paraba de girar ¿Debería llamar al 911? ¿Ya era demasiado tarde para ese taxista? ¿Iba morir? ¿Estaba muriendo ya? Me incliné lejos de Incy, volviéndome, pero entonces sentí dentro de mí las profundas vibraciones de una banda, subiendo desde el suelo, a través de mis zapatos. El Calabozo parecía otro mundo, otra realidad, atrayéndome, calmándome con sus ruidos, permitiéndome dejar a un lado el espantoso episodio del taxista paralizado. Y yo deseaba sucumbir ante ello.

—Incy... pero tú... tú tienes que...

Incy sólo me disparó una mirada divertida, y un minuto después estábamos bajando por un tramo de escaleras brillantes por la lluvia. Yo estaba dividida en dos por la indecisión mientras veía a Incy levantando su puño y golpeando la puerta roja. Sentí de repente como si hubiéramos bajado por las escaleras al infierno y estuviéramos esperando a sus puertas. Una pequeña abertura en la puerta se abrió, y Guvnor, el guardia, cabeceó al vernos. La puerta se abrió, y una enorme ola de música se precipitó hacia nosotros y nos atrajo hacia dentro, hacia la oscuridad iluminada por los cigarrillos encendidos, hacia las cientos de voces compitiendo con la banda a todo volumen, hacia el olor a licor que impregnaba dulcemente cada aliento que tomaba.



El taxista, afuera... esta se sentía como mi última oportunidad. Mi última oportunidad de tomar medidas, de actuar como una persona a la que sí le importaba una mierda, como una persona normal.

—¡Nasty! —Me vi envuelta en un gran abrazo ligeramente desequilibrado—. ¡Adoro tu cabello! —mi amiga Mal gritó en mi oreja tan fuerte como pudo—. ¡Vamos a bailar! —Me tomó por los hombros y me tiró hacia la oscuridad, adentrándonos en el cuarto de techo bajo.

Yo vacilé sólo por un segundo.

Y así simplemente, me permití dejar el mundo exterior atrás, me permití desaparecer en el ruido y el humo. Estaba horrorizada, y si conocieras el jolgorio usual en el que me sumía a mí misma a menudo, esas palabras tendrían más peso para ti. Me alejé de Incy, insegura acerca de qué pensar. Él acababa de hacer probablemente la cosa más mala que yo jamás le había visto hacer. Peor que el incidente con el caballo de ese alcalde, por allá por los años cuarenta. Peor que esa pobre chica que realmente había querido casarse con él, allá en los años setenta. Eso había sido un tal desastre. Yo había logrado justificar esas situaciones, lograr que de alguna manera tuvieran sentido. Pero ahora estaba teniendo problemas para hacer lo mismo.

Con una última y hermosa mirada hacia mí, Incy se perdió en la multitud que ya la miraban con obvio interés, tanto mujeres como hombres. Incy era irresistible, un imán seductor, y la mayoría de las personas, humanas e inmortales por igual, caían impotentemente bajo el encanto que ocultaba un lado que era, de repente, mucho más oscuro de lo que yo había pensado.

Veinte minutos más tarde, yo estaba besándome en un sofá pegajoso con Jase, un amigo de Mal, que estaba alegre y borracho y adorable. Quería hundirme en él, ser otra persona, ser esa persona que Jase veía por fuera. Él no era inmortal, no sabía que yo lo era, pero era una distracción más que bienvenida, sobre la que me arrojé con una urgencia casi nerviosa. Las personas hablaban y fumaban y bebían por todas partes a nuestro alrededor mientras yo corría mis manos por debajo de su camisa y él pasaba sus piernas alrededor de las mías. Sus dedos

empujaron mi corto pelo negro, y con un shock repentino, sentí una tibia brisa inesperada en mi cuello.

Ya me estaba inclinando hacia atrás, buscando mi bufanda, cuando oí que Incy decía: —¿Nas? ¿Qué es eso en tu nuca?

Miré por encima de mi hombro a Incy de pie en el extremo del sofá, con una bebida en una mano y un largo cigarrillo resplandeciendo en la otra. Sus ojos eran dos agujeros negros, brillando hacia mí en la oscuridad.

Mi corazón latía rápidamente. *No reacciones exageradamente, Nasty.* — Nada. — Me encogí de hombros y me desplomé sobre Jase, y él se acercó a mí otra vez.

—¿Nas? — La voz de Incy era suave pero determinada—. Sabes, no recuerdo jamás haber visto tu nuca, ahora que lo pienso.

Forcé una pequeña sonrisa y lo miré aún mientras Jase intentaba besarme otra vez. —No seas tonto, por supuesto que la has visto. Ahora déjame en paz. Estoy algo ocupada aquí.

—¿Es un tatuaje?

Tiré de mi bufanda más apretada alrededor de mi cuello. —Sí. Y dice: “Si puedes leer esto, es porque estás malditamente demasiado cerca”. ¡Ahora vete!

Incy se rió, para mi muy gran alivio, y se marchó. A la última mirada que le di, una hermosa y sigilosa chica en un vestido de raso se enrollaba alrededor de él como una serpiente.

Y yo simplemente no me permití pensar acerca del taxista otra vez. Cuando el pensamiento, la visión, regresaba a mí, yo cerraba mis ojos fuertemente y tomaba otro trago. Pero a la mañana siguiente todo regresó a mí: la cara del taxista, la angustia escrita en ella. Él nunca volvería a caminar, nunca conduciría otra vez, y todo porque Innocencio había roto su espina dorsal y lo había dejado en una calle lluviosa de Londres, peor que muerto.

Y yo no había hecho nada... nada. Simplemente me alejé.

Lo bueno de ser inmortal es que no puedes beber literalmente hasta la muerte, como a esos chicos de fraternidad a menudo les pasa. Pero, también, lo malo de ser inmortal es que no puedes beber literalmente hasta la muerte, de modo que despiertas a la mañana siguiente, o tal vez el día siguiente a ese, y sientes todo aquello que no estarías sintiendo si hubieras sido lo suficientemente afortunado como para morir.

Estaba ligeramente iluminado afuera cuando finalmente abrí mis ojos por más que unos pocos segundos. Escaneé lentamente el cuarto y vi una ventana. El ligero resplandor entrando por ella era pálido y matizado con un leve tono rosa, lo que significaba el alba o el crepúsculo. Uno o el otro. O quizás el vecindario estaba ardiendo en llamas. Siempre era una posibilidad.

Supe que sería malo cuando intentara incorporarme, así que lo hice lentamente, moviendo una pequeña parte de mi cuerpo a la vez. Dejé mi cabeza para el final, la cual levanté cuidadosamente unas pulgadas del colchón. Las pequeñas rosas amarillas desteñidas del colchón descubierto se clarificaron lentamente. Colchón, no sábanas. Ventana con luz. Paredes de ladrillos oscuros, como una fábrica o algo así.

Giré mi cabeza lentamente para ver otro cuerpo durmiendo junto a mí, un tipo con pelo verde puntiagudo, una cadena gruesa de plata alrededor del cuello, y un tatuaje de un dragón retorciéndose por su espalda. Emm, ¿Jeff? ¿Jason? ¿Jack? Algo con una J, estaba casi segura.

Alcancé un estado semi-sentado varios minutos más tarde, entonces inmediatamente me lancé hacia delante cuando mi cuerpo intentó deshacerse de las toxinas que había ingerido la noche anterior.

No llegué hasta el baño. Perdón, Jeff.

Sintiéndome vacía e inestable, y deseando que la inmortalidad no fuera tan increíblemente literal, vi que aún tenía puesta toda mi ropa, lo que significaba que J o yo, o ambos, habíamos estado demasiado borrachos como para promover nuestro... encuentro de anoche. Lo cual

estaba bien para mí. Reflexivamente, busqué mi bufanda y la encontré aún anudada alrededor de mi garganta. Me relajé un poco, pero entonces recordé a Incy cerca de mí, preguntándome acerca de la marca en mi nuca. No podía creer que eso había sucedido en la misma noche que el episodio del taxista.

Tragué, haciendo una mueca, y decidí pensar acerca de eso más tarde.

Mi chaqueta de cuero y una de mis hermosas botas verdes de piel de lagarto estaban inexplicablemente perdidas, así que tomé la única bota que pude encontrar y me arrastré fuera silenciosamente, aunque probablemente ni un terremoto habría podido despertar a J.

Estaba bastante segura de que aún estaba vivo, su pecho parecía estar subiendo y bajando. Recordaba vagamente haber tomado dos tragos por cada trago que bebió él.

Caminé sobre un par de otros cuerpos durmientes en mi salida. Este era un gran y descubierto edificio de tipo almacén, probablemente en las afueras del pueblo. Mis hombros y mi trasero se sentían magullados, y todos mis músculos estaban doloridos mientras cojeaba sujetándome de las paredes de ladrillo. Afuera estaba realmente frío, el viento arrastrando pedazos de basura a través de la calle desierta.

Por lo menos no llovía, pensé, y entonces todo regresó a mi cerebro, contra mi voluntad: la noche anterior, todo lo que habíamos hecho, la lluvia, la pelea de navajas, yo cayéndome en la acera, Incy rompiendo la espalda de ese taxista, yo casi perdiendo mi bufanda en ese club, delante de todos. El estómago gruñó otra vez, y me detuve por un momento, inspirando un aliento frío mientras recordaba los detalles, con la incredulidad arrastrándose sobre mí de nuevo. ¿Dónde había aprendido Innocencio ese tipo de magia? Por lo que yo sabía, él no había demostrado conocer ninguna, y en el último siglo que pasamos juntos, yo nunca le había visto hacer nada remotamente tan grande, ni tan oscuro. Ninguno de nuestros amigos en nuestro círculo más cercano había afilado sus habilidades con ese tipo de magia. Me incliné contra la

pared de ladrillo repleta de graffitis del almacén mientras empujé mi pie descalzo sobre mi única bota.

El aire frío llenó mi nariz, y de repente la mañana fue horriblemente brillante, horriblemente vacía. Incy había hecho algo atroz anoche con una magia muy poderosa. Y yo había hecho algo igualmente atroz, aunque no con magia. Yo había observado cómo Incy le rompía la espalda a ese tipo, y entonces sólo... me alejé. Me fui a bailar a un club. ¿Qué demonios estaba mal conmigo? ¿Cómo pude haber hecho eso? ¿Había encontrado alguien al taxista durante la noche? Alguien sin duda tuvo que haberlo hecho. Aunque ese vecindario estuviera en su mayor parte deshabitado. Aunque había sido muy tarde en la noche. Y por más que hubiera estado lloviendo. Aún así, alguien tiene que haberlo encontrado y llevado al hospital. ¿Verdad?

Y, encima de eso, Incy había visto la marca en mi nuca. Y quizás lo recuerde.

Cuán irónico. Había estado obsesionada acerca de mantener mi cuello cubierto todo el tiempo durante los últimos 449 años y, de repente, una noche, ese esfuerzo se había ido al infierno. ¿Sabría Incy lo que en realidad significaba lo que había visto? ¿Cómo podría saberlo? Nadie lo sabía. Nadie que estuviera vivo aún. Entonces, ¿por qué sentía tanto miedo?

Y todos estos pensamientos horribles nos devuelven al principio:

Anoche, mi mundo entero se derrumbó. Y ahora estoy aterrorizada.

## Capítulo 2

Traducido por cYeLy DiviNna y Ellie  
Corregido por Emii\_Gregori

Después de algunos de los acontecimientos que he presenciado, Incy/el taxista/la magia/el cuello en la noche, debe parecer como una fiesta. He corrido lejos en la noche, aferrándome a la crin de un caballo, con nada más que la ropa en la espalda, mientras que detrás de mí se quemaba una ciudad reducida a cenizas. He visto cuerpos cubiertos de llagas con la supuración de la peste bubónica, apilados en calles de la ciudad como troncos porque no había suficiente gente viva para enterrarlos. Yo estaba en París el 14 de julio de 1789. Nunca olvidaré la mirada de una cabeza humana en una pica.

Pero no estábamos en guerra ahora. Estábamos viviendo una vida ordinaria, o una vida ordinaria cómo puede un inmortal. Quiero decir, siempre hay un poco de una calidad surrealista. Si vives lo suficiente, a través de guerras y suficientes invasiones y los ataques de los invasores del norte, terminas defendiéndote a ti mismo, a veces hasta un punto extremo. Si alguien viene a ti con una espada, y tienes un puñal escondido en la parte posterior de la falda, bueno...

Pero esto era diferente. No importaba si tu atacante probablemente no te mataría —¿con qué frecuencia alguien realmente cortaba tu cabeza limpiamente?—. Todavía se *sentía* como una situación de vida o muerte, y reaccioné como si lo fuera. Pero la noche anterior había sido... sólo una noche regular. Sin guerra, sin berserkers<sup>1</sup>, sin vida o muerte. Sólo un taxista enojado.

¿Dónde había conseguido Incy ese hechizo? Sí, somos inmortales, tenemos la magia corriendo por nuestras venas, pero uno tiene que aprender el propósito de cómo usarla. Con los años, había conocido a algunas personas que estudiaban la magia, aprendían hechizos,

---

<sup>1</sup> Berserkers Eran guerreros vikingos que combatían semi-desnudos, cubiertos de pieles.

aprendían todo lo que tenían que aprender para manejarla. Pero había descubierto hace mucho tiempo que yo no quería. Yo había visto la muerte y la destrucción que puede causar la magia, había visto lo que la gente estaba dispuesta a hacer para llevarla a cabo, y no quería tener nada que ver con eso. Yo quería fingir que no existía. Y había encontrado a algunos aefrelyffen<sup>2</sup> afines y salíamos.

Bueno, tal vez tendría que utilizar la magia para conseguir un taxi cuando está lloviendo y no encuentro ninguno. Para hacer que la persona delante de mí no quiera él último *pain au chocolat*<sup>3</sup>. Ese tipo de cosas. ¿Pero romper la columna vertebral de alguien, por diversión?

Yo había visto a Incy usar a la gente, romper los corazones de chicos y chicas, robar, ser insensible —y era sólo una parte de su encanto. Era imprudente y egoísta y un usuario, pero no para mí. Comigo él era dulce y generoso y gracioso y divertido, dispuesto a ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa. Él era quien me llamaba para ir a Marruecos de un momento a otro. Al que yo había llamado para sacarme de un atasco. Si un tipo no aceptaba un no por respuesta, Incy estaba allí, sonriendo con su sonrisa lobuna. Si alguna mujer hacía un comentario sarcástico, el ingenio de Incy la pinchaba delante de todos. Él me ayudó a elegir qué ponerme, me trajo cosas fabulosas desde dondequiera que fuera, nunca me ha criticado, nunca me ha hecho sentir mal.

Y yo había hecho lo mismo por él, una vez rompiendo una botella sobre la cabeza de una mujer después de que ella fuera tras Incy con una larga lima de metal para uñas. Le había pagado al portero, mentido a policías y gendarmes, y fingiendo ser su esposa o su hermana o su furiosa amante, fuera cual fuera lo que la situación exigía. Nosotros aullamos sobre ello después, cayendo juntos, riendo hasta que las lágrimas salieran de nuestros ojos. El hecho de que nunca habíamos sido amantes, nunca tuvo esa incomodidad entre nosotros, sólo lo hizo más perfecto.

Él era mi mejor amigo, el mejor amigo que había tenido jamás. Habíamos estado apretados durante casi un siglo, por lo que era

---

<sup>2</sup> **Aefrelyffen**: Una palabra antigua para “inmortales”.

<sup>3</sup> **Pain au chocolat**: Pan de chocolate en francés.



sorprendente que se las hubiera arreglado para dejarme en shock anoche. Y sorprendentemente nuestros amigos no se habían sorprendido. Y sorprendentemente yo había logrado llegar a una nueva depresión, incluso para mí. Lo más bajo de la indiferencia. Lo más bajo de la cobardía. Y, para colmo, Incy había visto mi cuello. Mejor y mejor.

Cuando volví a mi piso de Londres, me di una ducha, sentada en el suelo de mármol y dejando la lluvia de agua caliente sobre mi cabeza durante mucho tiempo, tratando de lavar el alcohol y el depósito de mi piel. Ni siquiera podía nombrar lo que estaba sintiendo. ¿Miedo? ¿Vergüenza? Era como si me hubiera despertado a una vida diferente a la que había despertado en la noche, y fuera una persona diferente. Y esta vida y yo éramos de repente mucho más oscuras, y más groseras y más peligrosas de lo que me había dado cuenta.

Me enjabonaba por todas partes, casi sintiendo el alcohol que rezumaba de mis poros. Me lavé el pelo, de forma automática evitando mí... no es un tatuaje. Los inmortales se hacen tatuajes, por supuesto, y duran mucho tiempo, tal vez cerca de noventa años. Otras cicatrices se curan, se desvanecen y desaparecen mucho más rápidamente y por completo que en la gente común. Un par de años más tarde, no se pueden saber donde resultaron heridos o quemados.

Excepto yo. La marca en la parte de atrás de mi cuello era una quemadura, que había tenido desde que tenía diez años. Nunca se había desvanecido, nunca había cambiado, y la piel estaba un poco desgarrada, con un patrón. Era redondo, a través de cerca de dos pulgadas. Había sido causado por un amuleto al rojo vivo apretado contra mi piel hace 449 años. Claro, a pesar de mi paranoia, ocasionalmente alguna persona lo había visto, una y otra vez, en los últimos cuatro siglos y medio. Pero hasta donde yo sabía, nadie que vive ahora lo había visto. A excepción de Incy, anoche.

Finalmente salí, toda ciruela pasa. Me envolví en una bata gruesa que había tomado de algún hotel, evitando mirarme en el espejo. Sintíendome como un fantasma, un espectro, entré en la sala de estar y vi el *London Times* en el suelo frente a mi puerta, donde lo había pateado. Lo lleve a la cocina, donde todo lo que encontré fue un paquete antiguo



de McVitie y una botella de vodka en el congelador. Así que me senté en el sofá y me comí las galletas rancias, rozando el *Times*. Me enterré en el camino de vuelta, antes de las necrológicas, pero después, por los Anuncios Clasificados. Se decía que, *Trevor Hollis, de 48 años, un taxista independiente, fue atacado anoche por uno de sus pasajeros y sufrió una columna vertebral rota. Él está en la UCI del Hospital de St. James, se someterá a pruebas. Los médicos han dicho que probablemente estará paralizado desde los hombros hacia abajo. Él ha sido incapaz de nombrar o describir a su atacante. Su esposa e hijos han estado a su lado.*

Paralizado por debajo de los hombros. Si yo hubiera llamado a una ambulancia, conseguido antes la ayuda, ¿habría hecho una diferencia? ¿Cuánto tiempo había permanecido en la acera, rígido con dolor, incapaz de gritar?

¿Por qué no llamé al 911? ¿Qué había de malo en mí? Pudo haber muerto. Tal vez él lo hubiera preferido. No podría conducir un taxi por más tiempo. Tenía una esposa e hijos. ¿Qué clase de marido podía ser ahora? ¿Qué clase de padre? Mis ojos se pusieron borrosos, y las galletas rancias se convirtieron en polvo en mi garganta.

Yo había sido parte de eso. No lo había ayudado. Yo había hecho probablemente lo peor.

¿En qué me había convertido? ¿En que se había convertido Incy?

El teléfono sonó y lo ignoré. Mi timbre sonó tres veces, y dejé que el portero se encargara. Yo había perdido mi móvil hace un par de días y no había llegado a sustituirlo, así que no tenía que preocuparme por eso. Por último, a las ocho, me levanté y me fui a mi habitación y saqué mi maleta más grande, en la que podría tener un pony muerto. (Antes de ir allá, voy a aclarar que nunca lo he tenido).

Rápidamente, con un sentido de urgencia repentina, cargué los brazos de ropa y lo que fuera y lo empujé, y cuando estuvo llena, subí la cremallera, encontré una chaqueta, y salí. Gopala, el portero, me consiguió un taxi.

—El Sr. Bawz y el Sr. Innosaunce la estaban buscando, Srta. Nastalya —me dijo.

Yo siempre me había divertido por la forma en que él mataba todos nuestros nombres. Por supuesto, él estaba haciendo un espectáculo malditamente mejor aquí de que lo que podría hacer si me dejaba caer en el centro de Bangalore y esperaba que pudiera mantener un trabajo.

—Vuelvo pronto —le dije a Gopala cuando el taxista sopesó la maleta en el maletero.

—¿Ah, usted sale para ver a sus padres, Srta. Nastalya?

Como de costumbre, había inventado a los míticos padres para mí, para explicar por qué una adolescente podría estar viviendo por su cuenta con un ingreso ilimitado.

—Oh, no, ellos todavía están en... —pensé rápidamente—, Tasmania. Sólo voy a París, a hacer algunas compras. —Tal vez yo estaba teniendo un ataque de nervios. Sentí miedo, ansiedad, vergüenza, y cautela, como si cada taxista en Londres ahora llevara mi foto en su visera, con un gran *SE BUSCA* rojo estampado en mi rostro. Me sentía como si Innocencio fuera a aparecer frente a mí desde detrás de una maceta grande, y no sabía lo que haría si lo hacía. Me acordé de su expresión cuando él me miró desde el extremo del sofá. Él me había mirado... intrigado. ¿Calculando? Incluso si él no tuviera ni idea de la importancia de mi cicatriz, odiaba el hecho de que él lo supiera. Me sentía como si nunca fuera a ser capaz de soportar volver a verlo, y él era mi mejor amigo. Mi mejor amigo que había paralizado a alguien anoche, debería estar ahora... ¿Asustada? Esta era mi vida. Esta era la situación que había creado para mí.

Me revolví en el asiento trasero de la cabina, dándole a Gopala una buena propina. —Solo voy a París. ¡Vuelvo pronto!

Gopala sonrió y asintió con la cabeza, tocando la tapa de su sombrero de portero, con el billete.

—¿Así que quieres ir a St. Pancras? —Preguntó el taxista, marcando su registro—. ¿Toma el tren a través del Euro túnel?

—No —dije mientras me hundía en el asiento trasero—. Lléveme a Heathrow<sup>4</sup>.

A la mañana siguiente, estaba en Boston, en América, alquilando un coche en una compañía pequeña que le alquilaría un auto a alguien menor de veinticinco años.

—Aquí tiene, Sra. Douglas —dijo el empleado, entregándome un conjunto de llaves—. ¿Y cómo se dice su primer nombre?

—Phillipa —contesté. Como cada inmortal, tengo un conjunto de pasaportes diferentes e identificaciones y permisos de conducir. Alguien siempre tiene un amigo que conoce a alguien que puede conseguir lo que necesitamos. Durante años yo había utilizado a un hombre en Fráncfort. Había sido un genio, habiendo falsificado miles de documentos de identidad durante la Segunda Guerra Mundial. Mis pasaportes tenían nombres diferentes, edades diferentes (en mi caso, iban de los dieciocho a los veintiuno), y lugares de origen distintos. Había sido demasiado fácil antes de que los gobiernos comenzaran a rastrear a las personas. Quiero decir, ¿certificados de nacimiento? ¿Números de seguro social? Es un maldito dolor de cabeza—. Phil-ip-pah.

—Es un nombre muy bonito —dijo el empleado, dándome una sonrisa de animadora de escuela secundaria.

—Ajá... Entonces, ¿el coche está hacia este lado?

Tan pronto como estuve fuera de Boston, me detuve y desplegué mi mapa de Massachusetts. Las personas del negocio de autos podrían haberme indicado el camino a West Lowing, pero entonces ellos quizás recordarían haberlo hecho si alguien se los preguntaba después. Y en este momento yo sólo quería desaparecer. Sentía como... como si el diablo estuviera persiguiéndome. Como si estuviera siendo tragada por una especie de desastre o algo, y sólo tuviera que irme... muy lejos.

---

<sup>4</sup> **Heathrow**: Aeropuerto internacional de Londres.

Había tenido siete horas para pensar acerca de las cosas en el vuelo de Londres a Boston. Siete horas no son suficientes para contemplar cuatrocientos años de oscuridad y estupidez crecientes, pero es tiempo de sobra para recordar todas esas cosas lo bastante malas como para hacerme sentir como un gusano debajo de una piedra. Peor que un gusano.

Encontré West Lowing. Estaba justo en medio de Massachusetts, cerca del Lago Lowing y a la derecha del Río Lowing. Supongo que alguien llamado Lowing fue un pez gordo hace algunos cientos de años y sintió una necesidad de salpicar su nombre por todas partes.

Me tomaría sólo cerca de dos horas para conducir hasta allí. En Irlanda, dos horas al volante podrían llevarte a tres cuartos de recorrer todo el país, horizontalmente. Podría conducir a través de todo Luxemburgo en aproximadamente cinco minutos. América es un gran, gran lugar. ¿Lo suficientemente grande como para perderse en él? Eso espero.

Así que, todo el tema de la inmortalidad... Debes de tener algunas preguntas. Pero yo no tengo todas las respuestas.

No sé cuántos de nosotros hay. Me he cruzado con centenares de ellos con el paso de los años, y las matemáticas más sencillas dicen que nuestros números deben de estar aumentando todo el tiempo, ¿verdad? Nuevos nacen, los viejos se van muy raramente. Probablemente te haz encontrado con varios tú mismo sin darte cuenta. Básicamente, los inmortales son humanos que no sólo mueren cuando se supone que lo hagan.

La mayoría de nosotros creemos que simplemente siempre han habido inmortales, al igual que las personas que creen en vampiros piensan que siempre han habido vampiros. (De hecho, si estudias los mitos de vampiros, verás alguna sutil referencia al tema de *vivir para siempre*). No sé cómo empezamos, o dónde, o por qué, pero he encontrado a inmortales de casi todas las razas y etnias. Se necesita a dos inmortales para crear nuevos inmortales, así que cuando un inmortal se mezcla con una persona regular, sus hijos no serán inmortales—pero, en

muchos casos, esas son las personas que viven vidas extrañamente largas, como pasando los cien años. Había una mujer en Francia, y hay un pueblo en Georgia (el país, no el estado), donde un porcentaje de las personas vive hasta tener más de cien años. Ellos lo atribuyen a su vida sana y a una dieta de mucho yogurt. ¡Ja! Sólo significa que había un inmortal allí que se mantuvo realmente ocupado por un tiempo.

Nosotros sí envejecemos, pero a un ritmo diferente de los humanos. Gran parte del tiempo, hasta aproximadamente los dieciséis, es: un año= un año. Después de eso, es aproximadamente: un año= cien años humanos. He visto a inmortales que han envejecido mucho más rápido o más lento que los otros, pero no tengo la menor idea por qué. La persona más vieja que jamás había encontrado tenía aproximadamente ochocientos años de edad. Había sido atroz, totalmente egocéntrico y malvado. Lo que es realmente extraño es encontrar a un inmortal que tiene sólo unos cuarenta o cincuenta años... aún no les ha golpeado la realidad, y se sienten como adultos pero todavía lucen como adolescentes. Eso los deja en una clase de limbo, y como que no saben qué hacer con sí mismos.

Por mi parte, nací en 1551, un número agradablemente simétrico. Casi 460 años después, aún me piden mi identificación para entrar a un bar. Antes que pienses “¡Oh, genial!” permíteme que te ilustre qué tan dolor en el trasero es. Soy una adulta. He sido adulta desde siempre. Pero estoy encerrada en un crepúsculo eterno de la adolescencia, del que simplemente no puedo salir. Pero, entonces, muchos jóvenes parecen sentirse inmortales, como si nada pudiera tocarlos. El concepto de peligro o muerte es completamente extranjero, sin peso o realidad. Entonces quizá soy todavía una adolescente. Bien, lo sé: Basta de drama.

Nosotros no nos enfermamos de cáncer ni diabetes ni esas cosas. Sí agarramos resfríos y gripe y la peste, pero nos recuperamos. Para tu información, las cicatrices de viruela tardan aproximadamente quince años en desaparecer. Podemos ser quemados, amputados, tener heridas horribles—pero se curan, como expliqué antes. Toma tiempo, pero todo se cura. Los miembros se regeneran, lo cual es un proceso repugnante y fascinante a la vez. Toma varios años. Y, a pesar de nuestro nombre, sí

podemos ser asesinados. Pero se necesita de una cierta preparación, así que ni lo intenten.

¿Qué hacemos con todo nuestro tiempo? Muchas de las mismas cosas que hacen las personas normales. Vivimos en el mismo planeta, tenemos los mismos recursos a nuestra disposición. Algunos somos fiesteros derrochadores. (No daré nombres—de acuerdo, yo). Algunos inmortales utilizan su tiempo más sabiamente: estudiar, aprender, afilar talentos artísticos, viajar. Algunos no se divierten ni se auto-superan. Sólo viven en un estado perpetuo de descontento, sin gustarles nada, siempre encontrando algo de qué quejarse, odiando a otros inmortales, odiando a los humanos. He encontrado a personas así, y siempre he querido ponerlos en un témpano de hielo y empujarlos al océano.

¿Nos casamos, tenemos hijos? A veces. Yo he estado casada. Es algo complicado—si te casas con una persona normal, por mucho que lo ames, él envejece y muere y tú no. Entonces, en algún punto, o bien tienes que decirle la verdad, o marcharte y dejarlo con sus sospechas. O bien uno mantiene el secreto, o los dos lo hacen. Y si te casas con otro inmortal, bien, estarás casada por *muuuucho* tiempo. Peor, si estás casada con un no-inmortal, y tienen hijos, ver a esos niños envejecer y morir es todavía peor que ver a tu esposo hacerlo. Pero hablaremos de eso más tarde.

Cuatro horas, tres cafés expresos, y una bolsa de patatas fritas más tarde, llegué a West Loring. Conduje a través de todo el pueblo en menos de diez minutos. No es una metrópolis muy grande. Giré alrededor y volví a meterme en la ciudad, pasando los vecindarios, siguiendo los caminos sinuosos alrededor de las afueras del pueblo. Ni siquiera sé lo que buscaba. ¿Una señal? Ya sea una señal literal, como *RIVER'S EDGE*<sup>5</sup>, *GIRE A LA IZQUIERDA*, o un signo metafórico, como un arbusto en llamas o algo, una luz relampagueante que me señale la dirección correcta.

Dos minutos después, estaba fuera del pueblo otra vez. Me detuve, incliné la cabeza sobre el volante, y azoté las palmas contra el tablero.

---

<sup>5</sup> **RIVER'S EDGE**: Se traduce literalmente como "la orilla del río", pero en este caso es un juego de palabras, pudiendo interpretarse también como "el filo de River"



—Nastasya, eres una idiota. Eres una estúpida y maldita idiota, y te lo mereces. —En realidad me merecía algo mucho peor, pero suelo ser bastante permisiva conmigo misma.

Después de varios minutos de cuidadoso pensamiento y consideración, salí del coche y caminé hacia el bosque junto al camino. Ningún coche me había pasado en un buen rato. Unos veinte pies más adentro, oculta del camino, me arrodillé en el suelo, poniendo las palmas de las manos hacia abajo. Dije un montón de palabras, palabras tan viejas que sonaron como un conjunto de sílabas no relacionadas. Palabras que ya habían sido antiguas cuando nací.

Palabras que revelan las cosas ocultas.

Uno de los pocos hechizos que conocía. No podría recordar la última vez que lo había utilizado. ¿Quizá para encontrar mis llaves, allá por los años noventa?

Cerré los ojos, y después de un minuto, las imágenes flotaron frente a mí. Vi un camino, un giro, la forma de un árbol de arce, sus hojas rociadas con los colores del otoño. Vi a dónde debía ir.

Respirando hondo, me paré. Donde mis manos habían estado, las hojas y las ramitas se habían convertido en polvo, secas, desintegrándose. Los tréboles estaban marchitos y muriendo, la vida de sus células fue robada para que yo pudiera realizar mi pequeño hechizo. Dos huellas de manos de destrucción marcaban de dónde había conseguido mi poder. Porque así es como los inmortales lo hacen: hacemos magia tomando el poder de algo más.

La mayor parte de nosotros lo hacemos así, por lo menos.

Volví al coche y conduje otra vez por los caminos que se dirigían a través y alrededor del pequeño pueblo. Empecé a mirar con cuidado, tratando de sentir a dónde iba. Sabía que había pasado por este camino sólo diez minutos antes, pero esta vez examiné cada árbol, cada desvío sin pavimentar.

Allí estaba: un camino sin marcar, un árbol de arce con colores de llamas, sus ramas bifurcadas en una V, como si hubiera sido golpeado

por un relámpago hace años. Giré. Mi diminuto coche rentado rebotaba sobre el camino, y aposté que sería casi intransitable con una capa de nieve. Comenzaba a sentir frío, así que subí la calefacción del coche. Me sentía repleta de cafeína y azúcar, y de pronto fui vencida por la ridiculez suprema de lo que estaba haciendo.

Era demente. Esta era la cosa más estúpida que jamás se me hubiera ocurrido. En gran parte por culpa de mi pánico y mi crisis nerviosa, supuse.

Bruscamente, detuve el auto y descansé mi cabeza sobre mis manos apoyadas en el volante. Vine hasta aquí para buscar a una mujer llamada River. Esto era tan increíblemente estúpido. ¿Qué había estado pensando? Debería girar alrededor, regresar el coche, y volver a casa. A dondequiera que decidiera que iba a ser mi casa esta vez.

¿Cuándo había conocido a River? ¿Cómo en 1920? ¿1930? Todo lo que recordaba era su cara, suave y bronceada, y sus manos, fuertes y esbeltas. Su pelo había sido gris, algo muy excepcional para un inmortal. Innocencio había destruido su primer coche... y realmente quiero decir el primero. Como el que acababa de ser inventado.

Había sido... ¿1929? Eso sonaba correcto. Innocencio se había comprado un Modelo A verdaderamente hermoso, de un color azul opaco. Fue uno de los primeros Modelos A que Ford envió a Francia. Incy lo tuvo un par de semanas, y entonces lo chocó en una zanja en un camino cerca de Reims. Era de noche. Había sido arrojada a través del parabrisas y había aterrizado en la zanja. Mi cara estaba destrozada— esto fue antes de que existiera el vidrio inastillable, antes de los cinturones de seguridad. Estaba congelada.

Innocencio y Rebecca habían sido arrojados fuera del coche. Rebecca tenía un montón de huesos rotos. Ella era una humana común y probablemente terminó en el hospital. Imogen estaba muerta —su cuello se había roto cuando golpeó un árbol. Innocencio y yo estábamos lastimados pero podíamos caminar. Habíamos conocido a Imogen y Rebecca sólo el día anterior, en una fiesta. Ambas eran hermosas, ricas, y listas para la diversión. Desafortunadamente, se toparon con nosotros.



Un coche había parado. Una mujer y dos hombres bajaron para ayudarnos. Los hombres cargaron con cuidado a Rebecca en el asiento trasero de su coche, y descubrieron que Imogen estaba muerta. La mujer verificó a Innocencio, que ya comenzaba a recuperarse, lamentando la pérdida de su hermoso coche. Dejándolo, ella vino y se arrodilló junto a mí, mientras yo me arrastraba para salir del agua helada de la zanja. En francés, ella me dijo que todo estaría bien, que debía mantenerme quieta, y trató de verificar mi pulso. Yo me quité el cabello empapado fuera de los ojos, tiré de mi cuello de piel de zorro más cerca, y le pregunté qué hora era—íbamos de camino a una fiesta de Año Nuevo. Imogen estaba muerta, y eso era una lástima, una verdadera pena, pero ni siquiera se registró en mí. Total y depravada indiferencia. Incy no la había matado a propósito, después de todo. Los humanos parecían tan... frágiles a veces.

Fue ahí cuando la mujer me miró. Sostuvo mi mentón en sus manos y estudió mis ojos. Yo miré los suyos, y ambas nos reconocimos la una a la otra como inmortales. No hay una característica que nos distinguiera. No es como que tenemos una gran "I" pintada en nuestras retinas. Pero podemos reconocernos unos a otros.

Ella se sentó frente a mí, mirando la escena: el coche arruinado, la chica muerta, Innocencio y yo ya comenzando a recuperarnos.

—No tiene que ser así —dijo en francés.

—¿Qué? —Pregunté.

Sacudió la cabeza, sus tibios ojos castaños se veían tristes. —Puedes tener mucho más, puedes ser mucho más.

Fue entonces cuando comencé a ponerme beligerante, quitándome la sangre de los ojos y poniéndome de pie.

—Me llamo River —dijo, levantándose también—. Tengo un lugar, en América. En Massachusetts, en el norte. Un pueblo llamado West Lowing. Deberías ir allí. —Hizo gestos hacia el arruinado y humeante coche, a los hombres llevando suavemente el cuerpo de Imogen hasta su propio coche. Le dio a Incy una mirada que pareció resumirlo en un instante como un derrochador, un tipo de fiestas, la piedra proverbial sobre la cual morían las semillas de la sabiduría.

—He estado en Massachusetts —dije—. Es mojigato. Altanero. Y frío.

Me dio una breve y triste sonrisa. —No en West Lowing —dijo—. Deberías venir, cuando te canses de todo esto. —Otra vez miró el coche, luego a Incy—. ¿Cuál es tu nombre?

Sus ojos eran agudos, inteligentes... parecían memorizar cada línea de mi rostro, hasta la curva de mi oreja. Cerré mi abrigo más fuertemente a mí alrededor.

—Christiane.

—Christiane. —Asintió—. Cuando estés cansada, cuando quieras ser más, ven a West Lowing, Massachusetts. Mi casa se llama River's Edge. Podrás encontrarla.

La mujer llamada River subió al coche con los dos hombres, con Rebecca y el cuerpo de Imogen, y se marcharon, dejándonos a mí y a Incy y a su hermoso coche azul arruinado. Finalmente alguien vino y nos dio un aventón, entonces tomamos el tren a París, y luego fuimos a Marsella, donde estaba más tibio. Fue una hermosa primavera en Marsella, y puse a River —y a Imogen— completamente fuera de mi mente.

Hasta hace dos días. Ahora, ochenta años después, decidí aceptar su oferta. Ochenta malditos años más tarde, como si ella todavía estuviera aquí, como si su invitación aún estuviera en pie. Como probablemente te imagines, los inmortales nos movemos mucho. Vivir en la misma aldea durante cincuenta años, mientras tu aspecto no cambia... bueno, despertaría sospechas. Entonces raramente permanecemos en un lugar durante demasiado tiempo. ¿Por qué asumiría que River todavía estaría aquí? Es sólo que ella había parecido tan... eterna. Un cliché injustificado para un ser inmortal, lo sé. Pero había parecido... excepcionalmente sólida. Como si ella decía que estaría allí, yo podría venir en cualquier momento, entonces, por Dios, ella estaría allí, y yo podría venir en cualquier maldito momento.

El expreso y el azúcar hacían que mis manos temblaran y mi estómago chillara. ¿Qué hacer, qué hacer? Alguien golpeó la ventana de mi coche, y yo salté, apenas capaz de suprimir un grito.

Mis ojos frenéticos se enfocaron, y un hombre se inclinó para mirarme.

Una risa casi histérica cosquilleó en mi garganta, y tuve que tragármela. Un Dios vikingo había golpeado a mi ventana, mirándome con preocupación... o sospecha. Su belleza dorada era conmovedora, como si una figura mítica hubiera sido animada, con tibia sangre fluyendo por sus venas.

Por un segundo, entrecerré mis ojos hacia él, su cara me era familiar. ¿Era un modelo? ¿Lo había visto en un anuncio de ropa interior de cuarenta pies en *Times Square*? ¿Era un actor? ¿De alguna novela diaria tal vez? No podía ubicarlo exactamente mientras bajaba mi ventana. *Por favor, que sea algún maniático sexualmente frustrado que quiere raptarme y hacerme su esclava de amor*, rogué en silencio.

—¿Sí? —Mi voz sonó seca.

—Este es un camino privado —dijo el Dios, mirándome con desaprobación. ¿Tendría cuántos, unos veintidós? ¿Más joven? ¿Le gustarían las chicas adolescentes? Lo miré fijamente, sintiendo otra vez, en la orilla de mi memoria, como si lo hubiera visto en algún lugar antes.

—Ah... pues, buscaba a River... ¿River's Edge?

Sus ojos de color topacio se abrieron en sorpresa. Se me ocurrió que ella quizás había encubierto su lugar de los vecinos. Si es que aún estaba allí en lo absoluto.

—¿Conoces a alguien así? —Presioné.

—¿Tú conoces a River? —preguntó lentamente—. ¿Dónde la conociste?

¿Quién era él, su guardia personal? —La conocí hace mucho tiempo. Dijo que podría venir a visitarla —dije firmemente—. ¿Sabes si su lugar, River's Edge, está por aquí?

Demasiado rápido para que yo pudiera reaccionar, una fuerte mano entró por la ventana de coche y tocó mi mejilla. Su mano era tibia, dura y apacible al mismo tiempo, y supe que mi piel se sentiría helada bajo su toque.

Él era inmortal, y ahora sabía que yo lo era también.

Incliné mi cabeza hacia un lado. —¿Te conozco? ¿Te he encontrado en algún lugar? —Si lo hubiera conocido, sin duda lo recordaría con mucha más claridad, mucha más intensidad. Nadie se olvidaría de esa cara, de esa voz. Aún así, yo había atravesado cada continente demasiadas veces para contarlas. Quizá él no era tan viejo. O...

Era uno de ellos, de la otra clase de inmortales. De la clase con la que yo no tenía nada que ver, con la que no tenía nada en común, a quienes evitaba como a la peste, a quienes ridiculizaba con mis amigos. La clase a la que desdeñaba casi tanto como ellos me desdeñaban a mí.

La clase que ahora esperaba que... me salvara. Que me protegiera. Los *Tähti*.

—No —dijo, quitando su mano. Tirité, sintiendo más frío que nunca—. Está por este camino de aquí —dijo, sonando reacio—. Por este camino. Dobla a la izquierda en la primera bifurcación. Encontrarás la casa.

—¿Así que River está aquí todavía? —Yo no podría leer nada en su expresión. Su rostro parecía de piedra ahora.

—Sí.

## Capítulo 3

Traducido por Hillary\_Stone y flochi  
Corregido por Melo

Yo lo estaba mirando por el espejo retrovisor mientras caminaba por la carretera.

Era alto y de hombros anchos, y la forma en que sus jeans abrazaban su trasero fue un raro placer. Al mirar su espalda, esa sensación de reconocimiento se quedó, y yo fruncí el ceño, acumulando mi memoria. Entonces tuve una visión de mí misma, quejándome en voz alta, mi piel tenía una palidez malsana de discoteca, mis labios eran prácticamente tan pálidos como mi piel, mis ojos miraban raro por mis lentes azules, el pelo negro de punta era desigual y rígido. Yo era su antítesis: Él era el hombre perfecto, mientras que yo era la menos perfecta de las mujeres. Al cabo, poco saludable. *Bueno, ¿qué me importa?* No me importaba.

Cuatro minutos más tarde de la carretera llena de baches, finalmente me detuve frente a un edificio largo de dos pisos que parecía más como una escuela o un dormitorio de la casa de alguien. Era grande y rectangular, con una pintura muy severa, blanco antiguo con persianas verdes oscuras en cada ventana. Había por lo menos tres edificios más a los lados, y una cerca de piedra que podría incluir un gran jardín.

Aparqué mi coche en la hierba seca por el otoño, junto a un camión destartado rojo. Yo sentía como que los próximos minutos serían monumentales, como si fueran a decidir mi futuro. Al salir de este coche estaría admitiendo que mi vida era un desperdicio. Que yo era un desperdicio. Eso sería admitir que tenía miedo de mis amigos, miedo de mí misma, de mi propia oscuridad, de mi historia. Todo lo que quería era permanecer en el coche con las ventanas y las puertas cerradas, para siempre. Si hubiera sido humana, entonces el significado de "para siempre" sólo serían otros sesenta años, y puede ser que lo hubiera hecho.

Sin embargo, en mi caso, “para siempre” verdaderamente habría sido largamente insoportable. No había manera.

Yo había venido aquí por una razón. Había dejado a mis amigos y desaparecido a un continente diferente. En el plano de venir, me di cuenta de que, además de Incy paralizándolo al taxista, a pesar de mi disgusto por mi falta de acción, a pesar de mi paranoia sobre Incy al ver mi cicatriz, habían sido otras mil cosas que me condujeron a esto, a saltar fuera de mí hasta encontrar que era como una cáscara sin nada vivo dentro de mí. Yo no había ido por ahí matando a la gente y dejando aldeas en llamas, pero pude haber cortado un camino de destrucción a través de mi existencia, y me di cuenta, con nauseabunda honestidad, que todo lo que yo toco queda dañado. Personas resultaron heridas, hogares rotos, restos de automóviles, carreras destruidas... los recuerdos simplemente siguieron goteando en arroyos mientras el ácido fresco goteaba en mi cerebro hasta hacerme querer gritar.

Esto estaba en mi sangre, yo lo sabía. Una oscuridad. *La* oscuridad. Yo la había heredado, junto con mi inmortalidad y mis ojos negros. La había resistido cuando era más joven. Había fingido que no estaba allí. Pero en algún lugar en el camino, yo dejé de luchar, me rendí ante ello. Durante mucho tiempo, yo corría con esto. Pero ayer por la noche, la oscuridad que me había estado siguiendo desde hace más de 400 años había llegado a estrellarse debajo de mí con un peso sofocante, y ahora yo odiaba lo horrible en lo que me había convertido.

Si yo fuera una persona normal, me gustaría tener la tentación de matarme. Pero yo era yo. Colapsé con la risa histérica cuando me di cuenta de que, incluso si me las arreglaba para cortarme la cabeza, no sería capaz de asegurarme de que estaría el tiempo suficientemente lejos de mi cuerpo para matarme realmente. ¿Y cuál era mi otra opción? ¿Tirarme de cabeza en una astilladora de madera? ¿Qué pasaría si se atasca cuando sólo la mitad de mi cabeza ha atravesado? ¿Te imaginas el proceso de curación de eso? Dios.

Mi vida de repente se sentía como si hubiera caído de un acantilado y cayera para siempre en una desesperación cada vez mayor, nunca iba a ser feliz otra vez. No podía recordar la última vez que me había sentido

realmente feliz. ¿Divertida? Sí. ¿Confusa? Sí. ¿Feliz? No tanto. Ni siquiera recuerdo cómo se sentía.

La única persona que se había ofrecido alguna vez para ayudarme, quien siempre parecía entender, era River. Ella me había invitado aquí hace tantas décadas. Y aquí estaba yo.

Miré alrededor otra vez, y esta vez la vi, parada sobre las anchas maderas de la casa.

Se veía igual que como la recordaba, lo cual era inusual. Tenemos la tendencia de alterar nuestra apariencia con frecuencia, drásticamente. Sin duda yo había cambiado probablemente veinte veces desde que la había conocido. No vi cómo ella podía reconocerme. Pero me miraba, y estaba claro que tenía la intención de que yo diera el primer paso.

Dejé escapar un suspiro profundo, con la esperanza de que la casa estuviera caliente en el interior o de que pudiera conseguir un poco de té caliente, una bebida o tomar un baño caliente. ¿Se acordaba de mí aún? ¿Seguirá su oferta en pie? Yo sabía cuán ridículo era que ella mantuviera algo que había dicho hace más de ochenta años. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

Bueno, yo he hecho cosas más patéticas. Salí del coche y me encorvé en mi chaqueta de cuero —una vieja, no la que había perdido hace dos noches. Crucé a través de las hojas caídas en el suelo, haciendo planes para saber qué hacer cuando ella me diera la espalda. Esconderme en algún lugar cálido, sin duda. Fiji<sup>6</sup> o algo. Quedarme ahí hasta sentirme mejor, era algo que pasaba en algún momento. Con el tiempo, Incy probablemente luciría menos aterrador. Eventualmente olvidaría todo acerca del taxista. Como había olvidado todo sobre Imogen hasta ayer.

—Hola —dijo ella cuando estaba lo suficientemente cerca. Llevaba una falda larga de Paisley y una chalina de lana alrededor de sus hombros. Su pelo gris era liso, iba a cada lado sujetado por un clip—. Bienvenida.

---

<sup>6</sup> Las Islas Fiji: son un estado independiente de Oceanía ubicado en el archipiélago de Melanesia.



—Hola —le dije—. ¿River?

—Sí. —Ella inspeccionó mi cara para recordar—. ¿Cómo te llamas, niña?

Le di una corta sonrisa al ser llamada “niña”, a mi edad.

—Nastasya. Recientemente.

—Nos encontramos...

Fue una declaración, no una pregunta. Asentí con la cabeza, las hojas crujieron bajo mis botas.

—Hace mucho tiempo atrás. Tú dijiste... que si yo alguna vez quería hacer algo más, que viniera a West Lowing —miré a lo lejos casualmente, vi nubes rodando desde el suroeste.

—Nastasya —repitió. Ella miró mi negro pelo desordenado, los lentes de contactos que hacían que mis ojos coincidieran con la descripción que figuraba en mi pasaporte americano. Traté de recordar lo que había apreciado cuando nos conocimos, pero no pude.

—Christiane —dije, recordando. Uno de la larga lista de nombres. No era el nombre con el que había nacido—. Mi nombre era Christiane entonces. Nos conocimos en Francia, después de un accidente de coche. ¿Como a finales de 1920?

—Ah, sí —dijo después de un momento, asintiendo con la cabeza—. Esa fue una mala noche. Pero me alegro de haberte conocido. Y me alegro de que estés aquí.

—Bueno —dije torpemente, mirando a cualquier parte, menos su rostro—. Yo sé que fue hace mucho tiempo, pero creo, tú sabes, si...

—Me alegro de que estés aquí, Chr... Nastasya —repitió—. Eres bienvenida. ¿Traes alguna cosa contigo?

Asentí con la cabeza, pensando en mi maleta enorme. Y, por supuesto, todo mi equipaje emocional.

—Bien. Te voy a enseñar tu habitación, y entonces puedes ponerte cómoda dentro.



*¿Tengo una habitación?*

—¿Es como un hotel o algo así? —Le pregunté, siguiéndola a través de la puerta del recibidor.

Una mesa redonda mostraba un vaso lleno de ramas secas de arce. Una hermosa escalera curvada conducía al segundo piso. Todo era blanco, sencillo y elegante. Era extraño, pero tan pronto como entré a través de su umbral, me sentí... ¿menos temerosa? Menos... no lo sé, ¿vulnerable? Quizás me lo estaba imaginando.

—Solía ser un centro de refugio para terremotos —River me explicó, dirigiéndose arriba. Podía sentir que había otras personas en el edificio, pero se sentía tranquilo y apacible—. En el siglo dieciocho, alrededor de cuarenta amigos vivieron aquí, trabajando en una granja. La he poseído, de diversas maneras, desde 1904. —Lo que significaba que ella, como todos nosotros, asumía personajes diferentes para explicar su existencia. Comenzó como una sola persona, y luego fingió morir, entonces apareció de nuevo, ya como una hija perdida de esa persona para heredar la casa, y así sucesivamente. Creo que hubo un episodio de Star Trek que consistía en eso.

—¿Qué es ahora?

River me llevó a lo largo del amplio pasillo, a continuación a la derecha, que llevó a otro largo pasillo con ventanas por un lado y puertas regularmente espaciadas en el otro. Me dio una leve sonrisa que la hacía parecer más joven.

—Es un hogar para inmortales indisciplinados, por supuesto.

—¿Qué piensan los pobladores sobre esto? —Le pregunté.

—Que es una pequeña granja ecológica de propiedad familiar, donde la gente viene para aprender técnicas de agricultura orgánica. Lo cual es cierto también. —Se detuvo delante de una puerta que estaba justo enfrente de una ventana. La luz ámbar del sol de otoño caía sobre la puerta, y River la abrió.

Miré adentro.

—Me gusta, ¿agricultura ecológica para monjes?

River se echó a reír.

La habitación era pequeña, simple y básicamente vacía, excepto por una cama estrecha, un diminuto ropero, un escritorio de madera, y una silla. La última vez que estuve lejos de mi apartamento de Londres, me había quedado en el George V de Paris. La vez anterior a esa, en el St. Regis de Nueva York. Estoy acostumbrada a estar con extrema y desmesurada comodidad.

—No, no para monjes —dijo River, entrando en el cuarto—. Sólo para personas, inmortales, que quieren enfocarse en otras cosas en este punto de sus vidas. Pero eres bienvenida a poner tus pertenencias alrededor, hazlo hogareño.

Pensé en mi típica casa amueblada con ropa desechada, botellas vacías de licor, ceniceros rebosantes, libros, revistas, pizzas, y pensé... que mejor no.

—¿Así que hay más de nosotros aquí? —pregunté, sentándome sobre la cama experimentalmente. No tenía una almohada muy cómoda.

—Ahora mismo tenemos cuatro maestros y ocho estudiantes —dijo River. Cerró la puerta y se apoyó contra ella, su rostro serio—. Puedes tomarte una semana para decidir si quieres quedarte, Nastasya. Espero que lo hagas. Creo que obtendrás mucho de ello y serás capaz de encontrar la felicidad aquí si te abres a ello. Pero sólo para ser claros, esto no es un spa o un hotel. Es como una combinación de kibutz<sup>7</sup> y rehabilitación. Hay trabajo por hacer, y todos lo hacemos. Hay cosas duras y dolorosas, que tendrás que aprender. A través de los años hemos llegado a tener sistemas que funcionan para nosotros, y no estamos interesados en que alguien venga aquí e insista que nuestras reglas no se aplican a ellos.

---

<sup>7</sup> Kibbutz: Comuna agrícola israelí.

—Uh-huh. —Tal vez me quedaría aquí por unos cuantos días, trazando un Plan B, y marchándome nuevamente.

River sonrió y pareció tan genuinamente cálida y acogedora que deseé ser una mejor súbdita para ella. Pero eso ya parecía imposible.

—Si no funciona para ti, nadie te forzará a quedarte. Nadie va a convencerte de salvar tu propia vida. Si no eres una chica grande después de... ¿qué, doscientos años?

—Cuatrocientos —dije—. Cuatrocientos cincuenta y nueve.

La sorpresa brilló en sus ojos, y tuve la inconfortable sensación de que fue mi comportamiento en vez de mi apariencia, lo que le hizo pensar que yo era más joven.

—Bien, cuatrocientos cincuenta y nueve. Pero si no eres una chica grande hasta ahora, no estamos interesados en arrastrarte hasta allí. Te ayudaremos tanto como podamos, en cualquier forma que podamos, siempre y cuando estés haciendo tu parte. Si quieres evitarlo, este lugar no es para ti.

—Uh-huh —dije.

River rió, y entonces se acercó y me abrazó, inclinándose hacia donde estaba sentada en la cama. Se sentía cálida, sólida, y reconfortante. No pude recordar la última vez que un abrazo se había sentido así. Torpemente, abracé su espalda, acariciándola un poco con una mano.

—No significa que quiera asustarte —dijo ella—. Quiero que te quedes. Pero tampoco quiero que elabores inmaduras sandeces estando aquí, ¿entiendes?

Asentí.

—Uh-huh. —Palabras chispeantes no se formaron en mi cerebro. Ahora, más que nunca, no tenía idea de qué estaba haciendo aquí. Tal vez había estado sobre-reaccionando a todo. Todo había sido un ridículo error. Al menos estaba segura de que me reiría de ello algún día. Décadas a partir de ahora. El tiempo que traté de escapar, ja ja ja. Quiero decir, tal vez no era tan malo, después de todo. Entonces me acordé del

taxista, su rostro absolutamente delineado por el semáforo, y cómo me había alejado, y algo dentro de mí se rompió.

—¿Cuál es tu edad? —pregunté, sin querer.

Ella se detuvo en el umbral.

—Bueno, más grande que tú —dijo ella tristemente, apartando algunas hebras de cabello de su rostro.

—¿Cómo, cuántos años? —No entiendo por qué me importaba, tal vez no quería a alguien más joven que yo actuando como si lo tuviera todo controlado.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Nací en el 718 en Génova, en el reino de Italia. —Sonrió—. No he cambiado mucho.

—Oh.

Asentí, y entonces ella sonrió una última vez y se marchó, cerrando la puerta detrás de ella. Estaba contenta de no haber soltado mi primera reacción, que fue: “Maldita sea, que eres vieja”.

Caí de vuelta en la cama, increíblemente cansada. No pertenecía a aquí. Este lugar irradiaba calma, paz, patrones de vida, cambio y uniformidad, todo al mismo tiempo. Yo era un remolino japonés lanzando estrellas, virando precipitadamente por el mundo. Yo era un problema. Una helada desesperación pareció aumentar en mi pecho... este había sido un plan irrisoriamente ridículo, y aún así era lo único en lo que podía pensar. Oh, Dios, estoy tan jodida.

Mi cuarto era cálido. Había un pequeño radiador de metal contra una pared, y estaba funcionando. Me quité mi desgastada chaqueta de cuero y mis pesadas botas de motociclismo, sintiéndome libre, ingrávida y tan cómoda. Estaba usando un jersey de terciopelo de hombre, y lo enredé alrededor de mi cuello, asegurándome de que mi cuello estuviera cubierto.

Mis ojos estaban cerrados pesadamente cuando hubo un golpe en la puerta.

—Está abierto —dije, pensando con nostalgia en el servicio de habitaciones. Ya había notado que ningunas de las puertas tenían cerraduras. Qué pintoresco.

La puerta se abrió, y el Dios vikingo se encontraba allí. Miré detenidamente su rostro por debajo de mis pestañas bajas, buscando, nuevamente preocupada por un reconocimiento débil que desapareció tan pronto como traté de determinarlo. En una mano llevaba mi maleta, la que fácilmente pesaba más que yo. La puso en mi habitación.

—Aquí.

—Iba a hacerlo en un minuto —me senté, sintiéndome autoconsciente, sabiendo como lucía.

Ha habido momentos en mi vida en los que he estado realmente hermosa. Tengo rasgos simétricos, ojos bonitos, una boca llena, pómulos altos, y así puedo seguir. En las ocasiones cuando estoy arreglada, sé que puedo verme realmente bien. Sólo que no estaba arreglada, ha parecido, en cerca de cuarenta años. O así. Ahora estaba gravemente, dolorosamente segura de que tenía las mejillas hundidas, con el cabello en un nido de ratas teñido de un falso y estridente negro. Probablemente parecía como si hubiera sido embalsamada, o acababa de recuperarme del cólera. Mis ropas eran cualquier artículo que había encontrado, que realmente tuvieron suerte de que los encontrara. En resumen, no podría lucir peor.

El Dios Vikingo era tan sorprendente, con brillante piel dorada, y corto y perfectamente despeinado cabello rojizo, y sus ojos dorados del color de un vino de jerez que yo había probado una vez en Georgia (otra vez, la ciudad, no el estado). Era alto pero no inútilmente alto, fuerte y muscular, sin verse como una compensación por algo más, con rasgos masculinos no demasiado ásperos ni demasiados bonitos. Su nariz tenía una pequeña protuberancia y estaba un poquito torcida, como si se la hubiera roto una vez, y eso completaba su perfección, en el punto de vista japonés de la perfección. ¿Dónde había visto su rostro antes? Pero como sea... él me dejó sin respiración.

Parecía como si no pudiera estar molesto por ayudarme, lo que, tristemente, sólo incrementaba su atractivo.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunté, tratando de parecer imperturbable.

—Reyn.

¿Rain? ¿Reign? ¿Rane?

—Soy Nastasya.

—Lo sé.

Era hostil, poco acogedor. Me pregunté su razón para estar aquí. ¿Todos estaban aquí por ser una causa perdida, como yo? ¿Era alguien más que se estaba escondiendo? Quería saber la historia de este sujeto. Con algo de suerte, sería peor que la mía.

—Bien, gracias —dije rápidamente, acobardada por su actitud.

—River me pidió que te dijera que la cena es a las siete.

Retrocedió un paso y casi silenciosamente cerró mi puerta. Quise preguntar dónde uno comía la cena pero me di cuenta que probablemente me diría que siguiera mi nariz.

Me caí de vuelta sobre la cama, despierta nuevamente. Mi corazón se oprimió cuando acepté que esto no iba a funcionar. Si necesitaba una prueba más, que no necesitaba, este sujeto Reyn me la había proporcionado. Estas personas eran probablemente todo sobre buenas obras y aprovechar al máximo sus vidas infinitas. Yo estaba tratando de escapar de la oscuridad que estaba supurando sobre todo lo que tocaba. Estaba tratando de esconderme, de Incy, de mí misma, de mi pasado y mi presente, incluso de mi futuro.

Incy.

Me estremecí de nuevo y froté mis brazos arriba y abajo sobre mis mangas. Por ahora, él se estaría preguntando dónde estaba yo. Raramente pasábamos un día sin vernos, o hablar. ¿Estaba preocupado? ¿Qué pensaba todo el mundo? ¿Intentarían encontrarme?

No podía volver atrás. Tan segura me sentía sobre eso. Y no podía quedarme aquí. Bien. Un par de comidas, un par de noches de sueño, y me iría, como una bebe, me iría. De todos modos, no era como si hubiera dado menos de mí para salvarme.



## Capítulo 4

*Traducido por Maai y SmileyMiley  
Corregido por Melo*

**S***an Francisco, California 1967*

—Vamos, quiero una foto de nosotros —Jennifer dijo tirando de la manga de mi camiseta rusa.

Sacudí mi largo cabello rubio-miel sobre el hombro.

—Por supuesto que quieres.

Juntas, Jennifer y yo posamos en el ancho de las escaleras y sonreímos a la cámara Polaroid<sup>8</sup> de Roger. En la sala de abajo la gente chillaba con risas, “Eight miles high” sonaba a través del caro reproductor. Había velas e inciensos quemándose y la nueva máquina de luces hacía patrones modernos psicodélicos en las paredes.

Yo lucía increíble, lo sabía: mi gruesa línea Egipcia en los ojos, el pálido labial, la seda, la camiseta rusa Nehru que obtuve en India cubierta con remolinos de color brillante. Para estar segura, tenía una bufanda de seda Peter Max anudada sobre mi garganta. Estaba amando los sesenta. Los cuarenta habían sido tan deprimentes, todo gris y gris y sacrificados. Y odié los cincuenta, cuando todo el mundo compraba el rígido sueño americano y automóviles con guardabarros del tamaño de elefantes.

Pero los sesenta eran perfectos para nosotros los inmortales, mis amigos y yo. Nada se iba, todos estaban locos, cualquiera que no estuviese de acuerdo o lo desaprobara era despedido. Y las fiestas. La última vez que estuve sumergida en tal dominante atmósfera de fiesta había sido en Long Island, Nueva York, justo después del gran quiebre en 1929.

---

<sup>8</sup> **Polaroid:** Tipo de cámara que saca una foto instantánea.

—¡Hope! —Alguien presionó una copa de champaña en mi mano y me besó ambas mejillas.

Luego él se giró mientras su púrpura chaqueta de terciopelo zigzagueaba a través de la multitud.

—Hmm. —Tomé un sorbo de champagne mientras la cámara de Roger seguía destellando. A un punto, él cambió la barra del flash y tiró la usada sobre su hombro. Se cayó sobre la fuente goteante en el vestíbulo y nosotros reímos.

—Hope.

—Hola, Max —dije con una sonrisa abierta. Estaba sintiéndome burbujeante, flotante, deliciosa y hermosa.

—¿Tienes la edad suficiente para estar bebiendo eso? —Ahí había una casi... casi seria intención detrás de sus palabras. Max producía películas en Los Ángeles. Él era una gran estrella. No inmortal. Había sólo algunos de nosotros en esta fiesta.

—¿Temes que alguna redada de policías te atrape por servir alcohol a menores? —pregunté descaradamente. Parpadeé, sintiendo que mis párpados lentamente se ponían más pesados.

En el siguiente momento, esta se volvió la situación más graciosa que alguna vez experimenté, históricamente graciosa, tan, tan, tan graciosa y yo era la persona más feliz del mundo. Era la mejor fiesta jamás.

—Algo como eso —Max dijo, ajustando sus gafas y mirándome.

—Oh, Dios —suspiré, mirando las burbujas de la champaña flotando muy, muy lentamente al tope del vino dorado—. Dios, puedo ver cada burbuja. Es hermoso.

¿Max había dicho algo a lo que necesitaba responder? No lo sabía. Justo ahora era vitalmente importante que yo viera cada burbuja de champaña hasta que reventaran en la superficie. Si yo pudiera realmente, totalmente sumergirme en eso, abriría los secretos del universo. De eso estaba segura.

—Oh, demonios —Max murmuró—. Roger ¿Rog? ¿Alguien le dio champaña? —Roger soltó risitas, arrebatando mi atención lejos del champaña. Él continuaba haciendo clic con su cámara, manteniéndose escupiendo cuadros grises enmarcados de blanco que caían al suelo.

De los cuadrados grises lentamente asumieron caras, sonrisas y colores. Era mágico.

—¡See, hombre! —Roger dijo—. Algo de lo mejor de Berkeley.

Max gimió. Llevó mi champaña lejos, haciéndome entrar en pánico.

—¡NO! —grité—. Necesito mirar las burbujas —Mi mundo podía colapsar si no cumplía mi misión de las burbujas—. ¡Dámela!

Max sostuvo el vaso sobre mi cabeza.

—Hope, no. Eres demasiado joven para esto. Tú ni siquiera deberías estar aquí. Jesús, si nos atrapan...

—¡Devuélvemela! —dije tratando de embestirlo, pero era como un sauce contra un huracán—. Oh. Oh. Oh. Mira, puedo ver mis manos. — Cuando moví mis manos, quedaron sombras de manos detrás de ellas, como si hubieran sido filmadas en cámara lenta. Era asombroso.

—Hope, tú eres asombrosa —Jennifer dijo, de repente junto a mí, poniendo su brazo alrededor de mi cintura.

—Lo sé —respondí—, mira mis manos.

—¡Hope, Hope por aquí!

Alguien me saludó desde el sofá naranja de gamuza. Mis zapatos eran demasiado con lo que lidiar, así que me los quité y meneé mis dedos en la blanca alfombra. El toque de la lana era tan intenso bajo mis pies.

—No necesito mis zapatos —decidí en voz alta. Me senté y me puse mis zapatos de nuevo, aparentemente sentando a Jennifer conmigo. Luego nosotras estábamos acostadas en la blanca manta, riéndonos juntas.

—Hope, eres tan hermosa —Jennifer dijo.

—Hope, ¿por qué están en el piso? Son tan tontas —Incy sonrió hacia mí, luego se puso a mi otro lado. Los tres mirábamos la araña de cristal de Max.

—Hola, Michel —dije orgullosa de recordar su nombre.

—Hope es tan hermosa —Jennifer le informó, Incy rió y Jennifer lucía hipnotizada.

—¿Hope? ¿Qué tal si te llevo a ti y a alguno de los otros a un paseo a casa? —Max dijo. Sus ojos eran amables detrás de sus lentes de montura animal, pero él todavía lucía tenso y ordenado con su jersey de cuello alto marrón y su pantalón de pierna recta—. ¿Si? Fue estúpido de Roger invitarte. Tal vez en un par de años...

—¡Hope tiene que ir siempre! —Jennifer insistió—. ¡No hay fiesta sin Hope!

Sonreí hacia Max, y era como un largo, largo túnel.

—No hay fiesta sin mí —le recordé.

—¡Sí! —Incy dijo— ¡Necesitamos a Hope!

Alguien a unos pies de distancia escuchó esto y lo repitió. Y fue como un nuevo mantra. En un minuto, todo el mundo en las gigantes escaleras de Max estaba gritando: —¡Necesitamos a Hope! ¡Necesitamos a Hope!

El hecho de que estuvieran hablando sobre mí, que me cantaran como un canto religioso, el hecho de que me sintiera tan hermosa, tan amada, tan requerida, tan popular... era tan divertido, tan feliz, tan adorable. Que quería que durara para siempre.

—Está bien, Max —Dije soñadoramente—. Yo tengo Cuatrocientos... —Hice las cuentas borrosas— dieciséis. Perfectamente legal.

Incy se quebró junto a mí, Jennifer rió en perfecta confusión, y Max suspiró y rodó sus ojos.

No recuerdo cómo llegué a casa desde esa fiesta.

Max murió dos años después, lo vi en las noticias. Tenía veinticuatro años.

Yo aún lucía de 17. Y sí, pensándolo, esa fue la última vez que me sentí feliz.

Una campana sonando en la distancia me hizo abrir los ojos. Casi esperaba ver al joven Max apoyándose sobre mí, esperaba sentir la fina seda india deslizándose por mi cuerpo, ya estaba empezando a preguntarme a la fiesta de quién iría esta noche.

En su lugar, vi el blanco techo con una fina grieta que se extendía como tela de araña desde una esquina. Tenía frío, yaciendo en una dura y pequeña cama.

Oh, Dios. Estaba cincuenta años después. Estaba en River's Edge. Todavía aquí. Y el sonido metálico de la campana debía ser el aviso para la cena.

Giré en mi lugar, poniéndome una camisa de terciopelo. No podría hacerle frente a la cena. Mi estómago dio un gruñido de hambre, entonces, mostrándose en desacuerdo conmigo, diciéndome que cambiara la dirección de mi trasero. Yo no había comido nada desde el café y los Chips Ahoy! de esta mañana.

El piso crujió bajo mis pies y busqué una de mis pesadas botas de moto. Me balanceé cerca de la puerta, sin cerrojo, y me detuve para escuchar pero no oí nada en el pasillo, nadie que caminase por el lugar. Rápidamente, deslicé un fino metal apartando el pasador de la bota y lo metí en un agujero casi invisible en el tacón. Entonces empujé el tacón con la mano, mirando otra vez a la puerta. Girando el tacón hacia los lados, se veía un hueco. El pesado antiguo oro brillaba tenuemente ante mí. Sin poder detenerme, dibujé con mis dedos sobre la superficie las runas y otros símbolos de los cuales no sabía los nombres, ni su fin.

Cerré el tacón otra vez y deslicé el pasador de nuevo en el cuero. Metí los pies en las botas y me levanté. Todavía estaba seguro, todavía oculto, mi amuleto. La mitad de él, pero era lo mismo. La única mitad

que tenía, la mitad que coincidía con la quemadura en la parte de atrás de mi cuello.

En el pasillo, no podía recordar desde qué lugar podía entrar, así que regresé atrás y volví a girar en círculos, y luego encontré unas escaleras. El olor a comida flotaba desde abajo, y mi estómago gruñó de nuevo.

Mi recuerdo de San Francisco había sido alentador. Yo había ido por una ancha escalera de madera, no tan diferente a esta. Pero las sandalias caftán de seda y las de oro eran un contraste evidente con el jersey de hombre, el andrajoso pantalón negro y las pesadas botas que estaba usando.

Olía como cerdo a la trufa, seguí el olor de la comida caliente hasta que llegué a la sala del comedor: una larga habitación sencilla con un piso de madera, una mesa de madera muy larga en la que se podrían haber sentado veinte personas; las altas ventanas sin cortinas mostraban la oscuridad de afuera; había un gran espejo viejo con un marco dorado sobre la chimenea, y doce personas que me miraban con sorpresa y curiosidad y, en la cara de River, una bienvenida.

—Hola, Nastasya —dijo River con una sonrisa. Ella desenvolvió una servilleta de tela y la puso en su regazo—. ¡Me alegra que no duermas durante la cena! Debes tener hambre. Aquí, toma asiento junto a Nell, justo allí —señaló a una brecha entre dos personas en un... sí, un banco de madera.

Me sentía como una rara alumna en el siglo diecinueve, me senté sobre la banca, tratando de no golpear a alguien con mis botas.

—Todo el mundo, ella es Nastasya —dijo River, intentando alcanzar una blanca sopera caliente.

—Ella va a estar con nosotros durante un tiempo. —Me miró a los ojos—. Mientras ella así lo quiera.

—Hola, Nastasya —dijo una niña, a través de la mesa. Se veía oscura y seria, con anteojos de marco metálico, una cara sin emoción, y una piel olivácea—. Yo soy Raquel. ¿De dónde eres?

¿Quiso decir de origen? Eché un vistazo a River para que me guiara, mientras tanto alguien me pasó un tazón grande de... parecían judías verdes. ¡Oh, qué alegría! Puse algunas en mi plato y pasé el cuenco a Nell, a mi derecha.

—El lugar más reciente —River aclaró—. O el de origen. Depende de ti.

Yo no estaría aquí mucho tiempo. No tenía necesidad de contarle todo.

—Del norte. Originalmente. Recientemente de Inglaterra.

—Yo soy de México —dijo Rachel—. Originalmente también.

—Qué bueno —le dije, tomando el recipiente de al lado, era una mermelada con trozos de naranja.

—Presentémonos todos —sugirió River—. Por cierto, Nastasya, todo lo que comerás se ha cultivado aquí, en nuestra granja. Estamos muy orgullosos de nuestros jardines. Los verás mañana. Todo acá es orgánico, y equilibrado en términos de energía.

Sin importar qué mierda signifique eso. Asentí con la cabeza y miré los montoncitos de comida en mi plato. Había frijoles, algún tipo de mezcla de cereales (¿quinua posiblemente?), mermelada de naranja y oscuras judías verdes, que me hicieron sentir como si estuviera masticando mi propio bollo de comida.

Lo que realmente se me antojaba comer era algo de sushi. Con una buena botella de sake caliente. Miré a mí alrededor, esperando encontrar alguna botella de vino, pero no vi ninguna. Por favor, por favor, deja que haya vino en alguna parte.

—Soy Solis —dijo un hombre con aspecto de guardaespaldas, sentado al lado de River. Casi resoplo, pensando que nombrarse a uno mismo *Solace*<sup>9</sup> era mucho para mí, pero más tarde me enteré de que era un apellido y no estaba escrito de la misma manera. Era moreno, de corto pelo rubio oscuro o, y una barba incipiente que era casi rojiza.

---

<sup>9</sup> Solace: Significa consuelo.



Tenía unos ojos color avellana muy extraños que estaban enmarcados por largas pestañas.

Como River me había dicho, había cuatro maestros: River, Solis, Aser (un viejo amigo de River), y Anne. Luego estaban los estudiantes. No era como la mayoría de las escuelas, donde se podía distinguir a los profesores de los estudiantes, sobre todo por la edad. River parecía la más vieja de los profesores, pero uno de los estudiantes, Jess, de hecho parecía más viejo que ella. Él estaba deteriorado, como si su vida hubiera estado más llena de cosas difíciles, por mucho, de las que yo había pasado en cuatro siglos.

La profesora Anne lucía de alrededor de veinte años, de piel blanca, pelo fino y oscuro recto, su cara redonda y sus azules ojos me examinaron con una amistosa curiosidad.

La mayoría de los nombres entraron en mi cabeza mientras trataba de tragar las judías verdes. ¿Les habría matado echarles un poco de crema y mantequilla allí dentro? Ja, ja, ja. No

El señor vikingo asintió con la cabeza rígida y me dijo: —Reyn.

—¿Como en Rain-man? —pregunté, mi boca llena de mermelada.

La chica de al lado me dio una sonrisa encantadora. Era el retrato de una mucama Inglesa, una saludable piel brillante, ojos azules brillantes, y un cabello suave, rizado de color marrón claro que le llegaba hasta la mitad de su espalda. Con una risita, dijo: —Reyn es un nombre alemán —y entonces lo deletreó.

—Ah, alemán —dije, haciendo que sonara como si lo hiciera responsable por la Segunda Guerra Mundial. Su mandíbula se tensó, él vestía una camisa, y era imposible no cebarse con él. Ahora, mirándolo, yo estaba en realidad bastante segura de que nunca lo había conocido. Tal vez recordaba a alguien que lucía igual, o parecido.

—Soy holandés —dijo lacónicamente—. Originalmente.

—Umm —dije, tratando de tragar la mezcla de frijoles. Tomé un par de grandes tragos de agua. Agua pura. Algún Dr. Pepper podría haber recorrido un largo camino en ese momento.

—Y yo soy Nell —dijo la muchacha británica junto a mí—. Bienvenida, Nastasya. Espero que seas feliz aquí. Avísame si necesitas que te ayude a adaptarte.

—De acuerdo —dije—. Uh, gracias. —Me sentí sucia, grosera, inculta, y un montón de otras cosas malas. Tan pronto como la luz de la mañana asomara, yo estaría rodando en la carretera. Yo podría hacer frente a mis problemas por mi cuenta, pensé, aún cuando mi cerebro susurró: “no, no puedes”. Pero, ¿qué sabía él de todos modos?

Los nombres me resbalaron, los rostros, hombres y mujeres, blancos y asiáticos, negros e hispanos, todos se mezclaron. No traté de distinguirlos, no estaría aquí el tiempo suficiente como para que importara. Rápidamente me pregunté qué era lo que los había llevado allí, ¿había sido sus vidas miserables? ¿O sólo estábamos para aprender lo que River enseñase? ¿Y qué estaba enseñando? ¿Magia? ¿Cómo ser inmortal sin perder la cabeza? O simplemente... ¿agricultura ecológica?

River lo había llamado “un hogar para inmortales rebeldes”. La parte de “rebeldes” sugería personas que habían ido por un mal camino. Pero, mirando todo, en realidad sólo Jess parecía que estuviera ahora o anteriormente perdido. Los otros parecían bastante saludables, felices, no torturados. ¿Cómo me verían a mí?

Vamos a sumar: Ahí estaba yo, en una sala fría, un comedor con pocos muebles, comiendo alimentos blandos con algunos de los inmortales que estaban tratando de ser buenos. Por lo que no pertenecía a esto. Y ya no pertenecía a Londres, ya sea, con Boz e Incy y el resto de ellos... aquel pensamiento me hizo sentir enferma, como si fuera a vomitar. En todo caso, yo pertenecía a los hermosos y coloridos años sesenta, cuando todo el mundo me amaba y lucía fabuloso. Miré mi plato con tristeza, ni siquiera con la esperanza de postre, con la absoluta certeza de que este alimento no sería mezclado con cualquier tipo de drogas divertidas.

¿Por qué me había hecho esto? Esa pregunta era buena. Una que me la había preguntado miles de veces a través de los años, en diversas situaciones. Parecía ser un tema constante en mi vida.

## Capítulo 5

Traducido por ANDRE\_G  
Corregido por Selune

Por fin la cena había terminado. Iba a correr arriba a “mi” habitación para poder acurrucarme en mi cama en una posición fetal y sentir lástima por mí misma, pero uno de los estudiantes me preguntó si iba a ir a la caminata de la velada.

Mi rostro debió haber mostrado mi falta de entusiasmo, porque ella se rió mientras se ponía un chaleco relleno de plumas y se amarraba una bufanda de lana alrededor de su cuello.

—Nosotros salimos a hacer una caminata la mayoría de las noches —River me dijo en su hermoso tono modulado. Tiró una boina roja sobre su cabello plateado y me sonrió—. Es parte de prestarle atención al mundo, nosotros miramos las estrellas, la luna, las sombras de los árboles.

—Hay diferentes pájaros afuera en la noche —dijo uno de los chicos estudiantes, el apuesto que lucía como italiano... ¿Lorenz?—. Aprendemos sus diferentes cantos y sus hábitos.

Asentí solemnemente, pensando: debes estar bromeando.

—En esta época del año, los árboles han perdido la gran mayoría de sus hojas —Nell dijo, luciendo hermosa y lista para salir al aire libre con una gabardina—. Aprenderás los patrones de cuáles son los que pierden sus hojas primero, y si lo hacen rápida o lentamente.

*Sobre mi cadáver*, pensé. Sí, incluso los inmortales usaban esa frase. Tenía una emoción extra para nosotros.

—Cuando hay luna llena, el exterior se ilumina como si fuera de día —dijo Solis. Sus ojos color avellana parecían observarme con intensidad, como si estuviera tratando de comprender la verdadera razón por la que me encontraba allí—. Hoy hay tres cuartos de luna, lo que tiene su propia belleza.

*Te tomaré la palabra.*

—¿Querías agarrar una chaqueta y venir con nosotros? —River preguntó. Sus ojos estaban brillando con humor. ¿Esta era una prueba? Si así lo era, la reprobaría con felicidad.

—No, gracias —dije educadamente.

—Oh, encantador —River dijo, sonando aliviada—. Las personas que se quedan, ayudan con la limpieza. La cocina esta justo por allí. —Ella señaló.

Yo la miré.

Estaba prácticamente riéndose cuando salían por la amplia puerta verde de enfrente.

¿Y el marcador? River: 1; Nasty: 0.

Dada mi edad tan avanzada, es completamente natural que yo dejara de tratar de complacer a las personas hace más o menos 440 años. No me habría importado simplemente subir las escaleras, asumir una posición fetal en mi cama tal como lo había planeado, y dejar pasar lo que tuviera que pasar.

Y, sin embargo...

Realmente se sentía como que ella me había metido un golazo. Apuesto que había estado segura de que yo no iría a un paseo nocturno con ella y el resto de los campistas. Sabía que yo me escabulliría, y sabía que ese deber con el fregadero me estaba esperando cuando lo hiciera. Qué fastidio. Ahora ella estaba, sin lugar a dudas, esperando que yo simplemente subiera las escaleras y adoptara una posición fetal en mi cama, como si me conociera profundamente. Era completamente mortificante.

En vez de eso, apreté mis dientes y caminé hacia la cocina. *Estoy aquí por elección, me recordé a mí misma. Estoy aquí porque no puedo aguantar no estar aquí nunca más. Estoy aquí porque puedo diferenciar el bien del mal, la luz de la oscuridad, estoy aquí porque no puedo soportar ser yo. Estoy aquí porque no quiero que nadie sepa dónde me encuentro.*

La cocina era grande y pobremente iluminada. Había sido el furor de las comodidades modernas eficientes de 1935 o algo por el estilo. No había una lavaplatos de restaurante azotando con cargas cada dos minutos, ni encimeras de granito o un armario de puertas de vidrio grabado. Había altos estantes abiertos de madera, apilados con la pesada cerámica de gres que usábamos en la cena. Jarras acristaladas de pasta, arroz, granos, frijoles y cereales alineadas en otro estante. Grandes ventanas mostraban la oscuridad del exterior y reflejaban la inadecuada luz del techo.

¿Y la mejor parte? Mi amigo Reyn, parado ante el fregadero. Él literalmente suspiró y miró al techo, luego extendió un plato enjabonado.

—Tú puedes enjuagar —dijo, señalando al otro fregadero lleno de agua limpia.

Probando que la madurez no necesariamente llega con los años, hice un saludo militar y caminé como un soldado alemán hasta el fregadero. —¡Sí, Herr Kommandant! —Tiré mi bufanda sobre mi hombro, me remangué las mangas, metí el plato en el agua limpia, luego lo puse en el escurridor.

Él me entregó otro. Enjuagar, sacudir, apilar.

Estaba haciendo lo mejor que podía por parecer indiferente, demasiado cool para él y completamente inconsciente de él como persona. Como si él fuera una alta, maquina prohibida que me entregaba platos enjabonados. La verdadera humillación de la situación era que este tipo era realmente noqueador, y yo estaba, atípicamente, a punto de hiperventilar estando cerca de él.

Realmente yo no tengo un tipo de chicos que me perezcan atractivos, ellos no tienen que ser altos o bajos o musculosos o delgados o gordos; el color del cabello o de la piel no me importa. Realmente no me intereso en chicos muy frecuentemente. Para mí, engancharme con alguien es como una conveniencia, algo que mataba el tiempo, como Jase, el del Almacén, un anhelo improvisado y poco frecuente. La última vez que había estado enamorada, él terminó muriendo en la India cuando los británicos lograron triunfar reclamando el territorio Maratha.

Um, 1818, creo. El cual fue el inicio del gobierno de los británicos sobre un enorme país no inglés, y el final de que yo me permitiera enamorarme de los humanos. No me había vuelto a enamorar de verdad desde ese momento, ni siquiera de un inmortal. Enamorarse de un inmortal tenía un terrible anillo de permanencia que yo tan sólo no podía soportar. Pensar en tener que terminar con alguien y luego arriesgarse a tener que volver a verlo, tal vez feliz con otra persona, por cientos de años. Quiero decir, gracias, pero no gracias.

Pero al estar parada aquí junto a Reyn, sentía el calor de su cuerpo, olía la esencia a ropa limpia de sus prendas, y él me pareció único, como si él pudiera manejar cualquier cosa, ¿sabes? Algo en mi interior quería envolver mis brazos alrededor de su cintura y recostar mi mejilla contra su pecho, justo encima de su corazón. Mi rostro flameó con ese pensamiento. Pero yo sentía de una manera abrumadora que cualquier cosa podía pasar en ese momento, un meteoro, un colapso gubernamental, una estampida, y Reyn daría un paso al frente y lo manejaría y protegería... a quien fuera que estuviera con él. Con todo su sentimiento de superioridad, incluso antipatía, él aún se sentía como... seguridad. Como si siempre tomara la decisión correcta, hiciera lo que era correcto, incluso si él no quería hacerlo.

Parecía ser lo opuesto a Incy, cuyas destrezas radicaban puramente en conseguir lo que él deseaba, encantar a las personas, eludir las reglas, las leyes y la moral de la sociedad.

Reyn, de quien no sabía una sola cosa, daba una impresión de solidez, de fuerza y resolución, y me golpeó el hecho de que no conocía a nadie más que lo hiciera. No lo había hecho en toda mi vida.

Desde luego, él también daba la impresión de ser un snob, estirado y lleno de desdén que le llevaba a observar con desprecio, entonces supongo que es cierto lo que ellos dicen: ¡Nadie es perfecto! *Sólo agita y enjuaga*, me dije a mí misma. *Afróntalo, él es un imbécil irresistible a quien no le importa si está bueno o no, y no le importa si tú estás buena o no, y tiene cero interés en persuadirte porque en su mente hay cosas sublimes, que son mucho más importantes.* Odio ese tipo de chicos. Había un despampanante sacerdote en Malta en los años treinta, pero esa es otra historia.



Ahora mis mejillas estaban ardiendo, y tuve que desacelerar mi respiración. Enjuagar, sacudir, apilar. Cuando logré hacer una buena pila, el Sr. Personalidad me entregó un paño de cocina limpio. Yo comencé a secar, haciendo otra pila. Otra vez me estaba sintiendo ansiosa, un agitado nerviosismo con el cual no estaba familiarizada y que no era bienvenido. Mi grupo estaba acostumbrado a mí; ellos me aceptaban tal y como era, sin hacer preguntas o comentarios. Entre mi grupo, yo estaba bien. Aquí, estaba demasiado lejos del centro; me estaba dando cuenta que había estado tan alejada de las normas regulares de la sociedad, que parecía casi estafalaria al lado de estas personas. Era extraño y desequilibrado, y remarcaba mi deseo de huir. Y por supuesto mi nerviosismo incrementaba mi insoportable cociente intelectual.

—Supongo que esto es muy Zen y todo eso... —dije, mi tono insinuando que yo quería ser tan Zen como deseaba ser una víctima de la plaga.

Reyn bajó la mirada hacia mí por un segundo y no respondió.

Mido uno con sesenta y un metros de altura, lo cual había sido realmente alto para una mujer en mi época. En comparación con otras mujeres, yo había sido una Amazona, incluso en Islandia, con nuestra resistente reserva de intrusos nortños. Hace como más o menos unos cien años, tenía una buena altura para una mujer en practicante cualquier país, excepto por Los países Bajos, donde ellas crecen inusualmente altas. Ahora, por una mejor nutrición y mejores cuidados prenatales, todo el mundo está creciendo mucho más alto que yo, y ya ni siquiera alcanzo a la medida promedio. Es tan increíblemente injusto, porque claramente yo he parado de crecer. He parado de crecer hace un buen tiempo.

Así que era exasperante que Reyn fuera alto. Era exasperante que él fuera alto y dorado y la persona más divina que yo había llegado a ver, hombre o mujer, y que yo siquiera fuera consiente de él, mucho menos tan intensamente, inesperadamente, inoportunamente consiente de él.

—Toma.



Pestañeé en el medio de mi sermón interior para ver a Reyn sosteniendo un plato enfrente de mí, como si aparentemente lo hubiera estado haciendo por algún tiempo sin que yo lo notara.

Lo tomé y lo sacudí agriamente, deseando ser una condesa y que él fuera un cochero ordinario, y que yo tuviera el paso libre hasta él sin repercusiones. Ah, los buenos tiempos.

No es que yo alguna vez haya sido una condesa.

—Se supone que mañana el clima va a ser frío y despejado —Reyn me dejó perpleja al decirlo. Ahora que yo le prestaba atención, había un débil crujido en sus consonantes que demostraba su herencia holandesa. Eso era, desde luego, intensamente atractivo. Otra cosa más para recriminarle.

—Gracias por compartir eso conmigo —dije. Sequé otro plato, y lo puse en la pila, y luego cargué la pila hasta un estante abierto de madera donde estaban esperando todos sus pequeños platos amigos.

—Así que no tendrás ningún problema con las carreteras, cuando te vayas —él continuó, y la luz se encendió en mi cabeza. *Ah*—. Es claro que tú no perteneces a este lugar —dijo con una impasibilidad teutónica, y me entregó otro plato—. Sé que has llegado a la misma conclusión. Obviamente, estás horrorizada por la forma en que vivimos aquí. —Se encogió de hombros—. No es una vida para todos. De hecho, la mayoría de las personas no serían capaces de arreglárselas. Eso no quiere decir que seas débil, o lo que sea. —Me entregó otro plato con un poco más de fuerza, mientras yo hervía de furia.

—Déjame adivinar —dije, enjuagando el plato—. Estás usando psicología inversa conmigo, tratando de enfadarme y hacerme sentir como si no fuera bienvenida aquí para que así yo decida quedarme y probar que estás equivocado. ¿Cierto?

—Oh, no. —Sus ojos dorados, cautivadores, rasgándose un poco en las esquinas, me miraron—. No, realmente no lo estoy haciendo —dijo con una insultante finalidad—. Realmente pienso que deberías irte. Nosotros aquí tenemos una buena vida, con las lecciones y el trabajo, y

no necesitamos un jodido tornado azotando por todos lados, rompiéndolo todo.

Mi mandíbula se apretó, y el hecho de que él tuviera razón respecto a todo lo que había dicho sólo me ponía más furiosa.

—Todo el mundo lo va a entender. —Me entregó el último plato y mojó sus manos en el agua limpia—. River lo entenderá. No eres la primera alma perdida esperando una barata y fácil reparación, River las recolecta como perros callejeros. —Desenrolló las mangas de su camisa, bajándolas por sus poderosos brazos polvoreados por pelo rubio oscuro—. Nueva York, Roma o París son mejores lugares para ti. Luces brillantes, grandes ciudades. —Dio una breve, sardónica sonrisa—. No la parte agreste de Massachusetts, sin nada más que hacer que trabajar, y respirar, y prestar atención a las estrellas de la noche y la luna llena y la forma en que las hojas caen de los árboles. Tan solo olvídate de nuestra existencia. —Me miró intensamente, como si literalmente estuviera tratando que yo olvidara que ellos existían. Tal vez como si él estuviera usando magia. Tal vez estas personas usaban magia todo el tiempo. Había una pequeña planta en una maceta en el alfeizar de la ventana encima del fregadero, y yo le lancé una mirada para ver si se estaba agotando, arrugándose en su lecho de muerte mientras él absorbía el poder de ella. Pero se mantuvo verde y llena de vida, y cuando volví a mirar a Reyn, él levantó ligeramente sus cejas.

Fue una señal personal de madurez de mi parte que no le tirara un plato de cerámica en la cabeza para borrar de su rostro esa sonrisa altanera.

Estaba furiosa, y eso era extraño, porque yo usualmente no mostraba más que molestia o aburrimiento.

Hace mucho tiempo había dejado a un lado las emociones extremas porque quitaban demasiada energía. Pero Reyn había atravesado mi gruesa piel con su belleza y su abierto desdén, y yo estaba gritando históricamente en mi cabeza. Al menos, esperaba que fuera en mi cabeza.

Inhalé y exhalé apretadamente, buscando el comentario mordaz correcto que lo dejaría desalentado y derrotado en esta tonta cocina. Y...

—Tú... tú realmente no eres tan atractivo —al fin dije bruscamente. Sus ojos se abrieron ligeramente, probablemente había esperado una réplica de mayor calidad—. Tu nariz es demasiado respingada. —Estaba mortificada al ver mi pecho subir y bajar mientras yo tomaba el aliento—. Tus labios son demasiado delgados, eres demasiado alto, y tu pelo realmente es más parduzco, no dorado. ¡Tus ojos son pequeños y eres bizco!

Ahora me estaba mirando como si él nunca hubiera visto a alguien teniendo un episodio psicótico, y lo encontrara fascinante.

Lancé la toalla de la cocina, humillada por estar haciendo algo tan cliché. —Además —dije entre dientes—. ¡Eres un imbécil!

Me giré y me apresuré hacia la pesada puerta oscilante de madera, saliendo hacia el comedor. Si yo fuera Scarlett O'Hara<sup>10</sup>, él correría detrás de mí, me tomaría en sus brazos masculinos, y me llevaría escaleras arriba para hacerme toda una mujer. En vez de ello, la puerta detrás de mí se mantuvo cerrada, yo seguía luciendo como una completa y absoluta idiota, y escuché las risas y los pasos de felices y equilibradas personas acercándose a la puerta principal.

Subí las escaleras dos peldaños a la vez, dándome pánico al no encontrar mi cuarto de inmediato y luego, atravesando la puerta, la tiré, y me recosté contra ella, jadeando, justo como en las películas. Por esto, justo por esto, es que yo hago cualquier cosa para entumecer todas las emociones.

Porque duele.

---

<sup>10</sup> **Scarlett O'Hara:** Protagonista de la novela "Lo que el viento se llevó". Scarlett es vanidosa, caprichosa y manipuladora. Es muy consciente de sus encantos, y le encanta coquetear con los hombres, y se encapricha con Ashley Wilkes porque es el único hombre que no puede conseguir.

## Capítulo 6

*Traducido por masi [SOS]**Corregido por Selune*

La única cosa que este lugar tenía a su favor, eran las toneladas de caliente, caliente agua. Estaba tratando con el hecho de que esta agua caliente y ardiente estaba en los baños comunes de mujeres, a medio camino del pasillo de mi habitación.

Había una bañera honda y con patas en su pequeño compartimiento, y después separados, estaban los aseos y un par de duchas. Una fila de cinco sumideros, como en un internado, estaban alineados en una pared, cada uno con su propio espejo pequeño sobre ellos. No había luces de tocador, ni espejo de cuerpo entero, ¡nada para complacer la vanidad por aquí!

Lo que es algo bueno cuando no has prestado mucha atención a tu aseo personal desde hace, por lo menos, varias décadas. Me hundí en la bañera profunda, de repente, transportándome a otra bañera fabulosa y profunda que había conocido una vez, en una casa destartada, pero un tanto graciosa, en la que había vivido durante un tiempo, en Nueva Orleans. Esa bañera podría haber albergado a un oso polar. El agente de bienes raíces me había dicho que había sido hecha para un juez en los años treinta, él había pedido dos bañeras normales cortadas por la mitad y entonces las soldó, creando una bañera gigantesca y con patas, en la que yo podía tumbarme por completo.

Pero esta bañera no estaba mal, a pesar de las bombillas fluorescentes inadecuadas que arrojaban un brillo frío y cadavérico sobre cada cosa. El agua estaba bien caliente, el jabón era de fabricación casera y áspero, con esencia a lavanda, y había una pequeña caja de madera llena de hierbas secas. De la que agarré un puñado y las rocíe en el agua que brotaba del grifo. El aroma a hierbas aromáticas llenó mi nariz y mi garganta, mientras me echaba hacia atrás y cerraba los ojos.

El vapor me recordaba a mi estancia en Taiwán, en 1890, una de las veces en que estaba siendo colonizada por Japón. Yo había tenido la tuberculosis durante un tiempo, y la tos me estaba volviendo loca. Había intentado numerosos recursos y, finalmente, alguien me recomendó que tomara las aguas curativas de Taiwán, en la montaña Yangmingshan. A un lado de la montaña, el aire estaba lleno de vapor con olor a huevo, envolviendo la montaña verde, como un fino pañuelo de seda coloreado de niebla. El olor a huevo podrido era repugnante al principio, pero, en solamente un par de días, ni siquiera lo notaba. Dos veces al día, durante todos los días, me sentaba en una silla de inválido, en el borde de una fuente termal natural y respiraba el vapor caliente durante una hora.

Muchas otras personas estaban allí por diferentes razones de salud, sobre todo los pulmones o la piel, heredadas. Vi como los lugareños se acucillaban en el borde superficial del manantial, donde el agua brotaba suavemente a través del fondo arenoso. Se llevaban palillos de madera y hacían pequeñas cercas alrededor de ellos, adhiriéndoles arena en el centro. Luego ponían un par de huevos en el interior del círculo, donde serían cocinados por el calor geo-termal del manantial. Comer huevos cocidos, se consideraba extra saludable. Me quedé allí dos meses, disfrutando de la exuberante belleza de Taiwán y respirando azufre en el aire. Mi tuberculosis se curó.

Ahora respiraba vapor sin azufre, más de un centenar de años más tarde. Volví de vuelta al presente. ¿Hacía sólo dos días que había estado en Londres? ¿Ayer? Inesperadamente, las lágrimas picaron bajo mis ojos, debajo de mis párpados cerrados, una vez más, el rostro del taxista se alzaba delante de mí. ¿Estaba todavía vivo? ¿Qué estaba pensando su familia, sintiendo, haciendo?

Me senté de golpe, la culpa pegándose a mí como una capa jabonosa, y agarré el champú. Yo no lo había hecho, había sido Incy. Todo lo que yo había hecho era... alejarme.

Me lavé el pelo y me sumergí bajo el agua para enjuagarlo. El agua comenzaba a enfriarse un poco y quité del gancho la esponja, la enjaboné y froté todo mi cuerpo, sintiendo como si estuviera despegando la capa superior de mi piel. Todas las partes que me había frotado, estaban rosas

y sentía el hormigueo, y me sentía extrañamente lúcida, respirando claramente, viendo como el agua se filtraba por el desagüe. Sentía mi piel limpia, suave y viva.

Estúpido, ¿eh?

Por suerte, volví a mi habitación sin ver a nadie más. Encontré mi cama abierta y una taza de té caliente en la mesa pequeña que había al lado de esta.

—¿No hay chocolate? —murmuré, y rebusqué en mi maleta. Yo no había empacado ninguna ropa de dormir, pero encontré una camiseta vieja que no parecía tan mala. No pude encontrar un peine, así que, pasé mis dedos a través de mi pelo corto y negro, desenredando la mayoría de los nudos. Entonces envolví mi bufanda de lana alrededor de mi cuello, me metí en la cama, y olfateé el té. Olía a hierbas, por supuesto. Estas personas estaban rodeadas de hierbas. Hierbas que iban y venían, cada vez que me daba la vuelta.

El té era de sabor a menta y un toque de regaliz. Mi habitación estaba fría, mi pelo todavía estaba húmedo, y la calefacción se sentía muy baja. Apagué la luz y me acurruqué bajo las mantas y el edredón, sorprendentemente acogedor y confortable. La cama era pequeña y dura, pero he dormido en literas de barco, en asientos traseros de los coches, y en un millón de compartimentos de tren, por lo que no era un problema. Odiaba el hecho de que no había cerradura en la puerta, pero antes de que tuviera tiempo de preocuparme por eso, me quedé dormida.

No soy una gran durmiente. Mi cerebro por lo general no se apaga. Estaré casi dormida, casi apunto, y entonces empezaré a pensar en ir a alguna parte, o en la renovación de una casa de campo en Francia, o donde dejé un par de zapatos, o si puedo encontrar un alimento en particular, en esta ciudad en particular.

Entonces, cuando estoy dormida, por lo general tengo malos sueños. En realidad, nada de sueños, como el que yo le estoy hablándole a un pretzel y entonces una ardilla se está riendo de mí y es todo mi subconsciente circulando a través de basura extraña. Son más como recuerdos. Malos recuerdos. Recuerdos de personas, humanas e



inmortales, a quien he conocido y que han muerto, de los años realmente horribles que he tenido (estaba literalmente en una cárcel turca, en la década de 1770, no en un día de picnic.), de las plagas y las guerras mundiales y los accidentes de tráfico y los accidentes de caballo y de coche y los descarrilamientos de trenes y... Es como un cúmulo pesado de cosas malas, y cuando cierro mis ojos por la noche, cuando estoy tan cansada que no puedo evitar que mis párpados se cierren, es cuando los recuerdos vienen a mi mente, insistiendo en que los mire de nuevo, como si ellos quisieran que sintiera más emoción esta vez.

Por lo general me auto medico hasta el punto de que, incluso cuando sueño, no puedo recordar nada de ellos por la mañana.

Funciona bastante bien, hasta un punto, pero los efectos secundarios pueden ser de tipo brutal.

Cuando me desperté por la mañana, mantuve mis ojos cerrados contra la luz rosada que pasaba a través de la ventana, e inmediatamente alejé cualquier recuerdo de la noche anterior. Esperé a que la miseria física me abrumara, e intenté calcular la cantidad de la distancia en pasos a la que estaba el baño y si sería mejor, simplemente, arrojarlo por la ventana.

Pero... me sentía bien. Abrí un ojo. El reloj de la mesilla de noche señalaba las 06:17. ¿De la mañana? Vaya, eso era... temprano. *Ayer por la noche...* hice una mueca, pero en realidad lo peor que había sucedido la noche anterior fue mi actuación, increíblemente estúpida frente al Dios vikingo. Dentro del gran esquema de las cosas, no era tan malo. Inhalé un par de respiraciones y no me sentí del todo enferma. De hecho, me sentí muy bien. Me sentí como si, en realidad, estuviera recién despierta. Me incorporé lentamente y recordé que no había bebido nada de licor, no había nada más que el alimento más aburrido conocido por hombre o bestia. Huh. La habitación estaba fría, el radiador acababa de empezar a silbar lentamente, y manoseé mi maleta, buscando ropa "limpia", y utilizo ese término en un sentido relativo.

Me visto rápidamente, viendo cómo mi aliento crea niebla en el aire frío. Entonces lancé todas mis cosas de vuelta a la maleta y subí la



cremallera. La arrastré escaleras abajo —y justo después gorroneé una taza de café.

Me apoyé sobre mi puerta y me puse las botas, mis dedos pasaron por encima de un talón. Probablemente lo estaba imaginando, pero pensé que podía sentir la energía del amuleto. Como si alguien pudiera esconderlo dentro de un libro, en una biblioteca enorme, y yo pudiera pasar mis dedos por encima de todos los lomos de los libros e inmediatamente saber cuándo lo encontraba. Estoy muy segura de ello.

Las llaves de mi coche estaban en el bolsillo, el mapa estaba, todavía, en el coche. Yo podría, fácilmente, encontrar mi camino de vuelta a Boston, o tal vez había un aeropuerto cercano, para los viajeros. Hice una pausa, con mi mano en el pomo de la puerta.

La idea de volver a Londres era una nube oscura que se arremolinaba en frente de mi cara. Sentía temor. Era la misma sensación que me había hecho mentir a Gopala, para usar un pasaporte de Incy, que no sabía nada. ¿Por qué? Yo estaba actuando por instinto, ¿pero qué instinto? Incy nunca me había hecho daño. ¿Molestarme? Sí. ¿Exasperarme? Con frecuencia. ¿Pero hacerme daño? ¿Asustarme? Nunca.

No sabía a dónde ir, ni lo que estaba haciendo, ni por qué. Y eso era una sensación muy familiar, pero de una manera totalmente diferente.

Dejé escapar un suspiro y abrí mi puerta. Decidiría a dónde ir cuando llegara al aeropuerto. Sin embargo primero, un café, ese precioso líquido que daba vida y que despegaría mis ojos y lubricaría mis células cerebrales.

*Oh, Dios, por favor, por favor un café, café de verdad, aquí.*

No había nadie en el comedor, y vagué de vuelta a la cocina, mi nariz se crispó. Lentamente abrí la pesada puerta, y entré, en la comparación con el silencioso, vacío y gris comedor, la cocina estaba llena de calor y bullicio. Las luces estaban encendidas, la gente estaba hablando y riendo, y el aire estaba lleno de olores.

—¡Nastasya!

Mi cabeza se sacudió hacia los lados para ver a River sonriéndome.

—Pensé simplemente en coger un poco de café... —comencé.

—El desayuno no está listo todavía, la mayoría de los otros aún están haciendo las tareas —dijo River.

—Nunca tomo nada de comida en el desayuno —dije—. Pero café...

—Ven aquí —pidió River y, curiosamente, mis pies la obedecieron—. Déjame ver tus manos.

¿Un chequeo de mis uñas? Las extendí hacia adelante, aliviada al ver que estaban limpias, gracias a mi baño exfoliante de la noche anterior. ¿Iba a leerme la palma de la mano? Parecía muy posible.

—Tienes unas manos increíbles —dijo River, sonando complacida—. Fuertes. Perfectas para hacer esto.

—¿Huh?

River me subió las mangas hasta mis codos. Me estremecí cuando balanceó mi bufanda de lana sobre mi hombro, dejándola colgando por detrás de mí. Entonces ella me agarró las manos y literalmente las impulsó sobre un enorme montículo de masa caliente, extendido sobre la mesa de trabajo de madera, como una larva gigante.

—Uh... —Me sentí congelada, cuando mis manos se quedaron atrapadas, rápidamente, dentro de esta pequeña masa como de alquitrán.

Los ojos de River, claros y de color del cuero marrón, miraron profundamente los míos. —Sé que sabes cómo amasar pan. —Su voz era suave. Mis mejillas se ruborizaron; ella se estaba refiriendo al hecho de que muchos inmortales habían nacido antes de que hubiera fábricas de pan. Muchos inmortales (las mujeres, al menos) probablemente, habían hecho su propio pan, miles de veces. A no ser que hubieran nacido en la riqueza y hubieran sido, de alguna manera, ricos toda su vida.

Yo había nacido rica, pero había sido tan pobre como un campesino, en el tiempo en que tenía diez años. Había vivido en las granjas,

numerosas y diferentes granjas, hasta que me di cuenta que me gustaban las ciudades mucho más.

Sabía cómo amasar pan.

—Eso fue hace tiempo —dije, todavía sin moverme. Más o menos hace cientos de años.

—Sí —dijo River, en voz más baja—. Sí. Pero uno nunca olvida cómo hacerlo. —Puso sus manos sobre las mías y las sujetó juntas. Juntas, empujábamos la masa concentrada, alejándola de nosotras, después apelmazándola por los lados, y a continuación la empujábamos hacia nosotras de nuevo.

A través de la sala, alguien, ¿Charles, con el pelo de color rojo brillante?, comenzó a freír el tocino en una sartén de hierro, en la gran estufa antigua. La chica negra, ¿posiblemente Brynne?, tomó un par de moldes para cocer en el horno, poniéndolos sobre un paño de cocina limpio en la mesa, los golpeó con firmeza. Recién horneado, salía vapor del pan desde los moldes y brillaba dorado a la luz del amanecer.

*¡Sí! ¡Oí a café! ¡Sí! Gracias, Dios, Brahma, San Francisco, quien sea.  
¡Había café en mi futuro!*

Me di cuenta de que River me había dejado sola para comenzar a verter las jarras de sidra de manzana. Yo todavía amasaba el pan, mis manos y brazos se movían de forma automática.

Una vez que miré hacia arriba, vi a Brynne sonriéndome. —Lo haces bien —dijo ella, y se limpió un poco de sudor de la frente.

Yo murmuré algo ininteligible, y se me ocurrió que no podía recordar la última vez alguien me hubiera dicho que hiciera algo así. En realidad, no había mucho que hiciera bien. Ya no.

—Aquí —dijo River. Sostenía una gran taza de gres delante de mis labios, y sin retirar mis manos de la masa, bebí un poco de café caliente, mitad café y mitad leche hervida, con un poco de azúcar. Era el maldito café, más perfecto, que jamás hubiera probado.

Creo que lancé un gemido patético de placer, ya que River se echó a reír, y ella se veía tan bonita, con su rostro bronceado enrojecido por el

calor de la cocina, con su pelo plateado recogido en una coleta práctica, y pequeños mechones sueltos. Tomé otro sorbo, mientras ella sostenía la taza, y pensé: Ella tiene casi 1.300 años de edad. Lo que era un pensamiento muy extraño, incluso para un inmortal, y yo lo habría meditado más, pero había un buen café intenso, deslizándose por dentro de mi garganta, y me sentí despierta y lúcida y no desgraciada, y entonces el dios vikingo llegó a través de la puerta de atrás, respirando el vapor, llevando puesta una gruesa camisa a cuadros, como un leñador en un sketch de Monty Python.

Él echó un vistazo alrededor de la habitación, quitándose los guantes, de trabajo, de cuero, y allí estaba yo, la escoria de la tierra, amasando la masa como una profesional y bebiendo café hecho por la dueña de todo el asunto. ¿La diversión de golpear y amasar la masa caliente y de levadura? Dícese veinte dólares. ¿Este café perfecto? Con mucho gusto pagaría setenta y cinco dólares por esto. ¿La expresión del rostro de Reyn, cuando me vio trabajando en la cocina, al amanecer? No tenía precio. Yo le sonreí cuando nadie podía verlo, y un músculo en su mandíbula se crispó. Se acercó a la cafetera y se sirvió una taza, mientras yo dividía la masa en dos partes iguales, tapando con un paño de cocina una de ellas, y comenzando a rodar la otra sobre la mesa.

La amasé hasta que tuvo una media pulgada de espesor, a continuación, comencé en la parte superior, usando las puntas de mis dedos para rodarlo y darle forma como de serpiente larga y muy fina. Cuando todo estaba rodado, pellizqué las puntas e incliné los dos extremos debajo de ello. Luego lo cogí y lo coloqué boca abajo, en un molde de pan con mantequilla untada y coloqué la barra oblicua en la parte superior. Y eso era un pan, listo para hornear.

Reyn parecía tan decepcionado, que yo no podía dejar de reír. Mi estómago gruñó, el aire estaba totalmente impregnado de buenos olores, de bacón, de pan recién horneado, de sidra, y había sido así, tanto tiempo que yo no había ido a ninguna parte cerca para desayunar. Por lo general no podía soportar el desayuno, nunca tenía hambre antes del mediodía, hasta entonces. Pero ahora tenía hambre.

Tal vez podría quedarme un día más. Nadie sabía dónde estaba, y podía ver cómo mi pan iba a salir.

## Capítulo 7

*Traducido por Ruthiee  
Corregido por V!an\**

En el desayuno, varias personas me sonrieron o saludaron, y los que no lo hicieron, sólo parecían como si no fueran personas mañaneras, no es como si ellos ya odiaran mis agallas. No comí mucho, me sentí incómoda realmente rápido, pero el pan tostado con mantequilla esta sorprendentemente agradable, y el tocino tenía mucho más sabor que el tocino por lo general tiene, salado y masticable y crujientes con grasa freída.

Después de que obedientemente cargué mi plato vacío hacia la cocina, River dijo: —Ven conmigo. —Agarré mi abrigo de piel destartado negro y troté detrás de ella en el aire frío de otoño. Ella me llevó mas allá de un grupo de árboles arce, dejando caer sus hojas escarlatas en el piso como sangre. Varios perros corrieron hacia nosotras, y los miré con cautela hasta que River les dio palmaditas en sus cabezas.

—Sí, Jasper, sí, Molly, buenos chicos.

Un largo, estrecho granero estaba en la esquina de la casa, y sus grandes puertas dobles estaban cerradas. River me llevó a través de una puerta de tamaño regular en el costado del edificio, y una vez que entramos, vi que ahí no había animales, no había heno, no había tractores. En vez de eso, había grandes ventanas que dejaban al sol inundar todo el edificio. Estaba dividido en dos grandes habitaciones que se abrían hacia un pasillo central. La gente ya estaba entrando, iluminando los calentadores de gas, moviendo las sillas en su lugar. Esta era la parte del colegio de River's Edge.

River me llevó dentro de la tercera habitación hacia la izquierda. Solis estaba ahí, sentando en una almohada plana en el deteriorado piso sin adornar. Él miró hacia arriba, y una mirada pasó entre él y River que no pude leer. Luego River me dio una última sonrisa y se fue, haciendo ningún sonido.

Unas pocas personas —Jess, el viejo; Daisuke, el chico japonés sonriente; y Brynne, quien era morena y linda y tenía su cabello trenzado en rollos apretados contra su cabeza— entraron y colgaron sus sacos en unos ganchos en la pared. Ellos me miraban curiosamente, pero tomaron sus lugares alrededor de la orilla de la habitación, abriendo libros usados.

*Blimey, soy Howarts*, pensé, luego Solis me dijo que me sentara junto a él. Lo hice, manteniendo mi abrigo puesto, mi bufanda abrigada alrededor de mi cuello.

—Nastasya —él comenzó, hablando bajo para que sólo yo pudiera escucharlo—. River quiere que te enseñe, ella me lo pidió. Pero no puedo tomarte como una estudiante. No lo haré.

Esto era inesperado, y me senté en silencio. He estado hasta la mitad del camino de la puerta, de todos modos. Pero...

—¿Si? ¿Qué oportuno? —Traté de mantener mi voz baja, pero salió de manera agresiva. Mis mejillas estaban calentándose mientras las palabras de Solis se hundían dentro de mí.

Solis se vio triste y amable, como un pensativo salvavidas Californiano, y me sentí como limitándome hacia él. —Tú no estás comprometida —él dijo simplemente, sin tonterías—. Tal vez tuviste una crisis. Tal vez pensaste que necesitabas un cambio. Tú recordaste a River y consideraste que esto podría ser una buena casa intermedia. Pero realmente no estás aquí, no para quedarte. Tu corazón no está aquí. Ya has puesto un pie fuera de la puerta. Yo no... no quiero perder mi tiempo.

Un puñado de oraciones se atascaron juntas en mi cerebro, todas tratando de salir al mismo tiempo. Espantosamente, lo que salió fue: —¿Cómo sabes dónde está mi corazón? —soné como un mocoso callejero.

Solis parpadeó, la luz del sol sobresaliendo de su cabeza, resaltando sus rizos de cabello corto rubio oscuro. —Bueno, lo sé porque... —dijo, como si yo hubiera preguntado cómo sabía que el sol se levantaría mañana— lo puedo sentir.



Me sentí avergonzada, humillada en frente de otros estudiantes. Me burlé. —Sí, claro —dije disgustada, poniéndome de pie—. Lo que sea. Estás en lo correcto, no quiero estar aquí. No desperdiciaré tu tiempo ni el mío. —Abrí la puerta del salón, consiente de las curiosas miradas clavadas en mi espalda—. Lo que sea —dije de nuevo sobre mi hombro. Luego cerré la puerta de manera dura y caminé fuertemente hacia abajo en el pasillo, mis botas sacudiendo el piso. Cerré de golpe la puerta del granero y prácticamente me estrellé justo contra Su Santidad, quien tiró de sus manos para atraparme.

—Quítate, tu estúpido sin vergüenza —gruñí, recuperando mi equilibrio—. Tú ganas. Puedes tener tu pequeño Xanadu para ti solo de nuevo. Me voy.

Reyn me dio una mirada entrecerrada. Había manejado sorprenderlo otra vez. Punto para mí. Rompí mis brazos fuera de su alcance y me distancié. Solis no me había echado fuera del lugar, sin duda River me dejaría quedar de todos modos. Pero él se rehusó a enseñarme. Quiero decir, ¿quién necesita eso? Cinco minutos después, había arrastrado mi maleta de Dead Pony por las escaleras, y salí hacia mi coche rentado. Estaba prácticamente llorando de rabia y frustración, tratando de conseguir poner la maldita cosa en el maletero, pero destrozaría mi intestino antes de pedirle ayuda a alguien.

Por último, me deslicé en el asiento del conductor, encendí el motor, y me marché, arrojando rocas detrás de mí como la llamativa adolescente que era.

Al infierno con ellos.

## Capítulo 8

Traducido por Ellie y cYeLy DiviNNA  
Corregido por V!an\*

No pude encontrar el maldito mapa. No podía recordar cómo demonios volver a la carretera hacia Boston. Mi desayuno ahora se sentía como ácido moviéndose en la base de mi estómago cuando me detuve demasiado rápido en el estacionamiento frente a la Farmacia MacIntyre en la calle principal de este pueblo. Literalmente, la Calle Principal. Había una calle principal... y eso era todo. *Dios, sácame de aquí.*

Para colmo, mis eléctricos nervios, mi sentimiento de malestar general, casi de pánico a falta de una mejor palabra, parecía aumentar a medida que me alejaba de River's Edge. ¿Qué sucedía? ¿Qué pasaba conmigo? Durante las últimas veinticuatro horas, mi crisis nerviosa había aparentemente disminuido un poco. Ahora estaba de vuelta con fuerzas renovadas —un zumbido en mi cerebro que me decía que me ocultara. Mis dedos acariciaron mi nuca, asegurándose que mi bufanda estaba allí.

Un par de chicos locales, vestidos de negro gótico y fumando cigarrillos, estaban sentados con sus espaldas apoyadas contra el edificio en un callejón ancho entre la farmacia y la próxima tienda: "Artículos de granja de Earl". Uno de ellos, una chica con mechones de cabello teñidos de verde y un aro de plata en la nariz, decidió molestar a una extranjera. Me dijo: —No puedes aparcar allí. Es un lugar para personas discapacitadas. —Los otros chicos se rieron.

Le disparé una mirada sin responderle y caminé hacia la tienda, oyendo las risas una vez más. Una mirada rápida alrededor me mostró baratas gafas de sol dispuestas sobre el mostrador, un estante de cañas de pescar, y un congelador antiguo con las palabras "Carnada Viva" escritas en uno de sus lados. Una chica alta y esbelta estaba parada detrás del mostrador, alineando cajas de despertadores pasados de moda

en un estante. Un plumero estaba sostenido en su espalda por su delantal. Se giró, ya sonriendo, pero vaciló cuando me vio.

—¿Puedo ayudarla?

—¿Tienen mapas? —Dije bruscamente—. ¿Como de Massachusetts o del Noreste?

—Seguro que tenemos —dijo, saliendo desde detrás del mostrador. Desde afuera nos llegó el sonido de unas risas, y entonces el ruido de un vidrio al romperse. La chica se sobresaltó, mirando rápidamente hacia afuera, entonces se mordió el labio, no queriendo provocar a los estúpidos locales—. Justo aquí. —Me dirigió hasta un soporte torcido de alambre, su pintura amarilla rompiéndose para mostrar la oxidación debajo—. Aquí hay uno de Massachusetts. Y este es de la región del Atlántico Norte.

La chica lucía pálida, su pelo marrón ceniza casi del mismo tono que su piel y sus ojos.

—¡Meriwether!

La voz fuerte y dura la hizo saltar. —Estoy aquí, papá.

—¿Por qué no estás detrás del mostrador? —ladró el hombre, entrando en nuestra línea de visión. Su cara estaba roja, su pelo negro era grueso y largo, completo por largas patillas. Sus grandes brazos peludos sobresalían de las mangas tiradas hacia atrás... y en realidad estaba usando tirantes rojos.

—Sólo estoy mostrándole a esta... chica, los mapas —dijo la chica, Meriwether. Claramente se mostraba cautelosa de su padre, sino atemorizada. Quizá atemorizada.

Su padre me miró de arriba a abajo, entonces pareció catalogarme como de la misma clase de holgazanes que se encontraban afuera. —¿Qué quieres?

Mirando fijamente abajo, sostuve los dos mapas que Meriwether me había dado, entonces los puse sobre el mostrador.

Meriwether corrió alrededor hacia el otro lado y los tomó, ingresando los códigos de los precios a mano. Mi mirada cayó sobre algunas bebidas energizantes, y agregué un paquete de cuatro de esas. Y también algunas golosinas.

—Bien —Meriwether dijo, algo corta de aliento—. ¿Es todo lo que necesita?

—Sí. Muchas gracias por su ayuda —dije deliberadamente—. Fuiste de mucha ayuda.

—Ah —dijo Meriwether, parpadeando—. Gracias.

Su padre bufó y se dirigió hacia la parte trasera de la tienda.

Ruborizándose, Meriwether me entregó mi cambio y cerró la caja registradora. —Gracias... vuelva pronto —dijo por rutina.

*De ninguna maldita manera volveré aquí otra vez, pensé.*

Afuera, la mañana parecía demasiado brillante y fresca, un viento vigoroso azotando a través de mi abrigo negro de cuero.

—Será mejor que muevas tu coche —la chica gótica dijo otra vez, y yo le disparé una mirada asesina que la hizo respingar. Se rió nerviosamente y se giró hacia sus amigos.

—Consíguete una vida —le dije, metiéndome en mi coche y encendiendo el arranque. La chica me miró con sorpresa, entonces sacudió la cabeza mientras se encogía de hombros.

Se me ocurrió que tal vez debería tomar mi propio consejo. Pero yo nunca lo hacía.

Cada gran ciudad tiene sitios de reunión de inmortales. Parecen pasar por ciertas tendencias: por décadas, muchos de nosotros preferiremos Milán, y estará lleno de clubes e inmortales con apartamentos o casas, siempre muchas cosas por hacer, muchas personas con las que pasar el tiempo. Entonces Milán perderá su atractivo lentamente —quizá el clima político cambiará, o la economía, o una guerra estallará, y entonces otra ciudad, como San Francisco, se volverá

popular. Pero todas las grandes ciudades, y por supuesto muchas ciudades más pequeñas, mantienen una constante, aunque algo pequeña, población de inmortales.

Algunas personas se enamoran de una ciudad y se quedan allí por siglos. Generalmente odian la inevitable modernización y hablan sin parar acerca de los viejos días, antes de que hubiera farolas eléctricas en las calles, por ejemplo. Parecen olvidar el hecho que los caminos eran horribles antes de las farolas, y que las personas eran asaltadas todo el tiempo, y que tomaba una eternidad el moverse de un lugar a otro. Quiero decir... ¿hola? ¿Plomería interna en las casas? Una inmensa mejoría.

Pero la mayor parte de nosotros tenemos lugares predilectos, períodos de tiempo predilectos. Yo no. En este momento, el lugar de moda es Londres. Aunque sabía que podría encontrar viejos amigos en Boston, sabía dónde buscarlos. Era estúpido este sentimiento de terror, como si tuviera que ocultarme en algún lugar con mi cabeza gacha. Era estúpido e irracional, y yo iba a ignorarlo. En Boston, estaría con personas a las que conocía, y me quedaría allí mientras decidía a dónde ir luego. Encendí la radio del coche rentado y pasé a toda velocidad por la Ruta 9 hasta que se conectó con la I-90.

Se sentía como si hubieran pasado veinte años desde que había estado tomando ginebra en el Calabozo. ¿Cómo pude haber sido tan... ignorante hace sólo, qué, cuatro días? Fue en otra vida, otra Nastasya. Quizá era tiempo de cambiar mi nombre otra vez, reinventarme a mí misma, mudarme a otra ciudad. Había sido Nastasya por aproximadamente treinta años. Ya había incluso pasado el momento de convertirme en otra persona. Alguien que no se frecuentara con Incy y con Boz.

Eso es lo que había intentado hacer en River's Edge.

Soy toda una experta en ignorar a la voz dentro de mi cabeza, así que simplemente me empujé hacia atrás en mi taburete y le hice señas al barman para que me trajera otro destornillador [bebida alcohólica hecha

con vodka y jugo de naranja]. Me había pedido identificación, por supuesto —ellos casi siempre lo hacían. Sabía que no debía exagerar demasiado —mi licencia norteamericana decía que estaba a sólo unos meses pasados mis veintiún años. Había sido mucho mejor cuando la edad legal para beber era de dieciocho... más cerca a la edad que aparentaba. Pero yo podría pasar por alguien de veintiuno con aspecto de niña.

Había llegado a Boston tarde esa mañana, me registré en un hotel, y dormí hasta aproximadamente las 10 P.M. —tiempo de salir. Había decidido ir al Clancy, y lo hallé exactamente donde había estado hacía aproximadamente diez años. Lo habían actualizado, y no me gustó. Lo recordaba oscuro, sucio, con una alfombra de un horrible tono verde oliva rodeando una pista de baile de mosaicos de madera de doce metros cuadrados. Un pequeño armario había sido el lugar de un barato DJ que pasaba cualquier canción que le pidieras siempre que te sentaras en su regazo. Había sido íntimo, cómodo, y lleno de inmortales.

Ahora estaba mejor iluminado, con lustrados pisos de madera, y un verdadero soporte de DJ, ubicado más elevado que la pista de baile, donde algún niño estirado hacía girar sus discos de vinilo. La clientela parecía estar dividida mitad y mitad entre humanos e inmortales. Reconocí algunas caras, pero nadie vino corriendo hacia mí para darme un beso en la mejilla.

Por supuesto, ya sabes, los inmortales son humanos. No somos alienígenas enviados para infiltrarnos en la Tierra y apoderarnos de todo. Somos completamente humanos, sólo que no... morimos tanto. Cuando era pequeña, mi padre nos había contado una historia acerca de una princesa que había sido tan buena, que le había sido concedido el regalo de la inmortalidad. Me he preguntado a menudo si él realmente creía eso. Hay diferentes mitos y teorías en diversas culturas inmortales, pero cuando las analizas, siempre se reducen a: ¡boom! ¡Simplemente sucedió! Fue un regalo o una maldición, o bebieron agua mágica o comieron una planta mágica. Yo pienso que tal vez fue una extraña mutación genética espontánea. Como el cáncer o el daltonismo.

¿Quieres oír algo gracioso? Yo ni siquiera me di cuenta que era inmortal hasta que tuve alrededor de veinte años. Sabía que aún lucía muy joven, pero también recordaba a mi madre luciendo muy joven. De todos modos, yo era sirvienta en una casa en Reykjavik [capital de Islandia]. La señora de la casa, Helgar, me reconoció como una inmortal y entonces tuvo que convencerme muy lentamente.

Se convirtió en mi mejor amiga y me enseñó más cosas de las que había aprendido en los veintiún años que había vivido hasta entonces.

Un día, habíamos estado sentadas en el salón delantero, el que miraba hacia la improvisada calle. Era invierno, pero no estaba nevando, y el fuego en la chimenea tallada crujía y saltaba. Helgar estaba sentada en su silla, trabajando en el bordado de una señora adinerada, bordando flores y conejos en lo que se convertiría en la cubierta de un almohadón de arrodillado de la iglesia de la familia. Había aprendido cómo hacer eso cuando era una niña, cuando había vivido en el hrókur de mi familia. Era algo así como un castillo, pero medieval, rústico... no elegante como en Versalles ni nada por el estilo.

Pero ahora era una sirvienta, así que me sentaba en un taburete de madera, enrollando lana.

—No sé cuándo comenzamos —dijo Helgar. Ella tenía una voz fuerte y profunda, y hablaba bien—. Mi propia madre nació en 1380, en Inglaterra. Ella aún la llama “Aengland”. Dijo que conocía a personas en su aldea que habían nacido alrededor del año 1000.

Mis ojos se abrieron notablemente al oírlo.

—De todos modos, Sunna, es lógico que siempre haya habido inmortales —había continuado Helgar. Se le terminó el hilo que estaba usando, y lo cortó con sus dientes, entonces enhebró uno nuevo en su aguja—. Después de todo, siempre ha habido maldad. —Sonaba bastante convencida—. Supondría que los primeros inmortales, los aefrelyffen, salieron del mismísimo Edén, justo después de Adán y Eva. Primero vino la luz, y luego la oscuridad.

—No entiendo —yo le había dicho—. ¿Qué quieres decir con “la maldad”?



—Terävä —había dicho Helgar—. ¿No te contaron esto tus padres?

—Mis padres murieron cuando yo era pequeña. —Agaché mi cabeza, sintiendo el dolor familiar.

Helgar pareció desconcertada, el bordado olvidado en su regazo. — ¡Murieron! ¿Murieron? ¿¿Ambos??

Mordí mi labio entonces, sintiendo una nueva vergüenza al tener padres inmortales que se las habían ingeniado para morir.

Helgar estaba anonadada, sin duda pensando qué se habría necesitado para matar a mis dos padres. Claramente, ambos habían sido inmortales, dado que yo lo era. Pero, sí, estaban muertos. Estaba segura de ello. Bastante, bastante segura.

—¿Pero qué hay acerca de... Terävä? —Pregunté.

Después de varios momentos, Helgar parpadeó y dijo: —Terävä. La oscuridad. Los inmortales nacen de la oscuridad y viven en ella. No podemos evitarlo. Hay maldad en nuestro interior. —Luciendo consternada, tomó su bordado otra vez, evitando mi mirada. Saber lo de mis padres había hecho que yo cambiara ante sus ojos. Yo fingí no advertirlo.

—¿Qué quieres decir con maldad? —Pregunté otra vez.

—Nuestra magia —dijo Helgar, pero no parecía dispuesta a decir nada más.

—¡Nastasya! —Tragué y parpadeé un par de veces, notando que aún estaba en Clancy, sólo que cuatrocientos años después.

Alguien se inclinó y besó mis mejillas, primero la izquierda, luego la derecha, y entonces la izquierda otra vez. Dio un paso atrás, y pude ver el cabello marrón suave, los ojos castaños, y la gran sonrisa.

—Alanna —dije, intentando inyectarle algo de entusiasmo a mi voz. Balanceé mi bufanda sobre mi hombro y sonreí.

—¡Querida! En realidad es Beatrice ahora... —Se sentó en el taburete junto a mí y chocó suavemente su vaso contra el mío. Alanna/Beatrice

era relativamente joven, apenas noventa años, y estaba llena de la energía y el entusiasmo de la juventud. Su cabello era elegante, sus perlas eran verdaderas, y llevaba un suéter de cachemir de animal print con pantalones negros ajustados. Lucía fabulosa.

—Nasty... ¿aún eres Nastasya? —Asentí—. Nasty, no te he visto por una eternidad. —Le sonrió las gracias al barman y le entregó una propina—. Ahora, tú... —me dijo—. Tú te ves... —vaciló y me dio otra larga mirada.

Yo simplemente esperé.

—¿Estás bien? —ella preguntó finalmente.

—Estoy bien —tomé varios grandes tragos de mi bebida, cítrica y fresca, cubierta con un ligero sabor del frío y medicinal vodka—. ¿Qué has estado haciendo?

—Apreciando la longevidad de las acciones — dijo, y soltó una risita, obviamente, decidiendo dejar ir a mi apariencia—. Pasé el verano pasado en Venecia, y era tan hermosa, con excepción de los turistas. Creo que voy a volver el próximo verano.

Yo no tenía la energía para hacerle preguntas al respecto, ver las recomendaciones sobre restaurantes, hoteles y alojamientos. Me gustó Al-Beatrice. Siempre estaba alegre, siempre feliz por algo. Y ella amaaaaaaba ser inmortal. Ella pensó que era la mejor cosa desde la invención del aire acondicionado. Nunca había pensado salir de ella.

—Sabes, es gracioso he estado corriendo dentro de ti —dijo Beatrice, señalando al camarero—. La gente ha estado preguntando por ti.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, sintiendo una repentina punzada de alarma.

—Un par de personas me han preguntado si te he visto, y dije que no. Oh, ¿podría por favor tener un sidecar? —Beatrice preguntó el camarero, luego se volvió hacia mí—. ¡Qué gracioso! Qué casualidad. Ese fue Incy, por supuesto. Creo que Incy y Boz han estado preguntando alrededor, buscando, preguntando a todos. ¿Qué está pasando? ¿Dónde están ellos? Ustedes siempre están juntos chicos.

Mi mente corrió. —Oh, es estúpido —le dije con una sonrisa avergonzada—. Estábamos discutiendo una noche, acerca de cómo todos conocen a todos, y Incy dijo que nadie en nuestro grupo realmente podría desaparecer, ¿sabes?

Bea bebió un sorbo de la bebida y asintió con la cabeza, mirándome intrigada.

Dejé escapar un suspiro teatral. —Así que yo le aposte a que podría desaparecer, con éxito, y que no me podría encontrar. Es estúpido, lo sé. Tengo que quedarme pérdida por lo menos dos meses.

Beatrice se echó a reír. —Eso suena como a Incy. Sin embargo, ¡dos meses! ¿Qué te apuestas?

Hice una mueca. —Si él me encuentra, tengo que tatuarme su nombre en mi trasero.

Beatrice se rió a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás. Ella golpeó la barra ligeramente con una mano. Ella gritó de manera positiva. Sí, Incy era un bribón, todo bien.

—¡Oh, Dios mío! —ella jadeaba, tratando de recobrar el aliento. ¿Y tiene que tatuarse el tuyo en caso de que no pueda encontrarte?

Asentí con la cabeza. —Dentro de un corazón. Sabes cuánto tiempo duran los tatuajes en nosotros.

Beatrice se echó a reír otra vez. —¡Oh, Dios, muy gracioso! ¡Ustedes están locos! ¿Así que supongo que quieres que seguir viéndonos sea un secreto?

Traté de poner los ojos de un cachorro y probablemente termine pareciéndome más a una ardilla rabiosa. —A menos que quieras en tu conciencia que su nombre este en mi trasero.

Beatrice gritó de nuevo. —¡Oh, Dios, no! ¡No puedo tener eso! ¡No voy a decir una palabra!

Le sonreí con gratitud, pero por dentro casi sentía pánico. Incy había estado llamando a su alrededor, preguntando a la gente acerca de mí. Y

no estaba ni siquiera cerca de Bea —ella probablemente iba hacia abajo en su lista. Realmente tendría que perderme y era bueno.

—¿Así que vas a permanecer en Boston un tiempo? —Bea preguntó—. Probablemente te encontrarás con otras personas si lo haces. Creo que me quedaré hasta la Navidad. Es tan bonito en el invierno, con la nieve.

—No —le contesté—. Sólo estoy parada aquí esta noche —forcé otra sonrisa—. Voy a participar en un tour de senderismo de montaña en el Perú. ¡Me gustaría ver que me encuentre allí!

En realidad, esa idea no era mala... Le pedí otro trago al camarero, sintiendo un calor agradable en el estómago, una suave relajación en todos mis músculos.

—Perfecto —dijo Bea con deleite, e hizo la pantomima de cerrar el sierre de su boca.

—¡Bea! —alguien la llamó desde el otro lado de la barra, y Beatrice se giro con emoción.

—Kim —Beso, beso, beso.

Kim era fresca y sofisticada, una hermosa rubia que había sido una top model en los años setenta, bajo un nombre diferente, por supuesto. Se había matado fingiendo su edad, y desapareciendo de escena. Pero era eso o soportar todos los rumores de cirugía plástica, se había vuelto cada vez más mordaz y resentida.

—Hey, Kim —le dije, sonriendo.

—Nastasya —dijo. Beso, beso—. Yo casi no te reconocí. ¿Cuándo te cortaste el cabello?

—Oh, yo no lo sé —dije la verdad.

—Y el negro —me dio una mirada crítica—. Así que... está pegando con tu tono de piel.

—Sí. Soy realmente más de primavera —dije con ligereza.

—No —dijo Kim, sacudiendo la cabeza—. No, no eres. Eres un invierno, con esa piel pálida, los ojos extrañamente oscuros. ¿Alguna vez

he visto tu verdadero color de cabello? —Kim amaba estas cosas, cabello y ropa y maquillaje.

—Uh, no sé —dije otra vez—. De todos modos, ¿qué hay de nuevo contigo?

Bea lleno rápidamente a Kim con mi loca apuesta con Incy, y Kim sonrió y aceptó el juego. Había sido una idea genial, tengo que decirlo. Entonces se lanzó a lo que ella había estado haciendo últimamente, que, como se vio después, era bastante.

Esto era lo que yo quería, ¿verdad? Las luces y el ruido y las bebidas y la gente con quien hablar alrededor. Por supuesto, yo no había imaginado los largos zarcillos de Incy cerrándose aquí a mí alrededor. Pero al menos esto era mejor que aquella casa fría y vacía en West Lowing. Y sin embargo, el recuerdo de ella, el olor de la cocina, la risa, el crujido de las hojas de otoño bajo mis pies, el aroma de la camisa de franela de Reyn cuando se puso de pie junto a mí—me atravesó bruscamente, e inhale.

—...así que pensé echar un vistazo a Clancy —finalizó Kim.

—Ah —asentí con la cabeza, abrí los ojos en general, y termine mi bebida.

El camarero sin decir palabra deslizó otro hacia mí, y yo asentí con agradecimiento y puso uno de diez en su camino.

—Kim —dijo Bea, golpeada por un pensamiento—. ¡Muéstrale a Nastasya lo tuyo!

*Whuh, ¿eh?*, pensé.

—Ah, eso —Kim parecía modestamente segura—. Es sólo un truco, la verdad.

—No, no, no —dijo Bea, bebiendo su bebida con la paja pequeña—. Es genial —ella se volvió hacia mí—. Kim ha creado esta cosa, y es divina. Kim, tiene un espectáculo. Y mira, están Leo, y Justin. Y Susie. ¡Les encantaría verlo!

—Oh, bueno, si insistes —Kim se sonrojó muy bien y se deslizó de su taburete. Bea pasó por encima y empezó a reunir personas, sólo inmortales, ninguno de los cuales yo conocía.

—¡Vamos! —dijo Bea, indicándonos hacia la parte posterior de la barra.

Llevó a cerca de nueve de nosotros a través de un pasillo oscuro conduciéndonos a una desvanecida escalera. Y más. Y más. Subimos cuatro tramos de escaleras y, a continuación Bea abrió una puerta de metal negro que daba al exterior a la azotea del edificio, con el olor a frío alquitrán y el humo de la madera y los olores de cocina del restaurante de al lado.

La mayoría de los edificios de esta zona eran de seis pisos o menos, ya que había sido el límite de lo alto por un techo de cisterna de donde se podría bombear agua con gravedad, cuando estaban en construcción. Aún quedan algunas cisternas para ser vistas, de metal oxidado remilgadamente de pie sobre tres soportes, sus pequeñas escaleras, rotas colgando a un lado.

—Bien, ahora —dijo Beatrice—. Esto es genial. Pero todo lo que tienes que hacer es poner abajo tu bebida y fumar. ¿Son nueve personas suficientes? —preguntó Kim.

—Deberían serlo. ¿Podemos entrar en un círculo y agarrarnos de las manos? —Kim levanto sus manos.

Íbamos a hacer magia. Sentí un cosquilleo de temor mezclado con la emoción. Yo no había estado en un círculo por—¿unos doscientos años? Había evitado la magia “grande”, y la mayoría de mis amigos eran demasiado perezosos para aprender todo lo necesario para que funcionara. Las pocas veces que había intentado algo más que un hechizo menor, casi siempre tuvo una mala reacción, incluyendo vómitos, dolores de cabeza y desmayos... Que revelaban que el hechizo que había hecho para encontrar a River había sido el primero en casi minúsculas que había hecho en años. Yo era reacia a volver a intentarlo, pero todo el mundo a mí alrededor parecía no tener ninguna duda, y me sentiría estúpida si me retiraba ahora. Tal vez debería superar mi

prejuicio anti-magia-grande. Tal vez sería mejor esta vez. Tal vez sería mejor ahora. Asentí con la cabeza, con una sensación de imprudente y decidida, y me anime. Esto era justo lo que necesitaba. Esto era exactamente por lo que yo no podía llegar a River's Edge.

Me acerqué y tome una de las manos de Bea y una de Susie. Todos sonrieron el uno al otro, y Bea me apretó la mano. Me sentí interesada y entusiasmada y con suerte de estar allí.

—Bueno, todos ustedes saben cómo prestarme su poder —dijo Kim, y nosotros asentimos—. Esperen a que lo solicite, después dire las palabras. Pero primero tengo que arreglar las cosas.

Ella respiró hondo varias veces y cerró los ojos. Por un minuto todo estaba en silencio, los únicos sonidos venían de gente hablando y gritando, cinco pisos más abajo. Coches sonando a lo lejos. Música débil. Un par de gritos en el edificio de al lado. Pero aquí seguía, sereno. Aflojé mi respiración y cerré los ojos. Helgar, cuando ella había superado el misterio de mis padres, había descrito nuestra magia como tener una serpiente negra enrollada en el interior, y cuando dices las palabras correctas, su poder se libera por la boca. Gruesas imágenes estaban a un lado, de cómo todavía pensaba que era.

Ahora me he concentrado en la recopilación de mi poder. No era simple, como los dientes apretando los músculos. Era más como centrarme en una operación de concentración, como en el yoga o la meditación. Ambos de los cuales siempre me habían aburrido hasta las lágrimas.

Oí a Kim empezar a cantar, y sus palabras eran tan antiguas y oscuras como las pocas que conocía, pero a partir de un lenguaje de raíz diferente, tal vez una lengua romance. Sentí un cosquilleo en el pecho y me centre en la respiración lenta, uno, dos, tres, cuatro. Kim cantó, y su hechizo comenzó a tejerse alrededor de nosotros, entrelazado a través de nuestras manos, estando con nosotros juntos. Mis manos se calentaron con la magia de Bea en un lado y la de Susie, por otro, y mi pecho comenzó a sentirse apretado. Siempre odié esta parte, cuando yo sentía que no podía respirar lo suficiente, y mi cabeza se sentía como si fuera a



explotar, y me temo que si gritaba pidiendo ayuda, nada saldría. Pero siempre pasa, así que seguí con una corta rienda en mi pánico y me centre en la respiración. Sentí nuestro creciente poder, sentí la magia que nos llegaba en la forma de insectos que salen de la madera para escapar del fuego.

Ahora me di cuenta de las palabras de Kim: Era un llamado a nuestro poder. Calladamente cante: —Gefta, ala, minn karovter. Pav minn gefta, hilgora silder —canté las palabras varias veces, sin saber su traducción. Ellos me las habían enseñado a mí hace mucho tiempo como una manera de dar a mi alcance un hechizo para una cafetera. Yo las había utilizado sólo un par de veces, pero una vez que las supe eran imposibles de olvidar.

Minutos después, escuché a alguien dar un grito ahogado. Mis ojos se abrieron. Allí, recortada contra el cielo nocturno, estaba Kim, sonriendo grandiosamente, con los brazos extendidos.

Susie se rió y aplaudió sus manos, dejando caer la mía, que se sentía muy caliente.

Hubo otros susurrando palabras de elogio y admiración. El truco de fiesta de Kim fue realmente impresionante: Su cuello y hombros estaban cubiertos de pájaros cantores, ordenados de acuerdo al color. Los jilgueros hacían un brillante esquema de color amarillo, los titimices de un suave gris forraban sus brazos, los reyezuelos hicieron una capa de plumas color café a lo largo de sus hombros. El aire estaba crujiente y vivo con la magia, la celebración de las aves perfectamente inmóviles, parpadeando lentamente, currucas, tiranos, oropéndolas, haciendo un intrincado patrón, precioso, lleno de energía y de vida y los pequeños, con su corazón latiendo rápidamente.

Fue una de las cosas más hermosas que jamás había visto, pero no pude dejar de preguntarme ¿qué demonios en la tierra la había poseído para intentar hacer esto? Para pensar en ello. ¿Cuál era el punto? Sí, todos tenemos un montón de tiempo en nuestras manos, pero...

—¿No es increíble? —Bea susurró, poniendo su mano sobre mi hombro—. Creo que es asombroso.

—Sí, es algo, está bien —yo no podía mirar los pares a distancia— de muchos ojos negros, brillando, buscando debidamente en la distancia, como si estuvieran drogados. Mi estómago estaba torcido, y de repente estaba tan triste porque yo estaba aquí, porque yo había aceptado ser parte de esto. Otro giro equivocado y estúpido.

—Gracias, gracias —dijo Kim, haciendo una pequeña reverencia—. Pero no puedo mantenerlo por más tiempo, por lo que... —ella respiró y dijo unas palabras que liberaron a los pájaros de su hechizo. Esperé para que sacudieran la cabeza, se vieran a sí mismos, y salieran volando, desconcertados, en la noche.

Pero cuando los primeros de nosotros se dirigieron a las escaleras, vi a las aves cerrar los ojos, inclinando la pequeña cabeza, sin problemas a un lado. Luego, uno por uno, fueron derrocados detrás de Kim, cayendo en silencio hasta el techo. Muertos.

—Whoa —dijo Harry—. Son una especie de pájaros de un solo uso, ¿eh?

La gente se rió, y Kim se encogió de hombros con gracia. —Se hace un número de ellos —se dirigió a la puerta, y pronto me quedé sola en el techo de este bar de Boston, con un terrible dolor de cabeza, un mal sabor en mi boca, y mis pies, rodeados por unas vibrante cientos de encantadas aves canoras, sus cuerpos con suaves plumas ya enfriándose.

## Capítulo 9

Traducido por Paovalera [SOS] y flochi  
Corregido por Ellie

Esa noche los sueños vinieron otra vez. Solté la mano derecha de Clancy después del hechizo de Kim. Yo era la única que lo había tomado en cuenta, la única cuyas bebidas daban vueltas en el estomago por pensar en el concreto del techo lleno de partículas brillantes de pájaros muertos. Además, ni hablar del horrible dolor de cabeza y la náusea usual; me rendí, dejando a Beatrice, Kim y las demás que me miraban con expresiones sorprendidas. Era cerca de media noche, y había regresado al hotel, sintiéndome mal.

Me preocupaba no poder dormir, pero lo exhausta y lo alarmada que estaba me llevó a un estado de inconsciencia profundo, y al horrible recuerdo de mi infancia, de vuelta a esa primera noche en que mi vida cambió.

Un gran estruendo me despertó, miré a mi hermana mayor, Eydís, dormida en la cama que compartíamos. ¿Sería un trueno? Amaba las tormentas. Miré a la ventana, sellada con pequeños paneles de vidrio. La luz pestañeaba afuera. ¿Un relámpago? ¿Fuego?

El sonido vino otra vez, un gran estruendo que hizo temblar nuestra cama. Vi a Eydís pestañear soñolienta y, en el siguiente momento, la puerta de nuestra habitación se abrió por completo. Nuestra madre estaba allí, sus ojos muy abiertos, cabello largo y dorado flotaba en su espalda, sobre la ligera capa de tela con la que dormía.

—¿Móðir? —dije.

—¡Rápido! —dijo, lanzándonos unas mantas—. ¡Levántense! ¡Pónganse sus zapatos! ¡Rápido, ya!

—¿Qué está pasando Móðir? —Eydís preguntó.

—No hay tiempo para preguntas. ¡Rápido!

Sentí la siguiente explosión en mis oídos mientras me colocaba los zapatos de invierno, hechos con cuero y piel de conejo. Hacía frío en nuestra habitación; el fuego se había apagado, las paredes de piedra estaban cubiertas por una capa helada. En el corredor nos encontramos con mi hermano mayor, Sigmundur, quien a los quince años ya era tan alto como mi padre. Él tomaba una mano de mi hermano menor, Háakon. Tinna, la mayor de mis hermanas, ya estaba cubierta con un abrigo de piel, sus largas trenzas doradas caían por sus hombros.

—Vengan hijos, ¡rápido!

Mi madre se dio la vuelta y comenzó a bajar las escaleras, con nosotras tan cerca de ella que su cabello rozaba nuestros rostros.

Gritos y pasos sonoros nos recibieron cuando llegamos al primer piso, y allí estaban los hombres de Faðir, armados con espadas y arcos, y vestidos con ropas de cuero pesado. Nos presionamos contra la pared de piedra mientras ellos pasaban corriendo y gritando órdenes. En una sola columna, se apresuraron por el fino pasillo de las escaleras, que se curvaban en forma de espiral. Sigmundur nos había demostrado a mí y a Háakon lo brillante que resultaba su diseño si estabas bajando las escaleras, defendiendo el castillo, tu brazo derecho con su espada tenía suficiente espacio para dar de baja a los invasores. Si eres un invasor subiendo la escalera, la mano de la espada no tendría suficiente espacio, y te verías forzado a una pelea que no te favorecería.

De nuevo se escuchó una gran explosión, un temblor. El polvo que cayó desde las rocas sobre nuestras cabezas me hizo estornudar.

—Móðir, ¿qué está ocurriendo? —Háakon, de siete años de edad había estado enfermo las dos últimas semanas, con fiebre y escalofríos. Lo había dejado flaco y pálido, con círculos azules bajo sus ojos.

—La pared exterior ha sido violada —dijo mi madre cuidadosamente, empujándonos hasta el estudio de mi padre—. Ladrones del norte.

Eydís y yo nos miramos, con los ojos muy abiertos. El sonido estruendoso volvió, y Tinna apretó mi mano. —Un arriete<sup>11</sup> —dijo, conteniendo la respiración.

Mientras corríamos por el pasillo, mi madre apagó las antorchas que yacían en la pared, en sus apliques de hierro. Las antorchas cayeron al piso, saltaron chispas, y se hizo la oscuridad detrás de nosotros.

Llegamos al estudio de mi padre. Dentro, mi madre cerró la puerta con una gran llave, luego ella y Sigmundur arrastraron un gran mueble de madera y lo colocaron en tal posición que bloqueaba la entrada al estudio. Mis hermanas, Háakon y yo nos reunimos cerca de la chimenea mientras nuestra madre fue hasta un gran armario de Faðir, y lo desbloqueó rápidamente, con dedos temblorosos. Tan pronto como las puertas se abrieron, Sigmundur se le adelantó y sacó la espada más grande que había. Era por muchos centímetros más alta que yo, derecha y afilada por ambos lados, con una simple agarradera de madera envuelta en finas tiras de cuero.

Mi madre miró las armas por un momento, luego agarró una para Tinna. Los brazos de mi hermana se fueron abajo con el peso de la espada. Cuando Eydís tenía cerca de 12 años, ya contaba con 6 años de lecciones con armas, pero generalmente usábamos dagas pequeñas y pretendíamos que eran espadas. Yo tenía 10, y podía sostenerla en mis manos. Luego de dudar por un momento, mi madre me dio una pequeña espada, quizás de 40cm de largo. La tomé con ambas manos, incapaz de comprender lo que estaba pasando. Incluso Háakon obtuvo una daga, lo que agradeció con ojos de asombro.

—¿Dónde está Faðir? —Sigmundur preguntó, acercándose a la ventana para asomarse por una pequeña abertura.

—Abajo con los hombres.

—¿Tu usarás una espada, Móðir? —Háakon preguntó, todavía admirando su daga.

—Tengo algo más poderoso.

---

<sup>11</sup> **Ariete:** es un arma de asedio originada en épocas antiguas, usada para romper puertas o paredes fortificadas.

Móðir buscó por debajo de su traje para dormir, y sacó el amuleto que me encantaba observar. Me sentaba en su regazo y lo sostenía en mis manos, estudiándolo, pero ella nunca se lo quitó, nunca me dejó ponérmelo. Era redondo, casi tan grande como la palma de mi mano, con una piedra plana y blanca translúcida en el centro, de cerca de 5cm de diámetro. Alrededor de la piedra habían símbolos, algunos eran runas de nuestro alfabeto, que reconocía, pero otros no los conocía. Le pregunté de qué estaba hecha, y ella dijo: —Oro. Oro y poder.

Ahora ella tomaba el amuleto en sus dos manos, cubriéndolo. Mientras otro estruendo hacía temblar el lugar, ella cerró los ojos y comenzó a cantar.

Me desperté abrumada, sudor helado corriendo por mi frente. La parte de atrás de mi cuello me quemaba, aflojé la fina bufanda con la que estaba durmiendo, corriendo mis dedos por la piel que me ardía.

No había tenido ese sueño en mucho tiempo. Sacudí mi cabeza, que todavía dolía, luego me paré con las piernas temblorosas y fui al baño, donde abrí la llave del grifo y me mojé el rostro. No había sido un sueño, sólo fue un recuerdo. El recuerdo de mi madre tratando de salvar nuestras vidas esa noche. Ella no lo había sabido, no había manera de que ella supiera que llevarnos al estudio de mi padre significó dirigirnos a la muerte.

Excepto a mí.

Todavía respirando pesadamente, me eché un poco de agua fría en el cuello, luego me quité la bufanda. En la habitación del hotel, abrí las pesadas cortinas y vi que el sol estaba saliendo —había dormido cerca de seis horas. Una vez que comencé a respirar normalmente, me vestí y usé la computadora del hotel para conseguir ventas de vehículos usados.

Tres horas después, crucé mis brazos sobre mi pecho, sintiendo los dedos temblar por el frío de otoño entrando al carro —usado, destartalado y color café— que compré en una venta anónima en las afueras de Boston. El carro estaba apagado, al igual que la calefacción, y me entró un escalofrío que llegó hasta mi estómago, haciendo que todo

mi cuerpo se pusiera tenso. A pesar de que el sol brillaba y había pocas nubes, había apenas 10° C. No quería salir del carro.

Odié lo que hizo Kim con la magia anoche. La magia significaba muerte y dolor. Perseguir la magia era perseguir el poder, y si tienes poder, alguien te lo querrá quitar. Alguien hará hasta lo imposible para quitártelo. Odié que Incy llamara a cerca de un millón de personas, buscándome, diciéndoles que me buscaran. Más que nunca, quería estar lejos de él, lejos de todos ellos.

Luego tuve el recuerdo. Siempre trataba de no pensar en esa noche, y generalmente lo hacía exitosamente. No había soñado con eso en décadas. Hace una semana, todos mis sentimientos y recuerdos habían sido guardados en muchas capas de algodón, para que no pudieran ser vistos. Ahora mi cascarón se había roto, y el dolor estaba saliendo. Reí secamente. ¿Había sido así como se sintió Eva cuando probó la manzana? ¿De repente vio cosas que no quería ver?

Tragué, mi garganta se sentía apretada. Aquí estaba. No tenía ningún otro lugar a dónde ir. Estar cerca de mi especie en Boston había sido un desastre. El pensamiento de volver a Inglaterra me llenó de repulsión. Peor que la repulsión. Miedo. Escalofrío. Realmente, ¿qué opción tenía? Golpeé una pared. Luego de cuatrocientos años de un lado al otro, ya no tenía idea de qué hacer conmigo misma. Había cambiado mi nombre un sin número de veces, pero me había sentido como la misma yo en el interior. Ahora me sentía como la yo que había dejado atrás hace mucho tiempo, y el pensamiento de eso hacía que mi histeria creciera dentro de mi garganta. Ahora me sentía como algo frágil, algo seco, ennegrecido y muerto.

Hace diez... cinco años, hubiese sentido envidia del hechizo de Kim, impresionada, casi deseando saber tanta magia para hacerlo por mí misma. ¿Qué había cambiado dentro de mí? ¿En quién me estaba convirtiendo?

Salté al escuchar a Solis tocando mi ventana. Estaba apenada, humillada por volver suplicando, una perdedora que no tenía a dónde ir, tal desastre que tenía que pedir ayuda de extraños. Traté de tragar de



nuevo, y abrí la puerta, sintiéndome extremadamente vieja mientras salía del carro. Era mucho peor ahora que la primera vez que había venido. Era mortificante volver a este lugar, y tan rápido. Pero yo sólo... no sabía qué más hacer.

Solis me asintió, sus ojos mirándome mientras fruncí el ceño al piso, pisé las hojas secas que había alrededor con la punta de mi bota. Él asintió de nuevo y tocó mi brazo. —Por aquí —dijo, y comenzó a caminar.

Lo seguí hasta una pared de piedra, detrás de un granero. Una puerta de madera, más alta que yo, estaba escondida detrás de la hiedra, Solis la abrió y me hizo un gesto para que entrara. Casi gemí cuando vi las siembras de vegetales en barbacoas, los marcos, el invernadero. Re-examiné la idea de un suicidio con una astilladora de madera, pero la deseché rápidamente.

Muchas personas estaban trabajando en el jardín. Me negué a mirarlos, por miedo de ver al Lord Viquingo o, peor, a Nell, todo amistoso, insincero. Tampoco me gustaba la idea de toparme con River —no había dudas de que ella sería generosa y comprensiva, lo que me haría odiarla.

Solis se inclinó y tiró hacia arriba algunas hojas gruesas verdes. Un nabo salió de la tierra oscura, y yo casi vomito. Odio, odio, odio los nabos. Una vez que has pasado por un par de hambrunas, donde todo lo que hay para comer son nabos y entejas, nunca más quieres ver a uno otra vez.

—Las plantas obtienen su alimento de la tierra —dijo Solis, como si le estuviera hablando a un tonto. Guardé silencio, la única respuesta que se me venía a la mente era: No me digas, ¡duh!

—Toman los minerales que necesitan —continuó—, extrayéndolos y procesándolos con sus raíces y hojas para así poder crecer, dar semillas y repetir el ciclo. Pero no pueden crecer en la oscuridad, ¿no? Necesitan de la luz del sol y, también, la energía del sol.

Mordí el interior de mi mejilla para evitar gritar. Ahora, él hablaría del reciclado, el abono y cuidar a la Madre Naturaleza. Yo realmente, sinceramente, sin bromear esta vez, quise morir.

—Terävä son como las plantas —dijo él, sorprendiéndome. Mis ojos se abrieron y lo miré rápidamente. La mayoría de los inmortales evitaban hablar de Terävä, la oscuridad y la luz. Helgar había sido una de las pocas que yo había escuchado alguna vez pronunciarlo en voz alta—. Hacen su magia tomando energía, vida, de las cosas alrededor de ellos. Al igual que las plantas, pueden agotar el suelo en el que crecen, haciéndolo estéril e incapaz de soportar vida. Terävä agota la fuerza vital de todo lo que lo rodea. Ese es el por qué las cosas mueren cuando Terävä hace magia. Como estoy seguro de que tú ya has notado.

Pensé en las pequeñas aves de Kim, y mi garganta dolió. —Hmm —dije—. Entonces, ¿ustedes no hacen magia? —No podía ceder fácilmente sin lamentarlo. No usaba hechizos a menudo, no quería hacer a mi magia más fuerte. Sí, hubo unas cuantas veces que sentí una carga de emoción, esa ráfaga de belleza, pero las secuelas eran muy malas. No pensé que lo echaría en falta.

—Oh, no —dijo Solis con una insinuación de sonrisa—. Hacemos magia todo el tiempo. Es nuestra esencia vital. Vivir sin magia sería como... como ser mortal.

De regreso en mi pequeña celda de monja, eones después, traté de sacar de debajo de mis uñas la suciedad. Al menos teníamos fregadero en nuestros cuartos, aún cuando teníamos que bajar por el pasillo para todo lo demás. Estaba cansada, mis hombros doliendo. Mi rostro se sentía quemado, posiblemente por el sol. Cada uña que tenía estaba destrozada, y las cortaría demasiado cortas.

Un golpe en la puerta hizo a mi corazón sobresaltarse. Quizás... ¿Reyn? Me permití soñar con la fantasía de que él secretamente —de manera muy secreta— estaría contento de volver a verme.

—Está abierto —dije—. Por supuesto.

River abrió y llegó hasta detrás de mí en el fregadero. Puso sus manos sobre mis hombros, sonriéndome en el espejo. —Bienvenida de vuelta —dijo ella ligeramente—. Me encanta tu automóvil.

Su palabra anticuada me hizo sonreír. Levanté mis manos arruinadas. —Me encanta tu jardín —respondí, y ella rió. Traté de no disfrutarlo.

—Por lo que Solis dice, recogiste tu propio peso en nabos, remolacha, y coles, según escuché. Sé que estarás entusiasmada por verlos en la comida.

Mis párpados se sacudieron, y no pude evitar un gemido de consternación. River rió nuevamente. —Lo sé. He pasado en tiempo de hambrunas, por supuesto. Una vez, en el sur de Inglaterra, todas las vacas estaban maduras y rebosantes de leche, pero la mayoría de los cultivos de alimentos se malograron. Bebimos leche, hicimos queso, comimos queso, alimentamos con queso a los animales... ¡el hedor! Fue suficiente para que me den asco los lácteos por sesenta años.

Puse el pañuelo alrededor de mi cuello otra vez, y me senté en la cama. Afuera, repentinamente se había vuelto oscuro. Oré para que las personas hubieran empezado a preparar la cena, entonces lo recordé, habría nabos, remolachas y coles. A pesar de todo, estar deprimida aquí se sentía mejor que no-estar aquí. Estar en el mundo de afuera. Perdiéndome entre mis recuerdos. Otra vez, me pregunté qué habían pensado mis amigos de mi desaparición. ¿Estaban buscándome? ¿Estaba verdaderamente escondida aquí?

—No entiendo por qué tengo que trabajar en los jardines —dije—. Sólo... quiero ser... no lo sé. Como, salvada o algo así. Dime qué hacer y lo haré. Pero no entiendo qué tiene que ver la jardinería con eso. —Froté mis manos limpias contra mis pantalones, la sensación de picor de la suciedad seca era imposible de quitar.

River pensó durante varios minutos, se elegante perfil esbozado contra la oscuridad del exterior. Me levanté y tiré de las pesadas cortinas de invierno cerradas, el frío emanando de los vidrios de las ventanas.

—Para los inmortales, el tiempo pasa muy rápidamente —dijo finalmente—. ¿Recuerdas cómo, cuando eras una niña, cada día demoraba una eternidad en pasar, y cada año hasta tu cumpleaños parecía tomar toda una vida? Entonces, una vez que creciste, el tiempo pareció pasar más rápidamente. ¿Recuerdas eso?

Evitaba pensar en mi infancia tanto como fuera posible. —No.

—Bueno, es un sentimiento casi universal —dijo River, impertérrita—. Eso es porque, cuando eres un niño de diez años, un año es un enorme diez por ciento de toda tu existencia en el mundo. Y si no recuerdas los primeros dos o tres años, entonces un año es incluso un porcentaje más grande. ¿Lo ves?

—Supongo. Pero el jardín...

—Cuando tienes cuarenta, un año es sólo la 40<sup>o</sup> parte de tu existencia entera. Por lo que cada año parece pasar más rápidamente, por no llevar tanto peso. ¿Tiene sentido?

—Um, bueno, está bien —dije.

River era paciente, como una persona de 1300 años de edad debía ser. Sus ojos eran claros y cálidos, pareciéndose intensamente a los míos. —Cuando eres una aefrelyffen, inmortal, se siente como si estuvieras mirando al futuro... al olvido. Por supuesto, te das cuenta que probablemente estarás viva en el año 2250 o parecido, y es aterrador porque no tienes idea de cómo será. Cuando eres inmortal, los años mismos rápidamente pierden todo significado. Años, décadas y, eventualmente, siglos parecen pasar volando en un abrir y cerrar de ojos, hasta que, dicen, los mil setecientos años se sienten como una mala fiesta que tuviste una vez.

Yo jugaba con los extremos de mi pañuelo y no decía nada.

—Porque de la longitud relativa de nuestras vidas, tantas cosas pierden importancia o se pierden a si mismas, contra un enorme telón de fondo —continuó River—. ¿Cuántos amantes has tenido? ¿Cuántos niños? ¿Cuántos amigos has querido y están muertos ahora? Para las personas normales, estos eventos son tremendos y modelan o cambian

sus vidas enteras. Para nosotros, es sólo un parpadeo en el tiempo. Pero nos afecta. Poco a poco, pérdida tras pérdida, nosotros mismos nos vemos disminuidos. Hemos perdido tanto por tanto tiempo que la mayoría de las cosas, la mayoría de las personas, la mayoría de las experiencias, pierden su valor para nosotros, pierden su peso. Olvidamos cómo valorar las cosas, cómo sentir las cosas. Olvidamos cómo amar.

Bueno, está bien, comida por pensamiento. Algo de esto estaba sonando incómodamente familiar.

—Lo que empezamos haciendo aquí —dijo River—, es dar un curso acelerado en reaprender el significado de los momentos, de los minutos. Aprenderás la habilidad de ser plenamente conciente, plenamente presente, en el ahora. Aprenderás cómo sentir las cosas, cómo valorar las cosas. Y te sentirás más feliz y más completa después.

Mordí mi labio, temiendo que ella estuviera diciendo la verdad, y lo odiara.

—Trabajar en el jardín, preparar una comida, limpiar... estas tareas son repetitivas y aburridas. Para un inmortal, son casi insoportables. Generalmente estamos en busca de la siguiente gran emoción, el gran evento, la gran sensación física, porque después de un tiempo eso es todo lo que podemos sentir.

Oh. Hola... Ouch.

—Nuestro regalo para ti, y para todos los inmortales que vengan a este lugar, es cómo valorar y sentir cada momento en el que sus manos han estado inmersas en problemas. Ver y oler, realmente, la maleza que saquen. Sentir la dura suavidad de un nabo, saborear realmente el verdor terroso de sus hojas. Para estar dentro de su propia piel sin querer correr gritando. Para disfrutar de si mismo, valorarse a si mismo, conocerse a si mismos. Y una vez que lo hagas... —se detuvo y sonrió otra vez—, entonces serás capaz de amar, de amar realmente, a alguien más.

No dije nada. Mi garganta se sentía apretada nuevamente, y mis ojos estaban calientes. Correr gritando se sentía como todo lo que podría

soportar en estos momentos. Oh, Dios, ella podría saber realmente de lo que estaba hablando. Era una horrible comprensión. Podría realmente conocerme, cómo me siento. ¿Y cuán humillante y mortificante sería eso? Mis entrañas estaban muy feas, muy miserables, muy empapadas de dolor, y el terror de que alguien realmente las conociera era aterrador y tortuoso. Me sentí como una rata enjaulada, y mi jaula lentamente estaba siendo bajada en aceite hirviendo. Sentí que el nivel se estaba acercado sigilosamente, sentí mi piel abrasándose...

—Y, por supuesto... —dijo ella calmadamente, ignorando el pánico creciente en mis ojos—, también tú podrás hacer magia sin matar nada. Serás Tähti.

Casi jadeé, escuchando la palabra dicha en voz alta. Tanto como las personas sólo raramente hablaban del Terävä, nadie jamás habló de Tähti. Ninguno de mis amigos conoció uno, y algunas personas insistían en que ellos eran sólo un mito. Vine aquí esperando que no lo fueran.

—Naciste de una forma u otra —dije suavemente—. No lo puedes cambiar.

—Uno puede. Uno lo hace — River parecía bastante segura y tranquila—. Soy una Tähti... ahora. Hacemos magia sin oscuridad, sin destrucción. Puedes aprender cómo hacerlo.

Era como si ella me estuviera diciendo que podía aprender cómo no ser humana, en vez de eso ser un alien, o un tigre. Algo incomprensible.

—¿Qué quieres decir con “ahora”? —pregunté.

—No siempre fui dulzura y luz —dijo River, poniéndose de pie—. Hubo un tiempo en el que fui... muy oscura por dentro. —Ella miró a la distancia, como si se estuviera preguntando si había contado demasiado—. Y ahora los nabos están pronunciando nuestros nombres. —Ella me dio una pequeña sonrisa y señaló hacia la puerta.

La miré, incapaz de procesar todo lo que acababa de decirme. En los últimos diez minutos, ella había revelado mi propia personalidad, abriendo mi pecho y poniendo al descubierto el cadáver podrido dentro de mí. Me estaba volviendo completamente loca.

Loca y, uh, también hambrienta. Trabajar horas bajo el frío, el sol y el viento habían agudizado mi apetito, y me estaba muriendo de hambre.

—Vamos —dijo River, tendiendo su mano—. Puedes enojarte mientras comes. He escuchado que hay tarta de manzanas de postre. Para aquellos que terminen nuestros nabos.

Oh, Dios, oh, Dios, me conoce. Me conoce.



## Capítulo 10

Traducido por Ellie y kiwon  
Corregido por Ellie

— ¡Oh, Nastasya, ayuda!  
Me giré ante el sonido de la voz de River y la vi venir por detrás del viejo camión rojo de granja.

Era temprano por la mañana, y había estado trayendo leña virtuosamente hasta la casa para las chimeneas grandes en la sala de estar principal y del comedor. No sabía cómo esto iba a salvar mi alma, pero era preferible antes que arrancar remolachas. Ahora dejó el carrito de leña y me dirijo hacia ella, que estaba agachada, sosteniendo a uno de los perros de la granja por el collar.

—Nastasya, tienes que agarrar a Jasper —dijo River. Su fino cabello plateado comenzaba a escapar de su trenza, encuadrando su rostro con pequeños mechones.

—Ajá, de acuerdo... —dije, tomándolo—. Oh. Eww. ¿Ese olor es de zorrino?

—Sí. Lo siento, pero tengo que llevar estas coles al mercado de los granjeros antes de las ocho. Jasper generalmente va conmigo, pero obviamente tuvo un pequeño altercado con la fauna local. ¿Podrías por favor llevarlo y darle un baño?

La miré. Jasper jadeó felizmente a mis pies, apestando por completo.

—Con jugo de tomate —dijo River—. Ponlo en el fregadero y échale jugo de tomate por todas partes. Ya le pedí a Reyn que te lo lleve y te ayude.

—Huh... —dije.

River comenzó a ver el humor a darme este trabajo atroz y trató de suprimir una sonrisa. —Perdón, Nastasya. Eres mi última esperanza. Una buena cantidad de jugo de tomate y entonces un buen champú, y

debería estar bien. ¿Verdad, Jasper, amor? —Jasper pareció alegre y contento de si mismo—. Lo siento, tengo que correr. ¡Muchas gracias! —Tocó mi hombro brevemente, entonces se volvió rápidamente hacia el camión. La observé retroceder y luego dirigirse por el largo camino sin pavimentar que llevaba hasta la carretera principal.

Miré abajo hacia Jasper. Él miró sonriente arriba hacia mí. Olía tan, tan mal. Si cualquiera de mis amigos pudiera verme ahora... me encontrarían tan inexplicable y despreciable como yo los encontraba a ellos.

—Bien, vamos, entonces —dije, dirigiendo a Jasper hacia el establo.

Había el gran granero, donde se daban las clases, y luego un par de otros edificios externos. River tenía seis caballos, aunque el establo tenía corrales para diez. En un rincón estaba el cuarto de herrajes, y frente a él estaba el gran fregadero de metal. Reyn estaba de pie junto a él, ya abriendo agujeros en varias latas inmensas de jugo de tomate. Me miró con una notable falta de entusiasmo.

—Se supone que debemos darle un baño —dije innecesariamente.

—Sí. —Reyn puso el tapón del fregadero, entonces se agachó y levantó a Jasper fácilmente sobre él. Yo traté de no apreciar cuán fuerte era, cuán capaz y sereno. Jasper se movió inciertamente, entonces se mantuvo quieto.

—Buen chico —dije, tratando de no inhalar—. Ah, Santo Cielo. Esperemos que esta cosa del jugo funcione.

—Sostenlo —dijo Reyn, e inclinó una lata de jugo de tomate sobre la espalda de Jasper. Probablemente estaba frío, y Jasper dejó de sonreír, luciendo derrotado.

—Toma esa taza y vierte más sobre él —dijo Reyn.

Así lo hice. Me percaté de que Reyn y yo estábamos solos en este establo tibio y con olor a heno. La mañana era aún nueva; los rayos inclinados de luz temprana pasaban en suaves haces a través de las pocas ventanas. Alrededor de nosotros, los caballos resoplaban

calladamente, sus aterciopeladas narices retorciéndose a medida que tomaban el olor de nuestro chico Jasper.

Era incómodo. Odiaba estar en establos, rodeada de caballos. Yo había tenido caballos que había adorado con locura, y perderlos me había dolido terriblemente. Ahora me esforzaba mucho por evitar estar cerca de ellos.

Los fuertes brazos de Reyn inclinaron lata tras lata de jugo de tomate sobre Jasper, quien ahora estaba claramente infeliz, su cabeza colgando tristemente hacia abajo. Jasper era un perro galés, con piernas cortas y grandes orejas de murciélago, y estaba hasta los codos de jugo de tomate. Llené taza tras taza y continué vertiéndolas en él, masajeando su piel con mi mano libre.

—Hablemos de elecciones, Jasper —dije—. Hablemos de tomar las decisiones correctas.

Junto a mí, Reyn era tan sólido, como si pudiera detener las olas de la marea. Olía como a fresco aire de otoño matizado de madera, intolerablemente bueno. Su camisa de franela escocesa estaba abierta en la garganta, y yo quería presionar mi cara contra la lisa piel de su pecho y aspirar su olor. Entonces él podría poner sus brazos alrededor de mí, y estaría tan tibio y seguro... A pesar de su aparentemente monocromática gama emocional, yo podría imaginarlo riéndose, realmente carcajeándose. Podría imaginarlo borracho, aunque ni siquiera un átomo de su persona parecía ser capaz de hacerlo. Podría verlo furioso, iracundo, y... vacilé, con mi mano aún sobre la gruesa piel de Jasper.

Miré arriba a Reyn, examinando su cara.

Él miró abajo hacia mí, entonces vertió más jugo.

Reyn furioso, rabiando... sacudí la cabeza, parpadeando, la imagen escabulléndose de mi cerebro como niebla. ¿Qué fue eso? Había sido... no sabía qué había sido. Se había marchado. Decidí tomar al toro por los cuernos. —Yo no te agrado. ¿Estás seguro que nunca antes nos habíamos encontrado?

Los ojos de Reyn parpadearon. Descargó la última lata de jugo sobre Jasper, y yo lo froté, tratando de cubrir cada pulgada del apestoso perro. —Yo no... tengo ningún sentimiento acerca de ti, ni en un sentido ni en el otro —dijo, su voz tan distante como sus modales—. Deja que el jugo se asiente por un minuto.

Por el rincón de mi ojo, vi una porción de piel a través del escote en forma de V del cuello de su camisa, su mentón mostrando el menor indicio de una barba. —¿Cuánto tiempo has estado aquí?

Me dio una rápida mirada, entonces dijo: —Levántalo, y entonces podrás lavarlo. Tengo trabajo que hacer.

—¿Puedes ayudarme? Él quizás salte. —Yo no creía que Jasper iría a ninguna parte... estaba totalmente desmoralizado ahora, simplemente aguardando su destino. Incluso se sentó en el jugo de tomate. Un diminuto músculo se tensó en la mandíbula de Reyn, pero él se quedó. Moví a Jasper y quité el tapón, entonces volví hacia él con un champú para caballos.

—¡Ah, Reyn, allí estás! —La voz de Nell me hizo girar, y la vi subiendo el pasillo, luciendo relajada y convenientemente vestida para estar al aire libre en un suéter de punto hecho a mano y pantalones de pana metidos dentro de apropiadas botas. Yo lucía como que había estado de fiesta toda la noche y entonces regresé para bañar a un perro apestando a zorrino. No de una buena manera.

—Te he estado buscando —le dijo a Reyn. Él no dio una gran respuesta ante eso, y Nell se giró y me miró de arriba a abajo, alegre y amistosa como siempre. Traté de que no me importara que mi camiseta negra tuviera un cráneo dibujado con strass, o que mis pantalones púrpuras de cintura alta habrían encajado mejor en el Cirque du Soleil. Quiero decir... como sea.

—¡Nastasya, quizá has encontrado tu vocación! —Me sonrió, y mi espalda se puso rígida.

—¿Qué significa eso? —Pregunté.

—¡Como aseadora de perros! —Dio una pequeña risa—. Tú pareces una profesional.

Decidí no rociarla con la manga del fregadero, pero me gruñí a mí misma.

—Reyn, me preguntaba si podrías venir a ayudarme. —Nell le dio una de sus sonrisas de mucama inglesa, prácticamente enrollando un rizo de su cabello alrededor de su dedo—. Tengo que sembrar algo de espinaca. —La había visto hacer algo como esto antes, tratando de estar con él, cerca de él, de conseguir que él la ayudara en lo que sea. Él parecía no tener idea.

Esperaba que Reyn se deshiciera alegremente de esta tarea, pero en cambio sacudió la cabeza. —Terminaré con esto, y entonces Solis me pidió que le echara un vistazo al zapato de Titus.

—¿Titus es uno de los caballos? —Pregunté, sin interés verdadero.

Nell me dio una sonrisa condescendiente. —Sí. Reyn es nuestro maestro residente de caballos. Tiene un excelente asiento.

Sonreí. —Sí, ya lo noté.

El rostro de Reyn se tensó y Nell se ruborizó, luciendo avergonzada. —Es un término ecuestre.

—¿De verdad? Pensé que hablabas de su trasero. —Ahora ambos parecían avergonzados, y me di a mí misma algunos puntos extras. Eran dos de las personas más molestas que yo jamás había conocido. Se merecían el uno al otro, aunque el pensamiento de ellos juntos hizo que subiera bilis por mi garganta mientras me concentraba en Jasper otra vez. Me incliné y olí la espalda del perro experimentalmente. Sólo el menor toque de “eau de zorrino”. Aceptable.

—Bien, chico, no hagas eso otra vez —dije, levantándolo fuera del fregadero. A pesar de su cuerpo sólido, él probablemente pesaba sólo unas treinta libras. ¡Lo puse en el suelo, y esperé...

—¡Ah! —Nell saltó hacia atrás mientras Jasper se sacudía tremendamente, rociándonos a todos con agua.

Me sequé las manos en una toalla áspera y le sonreí a Reyn mientras Nell se giró y caminó sonoramente por el pasillo.

—Gracias por tu ayuda —le dije con ironía.

Él me miró por un segundo, entonces se dirigió hacia fuera por delante de mí, en la dirección contraria de Nell.

Los dos eran un verdadero dolor en el trasero.

River y Solis decidieron aparentemente que estaba a años luz de ser capaz de manejar clases formales de cualquier tipo, así que en su lugar simplemente me pusieron a trabajar. Mi nombre estaba escrito en la pizarra de tareas, y durante varios días yo había luchado contra las pesas omnipresentes del aburrimiento adormecedor de cerebros y la irritación como de uñas contra una pizarra de la desesperación. Quiero decir, yo había evitado, a propósito, todas y cada una de las cosas que aquí hacía. Por décadas, sino siglos.

Por fin, sin embargo, había encontrado un trabajo que me gustaba: golpear el infierno de las cosas con un martillo. Hoy, Brynne, Jess y yo reparábamos parte del revestimiento de tablas del gran granero donde se daban las clases. Pensé acerca de cuán diferente era esta actividad de lo que yo estaría haciendo con Incy y Boz, allá en Londres. ¿Estaríamos planeando unas fabulosas vacaciones? ¿Yendo a inevitables fiestas? ¿Recuperándonos de una noche salvaje de excesos? ¿Paralizando a taxistas? Todo parecía tan injustificado. Mientras que, ¡mírame aquí, estoy arreglando un granero! ¿Útil, eh?

—Así que, cuéntame de ti, Brynne —dije, mientras me rascaba la nariz contra la manga de mi camisa—. ¿Qué te trajo aquí?

Brynne sostuvo una tabla para que Jess pudiera sujetarla en su lugar con unos pocos clavos rápidamente colocados. Entonces la clavaríamos completamente.

—Vengo aquí más o menos cada década, y me quedo por un año o algo así —dijo Brynne. Hoy, las trenzas apretadas de su pelo estaban cubiertas por una tela de colores brillantes. Ella era elegantemente

hermosa, como una modelo adolescente, como un guepardo. Un guepardo que llevaba un viejo y destrozado suéter verde. Me sonrió, iluminando el lánguido cielo gris de la tarde—. Generalmente vengo después de una ruptura horrible. River me da la bienvenida, me levanta el ánimo, repaso algunas habilidades, y entonces, cuando me siento bien otra vez, me voy.

Recordé el comentario de Reyn acerca de los perros callejeros, y traté de no estremecerme. —Huh. ¿Qué clase de habilidades?

Brynne se encogió de hombros. —Cuidado, Jess, hay una astilla allí. Oh, cosas. Magia, cocina, horticultura, lo que sea. Un año ayudé a River a pintar un montón de cuartos. Otro año me centré en hornear. Un año me centré nada más que en el estudio de las gemas y la magia de los cristales. Un año... oh, ¿recuerdas ese año, Jess? Vine aquí y les enseñé a todos cómo bailar hip-hop.

Se rió, tirando su cabeza atrás, la línea de su garganta perfilada contra el cielo. Jess gruñó, con la boca llena de clavos. Aparentemente, no le iba el hip-hop.

—¿Cuántos años tienes? Quiero decir, si no te molesta que te pregunte.

Brynne lo pensó un momento. —Oh. Doscientos treinta y cuatro. Wow... —Sonrió otra vez. Ella lucía como de dieciocho.

—¿Y cómo encontraste a River? —¿Estaba bien que la interrogara? No lo sabía.

—Ok. —Jess asintió hacia mí e hizo gestos a la tabla. Sostuve un clavo en el lugar y lo azoté con el martillo. La. Mejor. Tarea. Del. Mundo.

Brynne dejó de sonreír. —Me enfadé con unas personas y las prendí fuego.

Parpadeé, reproduciendo las palabras en mi cabeza otra vez. ¿En realidad ella había dicho eso? Jess ni siquiera miró hacia arriba. Decidí permitir que mi mandíbula cayera abierta.



—¿Perdón? —Curioso... ella no parecía una psicópata. Pensé incómodamente en algunas de las cosas que yo había hecho, recordado al taxista de Incy, y simplemente tomé otro clavo.

—No fue fuego verdadero —dijo Brynne, inclinándose contra la tabla para sostenerla en el lugar—. No los quemó. Pero yo quería espantar el infierno de ellos, y lo hice. De todos modos, River andaba por el callejón... esto eran en Italia, quizá en, no lo sé, ¿1910? ¿1915? Antes de la Primera Guerra Mundial. Ella vio que yo claramente hacía un mal uso de la magia, y se acercó a mí y tuvimos una pequeña conversación.

—¿Y entonces simplemente viniste aquí?

—Oh, no. La golpeé.

Jess rió y me dio otro clavo.

—Pero con el tiempo he rondado por aquí. La primera vez que vine fue en 1923. Después de la guerra.

—¿De dónde eres?

—Louisiana. Mi madre era una esclava, de África, Angola más exactamente. Mi padre era un terrateniente blanco. ¡Ha! ¡Trata de ser un esclavo inmortal! Dios.

Terminé con esa tabla y ayudé a Brynne a clavar otra.

—¿Qué pasó?

—Mi padre se dio cuenta de que mi madre era inmortal, por supuesto. Ella lo esperó, esperó a su esposa muriera, y luego huyeron juntos. Él vendió la plantación y liberó a todo el mundo. —Ella se echó a reír—. Todavía siguen juntos. Tengo diez hermanos. Es posible que conozcas a alguno de ellos... se dejan caer por aquí algunas veces.

Le entregué un clavo, pensando en ello. Yo no había conocido a muchas parejas inmortales felices, pero evidentemente ellos eran una. Y han añadido once inmortales más al mundo. Me pareció extraño que tuvieran hijos durante años y años, por lo que tendrías hermanos que eran un centenar de años más viejos que tú. Yo conocí a un par. Todos

mis propios hermanos habían tenido sólo un año o dos de diferencia, por la razón que fuera.

—¿Qué hay de ti? —Le dije a Jess finalmente.

—Yo no voy a hablar de ello —dijo con su voz grave, y ajustó otra tabla en su lugar.

De acuerdo entonces...

—¿Sabes historias de otras personas? —Le pregunté a la ligera—. ¿Como la de Lorenz o Nell? ¿O Reyn? —Oh, sí, soy sutil. Taaaan sutil.

Brynne se encogió de hombros. —Ellos pueden contar sus propias historias —dijo. —Sé que Lorenz tiene unos cien años y que es de Italia, obviamente. Tengo la impresión de que su familia eran amigos de la familia River. Nell es inglés, estará sobre los ochenta más o menos. De Reyn no sé mucho. Creo que dijo que estaba rondando los... ¿Setenta y dos? Y holandés. Aparte de eso, tendrás que hablar con ellos.

Asentí con la cabeza, pensando.

—¿Y tú? —Preguntó Jess. Su voz era como sacudir una lata de clavos oxidados.

Mi primera reacción fue darle su propia línea de vuelta “no voy va a hablar de ello”. Pero yo estaba aquí para crecer y aprender a amarme a mí misma, ¿verdad?—. Yo soy más vieja.

Brynne sonrió. —Está bien. ¿Cuántos años? ¿De dónde eres? ¿Cuál es tu historia?

Y, de pronto, la oscuridad de mi pasado se me cayó encima de nuevo, y yo no podía ir allí, no podía compartir nada, no podría tener la conversación del tipo pregunta-respuesta.

Miré a Brynne, y creo que vio algo en mis ojos, porque su rostro se suavizó y me dio unas palmaditas en el brazo. —Está bien —dijo—. Algunos caminos son más largos y más difíciles que otros.

Asentí con la cabeza en silencio, pensando que algunos caminos parecían conducir directamente al infierno.

Diferentes grupos de personas, generalmente dos, a veces tres, hacían la cena cada noche. Otras personas limpiaban. La gente iba a pasear casi todas las noches después de cenar, incluso si estaba lloviendo o el tiempo estaba feo fuera. Me vi obligada a ir a veces, aunque yo odiaba estar en la naturaleza en la oscuridad. Sin embargo, rodeada por todos los demás, se sentía menos amenazante, aunque me quedaba en el medio del grupo por si algo nos atacara, tendría que pasar por un montón de gente para llegar hasta mí.

Oye, si fuera totalmente racional, no estaría aquí.

—¿No había una película sobre esto? —pregunté un par de días más tarde, mientras pelaba montaña de patatas. Había recogido estas jodidas patatas de la tierra hace dos días, y la espeluznante sensación de suciedad seca aún se aferraba a mis manos. Lamentablemente, no todas las tareas eran tan satisfactorias—. ¿Y de pronto me voy a convertir en una experta en karate?

Asher, lavando una col a mi lado, sonrió. —Sí. Ha sido nuestro plan secreto todo el tiempo.

—Tú eres un maestro aquí —le dije—. Así que, ¿cómo es que todavía estás haciendo el trabajo sucio? ¿No has logrado llegar al nirvana todavía? ¿No detestas cada uno de los minutos que tienes que estar lavando coles?

Asher volvió a sonreír. —*Au contraire, petit chou*<sup>12</sup>. Estoy apreciando cada minuto. Pero es importante que comprendas realmente que no sólo tienes que hacer “x”, “y”, y “z”, y luego ya eres instantáneamente feliz y puedes relajarte durante el resto de tu laaaarga vida.

Su sentido del humor me sorprendió, y me di cuenta de que River lo compartía. De hecho, parecía que siempre estaba escuchando una de sus bromas, oyendo cómo su risa llegaba hasta mí a través del jardín, en el patio, o en el pasillo. Por supuesto, yo todavía no había visto a Reyn

---

<sup>12</sup> *Au contraire, petit chou*: “Por el contrario, pequeña col”, en francés.

esbozar una sonrisa, salvo en mi imaginación, pero no estaba conteniendo mi aliento por ello.

—¿Qué quieres decir? —Le pregunté—. ¿Qué nunca voy a estar... mejor?

—No, no, no me malinterpretes —dijo Asher, dejando otra pila de col rizada limpia en el mostrador y sumergiendo más en el fregadero. — Es sólo que no es como escalar una montaña y, ya está, has escalado la montaña, ya no tienes que subir de nuevo.

Mierda. —¿Tengo que subir a la montaña otra vez?

—No. —Apagó el agua, se secó las manos en un paño de cocina, y me miró—. Es sólo que una vez has subido a la montaña, te das cuenta de la vista es tan espectacular, que desea seguir subiendo.

Negué con la cabeza. —Estoy perdida. Deja la metáfora de la escalada. Dímelo claro.

—Ninguno de nosotros simplemente decide un día abrazar el bien, o la luz, y dejar la oscuridad atrás para siempre. —Asher dijo con paciencia—. No es una decisión que tomas a la ligera. Ser Terävä es la forma en que nacemos, pero no cómo tenemos que quedarnos. Ser Tähti se puede lograr, pero una vez que se logra, es fácil perderlo de nuevo.

Aún estaba sorprendida por la facilidad con la que hablaban sobre esto aquí.

—Ser buena, y por “buena” quiero decir “no oscura”, “no malvada”, pero no como un buena-buenaza, ¿entiendes?

Asentí con la cabeza.

—Ser bueno es algo que hay que elegir una y otra vez, todos los días, durante todo el día, para el resto de tu vida —dijo Asher—. Un día se hace de un millar de decisiones, la mayoría pequeñas, algunas enormes. Con cada decisión, tienes la oportunidad de trabajar hacia la luz o directa hacia la oscuridad.

—Oh, Dios —gemí—. ¡Ni siquiera quería ser tan buena!

Su sonrisa iluminó su rostro. —Te diré un secreto: Ninguno de nosotros toma todas las decisiones hacia el lado correcto. Ni siquiera River, y ella es la persona más genuinamente buena que he conocido nunca.

—Entonces, ¿cuál es el punto de intentarlo si ni siquiera se puede ganar?

—Ganas de muchas maneras diferentes —dijo Asher—. Muchas pequeñas victorias. El punto de esta vida no es ser bueno todo el tiempo. Es ser tan bueno como puedas. Nadie es perfecto. Nadie lo hace bien todo el tiempo. La vida no es así.

La puerta de la cocina se abrió y entraron a varias personas: Lorenzo, Nell, Anne, y... el dios vikingo. Veía a Reyn todos los días, por supuesto. Tras nuestro episodio de lavar al perro, había tenido la desgracia de trabajar junto a él, o cerca de él, en un par de ocasiones. Él sólo hablaba cuando le preguntaban directamente, nunca sonreía, nunca se echó a reír, en fin, él era aterrador, frío y se convirtió en un dolor en el culo.

Seguía encontrándolo familiar sin saber por qué. Cuanto más lo miraba, más irritante era, más terrorífico, y con verdadera ironía kármica, mi psique había elegido encontrarlo más atractivo que a cualquier otra persona que hubiera conocido nunca. Me sorprendí a mí misma. Reyn no me había dado nada para trabajar, ningún indicio de interés. Pero me sentía atraída hacia él como si nos conociéramos, como si tuviéramos un pasado juntos. Por un momento febril me había preguntado si tuvimos una vida pasada juntos, como una reencarnación, y luego me di cuenta de que la idea de vivir más de una vida como un inmortal era como: por favor, no.

Y, sin embargo, yo no lo soportaba, no tenía un solo rasgo admirable a excepción de su total y aburrida devoción hacia la bondad. Bueno, digamos que no tenía un solo rasgo admirable. Él era el más molesto, reservado, engreído, mejor-que-tú, palo-en-el-culo idiota que había conocido nunca. Y sin embargo, cada noche en mi pequeña y dura cama,

yo... lo echaba de menos, como si lo hubiera tenido una vez y ahora lo necesitara de vuelta.

Me quemaba por él, deseaba que viniera a mí, sentir su tacto, muriendo por besarlo, deseando romper su fachada, hacerle perder la calma, consiguiendo que su aliento acelerara.

Quiero decir, no me gustan muchos hombres en general y los mantengo poco tiempo, los utilizo a corto plazo. Sin embargo, Reyn se había metido bajo mi piel, tenía una atracción visceral e intensa hacia él, tanto si yo quería como si no.

—¿Nastasya? —Asher estaba mirándome. Todo el mundo me miraba.

Tomé aliento, cogí una patata, y empecé a pelarla violentamente. — Está bien, explícame todo lo de bueno/malo otra vez.

Los demás se rieron (excepto Reyn) y se voltearon para irse, todos sonrientes y con las mejillas sonrosadas.

En la puerta, Nell se detuvo. —Oh, ¿Reyn? Mi puerta está atascada. ¿Crees que podría echarle un vistazo? —Ella le dio una de sus sonrisas, mirando todos los melocotones y la crema.

Reyn asintió con la cabeza y empezó a seguirla.

—¿Reyn? —Dijo Asher, deteniéndolo en seco.

—¿Sí? —El tono de Reyn definitivamente no fue cálido, pero no era el tono despectivo que utilizaba conmigo. Nell se detuvo, pero Asher gesticuló que se podía ir. Después de dudar un momento, sonrió y se marchó.

—He descrito nuestra búsqueda como una serie continua de decisiones durante todo el día, a lo largo nuestras vidas —dijo Asher—. Y trato de explicar cómo ninguno de nosotros es perfecto, cómo nadie puede en realidad optar por actuar para el bien cada vez, sin fallar nunca. Le he explicado que eso no es vida. ¿Puedes decirlo de otra manera, para ayudar a Nastasya entender lo que quiero decir?

Oh, Dios, sí, por favor, ponlo en dirección a Nastasya, pensé maliciosamente, entonces mentalmente me golpeé la cabeza. Allá voy: tomar una elección no para el bien, aquí y ahora. Yo estaba desesperada.

Reyn me miró horrorizado, lo que me hizo sentir un poco mejor. No le gustaba estar cerca de mí más lo que a mí me gustaba estar cerca de él.

—¿Cómo va tu búsqueda? —Le pregunté a ligereza, enviando peladuras de patata volando hacia el fregadero. Él parecía... simplemente increíble, el cabello despeinado por el viento, ojos brillantes, rostro ligeramente enrojecido. Puse toda mi energía en intentar no derribarlo justo delante de Asher, intentar no subirme a él. Si le sorprendiera con una sartén, quizá él no podría luchar demasiado...

—Es difícil —dijo Reyn—. Es la cosa más difícil que he hecho. Es una batalla constante. Es la vida o la muerte.

Asher le miró desconcertado.

Reyn normalmente no se daba por vencido, le miré. Entendí la parte sobre la vida-o-muerte, pero creo que él debería estar más alegre, más como... luchando una buena lucha.

—¿Y por qué lo intentas? —No estaba tratando de ser una sabihonda. En realidad quería saberlo.

Reyn estaba tranquilo, y pensé que iba a irse sin contestarme. Sin embargo, dijo: —Porque no intentarlo es como admitir que el otro lado ha ganado. No intentarlo es abrazar la muerte y la oscuridad eterna. Y ese es el camino a la locura, la desesperación y el dolor sin fin.

Ambos, Asher y yo estábamos con los ojos abiertos.

—Oh, ah —le dije.

La mirada de Reyn era ilegible. Caminó hacia fuera de la cocina sin decir una palabra más.

Eché un vistazo a Asher, quien se quedó pensativo y tal vez preocupado.

—Es un tipo divertido —le dije.



Asher sólo se acarició la barba y nos dejó a mí y a las patatas a solas para poder luchar juntas.

## Capítulo 11

Traducido por cowdiem y Dham-Love  
Corregido por Emii\_Gregori



¿As a quedarte? —la amable pregunta de River me hizo detenerme en medio del doblado de los paños de plato.

Abrí mi boca para decir: *No, no puedo, pero no salió.*

No eran completamente vacaciones, estar aquí, pero cuando pensaba en eso, no se sentía como si estuviera en un agudo dolor todo el tiempo, tampoco. Y se había sentido doloroso estar en Boston, estar en Londres. Me había sentido como si estuviera muriendo, como si ya estuviera muerta.

No me sentía así aquí.

Aún me preguntaba, por supuesto, qué estaban haciendo Incy y los otros ahora, si me extrañaban, si estaban preocupados. Nunca antes me había levantado y desaparecido, no así completamente. Quiero decir, me había saltado ciudades, dejando notas como “Encuéntrenme en Constantinopla” o cualquier cosa, pero esta vez había intentado borrar me de la faz de la tierra. ¿Cómo habían reaccionado ellos ante eso? Temblé con un súbito frío.

Mi vida había cambiado completamente, en cada faceta. ¿Acaso no era eso lo que había querido? Me despertaba cada mañana a tiempo para ver las primeras franjas de frío del amanecer reptar sobre un cerro distante. Hacía mi cama (al menos estiraba la manta), me vestía, y bajaba las escaleras. A veces mi nombre estaba en la nómina para ayudar a preparar el desayuno. A veces tenía que hacer algo más, como coleccionar huevos, o barrer los pórticos, o poner la mesa.

Mis mañanas estaban llenas de trabajo, usualmente con un profesor o uno de los estudiantes más avanzados: Daisuke, Charles, o Rachel. A veces ellos me hacían preguntas, las cuales intentaba responder; a veces

ellos conversaban sobre cosas aleatorias, y era sólo más tarde que me daba cuenta que ellos habían impartido *Importantes Lecciones de Vida #47* o algo así.

Ahora los conocía a todos, sus nombres, de dónde eran, dónde estaban sus habitaciones, por cuánto tiempo habían estado aquí. Jess tenía de hecho sólo 173. Pero él estaba saliendo de una juerga mucho peor que en la que yo estaba, y este era su quinto intento de estar aquí. Nunca había visto a alguien tan joven que luciera tan viejo —cabello gris y entrecano, rostro arrugado, la nariz cubierta de vasos sanguíneos rotos. Su última vez fuera, él se había emborrachado y accidentalmente había chocado contra alguien conduciendo una bicicleta. El ciclista no había muerto, pero Jess dijo que la culpa pesaba como mil libras sobre sus hombros. Él tenía mucho que reconciliar en su vida. Como yo.

Rachel era usualmente bastante seria pero podía, en ocasiones, ser perversamente divertida. Sus historias de lo que había hecho durante los años veinte eran divertidísimas y nos hacían reír a todas.

Anne, la otra profesora además de River, Solis, y Asher, era alegre, sonriente, y siempre andaba apurada. Y ella era física, tocando mi brazo, poniendo su mano en el hombro de alguien, frotando la espalda de River. Yo había llegado al punto donde ya no me estremecía. Ella tenía 304 y adjudicaba su joven apariencia a “todo este limpio vivir”, lo cual hacía que los otros profesores bufaran, haciéndola reír.

Sí, eran un grupo alegre.

Lorenz y Charles —ellos eran lo suficientemente agradables e interesantes. No había invertido mucha energía en llegar a conocerlos, ya que probablemente no estaría mucho tiempo aquí, pero ellos no me hacían enojar ni nada. Lorenz era de hecho italiano, con una sorprendente combinación de cabello negro y ojos azules y un adorable perfil romano tomado justo de un antiguo mosaico. Él era bastante gritón, con grandes y expresivas emociones. Charles era originalmente de Irlanda y aun tenía un ligero acento, como muchos de nosotros, pero él había vivido en América del Sur por los últimos doscientos años. Él era gay, con brillante cabello rojizo, ojos verdes, y pecas. Se las arreglada

para parecer elegante y pulcro incluso mientras azada las malas hierbas u ordeñaba las vacas. Brynne, como dije, se veía como una modelo — alta, delgada, y graciosa, con un hermoso rostro simétrico. Como Lorenz, ella era increíblemente vibrante, una flor de invernadero. Ella parecía tenerlo todo bajo control — cuando la freidora había explotado en llamas, ella simplemente la había rociado con sal, sin siquiera perder una palabra de la historia que estaba contando.

Reyn era él mismo. Nell aún se salía de su camino para ser amigable y útil, pero sólo tomaba un minuto ver cuán falsa era, sólo un espectáculo para el resto de la gente. Especialmente Reyn. Me había dado cuenta que Nell era una loba en ropa de estudiante de preparatoria, pero nadie más parecía notarlo. Nadie parecía notar cuán envuelta ella estaba en Reyn, tampoco. Ella era sutil, pero no tan sutil que yo no podía verlo. Hacia afuera, ella era la cosa más dulce: toda sonrisa y ofrecimientos de ayuda, trabajo duro, seria respecto a sus estudios, y amable con todos.

Pero por debajo vi su callada desesperación por Reyn, quien la trataba como un perro faldero mimado. Él pensaba que ellos eran amigos, compañeros de trabajo, porque él era un denso y ciego idiota. Ella quería correr con él hacia un atardecer en Tähti y tenerlo todo para sí misma literalmente para toda la eternidad. Una y otra vez la había visto trabajando las cosas de modo que ambos fueran asignados a la misma tarea, trabajando lado a lado. Ella le pedía ayuda con sus estudios y hacía toda clase de consideradas cosas por él que él raramente notaba.

La gente por lo general realmente me adoraba o realmente me odiaba, y Nell parecía caer en el último campo. No sabía si ella de verdad me odiaba, pero si ella nos veía a Reyn y a mí trabajando juntos, ella tenía esa mirada en sus ojos, como si me transformaría en piedra si pudiera. Luego yo pestañeaba y se había ido-

Eso añadía interés a mis días.

Me di cuenta que River estaba esperando por una respuesta.

Deseo poder decir: “¡Sí! ¡Me encanta esto! ¡Tráelo! ¡Mi corazón y alma están aquí, y estoy lista para un cambio!”, pero no podía. —Uh,

creo ser capaz de resistir otra semana —fue todo lo que pude decir, y me tensé en anticipación esperando que River me pidiera que me fuera.

—Eso es lo suficientemente bueno —River dijo, y me besó en la mejilla.

Yo estaba en el piso. No pude evitar elevar mis dedos para tocar donde ella me había besado.

—Una cosa más —ella dijo, y yo levanté mi ceja—. Necesitas ropas diferentes. —Ella miró alrededor de mi habitación con abierta curiosidad—. Como jeans normales y bolsos. Ropa interior larga. Calcetines, camisas gruesas, chalecos de lana, guantes gruesos. Botas livianas o zapatos de trabajo. Zapatillas. Pantuflas. Algo caliente con qué dormir. —Ella removió mi guardarropa con su zapato—. ¿Tienes algo de eso aquí?

Yo pensé en la porquería desapareada y mayormente ropa de color negro que había metido aquí, piezas de diseñadores costosos que no había tratado con el cuidado debido, camisetas baratas de punk y vestidos ajados.

—Sí, supongo que tienes razón —dije con tristeza—. Ya que aparentemente voy a estar trabajando fuera por mucho tiempo.

River sonrió. —Si. Estoy segura que alguien va a ir a la ciudad pronto y te puede llevar de compras.

Al día siguiente, tarde en la mañana (y por tarde me refiero a, como, las malditas nueve AM) yo estaba barriendo la enorme escalera del frente y tratando de recordar cómo la canción de la versión de Disney de la película “Cenicienta” había sido. Y estaba pensando en cómo la historia de Cenicienta —realmente, de todos los cuentos de hadas— había cambiado a través de los años, volviéndose más limpia, menos terrorífica, con más finales felices. Había toda esta cosa de la zapatilla de cristal, y el error de traducción. Primero lo había escuchado con su zapatilla siendo hecha de *vair*<sup>13</sup>, lo que es piel de animal escondida. Fue

---

<sup>13</sup> **Vair:** Hecho con parches de piel de ardilla en un patrón alternado de blanco y azul.

traducido al inglés como *verre*<sup>14</sup>, cristal. Así que ahí lo tienes. Ahora estaba barriendo y tarareando la canción de los ratones de la película. Y vamos todos a reflexionar simplemente cuán bajo mi vida había caído, en términos de emoción y clase, ¿deberíamos? Sí. Malditamente lejos.

—Yo conduciré —la voz de Nell dijo alegremente desde abajo, en el pasillo del frente. Su cabeza castaño claro apareció en la barandilla de la escalera, y junto a ella Reyn dijo: —Yo puedo manejar. —Yo había decidido que él era el rey Vikingo Odin, dios de la odiosidad.

Nell hizo un hermoso puchero, y el demonio me tomó por la cola. Yo grité: —De todas maneras, déjalo manejar, Nell. Él tiene un pene. Hace una diferencia enorme.

Los ojos azules de ella se ampliaron y me miró fijamente, primero como si estuviera preguntando respecto a mi audacia, luego en irritación mientras se daba cuenta que Reyn también me estaba mirando.

Yo estaba aburrida. Tiempo de agitar la olla un poco. Barriendo ocupadamente, dije: —Quiero decir, no con manejar, no hace una diferencia. Por supuesto. Pero en otras cosas. En orinar de pie y esas cosas.

La voz de Reyn era hermética. —¿Tu punto?

—No hay un punto en verdad. Sólo instando por tu derecho a conducir. Quiero decir, eres lo suficientemente mayor, ¿cierto? ¿Cuántos años tienes? ¿Cómo, treinta? —La mayoría de él no se veía más allá de los veinte, veintidós, excepto por sus impresionantes ojos. Sus ojos se veían de cientos años de antigüedad.

Él no dijo nada, y Nell frunció el ceño. —Él tiene doscientos sesenta y siete años. Yo tengo ochenta y tres. ¡Y cuántos años tienes tú? —Su acento británico era fresco.

—Más vieja. —Bajé un escalón y continué barriendo. Lo había convertido en un arte: una ancha barrida a través, luego dos rápidas barridas verticales para limpiar cada esquina. ¿Cómo esto iba

---

<sup>14</sup> **Verre:** "Vidrio" en francés.

exactamente a salvar mi alma? ¿Cómo, estaba barriendo mi camino a la salvación, o qué?

—Oh, bien, los atrapé antes de que se fueran —dijo River, caminando por el pasillo de la cocina—. Ustedes dos van a la ciudad, ¿cierto?

—Sí —dijo Reyn.

—Y Reyn va a manejar —dije—. Porque es un chicooooo.

Las cejas de River se elevaron.

—Estoy manejando porque Nell ha chocado ambos guardabarros de la camioneta —Reyn dijo, tomando su chaqueta de la larga fila de ganchos de la puerta principal—. Y le hizo un rayón al costado del Toyota. Y pinchó una llanta de la van.

Nell me lanzó su usual mirada venenosa antes de defenderse a sí misma. —¡Me estaba acostumbrando a conducir en el lado equivocado de la calle! ¡Todo es al revés aquí!

—Has estado aquí por dos años —Reyn dijo, tomando las llaves del auto. Nell se veía como si fuera a explotar, y tuve la sensación de que si River y Reyn no hubieran estado aquí, ella hubiera arrojado veneno hacia mí. En vez de eso, sacó su propio abrigo de la fila de ganchos y metió sus brazos en las mangas.

—Sí, bueno —dijo River, luciendo abstraída—. Reyn y Nell, quien sea que esté manejando... Me gustaría que llevaran a Nastasya a la ciudad con ustedes esta mañana. Ella necesita ropa más práctica. ¿Puedes llevarla a Early's?

Si Nell hubiera hecho algún tipo de sonido en ese momento, hubiera sido un chillido alto y sostenido. En vez de eso, ella sólo se giró y se dirigió a la puerta principal sin una palabra.

—Tengo un auto. —Apunté—. Puedo llevarme a mi misma.

—Esto ahorra gas —dijo River cómodamente—. Tratamos de combinar los mandados lo más que podemos.



Reyn y yo nos veíamos idénticamente reluctantes. Luego me di cuenta de lo divertido en ser una desagradable tercera rueda en esta salida que Nell había sin ninguna duda arreglado con el fin de estar a solas con Reyn. Estoy avergonzada de admitir que hice otra mala elección en el camino de la bondad justo entonces, y troté bajando las escaleras, lista para arruinar el día de Nell.

Bien, no avergonzada exactamente. Más exactamente, triunfante. Pero al menos reconocí que estaba mal, así que eso es progreso, ¿cierto?

Early's era la tienda general justo al lado de las Drogas MacIntyre. Vendía suplementos para granjas, cosas de jardinería, ropa, juguetes, antiguos dulces, y artefactos de cocina. Tenía piso de madera, un techo pintado de marrón, y altas columnas de metal estriado sosteniendo el techo. Era básica y no pretenciosa.

—La ropa está por allá. —Reyn apuntó a una sección en la tienda—. Tengo que conseguir algunos pastos. Vendré a recogerte cuando esté listo. —Él no podía haberse escuchado menos interesado.

Le di una cálida sonrisa de “ven aquí”. —Gracias —dije dulcemente, y vi sus pupilas llamear—. Eres toda una dulzura.

El rostro de Nell se endureció como mármol, y ella se alejó en dirección a los utensilios de cocina.

Reyn me miró por otro momento, y luego también se alejó.

Me reí disimuladamente después de que se fueron. Me encontré de frente con estantes de ropa de mujer, pilas de jeans doblados con esmero sobre mesas, montón de sacos —y me sentí un poco abrumada. No podía recordar estar comprando nada de ropa práctica antes. Cuando era pobre, hace cientos de años, yo misma había hecho mi ropa —oye, lino, hilado en bruto, ¿a nadie le suena? ¿Lana hecha en casa? ¡Yupi!

Para el momento en que había tenido dinero, no necesitaba ropa práctica. Hace mucho tiempo, todo había sido hecho para mí, por personas que habían venido a casa. Hoy en día, por más emocionada que estuviera de comprarme cosas sobre la muerte de los corsés y los sacos, todavía no tenía mucho enfoque sobre moda. Cuando me quedaba sin

qué ponerme, llamaba a un vendedor personalizado para que me enviara lo que fuera que necesitara. Habían pasado décadas desde que me había preocupado por que esto iba con eso o por tener el atuendo adecuado para diferentes ocasiones. Nunca me preocupé por si lucía bonita en algo o de si era halagador.

—Mierda. De acuerdo, puedo hacerlo —me murmuré a mí misma. ¿Qué clase de idiota no sabe cómo comprar ropa normal? Nell obviamente sabía.

—¿Eh? ¿Me estás hablando a mí?

Me sorprendí, mirando hacia arriba para ver a una adolescente gótica, con un par de jeans negros en sus manos. Ella parecía vagamente familiar, y en cuestión de unos cuantos segundos la reconocí como la chica que había estado paseando al frente de esa droguería el día que yo compré el mapa. Sus ojos pesadamente delineados estaban entrecerrados hacia mí, su cabello teñido en anchas franjas cafés y verdes.

—No —dije, ponderando el mar de ropa—. Lo siento. Estaba hablándome a mí misma.

—Forma para asegurarse de tu público —dijo bajo su aliento, y sostuvo un par de jeans contra su cadera.

—¿Entonces... sólo... estás viendo qué se ajusta? —Pregunté en modo de conversación. Levanté un par de pantalones de pana y los sostuve en mi cintura. Parecían grandes. ¿Debería probármelos?—. ¿Y luego qué?

—Luego. Lo compro. —Su rostro era fuerte, cauteloso.

Colgué los cordones sobre mi brazo y recogí un sweater. Era de un color azul. —Este color sale con todo, ¿cierto?

—¿Qué demonios está mal contigo? —Ella preguntó, y bajó los jeans. Treinta segundos después, el sonido de la entrada mientras ella se iba. No pude evitar reírme, pero era una risa incómoda, una que anunciaba que estaba fuera de mi elemento.

—¿Estás lista? —Odin era imperturbable, sosteniendo un saco de cien libras de algo de la granja en un hombro. Miré alrededor en busca de Nell pero no la vi.

—Uh... —Oh, mierda, iba a ser uno de esos días, hasta los topes de crecimiento personal. Podía ver eso ahora. Era lo único que podía ser para no echarme a tierra y encontrar un buen bar por aquí—. Estoy teniendo problemas... decidiendo qué ponerme.

Él pestañeó y dejó salir un suspiro, luego me miró de arriba hacia abajo. Llevaba unos pantalones a rayas con tiza Lacroix, por supuesto, ahora destrozado alrededor de las rodillas. Un jersey de hombre de terciopelo azul —que Dios sabría dónde lo había conseguido— se envolvió a mí alrededor como un sudario. Mi bufanda, a rayas blancas y verdes, fue colocada varias veces alrededor de mi cuello. Mis deliciosas botas de motociclista completaban el conjunto. Habían sido éstas o un par de Manolos con estampado de leopardo, que parecía ser el único par de zapatos que había traído en mi éxodo.

—No había trabajado de esta manera hace... un par de siglos. —Me reí un poco, pero por dentro me sentía inmensamente tonta y estúpida—. Simplemente me alegra que las enaguas no estén en el cuadro.

Reyn bajó su pesado saco, como si fuera una pequeña bolsa de compras. —¿Qué talla eres?

—Um. ¿Talla treinta y seis de zapato? —dije—. Y... tal vez S, ¿Algo más? —Todavía estaba delgada, no habían curvas sobre las que hablar—. Sólo... no había prestado atención a estos asuntos desde hace mucho.

—De acuerdo —Reyn dejó salir un suspiro como de sufrimiento en mi beneficio. Me dio otra mirada evaluadora, luego se giró hacia la mesa de jeans. Sus largos dedos buscaban por las pilas hasta que encontró lo que estaba buscando y lo saco—. Pruébate estos. Tendrás que enroscar los botones. —Señaló a unos vestuarios, separados de la sala principal con cortinas.

Me los probé. Encajaban. Había supuesto una talla promedio sólo al mirarme —claramente, apresar de su reserva monacal, tenía un poco de

experiencia midiendo el cuerpo de las mujeres. ¿Quién era él? ¿De dónde era? ¿Cuál era su historia? Era muy... fascinante.

—Me quedan bien —dije, saliendo con mi propia ropa de nuevo.

—Trae dos pares más y dos pares de lana de esa talla. —Él ordenó. Estaba moviendo de un tirón las camisetas y ya había hecho una pequeña pila de suéteres de lana.

Pronto tenía un montón de ropa nueva en el carrito de compras. Reyn me sorprendió al mostrarme cómo iban las cosas juntas, camisetas y camisas de franela, los botones un poco bajos de los suéteres. Nada de esta ropa era de diseñador, o a la moda, o incluso lindas, pero encajaban, eran fuertes, y serían mucho más cómodas y cálidas en River's Edge. Por supuesto, nunca me podría aparecer en la sociedad real vestida así, pero estaba evitando activamente la sociedad en estos momentos de todas formas.

—¿Solías ser el vestidor de alguien? —Pregunté—. ¿Un ayudante?

Reyn lanzó unos paquetes de medias en el carrito y recogió su costal de nuevo, probándolo en su hombro con un poco de esfuerzo visible. —Asumo que tienes, como, ropa interior y todo eso.

—Uh... sigo queriendo conseguir un poco —dije, y vi que su mandíbula se apretó.

—Terminamos aquí. —Señaló—. Simplemente toma cosas que se laven fácil. No estás para seducir o impresionar a nadie aquí. Estaré en la registradora. Esperando.

—Claro, claro señor.

No había interiores satinados con encaje hecho a mano. Tenía unos de algodón con dibujos de pequeños animales, sapos y monos. En sostén escogí el segundo de los más pequeños que pude encontrar. No quería probármelos, de todas maneras no me los pondría. Encontré un chaleco y un abrigo abultado que era cálido y claro y lavable, no cómo mi abrigo de cuero de Roberto Cavalli, que, sorprendentemente, había probado ser inapropiado para el trabajo de patio. Y ya que las bufandas son una gran parte de mi identidad, tiré unas cuantas en el carrito de compras.

Nell llegó justo cuando estaba descargando mi ropa interior, sostén, camisolas, y más ropa interior en el contador. Las palabras temblaron en mis labios, cosas provocativas que hubieran hecho a Nell pensar cómo Reyn me había ayudado a escoger mi ropa interior, pero las contuve. Que hacía, ¿qué, Mal 2, Bien 1?. ¿O iba ganando el mal 3-0 por ahora? Era casi medio día. El mal probablemente iba ganando por tres puntos por lo menos.

Pagué por todas mis cosas, encantada de lo poco que habían costado. Yo había gastado regularmente el doble o triple de la suma en un solo par de zapatos. Sin embargo, había sido un maravilloso par de zapatos.

—¿Dónde estabas? —Reyn le preguntó a Nell.

Ella sonrió, o actuando o habiendo retomado su verdadero look soleado. —No necesitaba nada de aquí, así que fui a la tienda de hilos — ella me dio una de sus sonrisas amigables—. Tienen unos grandes hilos y una tienda de artesanía unas cuantas tiendas hacia abajo. ¿Tejes? ¿Hiciste la bufanda?

—No, no tejo, me da miedo —dije, poniendo toda una cantidad de bolsas de compra en el carrito.

Todos nos subimos a la camioneta y pusimos nuestras cosas en la parte trasera. Reyn aseguró un par de cuerdas de bungee sobre todo, y nos subimos en la cabina. Nell había sido cuidadoso de nuevo de estar entre nosotros, presionado contra Reyn en un lado, lo que él parecía no notar. Dios, él era estúpido.

—Amo tejer —dijo Nell una vez que estábamos en el camino. Pasamos por las Drogas MacIntyre, donde la pobre Meriwether estaba siendo reprendida sin duda por el rufián de su padre. Hice una nota mental de detenerme si estaba en la ciudad de nuevo.

—Es muy relajante —dijo Nell—. Y aún así le da a tus manos algo que hacer. Y luego al final, tienes algo hermoso y útil.

Asentí. —Hmmm.

—¿Qué clase de cosas te gusta hacer? —el rostro de Nell estaba vierto, su tono deliberadamente inocente. Estaba inclinada por el hecho de que yo no me había especializado en las habilidades de Chica Scout.

Empecé a decir algo poco serio, como “beber y putear”, pero luego me atrapó la idea de que en realidad no sabía qué me gustaba hacer. Hobbies, ¿habilidades? ¿Beber cuentas? ¿Sostener mi licor? Solía saber cómo coser —no muy bien, pero lo suficiente para no tener que vestir un saco de papas. Había cocinado, una y otra vez, pero eso había sido hace un bien rato. Me gustaba ir a los museos y a los Cinemas, pero eso era a duras penas una habilidad. Sabía cómo manejar. ¿Alguna vez había hecho algo bien? ¿Estaba orgullosa de alguna habilidad?

No en realidad. No conscientemente. La única cosa que había hecho conscientemente era sobrevivir. Y obviamente ni siquiera hacía eso bien. Me llamó la atención el pensamiento que había tenido todo este tiempo, todos estos años, y todavía no me había desarrollado... a mí misma. Cuando finalmente tuve el suficiente dinero para no trabajar, realmente no había trabajado nada. Y tampoco mis amigos. Por primera vez, me sentí avergonzada de ese hecho. Recordaba las inauguraciones de arte de los escultores que habían liberado la vida del interior del mármol por un siglo o más, aprendiendo todo el tiempo con profesores diferentes. Compositores, músicos, que habían tenido más que una vida humana para perfeccionar sus dones. Científicos que habían hecho un descubrimiento de —la noche a la mañana—, después de décadas de experimentos y estudios. ¿Creen que ese chico realmente invento el Velcro sólo por mirar a su perro? No. Hay artistas trabajando hoy, museos comprando sus obras actuales y esos mismos museos, sin saberlo, tienen otros ejemplos de su trabajo de los tres últimos siglos. Esas personas han evolucionado, crecido, cambiado.

Yo no lo he hecho.

Las cosas que no evolucionan y crecen, no están vivas.

Me di cuenta del interés impertinente de Nell, sus grandes ojos azules. Reyn estaba esperando también, aunque sus ojos estaban en el camino, y sus fuertes manos en el volante.

—No lo sé —dije lentamente, con una honestidad poco característica—. No soy buena en muchas cosas. He hecho distintas cosas en momentos diferentes, pero en realidad no he seguido con nada. Pero... puedo aprender. Creo que estoy aprendiendo aquí. Tal vez.

Reyn me lanzó una mirada, con esos ojos dorados como de león.

—Bien —dijo Nell—. Sí, este es un buen lugar para aprender. Pero requiere compromiso. Y tiempo. No has empezado a tomar clases reales todavía, ¿o sí?

Cité a Solis. —Hay lecciones que aprender en todo —dije piadosamente—. Estoy aprendiendo a apreciar cada momento, a detenerme y sentir cada minuto, estando completamente aquí en el presente.

Nell estaba perpleja, y Reyn soltó una risa que se volvió tos. Por lo menos pienso que era una risa.

—En realidad necesitas tener la actitud apropiada —dijo Nell, implicando que yo no la tenía para nada.

—Hmmm —dije de nuevo, y miré hacia mi ventana.



## Capítulo 12

*Traducido por Ruthiee y bautiston  
Corregido por Ellie*

Había aterrizado en un plano diferente de la vida: la dimensión de River. Tenía que aprender de nuevo tantos hábitos y normas: recoger por mí misma porque no había sirvienta, lavar mi plato después de una comida, dejar mis zapatos por la puerta para que así no llenara todo de lodo o algo peor.

Mi ropa nueva sobrevivió a la lavada mucho mejor de lo que mi mameluco de Jean Paul Gaultier y mi suéter de casimir lo habían hecho a través de la lavadora y secadora. El suéter había salido lo suficientemente pequeño como para ajustarse a Jasper, quien ahora lo usaba orgullosamente, paseándose en un fuerte tono rosa de Chanel. Espero que no la apestara.

No había televisión por cable, sólo un puñado de borrosas estaciones locales. River sí tenía una computadora en su oficina, y uno podía firmar en una hoja para usarla. No la necesitaba para nada. Recibíamos el periódico local todos los días, y fuera de la extrema aburrición, me encontré estudiando minuciosamente los últimos informes de los cultivos, leyendo acerca de a quiénes se les extravió una vaca, el granero de quién fue golpeado por un rayo, y qué maestro de escuela primaria estaba por tomar parte del consejo municipal. El London Times había estado lleno de guerras, escándalos gubernamentales, arrestos de celebridades, bodas de la sociedad, reportes de carreras. Todo había parecido como una imagen borrosa —los primeros ministros vinieron y se fueron, la gente se levantó en protesta y luego volvieron a la normalidad. Aquí, el más pequeño punto luminoso sin importancia en la pantalla era tratado como impresionantes noticias de última hora.

La gente comenzaba a enseñarme cosas que nunca haría querido aprender: los nombres de las estrellas, patrones de los movimientos del Sol, nombres de los árboles y plantas y pájaros y animales. Cómo juntas

hiervas y las cuelgas para secarlas. Cómo concentrar tu atención a una llama de la vela. Yoga. Meditación, la cual odio. Pero cada vez que mi espíritu interior se revelaba, que era, como, ochenta veces al día, siempre era golpeada por el hecho de que no podía soportar la idea de hacer cualquier otra cosa, estar en cualquier otro lugar. Así que sólo lo absorbí y seguí haciendo lo que sea que necesitaba ser hecho, hasta que pudiera encontrar una razón para irme. Hasta que no se sintiera espantoso el pensar en irme.

Un trabajo de la mañana era juntar los huevos del gallinero. River mantenía aproximadamente treinta gallinas. Ellas corrían libres en el jardín, recogiendo insectos y siendo molestas. En la noche dormían en sus cajas, encerradas para protegerlas de las comadreas, zorros, halcones, perros callejeros, etcétera. Nuestros propios perros las mantenían encerradas despectivamente, naturalmente, pero nunca las atacaban.

De cualquier manera, cada mañana un pobre bobo (hoy, yo) tenía hacer el trabajo a través del gallinero, siempre caluroso, húmedo, y oliendo a plumas y a paja y a caca de pollo. Ni siquiera podía ponerse de pie ahí, y para el momento en que había metido mi mano en cada nido, algunas veces debajo de una determinada gallina que no se dejaría su gallinero, mi espalda me estaba matando.

—¡Tu, fuera! —le dije a una gallina café. Estos pollos eran grandes y gordos, con plumas brillantes y ojos brillosos. Ellas se veían sanas y felices, como los otros animales. Pero esta gallina era una testaruda. Ella en serio, realmente quería sentarse en sus huevos y no dejarlos que se los robaran por debajo de ella. Ella tendía a atacar a quien quiera que se acercara, y esta mañana me había olvidado mis guantes de cuero, justo como cualquier otra mañana. Que era el por qué mis manos desarregladas se veían como si le pertenecieran a Jess.

—Mira, si fuera por mí, podrías quedarte con tus apestosos huevos —le dije—. Pero arriba en esta casa grande, ellos tienen ideas diferentes. Pero tienen una exigencia por tus malditos huevos. Así que sal de mi camino. —Chasqué mis dedos en ella varias veces, pero ella sólo

berreaba indignantemente y comenzaba a ponerse salvaje, una mirada picoteada en sus ojos.

—Maldita sea. —Miré abajo hacia mi canasta. Estaba bastante llena. Nadie se daría cuenta, probablemente, si yo estaba con un par de huevos menos. Y después quien quiera que juntara los huevos mañana haría un mejor trabajo de ello y seguramente conseguiría este escondite no cedido de la gallina.

La gallina me miró, como diciendo: claro, huye.

Tal vez sólo lo debería de intentar una vez más, muy lenta y ligera...

—¿Hola?

Salté varias pulgadas ante la inesperada voz, golpeando mi cabeza en una baja viga. Mi movimiento repentino asustó a la gallina café, así que ella me mordió, su pico filoso se hundió en el dorso de mi mano, haciéndome gritar y maldecir, pisando fuertemente un pie arriba y abajo mientras frotaba rápidamente el hinchado bulto en mi cabeza.

—¡Maldita sea! —Bramé nuevamente.

—Uh, lo siento. ¿Estás bien? —Una cabeza de color marrón ceniza se metió dentro del gallinero y me vio maldiciendo alrededor en la semioscuridad.

—¡Maldita gallina!

—Lo siento —la voz dijo otra vez—. River me dijo que saliera aquí. ¿Usualmente obtengo nuestros huevos de aquí? Por lo general están arriba en la casa.

Estaba aparentemente llegando tarde.

Le di a la gallina café la mirada más malvada que pude, luego escapé del gallinero. Al demonio con sus huevos.

Afuera, Meriwether estaba esperando, alta y desgarrada, con un cartón de huevos reciclado en su mano. Ella me miró, probablemente tratando de recordar por qué le parecía familiar.

—Oh —ella dijo—. ¿Tú estabas paseando, no?

—Sí. Compré algunos mapas en tu tienda. ¿Cuántos huevos quieres?

—Una docena. —Ella pescó una docena de huevos aún calientes fuera de mi canasta, ubicándolos cuidadosamente en su cartón. De repente sentí como si estuviera doscientos años atrás y esto fuera totalmente normal, una escena de cada día. No me gustó.

Meriwether se enderezó, cerró su cartón, luego me tendió dos dólares. Suspiré pesadamente y los metí en el bolsillo de mis vaqueros. No es exactamente un alto comercio. Recuerdo el día en el que había apostado mi tercer Ferrocarril Trans-Siberiano para así poder quedarme en un juego de póquer con una apuesta grande. Ahora estaba con vaqueros manchados de barro vendiendo huevos por dos dólares.

—Gracias —dijo Meriwether. De nuevo ella se veía acabada, del tipo aburrida y sin vida. Bueno, ¿quien podía culparla, con ese imbécil de padre? Ella se volteó para irse, y le dije—: ¿Cómo te está yendo en tu tienda?

Ella se volteó, algo sobresaltada. —Um, está yendo bien. Eso creo. Las cosas son más difíciles en todo el pueblo desde que la fábrica de textil cerré, sobre Heatherton.

—Oh.

—Ellos solían hacer sábanas y almohadas —dijo Meriwether, sacándose un poco de cabello fuera de sus ojos—. Nosotros éramos la única farmacia por los alrededores, e hicimos un buen negocio.

—¿Es esa la razón por la que tu papá es un idiota? —Le pregunté mientras caminaba hacia su coche—. ¿Porque al negocio le va mal?

Meriwether tragó incómodamente, pareciendo reacia a admitir que su padre era un idiota. —Um, bueno, él no está feliz —murmuró, tomando las llaves fuera de su bolsillo—. Mi madre... murió hace cuatro años, y él sólo está... él nunca pudo superarlo. —Se metió en el asiento delantero y quitó el freno de mano.

—Oh. —Muchos inmortales se volvían muy allegados a los humanos, por supuesto, incluyéndome. Enamorarse o ser amigo de ellos. Después de que mi Roberto el Soldado hubiera muerto en India, la inevitable y dura conclusión me había prevenido de acercarme a

cualquier otra persona. Y entre mis amigos, solemos no fijarnos en problemas o dolor, sólo pretendemos que ellos no existen, y encontramos algo para distraernos a nosotros mismos o entorpecer nuestras percepciones. Así que fue inusual que alguien me confiara acerca de temas dolorosamente personales, y no tenía nada inteligente ni útil que decir. Era malo, es todo. Pero creo que ella estaba bastante acostumbrada a ello.

—Gracias de nuevo —dijo Meriwether poniendo el pequeño coche en reversa.

—No hay problema. Nos vemos.

—¿Nastasya? Ven conmigo —dijo Anne—. Clase de Meditación. Tu primera vez con un grupo.

Me paré, mi columna desenrollándose lentamente de horas estando inclinada. Aquí estaba, recogiendo nogales del suelo. Una línea de como diez largos árboles de nogales bordeaba el jardín frontal, y cosechar los frutos secos era un desarrollo de un trabajo rutinario. Era frío, tedioso, un trabajo rompe-espaldas y, porque una vez más había olvidado mis guantes, mis dedos ahora estaban manchados de café. Tomaría semanas para que el color desaparezca. Mis rodillas estaban lodosas y mojadas por arrodillarme en el húmedo suelo, mi nariz estaba moqueando, y sentí el frío atravesarme.

—Piedra y un lugar duro —me quejé, y Anne sonrió. Hasta ahora la meditación había parecido nada más que aplastamiento del alma, interminables sesiones inmóviles, acompañada con la diversión de revelar los horrores del pasado. No, gracias. La semana pasada lo había hecho sola, con sólo otra persona guiándome. Ahora era el momento para la completa experiencia de grupo. Oh, qué alegría.

—Ven —ella dijo de nuevo, apuntando a la casa—. Por lo menos estarás caliente.

Miré hacia mi saco de arpillera —estaba como a tres cuartos lleno. Suspirando pesadamente, me levanté y fui con Anne.

—Hoy vamos a usar una vela para ayudar a concentrarnos —Anne dijo dulcemente, diez minutos después. Me senté con las piernas cruzadas en una pequeña, dura almohada rellena con granos de trigo sarraceno. Había cinco de nosotros, cada uno sentándose en un punto del pentagrama dibujado con tiza en el piso. Estábamos escaleras arriba de la casa, y podía ver al cielo oscureciéndose lentamente a través de la pesada ventana vidriosa. Me pregunté si podría escabullirme hacia el pasillo, de regreso a mi propia habitación, una vez que todos estuvieran realmente concentrados. No quería hacer esto. No quería especialmente hacer esto con Lorenz y Charles, a pesar de que eran ambos perfectamente amables. Y el soñado equipo de Nell y Reyn.

—Todos, vamos a concentrarnos en nuestras respiraciones —Anne dijo, su voz baja y melódica. Ella presionó un botón en el reproductor de CD, y algún tipo de toque de campanas, tipo canción de ballenas o algo salido de un álbum de Enya comenzó a tocar suavemente.

—Presten atención a su respiración —ella continuó contra la música de fondo—. Siéntanla llenar sus pulmones, siéntanla abandonar sus cuerpos. Están respirando energía, exhalando lo que ya no necesitan.

Como dióxido de carbono, por ejemplo.

—Si ayuda, pueden contar hasta cuatro mientras toman un respiro y cuatro mientras exhalan. Luego cuenten hasta seis en su próxima respiración, tomando seis latidos para completamente llenar sus pulmones. Y exhalen a la cuenta de seis. Pueden cerrar sus ojos, si gustan.

Inmediatamente cerré mis ojos. Sin ver la apretada cara de Nell o la dura expresión de Reyn, tal vez simplemente podría soñar despierta por un rato, embelleciendo mí última fantasía romántica, la de Reyn, con algunos aceites de almendras y tina de agua caliente.

—Ahora, empezando con sus pies, quiero que relajen cada músculo, uno a la vez. Sientan sus pies, siéntanlos relajarse. Ahora sus tobillos. Y sus pantorrillas. Si están sosteniendo cualquier tensión ahí, déjenla ir. —



La voz de Anne parecía soñolienta, flotando en la música, girando alrededor de nosotros como humo.

Mi pecho se sentía adolorido, mi estómago dolía, y mi nariz seguía moqueando de estar afuera en el aire helado. El día de Acción de Gracias era en un par de semanas, aquí en América, y me pregunté si River lo festejaba y si podría esperar por un postre no saludable ese día. Pensé de nuevo en los viajes de compras a la ciudad y cómo me había olvidado de abastecerme con un contrabando de comida chatarra. Oh, Dios, podría usar una barra de chocolate.

La voz de Anne era un bajo fondo en mi mente. Me ubiqué en mi asiento, sentí un poco de la tensión irse de mis hombros. Estúpidos nogales. Mis manos iban a estar manchadas de café por semanas — nunca se iba a deslavar. Ese era el por qué la gente solía teñir la tela y la lana...

Miré hacia arriba y vi a la lavandera de mi familia, Aoldbjörg Pálsdóttir, revolviendo el enorme caldero con su pala de madera tan grande como un remo. El día era frío, pero no glacial, y el fuego debajo de su olla lamía sus costados y ruborizaba sus mejillas gastadas por el tiempo. El olor amargo del colorante de cáscara de nuez mezclado con el humo de la leña llenaba el patio. Era acogedor aquí, seguro. A veces mi inmediata hermana mayor, Eydis, y yo subíamos a la cima de Faðir a observar. Queríamos mirar más allá de la muralla del castillo y ver las amplias extensiones del bosque negro de los alrededores. Lejos en la distancia estaban las desnudas y rocosas montañas, donde nada crecía. En la otra dirección estaba el mar. El mundo fuera del castillo era oscuro y amenazante, pero aquí en el patio, con las cabras gimiendo por paja y los mozos de cuadra cepillando los caballos y el mayordomo de Faðir gritando órdenes, estaba lleno de vida.

Mi hermano menor, Haakon, y yo estábamos jugando un juego con guijarros. Él era tres años menor que yo, ya no era un bebé o un faldero, sino un niño real que podía correr y jugar y guardar secretos. Nos sentamos con cuidado fuera del camino del otro, sobre un montón de lana esquilada de ovejas, quizás de unos veinte centímetros de alto, cada una, una alfombra gruesa de lana extendida con la en forma de una



oveja. La lana estaba sucia, llena de ramitas, pero aún grasosa y suave y buena para sentarse.

—Odio ese olor —dijo Haakon, arrugando la nariz.

—No es tan malo como el musgo de roca —dije, y él asintió con la cabeza, recordando el olor de los líquenes mojados acumulados en la orilla. Se habían transformado en un tinte de color verde oscuro.

Un destello de color escarlata me hizo mirar hacia arriba, y vi a mi hermana mayor, Tinna, y Eydis corriendo por el patio, riendo, en dirección a la torre. Mantuvieron sus delantales en ambas manos; la tela abombada. Me preguntaba qué llevaban... ¿bayas de invierno? ¿Corteza para hacer el té? Sus hermosos cabellos, matizados por el sol y de bronce bruñido, volaban detrás de ellas. El año siguiente, Eydis tendría que empezar a usar su pelo para arriba, como un adulto, como Tinna había empezado a hacerlo el año pasado.

Le sonreí a Haakon, y él me sonrió. Teníamos una buena vida.

*Muere.*

La palabra vino a mi mente como una burbuja sobre la superficie del estanque. Poco a poco, suspiré, preguntándome por qué mi trasero se sentía entumecido. ¿Qué estaba haciendo sentada? Por un momento no sabía dónde estaba, y me pregunté por qué ya no olía el lavadero en el patio. Entonces vino a mí: yo era adulta, y todo lo que recordaba había pasado 450 años antes. Nada de eso, ninguno de ellos, existía más.

No sé por qué no abrí los ojos, por qué mantuve mi respiración tranquila y superficial. Me quedé sentada muy quieta, abriendo mi mente a esta sala, a estas personas, sintiendo mis sentidos ondularse alrededor de mí.

*Esa perra... la odio.*

Era un pensamiento, no una memoria, viniendo de alguien aquí.

*No, no, perdóname, yo no lo decía en serio.*

*Su cuello... besar su cuello, el calor allí...*

Asimilaba todas las voces, y yo no tenía que reaccionar. Yo estaba recogiendo todo tipo de cosas, y de pronto vi asomarse un grupo de meditación haciendo su atractivo show. Estos pensamientos provenían de hombres y mujeres, pero sus voces no eran reconocibles, por sí mismas. Sólo como de distintas personas.

*La quiero.*

*Sus ojos. Su boca. Su boca en mi piel, mi pecho.*

*¡Oh, la odio! ¡No puedo evitarlo!*

*No, no, no puedo.*

Mi respiración se aceleró. Yo era intensamente consciente de mis dedos rígidos, curvados en mis rodillas, mi culo entumecido sobre este colchón duro, mi boca seca. ¿Eran estos pensamientos procedentes de todos o sólo de dos personas? ¿Y quién estaba pensando qué? Yo sabía que Carlos estaba apabullado por Lorenz, pero Lorenz era hétero, por lo que era un fastidio. Estaban, obviamente, Nell y Reyn, por supuesto, y la torturada telenovela del amor de ella no correspondido. Anne en realidad tenía un marido, pero él no vivía aquí, y yo no sabía la historia completa.

Era la cosa más emocionante que había sucedido aquí desde que había llegado. Yo estaba esperando sin aliento para oír más, pero sonó una campana, la música se detuvo, y mis ojos se abrieron a regañadientes.

Anne nos fue mirando a todos, y pensé que parecía más alerta, más aguda, que alguien que acababa de salir de una meditación profunda. Los otros abrieron sus ojos lentamente, algunos de ellos parecían tan relajados como para estar prácticamente dormidos.

Los pensamientos dejaron de venir a mí, y me estiré y me retorcí en mi almohadón.

—Gracias —dijo Nell, irradiando dulzura—. Esto fue encantador.

—Gracias a todos —dijo Anne—. Bien, es casi la hora de cenar.

Me puse de pie, flexionándome para lograr que la sensibilidad regresara a mi trasero, y había comenzado a ir hacia la puerta cuando Anne dijo: —¿Nastasya? Por favor, quédate un momento.

Me sentí como un estudiante que fue sorprendido haciendo globos de goma de mascar, pero esperé a que Anne cerrara la puerta.

—¿Qué piensas de esto? —Me preguntó—. ¿Fue la experiencia grupal muy diferente?

—Oh, Dios, sí —dije con entusiasmo—. No tenía idea que yo oiría todas esas cosas. Es mejor que “Days of our lives<sup>15</sup>”. —No mencioné mi recuerdo de la infancia.

—¿Qué quieres decir?

—Los pensamientos —le dije—. Alguien que odia a alguien, alguien que quiere a alguien, alguien que no puede hacer algo. Fue excelente. ¡No puedo esperar a escuchar lo que sucede después!

Ana me miró como si me hubiera convertido de repente en un pichón. —¿Qué?

Sorprendida por su reacción, le dije: —Bueno, ya sabes, esos pensamientos. No tenía ni idea de que eso podría suceder. Fue muy interesante.

—Escuchaste pensamientos —dijo Anne, la mirada fija en mí—. Acerca de alguien que odia a alguien, alguien que quiere a alguien.

—Sí —dije, sintiéndome insegura de mí misma. ¿Había enredado esto de alguna manera? ¿No tenía que hacer mención de lo que escuchaba? ¿Porque se suponía que fingiera que no había oído algo?—. Um, y tú sabes, besar su cuello. Sus ojos. Su boca en su pecho. Esas cosas... —murmuré. Había sido una curiosa coincidencia, teniendo en cuenta lo paranoica que estaba de mi propio cuello. Mencionando “el calor allí”. ¿Cómo de una quemadura, tal vez? Ja ja ja. No. Quiero decir, él no se refería a mi cuello, seguramente. Charles era gay, Reyn no me soportaba, y Lorenz nunca había dado el menor indicio de que encontrara mi apariencia de rata ahogada interesante.

---

<sup>15</sup> “Days of our lives”: Telenovela norteamericana.

Anne sólo parpadeó.

—¿Estas... bien? —Realmente, realmente esperaba que esos pensamientos no fueran de ella.

—¿Cuánta meditación has hecho? Pensé que no te gustaba esto. — Ella no respondió a mi pregunta.

—Dios, no, yo lo odio —le dije—. Es un asco. No hice mucha.

Anne se sentó en el borde de la mesa, sin dejar de mirarme.

—¿Hice algo mal? La próxima vez no voy a decir nada si escucho algo.

—No, no... —murmuró Anne—. No es eso. Aunque me gustaría que mantengas lo que has oído para ti misma. Es sólo que he recogido algunos sentimientos, pero soy muy avanzada. Soy muy poderosa. Estoy segura de que nadie más en la sala ha oído o sentido algo aparte de lo que estaba en su propia cabeza.

Huh. ¿Había escuchado mis pensamientos? Ugh.

—Sentí la conciencia de alguien, pero no sabía que eras tú, prosiguió —yo pensé “uff” —. Pensé que podría ser Solis, que está al lado en estos momentos, enseñando sobre las hierbas.

—Así que... ¿no suele ocurrir, con nadie más?

—No —la mirada de Anne era firme y penetrante—. Nunca sucede, no con los estudiantes. Nunca, jamás.

Huh. Este episodio parece indicar que... tal vez yo era realmente muy poderosa. *¿Cierto, Nastasya? ¿Podrías ser muy poderosa, no? Tú eres la última poderosa.* Sentí el cierre automático de mis pensamientos, sentí mi mente bordeando lejos de esas implicaciones como el agua baila en una sartén caliente.

En ese momento se produjo un ligero golpe en la puerta, y Solis entró y miró a su alrededor, vio que éramos Anne y yo, y frunció el ceño ligeramente.

—¿Son las únicas dos aquí? —Dijo.

—Sí —respondió Anne—. ¿Qué... por qué viniste?

Solis se encogió de hombros y sonrió. —Pensé que sentí algo. Parecía extraño.

—Sentiste algo. —Anne se veía inusualmente seria—. La sentiste.

Solis hizo una pausa, como si tradujera las palabras en su cabeza. —¿Qué? —Dijo finalmente.

—Nastasya envió su conciencia durante la meditación en grupo. Sentí su tacto en mi mente, y ella recogió lo que los otros estaban pensando. Podía oírlos. Con precisión.

¿Cuándo, cuándo voy a aprender a mantener la boca cerrada? Ahora me sentía como en un zoo de exhibición, con los dos estudiándome.

—No voy a tratar de hacerlo de nuevo —le ofrecí. Definitivamente no diría nada nunca más.

Solis realmente inclinó la cabeza hacia un lado. —¿De dónde dijiste que eras?

Se encendieron las alarmas dentro de mi cabeza. Yo estaba dispuesta a hacer todo tipo de tonterías para permanecer aquí, pero revelar mi pasado no era una de ellas. —Del norte.

La campana de la cena sonó a continuación, haciéndome saltar.

—¡Menos mal! Me muero de hambre —dije, guardando la almohada de trigo—. Gracias por la clase, Anne. Fue genial. ¡Nos vemos en la cena!

Era evidente que yo estaba escapando como un conejo asustado, y me dejaron, aunque sentí que sus ojos me siguieron por el pasillo. Bajé las escaleras y me dirigí hacia el comedor.

¿Podría... tener poder? ¿Mi poder hereditario? ¿Podría realmente ser tan fuerte, después de tanto tiempo? *Debo ocultarlo*. Pero así como tuve ese pensamiento, un deseo nuevo, feroz, surgió dentro de mí, con ganas de sentir el poder de nuevo, con ganas de seguirlo a dondequiera que me llevara, con ganas de explorar sus límites.

No podía. No podía. No me atrevía. Nada bueno podría resultar de eso, lo había visto con mis propios ojos. Había que ser muy, muy fuerte

para hacer frente a ese tipo de poder. Yo no era lo suficientemente fuerte. Yo nunca sería lo suficientemente fuerte.

Me deslicé en un lugar en el banco, mi mente todavía tambaleante. Esa sensación... había sido... mágica.

## Capítulo 13

*Traducido por Dessy.! y Ellie  
Corregido por Melo*

—¿Qué? ¿Conseguir un trabajo...? ¿Un trabajo real? ¿Por qué? —le pregunté.

El día después de lo de la meditación, Solis había acordado que me enseñaría hechicería real, en lugar de sólo los nombres del maravilloso mundo que nos rodea. Todavía estaba enojada sobre su bajada de antes, y yo aún no podía decir que estaba cien por ciento comprometida con esto... pero se me había ocurrido que el saber más sobre estas cosas, sobre mi magia, mi poder, sería mejor que no saber. Si lo supiera, podría controlarlo, protegerlo, esconderlo, sabiendo que no había funcionado tan bien para mí.

Era difícil de entender, porque yo había huido de toda la cosa durante siglos, la mayor parte de pequeños hechizos. Ahora me sentía un señuelo, eso me asustó.

¿Pero un trabajo?

Solis sonrió.

—Es parte de la imagen completa. La rutina diaria, por así decirlo. Se muestran todos los días. Exponerse en un entorno. Estar bien con los demás. Literalmente, hacer un buen trabajo con algo que esté fuera de aquí.

No traté de ocultar mi disgusto.

—Estoy haciendo un montón de cosas por aquí. ¡Yo he sido una esclava personal para ustedes desde que aparecí!

—Y estamos seguros de que han apreciado lo que has hecho —dijo Solis con humor—. Pero conseguir un trabajo es un paso importante para integrarse en el mundo real, no sólo en el mundo de tiempo y dinero ilimitado y amigos tan superficiales y egoístas como los que tenías tú.



Lo ideal sería que hubiera protestado enérgicamente, pero en realidad, yo no tenía una pierna para estar de pie. Apreté los dientes.

—Tú has tenido puestos de trabajo antes, ¿no? —preguntó Solis.

—Sí, por supuesto —dije. Si se incluye el burdel en California de la década de 1850, donde había hecho una fortuna. O cuando yo era modelo de un diseñador francés en París, en la década de 1930. ¿Pero un trabajo-trabajo? Intenté otra táctica—. Yo realmente estaba esperando que pudiera, ya sabes, tomar una varita y hacer todo mejor.

Solis se echó a reír.

—Parece que tú tienes una capacidad excepcionalmente fuerte, Nastasya. Es muy importante que aprendas qué hacer con ello.

Pensé en decir: “Oh, ¡bah, caramba!” o algo así, pero yo estaba tratando de controlar la fiebre de ansiedad mezclada y el orgullo que pululaban a través de mí.

—Estoy dispuesto a enseñarte —continuó—, pero hay que hacerlo a mi manera. No porque soy fanático del control, sino porque la experiencia me ha demostrado que esta es la mejor manera de enseñar lo que tú necesitas aprender. Así que, sí, tú tienes que conseguir un trabajo, como todo el mundo cuando llega por primera vez. Preferiblemente con salario mínimo. Algo humilde, en lugar de un gran sueldo o gratificación del ego. Oí que la biblioteca está buscando a alguien para ayudar con los libros.

Lo miré con consternación.

—Iré contigo, ahora —dijo. Su tono era amable, pero sus ojos sagaces. Yo podría tener una racha de poder extraño, pero todavía era un dolor en el culo, y él todavía tenía grandes dudas acerca de mí. No me complacía pensar que de repente fuera tan asombroso como para poner un montón de mierda sobre mí. Aunque Dios sabe que ha funcionado con otras personas.

Suspirando, me fui de su aula y me dirigí a la casa. Asher me dio una lista de compras de cosas que necesitaba recoger de regreso a casa, lo tomé y me fui a mi coche.

En Sylvia's Diner ubicado en la carretera me contrataron de inmediato. Yo había conseguido pasar más en cuatrocientos años sin haber sido nunca una camarera o haber trabajado en un bar, pero mi expediente estaba a punto de finalizar. ¿Qué tan difícil puede ser?

Las personas ordenaban la comida y yo se las llevaba. No tenía que cocinar, no tenía que trabajar con la caja registradora. La primera hora la dediqué al aprendizaje de dónde estaba todo.

La segunda hora fue un docudrama desmoralizador, apretando los dientes mientras veía todo lo que podía ir horriblemente. Lo dejé unos dos segundos antes de que me despidieran, y sin tener un tiro en la tarta de limón del mostrador.

De vuelta a mi coche, pasé por un Stop & Shop y compré un granizado de frambuesa congelada y un par de paquetes de Donettes y Ding Dong. Medité mi próximo movimiento mientras saboreaba los alimentos que no tenían alguna pretensión de valor nutritivo o de organicidad o, Dios no lo quiera, de fibra.

Eran las dos de la tarde. No tenía trabajo.

Mi mente de repente se trasportó, como si pudiera verlo sentado en un humo oscuro, y en un fabuloso restaurante. Pidió caracoles y encendió un cigarrillo, ya era su segundo o tercer Martini. El camarero o camarera corriendo para anticipar todas sus necesidades, como los servidores de siempre. Incy estaba tan elegante, esbelto y sinuoso, vestido con una camisa de seda y un bonito corte de pantalones. Su pelo era un negro oscuro que parecía casi azul, y su piel era de un hermoso color caramelo claro.

Tenía los labios finos, un poco llenos, pero podía lucir duro y cruel. Era muy divertido, siempre hacía comentarios mordaces acerca de otros comensales. Me acordé de cuando estábamos tumbados en un banco en Les Deux Magots, en París, mi cabeza en el regazo de Incy. Estaba cansada y había bebido demasiado. Incy me daba de comer pequeñas fresas, sus hermosos dedos rozando apenas mis labios. Me acordé de pensar que yo debería estar feliz, que tenía todo lo que necesitaba, en vez

de tener un terrible aullido interior. Lo escondí de Incy, lo escondí de todos.

Yo no recordaba querer ir a Niza, pero Incy había rogado y amenazado en broma hasta que estuve de acuerdo. Él había hecho que me fuera a San Petersburgo, me había convencido de ir a Hong Kong. Siempre he disfrutado de mis viajes, agregando todos esos lugares. Pero, mirando hacia atrás, me di cuenta que no había tenido muchas ganas de ir, pero de alguna manera Incy me había convencido. Él no quería ir solo. Él no quería ir sin mí.

Mi mente se volvió con los recuerdos, y un centenar de imágenes se lanzaron sobre mi conciencia. ¿Cuántas veces había hecho yo algo por mi cuenta en los últimos treinta años? Incy no controlaba mí día a día, había mil veces en que yo había decidido a dónde ir y qué hacer. Pero él casi siempre había ido conmigo, aún cuando insistí en que no quería, incluso cuando se quejaba sin cesar.

Él no quería que fuera por mi cuenta. Él no quería estar lejos de mí.

Toda esta línea de pensamiento era algo impactante, que nunca se me había ocurrido. Yo simplemente pensé que éramos mejores amigos. Pensé que quería estar con él y que tenía que estarlo. No era eso. Fue sólo que, mirando hacia atrás, pude ver que tenía otras opciones, he hecho muchas cosas yo sola o con otra gente, sólo que Incy estaba siempre allí. Siempre, siempre allí. A pesar de la cantidad de muchachas sobrenaturalmente hermosas y muchachos que giraron por su vida, su apartamento, su cama, yo era el constante en su vida. Y él en la mía. Recién ahora comprendía esto. Debe estarse volviéndose loco sin mí. Yo me he sentido bien, extraña, por estar viviendo esta monstruosamente ordinaria vida, pero no me siento como si muriera por no estar con él. Me he sentido bien. ¿Qué estará pensando él? ¿Qué estará sintiendo? ¿Qué estará haciendo? Qué extraño que nunca me hubiera dado cuenta de esto, de su dependencia.

De pronto me sentí demasiado sola y comencé a dirigir rápidamente el coche a través del pueblo, pensando en recoger las cosas de Asher de la única tienda de comestibles, Pitson. Tendría que volver con Solis,

desempleada, lo cual me avergonzaba, aunque el fracaso jamás me había molestado antes.

Cuando pasé por la farmacia MacIntyre, pensé acerca de la pálida Meriwether, y entonces vi el letrero: SE NECESITA AYUDA.

Hmm...

Continué manejando, entonces giré rápidamente en "U" en medio de la Calle Principal. Dado que la Calle Principal estaba más muerta que un clavo de puerta, no fue un problema.

Aparqué fuera de MacIntyre y pensé: ¿Meriwether habría sido despedida por su padre? ¿Entonces yo estaría tomando su lugar en la línea de fuego? Era irresistible. Tenía que saberlo.

Adentro, la tienda estaba apagada y gris. Me golpeó el darme cuenta de que lucía tan muerta y pálida como la propia Meriwether.

—¿Puedo ayudarte? —La voz del Sr. MacIntyre fue brusca y hostil. ¡Genial! Siempre deseé tener un jefe así.

—Estoy aquí por el trabajo —dije, sosteniendo el letrero.

Me miró de arriba abajo —al parecer, las personas hacían eso mucho últimamente.

—¿Tienes alguna experiencia?

—Sí. Manejé la sección de salud y belleza en un SuperTarget en casa —mentí tranquilamente.

—Esto no es un Target —dijo, y yo pensé: qué bien, gracias por la aclaración—. Necesito de alguien que ordene las estanterías. Que atienda a los clientes. Que mantenga las cosas ordenadas mientras mi chica está en el instituto.

Su "chica". No su "hija". Ugh, tétrico.

—Puedo hacer eso.

—¿Sabes cómo manejar una caja registradora?

Miré hacia la que estaba sobre el mostrador. —Bueno, esa es un poco más vieja de las que utilizamos en el Target. Tal vez necesite un pequeño curso de actualización.

El Sr. MacIntyre lucía como si intentara encontrar una buena razón para no emplearme, sólo que su propia necesidad de contratar a alguien lo derrotó.

—Es salario mínimo.

—Está bien. —Solis estaría tan orgulloso de mí.

—¿Por qué no estás en la escuela? ¿Cuántos años tienes?

He podido pasar por una joven en sus tempranos veinte antes, pero sería mejor no presionar. —Dieciocho. Ya me gradué del instituto. Ahora me estoy tomando un año libre antes de ir a la Universidad.

—Huh. De acuerdo. Déjame que te muestre la tienda.

Y así empezó mi carrera como una encantadora repositora de mercaderías en la Farmacia MacIntyre, aquí en “Villa El Fin del Mundo”, Massachusetts.

## Capítulo 14

*Traducido por Sera  
Corregido por Melo*

Esa noche a la hora de la cena era capaz de informar triunfantemente que tenía un trabajo de verdad de salario mínimo. Nell se rió, luego rápidamente se la tragó por la mirada de Asher. River me dio una sonrisa de complicidad, y Solis parecía apaciguado.

Tenía una tonta ráfaga de orgullo de que en realidad había hecho algo bien. Por una vez.

—Hey, cariño, cárgame —dijo Brynne, y le pasé el plato de pescado. Estaba prácticamente devorando mi comida, intentando satisfacer mi siempre creciente apetito. ¿Cuándo había sabido tan bien el pescado y el arroz? Es decir, cuando no estaba en medio de una hambruna.

Un relámpago iluminó la oscura ventana, alumbrando el comedor durante un instante, mostrando el gran espejo sobre la chimenea. Un momento después, los truenos retumbaban a lo lejos.

—Muy inusual que haya una tormenta de truenos en noviembre —comentó Asher, y River asintió.

—Es muy malo —dijo River—. Íbamos de paseo bajo las estrellas esta noche.

Di gracias silenciosas de que no hubiera un paseo bajo las estrellas en mi futuro inmediato y me puse un poco más de té caliente. Las primeras y frías gotas de lluvia golpearon la ventana, y me sentí extrañamente encerrada aquí, envuelta por toda esta gente que no conocía muy bien.

—Esta noche tendremos una vista muy buena de Zeru-zakur, alrededor de las once —continuó River, y— agarra esto— todo el mundo en realidad levantó la mirada y asintió con interés.

Hice una pausa, con el tenedor a medio camino de mi boca, mientras mi cerebro escaneaba en busca de esa palabra. Sonaba ligeramente familiar. ¿Qué mierda...? preguntaría. Como ellos dicen, no hay preguntas estúpidas. Sólo gente estúpida.

—¿Qué es Zeru-zakur?

Unas pocas personas levantaron la cabeza y miraron hacia mí.

Finalmente, Solis dijo.

—La Canis Mayor.

De acuerdo, había oído hablar de eso. Una constelación, el “Gran Perro”. Como la Osa Mayor. Pero, ¿cuál era su significado? No se me ocurría nada.

—¿Entonces es la Canis Mayor uno de nuestros grupos más interesantes? —pregunté, echando 3 azucarillos en mi té.

Ahora todas las doce cabezas se volvieron para mirarme, y tuve la impresión de que la ignorante novata acababa de decir un adorable disparate de algún tipo. Pero sin la parte de adorable.

—Tomaré eso como un sí —murmuré, sorbiendo mi té demasiado caliente.

Incluso River estaba mirándome con sorpresa. Arreglárselas para sorprender a alguien de casi 1300 años era algo, dejé de beber y me levanté.

—¿A qué te refieres? —La risa de Nell sonó un poco quebradiza.

—Sé que es una constelación —dije, empezando a sentirme irritada. Levanté la mirada para ver a Reyn mirándome, sus ojos ligeramente entrecerrados, pero no mezquinamente. Más bien... considerados.

—Es... la Canis Mayor. Zeru-zakur. —Incluso Daisuke, quien siempre era muy educado y amable, parecía incapaz de creer que no estaba en todas estas cosas.

—Sí, he pillado eso. ¿Pero, y qué? —Pregunté, dejando abajo mi té—. Sólo díganme, y pueden echarse unas buenas risas después.



Después de una pausa, River dijo tranquilamente. —Zeru-zakur es un antiguo nombre para la constelación que tanta gente conoce hoy como Canis Mayor. Su estrella principal es Sirius, la estrella perro, que es la estrella más brillante en el cielo nocturno.

—De acuerdo —dije. La mesa estaba silenciosa, excepto por el esnife de Nell, pero River le lanzó una mirada y ella se sentó.

—No estamos seguros de por qué, hay muchos mitos y leyendas, y es algo que muchos filósofos inmortales han estudiado, pero alrededor de hace quinientos años, un astrónomo inmortal se dio cuenta de que por alguna razón, las estrellas de la constelación Canis Mayor corresponden casi exactamente con ocho fuentes. O al menos, se asume que correspondieron exactamente, hace varios miles de años. —River partió un trozo de pan, pareciendo hacerlo deliberadamente. Sonrió—. No estaba ahí, así que no lo sé.

—¿Fuentes? —repetí. Fuente se refería a fuente u origen. También significaba un estilo de letra, en mecanografía.

—Oh Dios mío, deberías saber... —exclamó Nell, y esta vez la mirada que River le dio era penetrante. Nell dio un suspiro y miró hacia abajo a sus manos, poniendo una pequeña sonrisa falsa en su cara.

—Las ocho fuentes, o casas, de los inmortales —siguió River—. De nuestra magia. Están en un patrón por todo el globo que corresponde a las posiciones de las estrellas en la Canis Mayor —Ella estaba mirando mi cara en busca de signos de reconocimiento.

—¿Hay... ocho casas? —pregunté. La habitación estaba tan tranquila como una tumba.

—¿No has estudiado esto? —Preguntó River—. ¿Nunca? Seguramente habrás oído a otros aefrelyffen hablar sobre ello, ¿ni siquiera de casualidad?

Me acordé. —¿Te refieres a las capitales inmortales? ¿Cómo en Brasil, o la que está en Australia?

—Sí, así que sabes de ellas —dijo Solis, su voz gentil—. Esas son dos de ellas. Hay, o mejor dicho había, otras seis. Esas ocho capitales, o casas,

corresponden a las ocho estrellas en la constelación Zeru-zakur. ¿Así que nadie te ha hablado de la historia de los inmortales?

Pensé en Helgar, con su teoría de Adán y Eva. —No mucho. Sólo que... nadie sabe cómo empezamos, o por qué.

—Conocí a gente que nunca había oído hablar de las ocho fuentes —ofreció Jess en su ronca voz—. Gente que, por alguna razón, nunca lo tuvo como parte de su vida. Demonios, difícilmente yo sabía algo o, hasta que vine aquí.

—En realidad, he conocido a gente así también —dijo Anne—. Es conocimiento bastante común entre muchos inmortales, pero algunos pueden no haberse dado cuenta de su significado.

*Gracias, Jess y Anne, pensé.* Se me ocurrió que quizás mis padres me hubieran enseñado sobre eso, sobre nuestra historia, nuestro poder. Quizás hubiera habido un rito o algo, con una gran revelación al final. Quizás mi hermano mayor y mi hermana más mayor habían pasado por eso, antes... esa noche. Nunca lo sabría.

—De acuerdo, Nastasya —dijo River—. No quería hacerte sentir incómoda. La gente se mueve en diferentes círculos, y los diferentes círculos tienen diferentes tradiciones y diferentes enfoques. A veces olvido eso.

Me sonrió, y pensé: Ésta es la mujer más sincera que he conocido.

—Y esto significa que tendré el placer de enseñártelo —dijo, luciendo satisfecha por el pensamiento—. Tradicionalmente, esas ocho fuentes han sido los lugares principales de la fuerza inmortal. Los inmortales parecen haber, si no originado de esos lugares, entonces seguramente extraído un gran poder, una gran magia de ellos. El lugar principal, con la magia más fuerte, está en África, un lugar llamado Mogalakwena Rural, en Sudáfrica. Que corresponde a la estrella perro. Luego, a cada lado de esa, a lo largo de la línea del trópico de Capricornio, tienes las dos que conoces, la Bahía de Coral, en Australia, al este, y al oeste en Campinas, Brasil.

He estado en esos lugares a lo largo de los años. Porque los inmortales tienden a merodear alrededor de ellos. No había pensado realmente el por qué. Sentí un rubor calentar mi cara. Era mortificante, aterrador, darse cuenta de cuánto no sabía, cuánto estaba ahí afuera para conocerlo, justo delante de mí, y de alguna forma me las había arreglado para perderlo e ignorarlo, desechando todos estos años. Había estado viviendo en blanco y negro, y ahora River me estaba enseñando todos esos otros colores que habían estado ahí todo el tiempo, pero había sido demasiado estúpida para verlos.

—Luego, yendo hacia el noreste desde Mogalakwena, tienes Awaynat, en Libia, justo al lado de Egipto —River continuó conversacional, comiendo su cena como si esto no fuera gran cosa—. Esa línea desapareció hace cerca de dos mil años. Dos mil trescientos años. Ya no existe.

—¿Hace dos mil trescientos años? —dije—. ¿Qué pasó con su poder?

—Nadie lo sabe —dijo River—. Dudo que alguna vez lo sepamos. Y, continuando hacia el noreste desde Awaynat, te tropiezas con Genoa, Italia.

Pillé la palabra Genoa, y mis ojos se ampliaron. River sonrió.

—Soy de esa casa —ella reconoció—. Es en parte por lo que soy tan fuerte. Mis cuatro hermanos y yo todavía estamos vivos, y mi hermano más mayor es todavía el... bueno, el rey de esa casa.

—¿Rey? —Un frío reconocimiento estaba trepando dentro de mí. Mi estómago se cerró, y aparté mi plato.

—Por falta de una palabra mejor —dijo River—. Si alguna vez lo conoces, por amor de Dios, no lo llames Rey Ottavio. Te comerá.

Solis y Asher sonrieron. Supuse que lo habían conocido. Intenté concentrarme en sus palabras.

—Continuando en una especie de forma de Y desde Genoa, está Tarko-Sale, en la Rusia del norte, pero esa línea también desapareció, en 1550. Los usurpadores asaltaron la capital y cortaron las cabezas de la familia de la casa.

Sentí la sangre dejar mi cara.

Odin el Odioso se levantó de repente, empujando su banco hacia atrás con varias personas en él.

—Creo que dejé la cocina encendida —dijo, y empujó la puerta oscilante hacia la cocina.

Lo que sea. Supongo que había oído esta historia mil veces. Intenté encontrar mi voz.

—¿Y qué pasó con su poder? —pregunté.

—Los usurpadores nunca encontraron los tarak-sin de la casa, su instrumento, la concentración de su fuerza. Mataron a toda esa gente para nada, y entonces la magia, el poder, se fue para siempre. Así que se precipitaron al oeste, buscando el poder de otra casa que coger.

*Oh, Dios.* Mi mano agarraba mi taza caliente de té fuertemente.

—¿Qué es un tarak-sin? —Mi voz sonó floja y estricta.

River suspiró tristemente, y me di cuenta de que había estado viva cuando eso ocurrió. Me pregunté si había oído de ello en el momento o lo había descubierto después.

—Cada casa tiene, bueno, un instrumento mágico, por falta de una palabra mejor. Un nombre muy antiguo para ello es tarak-sin. Es normalmente un secreto, aunque las leyendas hablan del cuchillo ceremonial de Awaynat. Otra casa puede que tenga un libro especial, o un globo de cristal, o incluso una varita mágica o un anillo o alguna otra joya como tarak-sin. Y esta cosa antigua está empapada con una gran cantidad de poder mágico, específico de esa casa. El cabecilla de esa casa puede usarlo para realizar grandes hechizos.

*Oh, Dios.* Incluso podría ser un amuleto. Un amuleto hecho de oro antiguo y grabado con símbolos mágicos. Por ejemplo. Mi cabeza empezaba a girar.

—Vi el tarak—sin de la casa en la Bahía de Coral —dijo Charles.

—¿En serio? —Brynne parecía alucinada.

—Sí. —Charles parecía muy serio—. Era una Barbie. Pusieron renacuajos mágicos en ella.

Por un momento hubo silencio, luego Jess soltó una carcajada. Asher partió y le lanzó un trozo de pan a Charles. La cara de River perdió algo de su seriedad, y puso la mano sobre su boca y negó con la cabeza.

—Siempre molestaba a mi hermano con que nuestro tarak-sin de la casa es su Oscar, el cual ganó al mejor guión, bajo su otro nombre — admitió River—. Lo guarda en el baño.

Más risas, pero por dentro yo estaba gritando.

River se aclaró la garganta y se puso seria de nuevo. —Pero volviendo a nuestra historia. Al oeste de esa misma línea estaba la casa en Islandia, en Heolfdavik. O mejor dicho, un pequeño pueblo cercano a Heolfdavik. Esa línea, tristemente, fue también destruida, en 1561, por asaltantes. Y de nuevo, todo el poder de una casa se perdió.

No podía decir nada, solo miraba hacia abajo a mi plato y me preguntaba si mi cara estaba tan blanca.

—¿Perdida de verdad? —Preguntó Rachel—. Nunca he entendido eso.

—Sí —dijo River—. Los asaltantes mataron a todos en la familia, luego encontraron el tarak-sin de la casa e intentaron usarlo. Pero no eran lo suficientemente fuertes, o algo fue mal. La historia es que fueron sumidos en una torre de luz, dejando nada salvo cenizas. Y nadie sabe qué era el tarak-sin.

Era un amuleto. De alguna manera nunca me había dado cuenta de su significado. Sabía que era mágico, sabía que era la posesión más valorada de mi madre, y lo había tenido guardado para siempre porque era la única cosa que tenía de mi antigua vida. Pero en realidad era un tarak-sin. Yo tenía la mitad, así que los asaltantes debían haber tenido la otra mitad. No es de extrañar que su magia explotara.

Me sentí como si me fuera a desmayar. Estaba intentando seguir respirando normalmente, pero mis ojos estaban enormes, concentrados

en la cara de River. Ella vio mi expresión, y creí ver algo vacilar en sus ojos.

Reyn volvió y se sentó sin decir una palabra.

Yo estaba mirando hacia abajo, intentando tragar lo que se sentía como una pelota de golf en mi garganta. Tenía preguntas, pero no podía preguntarlas ahora.

—Bryne —dijo River, cambiando abruptamente de tema—, ¿hay algo de postre?

Bryne saltó y dijo—: ¿Qué si hay postre? ¿No hice yo la cena? ¿Alguna vez hago la cena sin postre? No creo. —Se fue hacia la cocina y volvió un minuto después con dos tartas de manzana en una bandeja.

—¿Hay algo de helado? —preguntó River, y Bryne asintió, como, “sí, por supuesto que tenemos helado, tenemos tartas, ¿verdad?”. En un momento trajo un recipiente de helado orgánico hecho en una tienda de lácteos a un par de millas de distancia.

Tenía la sensación de que River me estaba dando tiempo para controlarme, mientras yo por dentro estaba arañando frenéticamente mi psique para juntarla, pareciendo normal, desviando la atención de mi misma.

—¿Así que ninguna de esas casas existe todavía? —preguntó Rachel.

—No que nadie lo sepa —dijo River—. Awaynat es un completo misterio. Y nadie ha oído hablar de ningún superviviente de Tarko-Sale o Heolfdavik. Y de alguna forma, los tarak-sins de las casas se perdieron —River habló tranquilamente, echando helado en su tarta.

—Podemos hablar más de eso en otro momento —dijo Asher, mirando a River—. Y puedo contarte sobre la última casa, la cual corresponde a la última estrella en el Canis Mayor. Está en Salem, Massachusetts.

—Te estás quedando conmigo. —Meforcé a entrar un trozo de tarta en la boca— ¿El famoso Salem de los juicios de brujas? —Mi voz sonó como un gruñido, y la tarta se quedó atascada en mi garganta, asfixiándome.

—El mismo. Adivina cuántas de esas “brujas” en realidad no murieron en sus hogueras. —Solis parecía siniestro.

—Solis es de la casa de Salem —dijo River despacio, y mi mente voló hacia la imagen de Solis siendo quemado en la hoguera. Por mucho tiempo. Sin la bendición de la muerte.

—Pero no había nadie en América hace miles de años —dijo Charles—. Excepto nativos americanos. ¿Verdad?

—Es una larga historia —dijo Solis, reuniéndose con los ojos de River—. De todos modos, no vamos a ir a pasear esta noche. —Como si interrumpiera sus palabras, un gran trueno explotó, pareciendo estar justo fuera del edificio. Intenté tomar otro trozo de postre mientras oía la lluvia golpear fríamente contra la ventana. Tenía un montón en lo que pensar.

Más tarde, cuando estaba saliendo de una larga y caliente ducha, River estaba esperándome fuera en el pasillo. Sus ojos eran graves pero amables.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Claro —dije, frotando una toalla contra mi pelo mojado—. ¿Por qué no lo estaría?

Estuvo callada un momento, andando a mi lado de vuelta a mi habitación. —Era un montón de información para comprender —dijo.

—Sí. —Abrí mi puerta y colgué mi toalla sobre la silla delante del radiador—. Es alucinante, esas grandes lagunas en mi educación. Por otro lado, puedo decir palabrotas en ocho idiomas diferentes. Al menos.

—Nastasya... —dudó—. Naciste en 1551. ¿Dónde?

Mi corazón dio un vuelco y golpeó en una parada. Dije la primera cosa que me vino a la cabeza. —Japón.

Ella frunció los labios. —Tendrás que hablar de ello algún día, querida.



—¿Hablar de ello? —La miré sin comprender, algo que había perfeccionado hasta ser un arte.

Ella asintió, luego me abrazó y me dio una palmadita en mi pelo mojado. —Duerme algo. Tienes trabajo mañana.

Mi cara se descompuso, realmente lo había olvidado. River sonrió por mi expresión, luego se fue. Tenía que pensar. No intentaría sujetarme a la fuerza, ¿verdad? ¿Qué haría si lo hacía? Estaba asombrada de que hubiera ocho casas diferentes, ocho líneas diferentes de historia. Supuse que esas eran sólo las más importantes, las que se la habían arreglado para acaparar un montón de poder. Debía haber otras miles. ¿Pero sólo ocho tarak-sin originales? ¿De dónde venían? Apreté los dedos bajo mi fina bufanda de algodón. ¿Qué pensaría River si supiera que tenía el tarak-sin de Islandia escondido en la parte de atrás de mi cuello?

Incapaz de pararme, escuché en busca de pasos, y sin escuchar nada, me metí bajo la cama. Un pequeña trozo de moldura del suelo al lado de mi cama estaba agrietado, y clavé mis uñas cortas en la grieta y lo saqué. Metí la mano en el agujero y sentí, de nuevo, el ornamento de oro macizo que siempre se sentía cálido, sin importar donde estuviera. Me aseguré de que estuviera allí y puse de nuevo la moldura, colocándolo de vuelta apretadamente y soplando algo de polvo sobre ella para que pareciera inalterado. Luego me arrastré de vuelta y me senté en mi cama.

Si mi amuleto era el tarak-sin verdadero de mi casa, entonces era incluso más poderoso, más valioso de lo que había imaginado. Eso era lo que había hecho que mataran a mi familia entera. Eso era a por lo que habían venido los asaltantes. Eso era por lo que habían muerto.

¿Alguien sospechaba que la mitad aún existía? ¿Merecía la pena matar por sólo la mitad?

## Capítulo 15

*Traducido por Emii\_Gregori**Corregido por Selune*

No sé si el Viejo MacIntyre estaba sorprendido al verme a la mañana siguiente, a tiempo, pero yo misma estaba sorprendida como el infierno. Tardó unos veinte minutos en explicarme la forma de almacenamiento en los estantes, otros cinco minutos para explicarme las complejidades de la vieja —pero no de una forma encantadora— caja registradora, y luego otros cuarenta y cinco minutos para poner el miedo de Dios dentro de mí si alguna vez llegaban a robar algo. Mantuvo la sección trasera, donde todas las prescripciones estaban llenas, cerrada, así que básicamente él me estaba advirtiendo del contrabando del Tampax, las fórmulas para bebés, y el hogar se cebos vivos en mi bolso. Como sea.

Enrollé las mangas de mi sexy y provocativa franelilla de tela escocesa, abrí una caja de tinte de cabello Garnier Nutrisse, y comencé colocando mi pequeño corazón fuera. Enfocarme intensamente en esta labor embrutecedora significaba que no podía pensar en otra cosa. Yo estaba decidida a no pensar en otra cosa durante el tiempo que pudiera. Me había tomado de un trago de mi té de hierbas anoche y había dormido sorprendentemente bien, sin pesadillas, sin recuerdos. Pero eso era lo que yo iba a hacer con todo el asunto de las ocho casas. Quiero decir, ¿cómo podría llegar a un acuerdo con eso? Había tanto que no sabía de mi pasado, mi propia herencia. Nunca quise saberlo. Tenía miedo de conocerlo. Mira todo lo que no sabía de mi amuleto. Ahora que lo sabía, me daba un nuevo nivel de paranoia. ¡Qué entretenido!

Después de aproximadamente una era de incertidumbre estúpida, de pronto golpeó en mí, el punto entero de esto, que Solis esperaba que yo saliera de ello: Él esperaba que este aburrimiento insustancial me abrumara tanto que sufriría una completa rotura psicótica, corriendo y gritando por la calle, y desapareciendo de su vida para siempre. Eso tenía que ser el pensamiento detrás de esto.

Y, oh, amor, yo estaba cerca. Tan cerca. Pero algo en mí me obligó a seguir adelante, y todo lo que pude entender fue la humillación, la certeza confusión de que mi vida no sería mejor si estuviera en otro sitio, haciendo algo más. También, tan enorme como esto aspiraba, y créeme, esto aspiraba grande, era como mucho sobre un disfraz que yo podría manejar. Nadie que yo conociera alguna vez me creería capaz de estar aquí, haciendo esto. Me sentí camuflada, y que el miedo anónimo colgado sobre mí todavía sentía que estar camuflada era importante. ¿Por qué? No lo sabía. Yo era un gran misterio, incluso para mí misma.

Alguien estaba cerca de mí, había estado prolongadamente cerca de mí durante algún tiempo, de repente me di cuenta. Como Meriwether había dicho, el pueblo en general no tenía mucho que hacer, y MacIntyre en particular parecía estar en la vida apoyando fuertemente a cualquier cliente para hablar. Ahora me di cuenta que había alguien más aquí. Lo sentía, sentía su energía, aunque no había oído sonar el timbre de la puerta.

Recogí algunas cajas vacías y me dirigí hacia la parte de atrás, mirando hacia abajo en cada pasillo. Estaba la chica punk/gótica, la que yo había visto dos veces antes, la única con que me mantenía chocando porque esta ciudad, Podunk, era tan pequeña que no podías dejar de chocar con la misma persona una y otra vez.

Ella me miró, la marca desafiante registrada en su rostro, y actué como si no la reconociera. Pero la observé en el espejo redondo al final del pasillo y la vi deslizarse algunos esmalte de uñas en su bolsillo. Suspiré y tiré fuera las cajas hacia la parte de atrás del bote de basura.

Cuando regresé, ella estaba esperando con impaciencia en la caja registradora. El Sr. MacIntyre ayudaba a una mujer mayor en la parte posterior a conseguir una prescripción, así que murmuré un rezo rápido que me recordaría cómo trabajar la estúpida caja registradora y me dirigí.

El Viejo Mac me había dado algunos consejos sobre el servicio de atención al cliente, pero ya que él era uno de los hombres más odiosos que alguna había conocido, no le hice caso.

Ahora tomé el material que la chica había puesto sobre el mostrador y comencé a golpear botones en la registradora, con la esperanza de que lo estuviera haciendo bien. No había esmalte de uñas.

Dejé caer los otros artículos en una bolsa plástica, entonces dije: — Bueno, el esmalte.

—¿Qué? —La chica era buena, semi-convenciéndome de su desconocimiento junto con un toque de agresividad que haría a la mayoría de las personas echarse hacia atrás.

—El esmalte de uñas que robaste —dije con total naturalidad—. Entrégalo.

Su rostro se volvió tormentoso. —¡No robé ningún esmalte de uñas!

Suspiré y sacudí mi cabeza. —Sabes, estás haciendo todo esto mal. Robaste dos frascos de esmalte de uñas que estaban a la venta de todos modos, dos por uno. Luego, pagas el precio completo por esta Paleta de sombras de Ojos Pixi Lumi Lux, que no es mucho más grande pero costaría tres veces más. Claramente, debiste haber robado la sombra de ojos y pagado por el esmalte de uñas. Sheesh.

La chica gótica se me quedó mirando.

—Si vas a levantar algo, levanta algo que esté a la venta —continué. Se sentía bien estar instruyendo a otros para un cambio, en lugar de instruirme a mí misma—. Quiero decir, haz que valga la pena, ¿sabes? Ahora entrega el esmalte de uñas, te estoy haciendo pagar por ella, tal como una lección de vida. Entonces quizá la próxima vez pensarás en el futuro.

Le tendí la mano y esperé.

La chica me miró y luego miró alrededor de la tienda, chequeando al Viejo Mac o a las cámaras de seguridad. Luciendo desconcertada, excavó dentro del bolsillo de sus vaqueros y sacó dos botellas de L'Oreal y las puso sobre el mostrador.

—¿Ahora qué? ¿Me entregarás? —Su mandíbula sobresalía un poco; sus ojos oscuros con rimel eran agudos.

—Ahora te estoy cobrando por el esmalte —dije, sonando muy seria—. Ya me diste tu tarjeta, y acabo de procesarlos.

—¿Vas a tenerme prohibida la tienda? —Ella agarró su bolso y me miró en lo que supuse era una de sus dos o tres expresiones fundamentales: desafío. Caray, ¿a quién me recuerda ella?

Déjame pensar.

Resoplé. —No. Eres la cosa más entretenida que ha pasado toda la mañana.

—¿Quién eres tú? —Ella observó como si no hubiera querido preguntar.

—Nastasya. Nasty, para mis amigos.

Después de un momento, la chica dijo: —Dray, abreviatura de Andrea, que apesta, así que no lo uso. —Golpeó su pecho—. “Oye, perra”, para mis amigos.

—Encantada de conocerte, perra —dije, tendiéndole la mano. Un poco la signifiqué, también. Después de toda la calidad que rezuma de los poros de todos en River's Edge, algunas delincuencias pasadas de moda eran refrescante.

Después de dudar un momento, ella sacudió mi mano. —Encantada de conocerte, también, Nasty.

\* \* \*

—¿Cómo va el trabajo? —La pregunta de River, bastante inocente, causó que todo el mundo al final de la mesa mirara hacia arriba y dejara de hablar.

Me clavé en mi comida y dije: —Supongo que volveré mañana.

Me sentí sorprendida y observé hacia arriba para ver a Nell mirándome. Era casi como si pudiera oír su voz dentro de mi cabeza, diciendo sarcásticamente: “¿Quieres decir que ellos realmente te dejarán volver mañana?”

Pero ella no dijo nada en voz alta, y me pregunté si estaba sólo imaginándome cosas o mis propios sentidos mágicos, ahora despiertos, eran cada vez más fuertes. Probablemente la primera.

—Bien por ti —dijo River, y su sinceridad era tan brillante y clara que me sentí casi avergonzada—. Oh, y todo el mundo, es una noche de luna nueva, ninguna lluvia predicha, así que si alguien quiere unírseme un círculo después de la cena...

La mayoría de las personas asintieron con la cabeza. Quería ocultarme. Todavía no me había recuperado de las espantosas revelaciones de la noche anterior. De algún modo, coqueteando con la magia esta noche se sentía extra mortal. Comencé a pensar en una excusa probable, y entonces el pensamiento incómodo vino a mí: había pasado 450 años evitando cosas. Evitando el conocimiento. Evitando la magia y el poder y algo para hacer con mi herencia. Tratando de evitar el dolor. Pretendiendo que las cosas no eran ciertas, no eran reales.

Yo estaba aquí porque no quería ser más de esa manera, ¿verdad? La conclusión ineludiblemente lógica era que yo por lo tanto necesitaba comenzar a hacerle frente a las cosas.

Odio la lógica.

Pero claramente tal vez debería tomar algunos riesgos —del tipo que no estaban relacionadas con la moda. Pero entonces nuevamente, los pocos círculos en los que había participado me habían hecho sentir como una mierda. Por otro lado, River estaba aquí, y yo... confiaba en ella. Increíblemente demasiado.

Entonces noté a Reyn asentir. Y Nell, observando a Reyn, rápidamente asintió con la cabeza, también. Esto lo decidió: ¿Cómo podría dejar que aquella oportunidad se deslizara más allá de mí? Al igual que Oscar Wilde, puedo resistir todo menos la tentación.

—Estoy dentro —soné imprudentemente, y fui recompensada por los ojos láser de Nell. Quiero decir, difícilmente soy una persona totalmente buena aún.

## Capítulo 16

Traducido por ANDRE\_G  
Corregido por Selune

—Entonces, ¿vas a venir? —River sonrió y extendió su mano hacia mí. Si no fuera tan emocionalmente retardada, la habría tomado, como una amiga, y apreciaría la calidez y la camaradería. Ya que yo soy yo, la ignoré y sólo envolví mi bufanda apretándola más alrededor de mi cuello. Hasta ahora, River no me había preguntado nada más acerca de las ocho casas, o mi reacción, o mi procedencia, y yo no había ofrecido nada. No sabía por cuánto tiempo me dejaría salirme con la mía.

Crujimos a través de las hojas en el suelo, sintiendo el frío viento enrollándose alrededor de nuestros tobillos. Como River lo había dicho, no había nada de luna, y era tan oscuro afuera en la forma que, por estos días, sólo el medio de la nada podía ser así de negro. Hace doscientos años, las estrellas eran mucho más evidentes, el cielo estaba lleno de puntos de luces. Nerviosamente, apreté más la bufanda alrededor de mi cuello, arrojando miradas a mí alrededor. Buscando algo, como, hombres lobo. Tiburones terrestres. Cosas en la oscuridad.

—Sí —dije—. Quiero decir, odio los círculos, pero probablemente sean buenos para mí, ¿sabes? —¿Ver qué tan virtuosa soy? Además, podía ver otro episodio de la tragicomedia de Reyn/Nell representándose ante mis ojos.

—¿Odias los círculos?

Ahí fui yo, soltando la lengua. —Sí. Es sólo que odio... meterme con la magia. La magia grande. Quiero decir, desde luego que me gusta la precipitación. —Podía escuchar a los otros enfrente de nosotras, llegando al claro, pero apenas podía distinguir sus siluetas—. Pero odio la parte de sentirme completamente enferma, las visiones, y todo lo demás.

River se detuvo, a mi lado, y me tomó un par de pasos antes de darme cuenta que la había dejado atrás. —¿Qué?



Me gire hacia ella. —¿Qué?

—¿Qué fue lo que dijiste?

—Um. ¿Qué de qué? ¿Cuándo?

—Justo ahora, ¿dijiste que te sentías enferma durante los círculos? ¿Tienes visiones?

—Sí, claro. —Me encogí de hombros—. Algunas veces. Por lo general. Supongo que es sólo que lo hago mal.

—No, Nastasya. —La voz de River era solemne—. Incluso si eres Terävä, no debes sentirte enferma durante el círculo o cuando trabajas en algún hechizo. Y la mayoría de las personas normalmente no tienen visiones, a menos que ellos estén específicamente tratando de tenerlas.

No sabía qué decir. Nunca hablaba de esto con mis amigos, supongo que sólo asumí que la magia nos pega de diferentes formas, que algunas personas se sienten enfermas después de ello y algunas personas no lo hacen. Haciendo memoria, realmente no podía recordar a nadie más mencionando que se sentía enfermo después de un círculo. Pero en cualquier caso, entre mi grupo, pensábamos en los inmortales que hacían círculos como si fuera una especie de... Martha Stewart. ¿Sabes? Pintorescos, círculos sinceros. ¿Por qué molestarse en hacerlo?

—¿Ahora te estás sintiendo enferma? —River parecía muy intensa. Los otros habían seguido sin nosotras, y yo estaba contenta porque no tendría que encontrarlos por mí sola, habría estado deambulando por los bosques de Massachusetts por meses. Una pesadilla.

No estaba segura de la razón por la cual River me estaba presionando con esto, a menos que tuviera algo que ver con mi origen, mi historia personal. Estaba bastante segura de que ella había adivinado de dónde era. Tal vez no todos los detalles. Tal vez ella no estaba segura. Tal vez sólo era una gran cosa que yo tuviera estas reacciones. Ella estaba actuando como Anne y Solis lo habían hecho, cuando había realizado esa cosa de la meditación.

—Um, supongo que es sólo que realmente me falta entrenamiento — dije lentamente, preguntándome si esto realmente era una buena idea—.

Realmente nunca aprendí cómo se hacían todas estas cosas. —Realmente lo había evitado como a la plaga—. Sabes, así que normalmente me siento enferma. Como si no pudiera respirar, como si mi cabeza se fuera a explotar. —Estaba avergonzada, como si estuviera admitiendo una debilidad—. Después me siento con resaca. Quiero decir, los círculos son geniales, y esa precipitación de poder, pero es sólo que me hace sentir enferma, así que difícilmente participo en ellos.

River estaba callada. Estaba tan cerca que podía verla observándome en la oscuridad.

—Um, al menos tú estarás presente durante este círculo —dije con una pobre cortesía—. Sabes, estoy dispuesta a intentarlo. Si tú estás aquí. —Medio esperaba que me enviara de vuelta a casa a lavar los platos o algo parecido.

Asher y Solis se habían dado cuenta que River no estaba con ellos, y vinieron casi silenciosamente y se unieron a nosotras. —¿Qué sucede? —Preguntó Asher, colocando su brazo alrededor de la cintura de River.

—Nastasya normalmente se siente enferma cuando está en un círculo —River dijo en voz baja—. Y tiene visiones. Asher por favor, dirige tú esta noche el círculo. Quiero que Nastasya se pare entre Solis y yo.

Y allí estaba, otra vez esa sensación de exhibición de zoológico. Me sentía estúpida por haber llamado la atención. Ya era suficientemente rara. Esperaba que River pudiera arreglar mis reacciones, me enseñara algo que hacer para que así no me sintiera como muerta después de ello. Incluso con mi procedencia, no podía creer que nadie más se sintiera de la misma manera.

Entramos al claro, el cual era de unos treinta metros de longitud, rodeado por altos árboles. La hierba seca se aplanaba con facilidad mientras cruzábamos y nos uníamos a los otros.

Todos estábamos participando, así que éramos trece, lo cual sabía que era un número de suerte para un círculo, aunque realmente podía ser de cualquier tamaño, sólo habíamos sido nueve en ese asqueroso círculo de Boston. Solis se arrodilló en el centro del círculo e hizo una

pequeña pila de madera seca. Murmuró algunas palabras, hizo un gesto, y una brillante, vívida llama apareció y comenzó a esparcirse con avidez por las astillas de la fogata. *Ahora, ese sí es un hechizo útil*, pensé. Amaría saber cómo hacer eso, conjurar fuego del aire

—Esta noche nos reunimos para celebrar la aparición de la luna nueva —River dijo claramente—. Hoy se separa este mes del pasado, dándonos la oportunidad de un nuevo comienzo. Hoy descansa la diosa de la luna, y sin embargo, su magia sigue estando entre nosotros.

Las supersticiones campesinas en los viejos días, a veces hablaban sobre la diosa de la luna, pero yo no sabía mucho sobre ella. Los otros lucían cómodos y a la expectativa: Ellos ya habían hecho esto antes.

Como River lo había pedido, me paraba entre ella y Solis. Me sentía protegida, más segura y, para mi sorpresa, realmente sentí una pequeña sensación de anticipación. Parte de todo el fenómeno que, nunca se aprendería, supongo. En frente de mí, podía distinguir la atenta mirada de Anne. Estaba divertida por la forma en que me estaban tratando, y tuve un momento de ansiedad, preguntándome si iba a levitar o algo parecido. Eso sería nuevo y diferente.

—Levanten las manos —dijo River—. Con ambos pulgares señalando hacia la izquierda.

Mi mano izquierda tenía la palma hacia arriba, y la derecha tenía la palma hacia abajo. Luego lo vi, cuando nos juntamos, las manos de todos encajaron a la perfección, la izquierda sobre la derecha, la derecha sobre la izquierda. Genial.

—Por supuesto que tú ya has hecho círculos antes —River me dijo—. Pero son diferentes de un grupo a otro. Sólo síguelo, y vas a estar bien.

El círculo se movió a la derecha rodeando el fuego. Primero la gente encaró el fuego; luego, en el siguiente paso, se giraron para que así su lado izquierdo estuviera hacia el fuego. Luego, de nuevo encarándolo, luego nos giramos para que el lado derecho estuviera hacia el fuego. Era izquierda, frente, derecha, frente, izquierda, frente, y así continuaba. Un par de pensamientos se me vinieron a la cabeza, y los dejé, aunque se

suponía que debía estar ocupada aclarando mi mente y enfocándome en el fuego, preparándome para sentir la magia por todas partes, ¡Aleluya!

Un pensamiento era que nadie había estado más complacido que yo cuando los bailes de la corte finalmente habían caído a nuestro favor. Soy la mayor torpe del mundo, sin ningún sentido del ritmo, ninguna habilidad para mantener el compás, y una completa falta de entendimiento de donde termina mi espacio personal y donde empieza el de la persona de al lado. Y, oh, Dios mío, el número de bailes humillantes que había tenido que soportar, haciendo con torpeza todos esos millones de pasos precisos. Yo había sido la bonita que baila como un oso. En varios países diferentes.

Pero, formando un sándwich entre River y Solis, siendo llevada por el círculo, no lo estaba haciendo demasiado mal. El fuego iluminaba el rostro de cada persona, haciendo que todos pareciéramos como de Halloween, y el contraste de la calidez del fuego y el frío de la brisa de la noche alrededor de nosotros me hizo sentir como, como si fuera dos personas, una cálida, una fría. Una de luz, una de oscuridad.

Tan pronto como cuando tuve ese pensamiento, me aleje de él y en lugar de eso trate de concentrarme en lo que estaba sucediendo. Ahora las personas estaban cantando, pero nunca había escuchado esa canción, no era nada parecida al canto que había hecho Kim en Boston, al cual había sido capaz de unirme. Este tenía una estructura diferente.

Mientras escuchaba, me di cuenta que realmente cada persona parecía estar cantando algo único. Todas las voces y las melodías se mezclaban, pero ninguna era igual. Algunas sonaban como palabras, pensé oír varios tipos de lenguajes, pero otros eran solo sonidos, interminables silabas, como si ellos estuvieran cantando en el idioma de las ballenas jorobadas.

Aunque era bonito. Y aún más importante, empecé a sentir su poder.

Nadie me prestaba atención, cada persona estaba enfocada en su propia meditación, enfoque, sonido y movimiento. En voz muy baja, empecé a tararear con ellos.

Se sentía bien, estar tarareando con ellos, así que subí el volumen. En los pocos círculos que había estado, incluso en el de Kim, las canciones que llamaban poder eran, bueno, demandantes. Violentas. Lo ordenaban. Algunas veces seductoras.

Esto se sentía como un regalo, no como llegar a un supermercado. Se sentía como una ofrenda al cielo, los bosques, la luna nueva, cada uno de los otros. Ahora podía seguirlo; podía sentirlo rotar en mi interior. Tome el salto de tararear a abrir mi boca y unirme a la canción de la jorobada, solo haciendo sonidos que se unían con los otros y no sobresalían. Varias de las voces sonaban muy atractivas, y yo alineé mi voz con esas, siguiendo el ritmo sin hacerle zancadilla a nadie.

Y, oh, sí, allí, unos cuantos minutos más tarde, sentí la precipitación, el flujo de poder llenándose, pasando por mí como el cálido whiskey, el golpe de la felicidad, la abrumadora sensación del poder y el goce y el entusiasmo. Estaba contenta de entregar todo lo que tenía para lo que fuera que estuviéramos haciendo, feliz de ser un conducto. Sería feliz sin importar cuál era nuestro propósito, si era hacer que el maíz creciera más rápido, retener la nieve, o volcar una nación. Todo estaba bien, todo era posible, y jamás me había sentido tan increíblemente feliz.

Con mi siguiente respiración, estaba en una pequeña casita. Las paredes estaban hechas de madera ennegrecida por el humo; las vigas del techo estaban talladas y pintadas. Escuché gritos afuera, el retrueno de los cascos de los caballos, hombres gritando. *Oh, Dios. Oh, Dios*, pensé frenéticamente. Mi corazón estaba palpitando casi saliéndose de mi pecho; mi respiración estaba atrapada en mi garganta. Había hecho todo lo que podía, no había preparación para algo como esto. Con una mano temblando, apagué la única vela, tal vez la casita parecería vacía, y gateé detrás de la cama de paja gruesa.

La puerta de un golpe abriéndose. Los gritos de pánico y dolor se hicieron más fuertes. Podía escuchar los caballos mientras chapoteaban sobre el fango helado del exterior. Ásperas voces. Un hombre pasó a zancadas por la puerta, se quedó parado dentro de la casita, miró alrededor. Su largo cabello dorado estaba amarrado atrás en trenzas y estaban salpicadas con sangre, y tenía sangre seca alrededor de su cota

de malla<sup>16</sup>. Se dirigió hacia la chimenea con la olla colgando, pero la olla estaba vacía, y él la tiró a través del cuarto con un bramido. La olla que yo apenas podía levantar. Nuestras jarras estaban vacías, y sólo había una corteza de pan viejo. En una furia, el maleante pateó la pequeña mesa y golpeó una silla contra la chimenea, rompiéndola.

Por supuesto que habíamos escuchado sobre ellos, los invasores [raiders] del norte, cada aldea tenía historias de terror. Pero nadie pensó que cruzaran las estepas en el invierno; sería una marcha letal. Nos habíamos equivocado.

El hombre giró para marcharse, pero algo lo detuvo, un pequeño sonido. Se devolvió en sus pasos, duros ojos barriendo el cuarto oscuro. El caos en el exterior pareció atenuarse mientras yo retenía el aliento.

Me encontró al siguiente segundo y levantó de un brazo. Podía matarme si me cortaba la cabeza y la mandaba a volar, pero también podía dar con muchas situaciones que me tendrían suplicando por la muerte, rezando por la muerte, sabiendo que mis plegarias estarían cayendo a los oídos de un Dios sordo.

Él volvió a rugir, como un animal, y me tiró sobre la cama. Era fácilmente del doble de mi tamaño, cubierto con el hedor de la guerra, sangre, sudor, el temor de otros hombres, y me cubrí el rostro con mis manos mientras él gruñía y tiraba subiendo mi falda, mi enagua destrozada. *Solo ayúdame a pasar por esto, a pasar por esto*, repetía en mi mente una y otra vez

Agarró la parte de adelante de sus pantalones, y entonces un pequeño sonido volvió a atraer su atención. Clavándome en la cama con una mano, él volvió a darle una ojeada a la habitación. Ambos lo escuchamos: el llanto de un bebé. Yo agarré su brazo cuando él se encaminó hacia el sonido, tratando de recordar alguna de las palabras de los bárbaros que había escuchado. Saltando detrás de él, volví a agarrar su brazo, y él me sacudió de encima como si fuera una hoja del otoño.

Con su enlodada, bota endurecida por la sangre, pateó a un lado la vieja bañera que había apoyado contra la esquina. Y encontró a mi hijo.

---

<sup>16</sup> **Cota de malla:** Tipo de armadura formada por anillos metálicos.



Él miró de mí a mi hijo, de apenas tres meses de edad, y sus ojos se estrecharon. Yo colapsé, me arrodillé a sus pies, preparada para prometer cualquier cosa, ofrecer cualquier cosa, y entonces un nuevo sonido de golpe a la puerta hizo que los dos giráramos las cabezas.

Otro bárbaro, apenas reconocible como humano, le gritó algo a mi atacante, luego volvió a gritar, con más urgencia, ante la vacilación del invasor.

Después de unos momentos interminables que parecieron congelar el tiempo, mi atacante bufó maldiciones, me golpeó hacia el suelo, y se fue dando zancadas, pateando nuestra vasija de barro para la cerveza en su camino.

Yo me arrastré hacia mi hijo y lo levanté, acurrucándome allí en la oscuridad más profunda, mientras el ejército invasor marchaba. Cerré mis ojos y canté canciones de cuna, en una voz muy baja, y luego...

—¿Nastasya? ¿Nastasya?

Yo pestañeé.

Estaba oscuro, y estaba en el suelo de mi... no, estaba sobre la grama. En la húmeda, frondosa grama, pestañando ante River, Solis, Anne, y algunos de los otros que estaban inclinados sobre mí con preocupación. Pestañeé y tragué varias veces, olfateando el aire buscando los olores rancios de la batalla y la muerte, de los hogares quemados y la carne y la matanza de las reses y...

—¿Nastasya? —River se veía muy preocupada.

El aire olía bien. Boscoso. Limpio.

Él circulo volvió apresuradamente a mí, mis sentimientos de goce, el creciente poder, y luego el infierno se había desatado y había sido tirada cuatro siglos atrás.

—¿Qué está mal con ella? —Escuché a Nell preguntar. Alguien dijo "Shh", y Nell dijo a la distancia—: todo es un drama con ella.

—¿Sabes dónde te encuentras? —Solis preguntó.

Yo asentí y traté de sentarme.



—No, mantente abajo —dijo River—. Toca la tierra con la mayor parte de tu cuerpo que puedas.

Negué con la cabeza. —Voy a vomitar. —Con eso, me tambaleé sobre mis manos y mis rodillas, luego tropecé hacia algunos arbustos que no alcanzaban a iluminarse por la luz del fuego. Y volqué mis entrañas, sorprendida de que no estaba arrojando las gachas aguadas y los últimos nabos de la temporada de mi recuerdo.

River vino hacia mí y puso su brazo a mí alrededor, apartando el cabello de mi frente, murmurando palabras. Con dedos fríos trazó algunos símbolos en mi frente, mi espalda, mi brazo, y lentamente dejé de vomitar.

Me agaché allí, con las manos en las rodillas, cubierta con bochornoso sudor, y jadeando, sintiéndome vacía por dentro y por fuera.

—Vamos, regresemos a la casa —dijo River, ayudándome a pararme derecha—. Te prepararé algo de té, y podrás contarme al respecto.

Yo asentí débilmente, aliviada de ver que todos excepto por los otros profesores, ya se habían marchado. Anne apagó el fuego, asegurándose de que cada brasa estuviera muerta, y crujimos por las hojas hacia la cálida, iluminada, y acogedora casa que lucía como un faro de sanidad y fortaleza.

Yo volví a asentir, pero sabía que no le diría a River ni a nadie lo que había visto. No había sido una visión, había sido un recuerdo. El rostro de mi hijo, mi bebe. Él no había sido inmortal, y el hijo por el cual yo hubiera hecho cualquier cosa esa noche, había muerto a penas unos tres años después, de influenza. Cada vez que recordaba su pequeño rostro redondo, era un golpe devastador que se volvía a repetir. Pero eso no era todo.

Por primera vez en siglos, me había permitido ver y recordar cómo había lucido mi atacante.

Había sido Reyn.

## Capítulo 17

*Traducido por MaKiiTTa*

*Corregido por V!an\**

Terminé por acostarme esa noche, estando sin poder dormir mucho tiempo, temblando bajo mis mantas. No podía dejar de pensar en Reyn, y el invasor del norte, y el hecho que mi puerta no tenía ninguna cerradura en ella. Quise sentir mi amuleto otra vez, sostenerlo, pero de alguna manera no me atreví a tomarlo de su escondrijo.

River trató de preguntarme, suavemente, pero yo sólo no iba a discutirlo. Mis excusas eran tan cojas y transparentes que, al final, ella me había dejado en paz. Quiero decir, lógicamente, realmente no podía haber sido Reyn, ¿verdad? Esto parecía como si fuera él, y explicaría su familiaridad efímera, pero esto totalmente contraindicaría mi atracción por él. Y él no era tan viejo. Me tomé de un trago mi té de hierbas, y River hizo un pequeño hechizo para ayudarme a dormir, localizando runas en mi frente con sus fríos dedos. Caí de nuevo a mi cama, ya mitad dormida, mis dedos nerviosamente presionados contra mi bufanda.

A la mañana siguiente, mis ojos se abrieron un minuto antes de que mi alarma sonara. Hice un análisis rápido de mi habitación, como si lo que esperara fuera ver el invasor del norte allí, desde hace 400 años y cuatro mil millas de distancia. Había suprimido todas estas cosas durante tanto tiempo. Ahora todo era escapar a través de la grieta en mi armazón, como la lava. Ugh. Me arrastré de la cama, notando que el alba estaba llegando tarde todos los días. Hacía frío en mi habitación, el radiador estaba empezando a silbar y mostrar un pequeño sonido explosivo. Me puse mis vaqueros, una camisola, una camiseta y una camisa de franela más, después de haberme puesto mis resistentes zapatos, me dirigí hacia las escaleras con cautela, temiendo ver a Reyn y gritar como una niña pequeña.

—Buenos días, Nas —dijo Lorenz cuando me empujé a través de la puerta de la cocina. Él lanzó sus brazos abiertos, con una espátula en una mano. —¡Abrazo del día! ¡Abrazo de otro hermoso amanecer! —Él irrumpió con un poco de ópera, algo de *La Bohème*, y me sonrió. Brynne, vistiendo un delantal, se echó a reír y chasqueó un paño de cocina en él. Esta era mi nueva normalidad, y yo tenía que decir que pateaba mi viejo normal culo.

Mi nombre estaba en el tablero de los huevos de recolección, así que tomé la canasta de su gancho de la puerta de atrás y crujiendo sobre la hierba helada del gallinero, mirando a mí alrededor todo el tiempo, como si una horda atronadora iba a llegar en el camino de acceso en cualquier momento. En primer lugar abro la pequeña puerta con bisagras, y las aves graznando empezaron a caer hacia fuera. Entonces abrí la más grande puerta de gran tamaño y se metieron dentro.

Lo único bueno de la recolección de huevos en la madrugada fue que era calido en el interior del gallinero, a diferencia del resto del mundo, que estaba cubierto de púas, por las heladas.

Reyn tenía sólo 267 años, Nell había dicho. Y no la había contradicho. Mi memoria ha estado devuelta en -no lo sé-a finales de los mil quinientos. No del todo 1600. Había estado en Noregr-Noruega. En ese entonces había sido el reino de Dinamarca-Noruega. Yo conocía aquellos dialectos, pero se han perdido. Obviamente, si Reyn ni siquiera había nacido entonces, no podía ser el merodeador de mi memoria.

Sin embargo, juraría que el invasor había lucido exactamente como el actual Reyn. Salvo que sucio, de pelo largo, cubierto de sangre, vistiendo pieles de animales y armaduras rústicas. Aparte de eso, un gemelo idéntico.

—Aquí, pollito, pollito —murmuré, facilitando mi mano debajo de una gallina. Ella nunca me ha picoteado, aunque yo estaba segura de que estaba enojada de que siguiéramos tomando sus huevos.

—¿Te has perdido?

Dando vueltas, grité y dejé caer un huevo. Reyn llenó bajo el umbral la luz de la mañana, haciendo de él la viva imagen de la silueta del

invasor en el umbral de mi casa. Él me miró, mientras que cada nervio de mi cuerpo se iluminaba con la adrenalina.

—¡Fuera! —susurré furiosamente—. ¡Fuera de aquí! —Yo ya no era una campesina indefensa, este es el siglo 21, y yo lo atropellaré con mi coche o lo apuñalaré con un cuchillo de cocina si él me amenaza de nuevo. Que haría más lento... definitivamente a un inmortal.

—¿Qué diablos es lo que te pasa? —dijo Reyn con el ceño fruncido—. Brynne está pidiendo los huevos, se terminaron los que sacó ayer.

Yo estaba respirando rápidamente, con los ojos desorbitados, volviéndome de una perdedora impredecible a una persona certificadamente loca en los momentos simples.

Él ladeó la cabeza, mirándome. —¿Estás bien? —Sonaba curioso, como si le interesara ver lo que el bicho raro haría a continuación.

Tragué saliva, odio sentirme así. —¿Cuántos años tienes?

—Doscientos sesenta y siete —dijo de manera uniforme—. ¿Por qué?

—¿De dónde eres? ¿Dónde creciste? —Yo estaba haciéndole preguntas que yo misma me negaba a responder. Ironía, ¿nadie?

—La India, en su mayoría. Mis padres eran misioneros holandeses allí. Algunos de los primeros.

Era posible. ¿Por qué iba a mentir? *Por la misma razón por la que tú mientes*, dijo una vocecita dentro de mí. Me aplastó, como de costumbre. Poco a poco, manteniendo un ojo en él, me agacho y recojo el huevo, que había caído sobre una mata de paja y no se había roto. Lo puse en la canasta y miré a mi alrededor, contando las gallinas. Yo había conseguido los huevos de todas ellas, pensé, excepto los de la gallina del medio, y al demonio con ella.

—De acuerdo —dije bruscamente—. Aquí. —Sosteniendo la canasta, queriendo que se lo llevara y se alejara de mí.

Hizo un gesto, sosteniendo arriba dos cubos de leche. River mantenía varias vacas lecheras, pero por suerte no había sido puesta en deber de ordeñar todavía. Reyn se apartó de la puerta, respiré hondo y

salí agachándome fuera en la madrugada después de él. Caminamos hacia la casa en silencio, yo varios metros detrás de él, las hojas bajo mis pies, mojadas pero crujientes con el hielo. Nuestras respiraciones haciendo pequeñas nubes de humo.

Reyn parecía Vikingo y mucho más cosaco/Ruso/nórdico que, por ejemplo, holandés. Los Países Bajos están más cerca de Inglaterra y Alemania, después de todo. Tenía los ojos ligeramente inclinados, más en forma de almendra, y su piel estaba pálida, pero con matices color canela. No de un color leche y nata, como muchos de los holandeses. Su altura era similar a la holandesa, pero los vikingos eran altos, también. Media, tal vez, 1.81 cms? Cuatrocientos años atrás habría parecido como un gigante.

Yo había estado bromeando acerca de ser un dios vikingo, y un par de días atrás, le había parecido gracioso. El hecho era que se veía muy típicamente invasor del norte. Ellos se parecían mucho, ja, ja, ja. Por supuesto, eso no significaba que él era uno. Es totalmente posible que el tuviera 267 y holandés, básicamente. Y también era posible que mi psique se hubiera torcido en un recuerdo horriblemente vivo y sólo estaba haciendo un casting con el que estaba en mi mente hoy en día. No había ocurrido antes, pero todo tipo de pensamientos y recuerdos estaban despertando últimamente, y Dios sabe que paso muchos minutos febriles pensando en Reyn.

—¿Nastasya? ¿Hola?

Me di cuenta de que debe haber estado hablándome por un tiempo, y la rueda del hámster de mi mente lo había sintonizado fuera, mientras pensaba.

—¿Huh?

Nos detuvimos frente a la puerta trasera de la casa, la que lleva a la cocina. Podía oír a la gente hablando, haciendo sonar ollas y sartenes, la risa, el agua corriendo. Aquí afuera estaba en silencio a excepción de algunos madrugadores pájaros cantando, una suave brisa que sopla las últimas hojas de los árboles.

—¿Que ocurrió anoche, en el círculo?

Le echo una mirada rápidamente, viendo su mirada fija en mí. Me sentía incómoda, no exactamente temerosa, pero sólo... contenta de que hubiera mucha gente cerca. —Lo de siempre —le dije, tratando de aligerarlo—. Visiones, náuseas, vómitos. ¡Me encantan los círculos!

—¿Por qué te ocurre eso? —me preguntó. Mis nervios estaban desgastados y pegados de un tiro, yo quería desesperadamente estar adentro, lejos de él. La puerta trasera se abrió, y Nell, buscando mejillas rosadas y apoyo, se asomó. La vi intentar sin éxito mantener la sospecha y los celos fuera de su rostro, pero apuesto a que Reyn no se dio cuenta de nada.

—¡No dejes que Nastasya te haga llegar tarde! —advirtió Nell a Reyn alegremente.

En medida de mi falta de progreso e inmadurez, junto con una buena dosis de auto-destrucción, mi primera reacción fue decir. “Oh, nosotros sólo tuvimos sexo en el gallinero”. Pero mis nervios eran crudos, y no podía bromear al respecto.

—Estamos hablando —dijo Reyn—. Estaremos allí en un minuto.

Vacilando, Nell dijo. —Brynne estaba gritando por los huevos.

—Yo los tengo, em... —le digo, y subo por las escaleras, dejando atrás a Reyn.

Pasé junto a Nell, y mientras lo hacía, ella susurró: —¡Él es mío!

Sacudo mi cabeza, y la miro. Pero justo cuando lo hago, su cara ya era suave y normal, y ella estaba sonriendo a Reyn, manteniendo la puerta abierta para él mientras subía las escaleras con sus dos cubos. Ayer había sido mi fantasía más caliente, hoy fue uno de mis peores temores y recuerdos. Y encima de todo, Nell pensaba que estaba tratando de quitar su obsesión de ella. Bien, el karma se debe estar riendo enfermamente a mi alrededor ahora.

Y, hablando del karma, me fui a trabajar de nuevo ese día. ¡Dos días seguidos! ¡A tiempo! La última vez que había ocurrido era... No podía recordar hubiera ocurrido antes. Tal vez nunca. Y, Dios, me sentí muy útil y llena de propósito, como yo estaba mucho más a la larga, en el

camino de la curación y el bienestar y ser una con el universo... nah, no realmente. Quiero decir, a nadie le podría gustar esto, a nadie le podría realmente resultar satisfactorio. Pero el trabajo sin sentido parecía un poco menos deprimente que la indolencia sin sentido, y yo confiaba en Solis y en River para saber lo que estaban haciendo. Me pregunté cuánto tiempo quería que yo hiciera esto, tener un trabajo. ¿Dos semanas? ¿Dos semanas serían suficientes?

A las tres y media, Meriwether MacIntyre amarraba su mochila de la escuela detrás del mostrador en frente.

—Por lo tanto, ya te graduaste en la escuela secundaria, ¿eh? — preguntó ella tímidamente, poniéndose el delantal a rayas que llevaba cuando trabajaba aquí.

—Sí.

—¿Vas a ir a la universidad?

—Um, seguro. Yo sólo quería trabajar un tiempo, ahorrar algo de dinero —le dije—. ¿Y tú? Tú vas al último año, ¿verdad? —Me enteré de que estaba en duodécimo grado y que, básicamente, se fue de la escuela y vino aquí y al parecer no tenía otra vida. Meriwether asintió con la cabeza.

—¿Planes de universidad?

Ella vaciló, luciendo incómoda. —No estoy segura si podré dejar a mi padre —dijo en voz baja, como si temiera que la oyera—. La universidad más cercana está a sólo una hora de distancia, pero yo no creo que me gustaría ir allí.

Hmm. Mis destellos cerebrales recientes acerca de cómo Incy había sido tan apegado y controlado que me hizo más sensible acerca de la pobre Meriwether consiguiendo un tirón alrededor como una marioneta en una cuerda. Pero, ¿qué podía decir? ¿Al diablo con él, has lo que quieras?

Yo sabía que no era tan fácil. Y pensé en cómo hace un mes la situación de Meriwether habría sido realmente incomprensible para mí.



—Supongo que hay cursos por correspondencia —le dije sin convicción, sabiendo que necesitaba mucho más que eso.

—Sí —dijo ella sin esperanza—. Oh, wow, tienes mucho por hacer. —Parecía incómoda a mi alrededor, pero supuse que yo era bastante diferente a sus compañeros de colegio normal.

—Sip, hormiguita ocupada, esa soy yo —digo, reconociendo que ella quería cambiar de tema. Miré los estantes ordenados y traté de no pensar en caminar por las escaleras de un teatro de ópera en Praga, con un vestido espectacular. Cabezas se habían volteado, los hombres habían mirado, y las mujeres habían odiado mis entrañas. Los buenos viejos tiempos. Muy viejos, un centenar, hace cincuenta años.

—Tengo que quedarme aquí hasta las cuatro —continué, sacudiendo las manos con polvo de mis pantalones vaqueros—. ¿Sabes lo que yo estaba pensando? ¿No está la temporada de pesca terminada? ¿Por qué no movemos la basura de pesca hacia la parte trasera de la tienda, y la movemos, como, no sé, por el Kleenex y remedios para el resfriado o lo que sea, hacia el frente de la tienda?

Sus ojos casi incoloros se ampliaron. —¡Eso es lo yo he estado queriendo hacer desde siempre! Le pregunté a mi padre al respecto, pero dijo que no.

—¿De que están hablando ustedes dos? —gritó el Sr. MacIntyre, caminando hacia nosotros—. ¡Yo no les estoy pagando por ponerse de pie alrededor y chusmear!

Meriwether saltó, pero yo acababa de revivir una pesadilla con los invasores del norte, no sería sorprendida por un comerciante de mal humor.

—Sólo estaba diciendo que debemos mover todo el material de pesca a la parte de atrás y mover las cosas de invierno al frente de la tienda —continúe—. Usted quiere que la gente entre, vea algo, y piense: “Hey, necesito eso”. Entonces piensen, “MacIntyre tiene lo que necesito”. ¿Sabes? No hay razón para que la protección solar y los señuelos de pesca estén aquí cuando entren, es malditamente noviembre.

El Sr. MacIntyre se me quedó mirando en silencio, y esperé a ver si salía humo literalmente de sus orejas. Se voltio y miró a su alrededor en la tienda, casi como si la viera por primera vez -los carteles publicitarios desvaneciéndose, las manchas de óxido en el techo de metal, los estantes a la antigua, la baldosa de linóleo desgastado.

—¿Has estado aquí, cuánto, dos días? —preguntó—. ¿Y ahora eres una experta? —Me soltó un bufido.

—Yo no soy experta, pero tengo ya sabes, ojos.

Meriwether no había tenido un respiro desde que esta conversación había empezado, y me preguntaba si iba a desmayarse en cualquier momento.

Después de un minuto de silencio total, durante el cual el viejo Mac y yo nos miramos uno al otro, chasqueó: —No hagas un enorme desastre —y se dirigió a la farmacia—. ¡Es mejor que limpies cada cosa que tocas!

Casi me reí al ver la expresión de Meriwether de “OMG” silencioso, pero en su lugar le indiqué la parte delantera de la tienda.

—No puedo creer que esté de acuerdo —Meriwether respiraba, sus ojos grises ampliándose—. Cuando yo le propuse eso, me mordió la cabeza literalmente.

—Sí, él no conseguiría el premio a la persona que hace muchas cosas por amor y gratitud —continúe—. Vamos a hacer un plan, que se puede hacer en pequeñas partes, para que no se note demasiado. Puedo empezar esta mañana, y cuando tú entres, puedes tomar el relevo.

—Suena bien —dijo Meriwether, y me dio una sonrisa fugaz, pero real. Yo debidamente la registré, entonces me metí en mi auto un poco maltratado y me dirigí mi especie de hogar.

## Capítulo 18

*Traducido por Ellie y SmileyMiley*

*Corregido por V!an\**

Entonces, veamos: mi vida anterior repleta de ropas de diseñador; fabulosas fiestas; tipos trepándose sobre mí; amigos magníficos, emocionantes y divertidos; viajando por el mundo; diversión, diversión, diversión... o mi vida actual en jeans, camisas de franela y botas de trabajo; mi trabajo servil en una farmacia diminuta y agotada; levantándome al amanecer; cayéndome en la cama a eso de, bueno, las nueve de la noche. No hay ningún motivo por el que esta vida deba sentirse mejor que la anterior, pero lo hacía.

Aquí, por primera vez en décadas, sino siglos, mi estómago se sentía... bien. Yo siempre he tenido un lugar dentro de mis entrañas que dolía, como si hubiera tragado una estrella encendida o una bengala. Un lugar hondo en mi estómago que se sentía afilado, doloroso, apretado, tenso. A veces, si bebía lo suficiente de lo que fuera, se desvanecía un poco, pero luego regresaba con una venganza. Ahora ni siquiera me molestaba —acabo de advertirlo, es todo. Me acostumbré a vivir con ello. Unas veces era peor que otras, pero en su mayor parte apenas si pensaba en ello, en este nudo de irritación y ardor crudo, enterrado en el fondo.

Esta mañana me había dado cuenta de que apenas podía sentirlo. Y no había necesitado auto-medicarme en semanas —desde que vine aquí, a la Casa de Rehabilitación de River. Me sorprendí al darme cuenta de que había estado en River's Edge por cinco semanas. Se sentía como si acabara de llegar, pero a la vez se sentía como si hubiera estado aquí por meses o años.

Todo era diferente.

Tomaba clases verdaderas ahora. Con Anne, a veces Asher, Solis, o incluso River. Me enseñaban meditación, astronomía, botánica, geología... tú nómbralo. Si era algo seco e incomprensible, lo arrojaban hacia mí en clase. Aprendía acerca de las plantas, y no sólo plantas de

granja. Había tantas plantas y hierbas y flores que tenían propiedades específicas, físicas o mágicas, y podrían ser utilizadas en hechizos. Hay diferentes formas de magia que utilizan plantas, o metales, o gemas y cristales, o aceites, o velas. Las diferentes personas utilizaban tipos diferentes de magia; o sea, esa clase de magia que fluía mejor con la clase de persona que eran, entonces sus hechizos serían especialmente exitosos. Yo aún no sabía cuál era mi especialidad. Aprendí que básicamente todo alrededor de mí, todo en el mundo, estaba conectado con la magia de algún modo. Y, por lo tanto, conectado a mí. Habían hablado más acerca del concepto de las ocho-casas, y yo había tratado de no estremecerme ni desmayarme cuando hablaron de Islandia, acerca de la Casa de Úlfr.

Comenzaba a ver los cambios. Incluso ante mis propios ojos, yo parecía menos enferma. Por supuesto, mi atracción natural estaba opacada completamente por los callos en mis manos, el polvo y la paja en mi pelo, mis ropas varoniles, y un permanente “eau de caca de gallina” que no podía quitarme, pero mi piel y mis ojos parecían más sanos.

Dormía ahora. En lugar de las cuatro o cinco horas inquietas, ahora me acostaba temprano y dormía como una estrella de rock drogada hasta que tenía que levantarme. Estaba más fuerte físicamente; podría levantar fácilmente cajones y cajas pesadas en MacIntyre, empujar las vacas lecheras hacia los compartimientos de ordeño, y levantar las ollas más grandes y pesadas en la cocina. Mis sueños no eran tan malos. A menudo no podía recordarlos, pero ya no tenía pesadillas constantes, y no despertaba enferma y agotada.

Y, sin embargo, toda esta vida sana comenzaba a sentirse como si fuera a matarme. Ja, ja, ja. E incluso aunque veía el cambio, aunque sentía la diferencia; no veía realmente un progreso.

Un domingo, estaba en una clase con River, trabajando con diferentes metales. Todo (no sólo mi amuleto), fuera natural o sintético, tiene una energía, una vibración, algo así. Lo sé; “oooh, cuán de la Nueva Era”. Pero, oye, yo sólo les informo cómo es, gente. Aprendía más sobre las vibraciones y la energía, y cómo alinear la mía con la de ellos.

Formaba parte de toda la experiencia Tähti, crear el poder y la magia para trabajar con ellos, en lugar de simplemente succionar su poder hasta que mueren.

Es mucho más fácil robar el poder de otras cosas y canalizarlo que en realidad hacer un hechizo blanco y trabajar dentro de todas las limitaciones que tienen incorporados... limitaciones que nosotros los inmortales oscuros nunca nos molestamos en respetar, si es que hacemos magia en lo absoluto. Entonces, estaba sentada en una mesa en una de las aulas, acariciando pedazos de hierro y cobre y plata y apenas entendiendo algo de todo el asunto, y por supuesto los otros, Jess, Daisuke, y Rachel, estaban todos como resplandeciendo con el éxtasis de ser tan buenos con su magia, que los metales prácticamente les cantaban, y de repente todo fue demasiado.

—¡Esto apesta! —Dije, y dejé caer mi pedazo de cobre.

Todos saltaron.

River vino a mi lado y puso una mano sobre mi hombro. —¿Qué está mal?

—¡Esto! —Ondeeé la mano hacia el cobre, hacia el cuarto, hacia el edificio completo—. Yo no consigo hacer nada. No pertenezco aquí. —Hace cinco semanas, yo realmente lo habría creído... ahora estaba tan atemorizada de que quizás fuera verdad, y de que desearan que me fuera.

River me miró, y pareció tan... sólida. Esperé que intentara calmarme, convencerme de comenzar con todo el proceso otra vez, quizá darme un pequeño discurso, y me preparé mentalmente para ello.

En su lugar, ella pareció examinar con sus ojos directamente hasta mi alma, viendo cuán marchita y maltratada estaba, y preguntó: —¿Qué quieres, Nastasya?

—Quiero entender toda esta cosa de la vibración metálica —dije, pensando: Obviamente.

Ella sacudió la cabeza. —¿Qué quieres?

¿Era una pregunta capciosa? Pestañeeé, pensando rápidamente.

—Quiero... ¿aprender estas cosas?

—¿Qué quieres? —El River me miró firmemente, y apenas si noté el cuarto lleno de espectadores fascinados, ninguno de los cuales probablemente había actuado de esta manera jamás.

Tal vez... —Quiero... ¿sentirme mejor?

—No. ¿Qué quieres realmente?

Bien, ahora ya me estaba enojando. Quiero decir, ¿qué mierda estaba buscando ella con esto? ¿Era alguna clase de estúpida terapia de rehabilitación? —¡Quiero sentirme mejor!

—No. ¿Qué quieres?

—¡¡No lo sé!! —Grité, parándome tan rápidamente que mi banco cayó hacia atrás.

River no estaba enojada conmigo, sus ojos castaños estaban tranquilos y comprensivos mientras me miraba. Asintió y quitó su mano de mi hombro, y entonces se sentó en su propia mesa.

Quise salir corriendo de la sala y regresar a la casa grande. Al piso de arriba, donde la bañera y me sumergiría en ella, permitiendo que las lágrimas bajaran por mis mejillas y se mezclaran con el agua.

Eso era lo que quería hacer.

Lo que hice fue recoger mi banco. Mi rostro ardía. Me sentía como una bebé. Regresé mi banco a su lugar y me senté en él. Decidí que el cobre no me funcionaba, así que traté con un gran pedazo de plata, torcido y liso y crudo. Sabiendo que todos me observaban, cerré los ojos y controlé mi respiración. Mis ojos se sentían calientes, y mi nariz tenía esa sensación congestionada pre-llanto, pero lo mantuve todo dentro. Llorar en público después de mi escena sería demasiado.

La plata se sentía pesada y lisa, y se entibió rápidamente en mi mano. Me concentré tanto como pude (o sea, no mucho), mientras trataba sin éxito de vaciar mi mente de cada pensamientos.

¿Sentí vibraciones? No, no podría decir que las sentí. Yo jamás usaba plata, se sentía demasiado fría contra mi piel. Mi madre nunca la había llevado, tampoco.

Incy sí la usaba.

Incy usaba mucha plata, todo el tiempo. Cadenas, pulseras, un pendiente, hebillas de cinturón, botones, todo. Si podía ser hecho de plata, él lo llevaba.

Sentí a River acercándose a mí. —La plata es muy poderosa, mágicamente —murmuró en su voz calmante—. Está asociada con la luna, con la energía y con la curación femenina. En los tiempos antiguos, las personas llevaban plata para repeler a los malos espíritus.

—¿Los malos espíritus? —Susurré—. ¿Esos existen?

River descansó sus manos en mis hombros. —¿Qué crees?

Con una claridad repentina, vi a Incy. El cuarto alrededor de mí se desvaneció, y todo lo que permaneció fue la sensación de las manos de River en mis hombros y el pesado trozo de plata, calentándose en mis manos. Intenté controlar mi respiración.

Fue como si una puerta se hubiera abierto entre mi mundo y el suyo. Era de noche donde él estaba, y me costó un poco el reconocer su apartamento. Había sido destruido totalmente desde que lo había visto por última vez. Había hoyos inmensos en las paredes, palabras pintadas en las paredes por todos lados. Una araña de cristal había sido derribada, los muebles estaban tirados y rotos. ¿Qué había sucedido? Mientras miraba, Innocencio tiró un jarrón iraní inmenso —uno que le había costado una fortuna— contra una pared. Estalló en un millón de fragmentos mientras él gritó: —¿¿Dónde está?!

Boz y Cicely estaban de pie cerca de la puerta, intentando evitar ser golpeados.

—Sólo está de vacaciones, Incy —dijo Cicely—. Fue a París para hacer algunas compras.

—¡Ella no está en el maldito París! —gritó Incy, azotando la mano contra la pared junto a la cabeza de Cicely.



Ella trató de no estremecerse. Y fue entonces cuando vi las palabras escritas con pintura en aerosol junto a la mano de Incy: **PERRA**.

Estaba hablando de mí, buscándome. Mi aliento quedó atrapado en mi garganta. Vagamente, yo estaba al tanto de las manos de River tocándome, pero miré con horror la escena delante de mí. —¡Ella no está en París! ¡Nadie la ha visto! ¡No la puedo sentir en ningún lado! ¿Entiendes? ¡No puedo sentir dónde está!

Parecía loco. Incy, el suave, sofisticado, guapo Incy, con su hermosa camisa de seda hecha a mano y el corte de cabello de cuatrocientos dólares, parecía un vagabundo loco. No se había afeitado, su peinado era salvaje, su ropa estaba desgarrada y sucia. Él agarró las solapas Boz, gritándole a la cara.

La cara de Boz se puso dura, y se apoderó de las muñecas de Incy. Vi la blancuzca piel alrededor de sus dedos. —¡Vestuvio!— le gritó, e Incy parpadeó sorprendido. Yo no podía respirar. Vestuvio había sido el nombre de Incy al nacer, hace casi 400 años.

—¡Mírate! —Boz escupió, quitándose las manos Incy—. ¡Eres ridículo! ¡Patético! ¡Nas fue de compras, maldito idiota! ¡Tal vez se encontró con alguien! ¡Tal vez se juntó con un imbécil francés! ¡Tal vez ella decidió ir a otro lado! ¡Ella volverá!

Inocencio miró a Boz con loca esperanza y una confianza casi infantil. —¿Lo hará? ¿Lo crees así?

—Ella va a estar de vuelta —dijo Boz con firmeza. —Ella siempre vuelve. ¿Y que es lo que va a pensar de ti, de esto?— Hizo un gesto despectivo hacia el apartamento en ruinas de Incy. Un apartamento de doce mil dólares mensuales.

Incy miró a su alrededor, de repente todo era calma. Él frunció el ceño ante los escombros a su alrededor, como si finalmente viese, comprendiendo todo.

—Realmente, Incy —dijo Cicely—. Esto es demasiado. Todos echamos de menos a Nasty, pero no es la gran cosa. Ustedes saben que

ella va a estar de vuelta. Su apartamento está todavía allí, todas sus cosas están ahí. Boz tiene razón, ¿qué va ella a pensar acerca de esto?

Inocencio se volvió hacia Cicely, enfurecido. —¡Ella no pensará nada al respecto! ¡Ella va a entender! ¡Ella sabe que yo la necesito! ¡Ella me necesita, también! ¡Está en algún lugar volviéndose loca sin mí! —Sus ojos se pusieron misteriosos—. Tal vez ella está allí contra su voluntad. Tal vez ha sido secuestrada.

—Oh, por favor —dijo Cicely, entonces Incy la empujó contra la pared.

—¡Tu no lo sabes! —le gritó.

—¡Jódete! —Cicely gritó de nuevo. Ella golpeó su mano y se dirigió hacia la puerta principal—. ¡Llámame cuando hayas terminado de ser un imbécil!

—No, Cicely, lo siento —dijo Incy, contrariado—. ¡Lo siento! ¡No te vayas!

Ella le enseñó el dedo y azotó la puerta al salir. —¡Esa perra! —Incy gritó—. ¡Esa perra odiosa!

Boz parecía agotado. Él se pasó la mano por la cara y poco a poco se dejó caer contra la pared.

Incy abrió la boca para gritar algo, entonces vio a Boz. Su rostro cambió inmediatamente de nuevo, y se agachó hacia él. —¿Boz? Lo siento. Lo siento. No sé lo que me pasa. Yo sólo he estado lejos de ella en tanto tiempo. No sé lo que me pasa. Lo siento. Yo sólo... la extraño. Quiero estar con ella.

Boz habló en tono viejo y muy cansado. —Lo que echas de menos es su poder.

Salté hacia atrás, sintiendo los dedos de River hurgándome el hombro. Parpadeé con rapidez, y la clase volvió a entrar en foco. Mi respiración era demasiado superficial, miré a mí alrededor. Me sentía

como si estuviera despertando de un desmayo. Jess, Daisuke, y Rachel estaban serios, mirándome, frente a ellos, sus metales estaban intactos.

Mis hombros cayeron y mis manos se abrieron, derramando plata sobre la mesa. Estaba muy caliente, casi resplandeciendo. Tragué saliva.

—Uh —dije.

—¿Quién era? —La voz de River era tranquila y dura.

—Mis amigos —dije, y volví a tragar. —Tú conociste a Incy esa noche... cuando me conociste. ¿Lo... los viste? ¿Tú los viste?

River asintió lentamente. —Sí. No estoy segura de por qué, yo no estaba intentando verlos.

Mi siguiente pregunta fue muy tranquila. —¿Podrían encontrarme aquí?

River negó con la cabeza. —Voy a corregirlo de modo que no puedan. Vamos a arreglarlo. Estarás oculta, siempre y cuando estés en West Lowing.

—Ah, bien —le dije sin estar convencida.

Por supuesto, yo no me saldría tan fácilmente. Esa noche, después de cenar, unos muy serios Solis, Asher, River, y Anne me confrontaron en el comedor.

Después de ver la horrible visión de Incy, apenas había registrado a Reyn. Sí, hay diferentes niveles de horror, de miedo, de dolor. Todo es relativo.

En este momento, Incy estaba tomando el centro del escenario.

—River nos contó lo que pasó —dijo Solís sin ningún preámbulo. —Tuviste una visión muy especial durante la clase de metales.

Asentí con la cabeza, deseando, no por primera vez, que yo no fuese tan “especial”.

—¿Eran amigos tuyos? —preguntó Solís.

—Sí. Yo solía salir con ellos.

—¿Por qué Innocencio estaría molesto porque te hayas ido? —Anne preguntó.

—No sé —dije la verdad. —Es que... lo hacíamos casi todo juntos. Pero pensé que eran... cosas normales de mejores amigos. Mirando el pasado, supongo que él dependía de mí.

—¿Crees que te haría daño? ¿Tiene poderes mágicos fuertes? —Asher lucía preocupado.

—Les habría dicho que no, a ambas preguntas —dije, pensando en un tiempo atrás—. Nunca habría pensado que iba a hacerme daño. Ahora... no lo sé. Está muy molesto...

—¿Es fuerte? —preguntó River. Se refería en términos de su capacidad mágica.

—Una vez más, yo solía creer que no —dije—. Pero justo antes de irme, él usó un hechizo que... le rompió la columna vertebral de una persona. Lo dejó hemipléjico. Sólo con magia. No tenía idea de que podía hacer eso.

—¿Qué es lo que quería decir aquel otro hombre, con eso de que Innocencio extrañaba tu poder? —Los ojos de River eran oscuros y amables.

—Boz. No lo sé —dije otra vez. —Nunca hice grandes trucos de magia... tú has visto lo que me hace. Yo no uso mucho la magia de todos modos. No tenía ni idea que tuviera ninguna habilidad. No sé lo que Boz quiso decir.

River asintió con la cabeza y me dio unas palmaditas en la espalda. Un pequeño ruido me hizo mirar hacia arriba, y vi la puerta de la cocina moviéndose ligeramente. Nell y Charles habían sido asignados a limpiar después de la cena. ¿Nell había estado escuchando?

—Deja que te acompañe a tu habitación —dijo River, de pie. —Te voy a hacerte un poco de té.

Caminamos juntas arriba, y los pasos se sentían familiares, el pasillo me parecía como en casa. —¿Qué hay en el té?— le pregunté. —¿Algo que me haga dormir, o no soñar?

Río sonrió. —No hay nada abiertamente mágico—, dijo mientras abría la puerta de mi habitación. —Con excepción de las plantas de propiedades mágicas. En gran parte es la Nébeda. Tiene un efecto relajante en las personas. Nébeda y manzanilla y valeriana. No hay hechizos, ni drogas hechas por el hombre.

La tercera puerta desde la mía se abrió. La puerta de Reyn. Él asomó su cabeza fuera, vio que éramos River y yo, y asintió tensamente. Oímos que su puerta se cerró, y yo cerré la mía.

River me hizo el té y se quedó conmigo durante unos minutos, creo que se aseguraba de si misma (y a mí misma) que yo estaba bien.

Al salir, ella dijo: —Recuerda que mañana es un nuevo día.

Era una cosa extraña, trivial que decir, pero estaba demasiado cansada para preguntarle qué diablos quería decir. El sueño me afirmó como una enorme ola, y yo estaba fuera.

## Capítulo 19

*Traducido por Cowdiem**Corregido por Ellie*

**A** la mañana siguiente, mis nervios se sentían discordantes y ansiosos. Y para desbalancear aun más mi estado mental, fui forzada a tomar un aventón al trabajo con el siniestro Vikingo. Quería protestar y sólo tomar mi propio auto, pero algo en los ojos de River me hizo cerrar la boca y sólo trepar al camión, donde me senté tan cerca de mi propia puerta como me fue posible, sosteniéndome de la manilla.

Mientras nos alejábamos, vi a Nell mirándonos desde la ventana del frente del salón, y gemí para mí misma. Genial. Ella ya pensaba que yo estaba enviando mis tentáculos hacia ella, y francamente estaba comenzando a parecer como una escasez de sándwich en un día de picnic. Ahora estaría consciente de mí misma y paranoica sobre ella durante todo el día.

¿Y la cosa más triste? A pesar de todo —mi memoria, el desdén de Reyn hacia mí, nuestra obvia incompatibilidad, el creciente y amenazante interés de Nell en mí—, yo aún pensaba que él era atractivo físicamente, y la verdad es que apreciaba su responsabilidad. Quiero decir, justo ahora no confiaba en nadie, salvo en River y los otros profesores, pero enfrentémoslo, nadie habría confiado en Boz o Incy con su tractor o su camión o su... estudiante. Y yo soy alguien para la cual la responsabilidad no es una cualidad. Yo misma nunca he sido responsable o confiable en ninguna forma. Incy, antes de que aparentemente se volviera loco, había sido divertido, entusiasta... ¿pero confiable? No. Si uno de mis amigos decía que me recogerían a las cuatro, quizás lo harían, quizás no. Y quizás yo estaría ahí cuando ellos llegaran, y quizás no estaría. Todo era más un flujo libre.

Pero si Reyn decía que él estaría de vuelta para recogerme a las cuatro, por Dios, él estaría golpeteando su pie impacientemente fuera exactamente a las cuatro.

Extrañamente, en estos días encontraba eso atractivo más que molesto. Encontré que el hecho de que él no estuviera gritando y pintando “perra” con pintura en aerosol en las paredes era atractivo. Mi mundo parecía tan dado vuelta ahora, mis emociones tan grandes, que era como: ¡Invasor norteño, invasor morteño!<sup>17</sup> ¡Dijo que sólo tiene 267 años! ¡Como sea!

Pero aun me sostuve de la manilla todo el camino hacia el pueblo, lista para saltar del camión en movimiento si Reyn repentinamente sacaba una espada o algo.

En frente de MacIntyre’s, rápidamente abrí la puerta y salté, apretando mi bufanda fuertemente alrededor de mi cuello. —Gracias por el viaje —me forcé a decir, sin mirarlo.

—Estaré de vuelta a las cuatro —él dijo—. Sabes... —se detuvo, sus labios apretados muy juntos.

Lo miré de vuelta con cautela. —¿Qué?

—Nada. —Él negó con la cabeza, mirando directamente adelante. Me giré para irme, y él dijo—: Tu cabello. Te estás pareciendo a un zorrino.

Él nunca hacía comentarios sobre mi apariencia, y mi impresión había sido que había intentado mirarme lo menos posible. Mis ojos llamearon, y miré en el espejo del camión. *Oh, Jesús.* Mi boca se abrió consternada. Entre todos los elementos de mi apariencia que había dejado de lado, estaba el color de mi cabello. Mi color de cabello natural estaba aumentando, y no me había puesto de nuevo el tinte negro. Así que, sí, tenía de hecho una franja de rubio blanquecino en el medio de mi cabeza. Tan atractivo...

---

<sup>17</sup>“Schm”: Está usada para hacer un juego de palabras que rime, en este caso: “Northern raider, schmorthern raider”.



Cerré mis ojos y negué con la cabeza. —Justo cuando pienso que no puede ponerse peor —murmuré.

—Siempre puede ser peor. —¿Era acaso amargura lo que se oía en su voz?

*Bastardo*, pensé, cerrando de golpe la puerta del camión.

*Focalízate*, me dije a mí misma. *Focalízate en el trabajo*. Cuando entré a MacIntyre's, vi de primera mano que algunas cosas podrían ponerse mejor. La tienda se veía mejor. Meriwether y yo habíamos hecho un montón en las pasadas semanas. El viejo Mac se había rehusado a gastar dinero en nuevos mostradores y repisas, y había aullado de furia cuando yo le había preguntado, pero aun así hicimos una gran diferencia. Nos habíamos deshecho de los viejos y descoloridos mostradores y creado una nueva forma de arreglar las cosas que él quería mostrar más.

Meriwether había quitado un montón de mierda desde el mesón de entrega, así que ahora se veía limpio y accesible. Las ventanas principales habían prácticamente estado cubiertas de basura, y nosotros la habíamos tirado y lavado las ventanas, así que la tienda estaba llena de luz. Este lugar en verdad se veía como si hubiera dado un salto al siglo veinte, sino al veintiuno. El viejo Mac gruñía y se quejaba, pero yo había visto su rostro cuando los clientes comentaban con aprobación respecto al nuevo diseño, y yo había sonreído ampliamente cuando él me miró enojado.

Meriwether, a pesar de que había mejorado conmigo, aun parecía deslucida y cansada, y el viejo Mac aún le ladraba mezquinamente. No me gustaba irme a las cuatro, porque parecía como que él reservaba toda su hostilidad para ella cuando venía a trabajar después de la escuela. Tenía la sensación de que, tan rápido como me iba, él comenzaba con ella. No sabía cómo generar el cambio ahí.

Estaba sorprendida de que quisiera hacerlo siquiera.

No había visto a Dray en varias semanas, y no sabía si ella estaba avergonzada respecto al robo o si enojada porque la había hecho pagar las cosas. Estaba demasiado frío afuera ahora como para perder el

tiempo alrededor, bebiendo cerveza en la curva, y me pregunté vanamente dónde ella estaba pasando su tiempo.

Ese día, mi pecho comenzó a ponerse tenso a las tres, y estaba bastante apretado para cuando Reyn llegó a recogerme. Yo estaba afuera esperando, mi nariz moqueando en el frío. El camión se estacionó en la curva, y yo me subí, recordando el comentario del zorrino una y otra vez. No iba a pensar en eso. Sólo quería ir a casa y beber algo de té caliente y ver qué tenía que hacer antes de la cena. Quizás podría estar en el grupo de la cena, había olvidado mirar. Tenía que mejorar respecto a chequear con tiempo, de modo que supiera lo que estaba por venir.

Negué con la cabeza y me recosté en la ventana del camión. Toda la línea de pensamiento era completamente extraña para mí.

Reyn me miró, pero no expliqué.

Me sentía ansiosa alrededor de Reyn, aunque me había convencido a mí misma de que él no podía haber sido ese hombre en ese recuerdo —él era demasiado joven. Odiaba el hecho de que mi jodido inconsciente hubiera elegido poner un rostro al que estaba atraída en el peor de mis recuerdos, pero estaba aquí para solucionar toda esa mierda, ¿cierto? Y quizás eso explicaba la sensación vagamente familiar que sentía con él — quizás él sólo me recordaba a un tipo físico que había visto antes, y no siempre en la forma de un asesino-merodeador-quema-villas.

Estaba, de hecho, en el grupo de hacer la cena, pero afortunadamente no en el de limpiar después de la cena, lo cual era peor. Así que limpié una pequeña cantidad de chirivías, corté alrededor de diez libras de peras para una tarta de peras, e hice de un pequeño elfo de la cocina mientras el mundo se volvía más oscuro y frío afuera.

Después de la cena, River dijo: —Ven conmigo —y estiró su mano.

*Oh, Dios. Por favor no más magia por un tiempo.* Cada vez que me acercaba a ella, alguna clase de granada psicológica de mano salía de mi conciencia. No podía soportarlo más. River gesticuló hacia mi abrigo, y yo metí mis brazos en él, pensando: No, no, ¡no la maravilla de las estrellas! No esta noche. La verdad, estaba bastante familiarizada con las estrellas —era una de las clases en las cuales casi podía mantenerme a mí

misma adentro. Yo había cruzado diversos océanos en botes más veces de las que podía recordar, allá cuando cruzar océanos podía tomar semanas, incluso meses. Créeme, cuando no hay nada para hacer más que mirar fijamente a las estrellas, tú miras fijamente a las malditas estrellas. Sólo que nunca había entendido la importancia de Canis Major, eso es todo.

Ella me sacó por la puerta trasera, hacia el edificio granero-escuela. Entramos en el granero y avanzamos por el pasillo, al final del pasillo había una pequeña y estrecha escalera que no había notado antes. Subía hacia otra serie de habitaciones, mucho más pequeñas que las de abajo.

—Esto solía ser el henar —River me dijo—. Aún huele a paja, especialmente en el verano.

—Hmm —dije, preguntándome qué estaba pasando.

River abrió la puerta de una habitación muy pequeña, quizás de nueve pies cuadrados. Su techo inclinado tenía un tragaluz que estaba a la altura del pecho, y el punto más alto de la habitación era quizás de siete pies.

—Usábamos esta habitación aquí arriba para pequeños círculos de trabajo privado —ella dijo, encendiendo una lámpara de gas y ajustando la mecha—. Es más cálido aquí. —Ella me dio una de sus sonrisas sin tiempo, y luego se puso a rebuscar en uno de los pequeños y toscamente hechos gabinetes contra una pared. Dándome una pieza de tiza ordinaria, ella dijo—: Toma. Dibuja un círculo en el piso, lo suficientemente grande para que ambas nos sentemos dentro.

La miré. —Um —dije—. Realmente no me he recuperado del desastre de la plata, o de la maravillosa y agitada experiencia de nuestro último círculo. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—No es un círculo como ese —River dijo—. No ceo que te sientas enferma después. Y puedo tejer ciertos hilos en el hechizo para ayudarte a sentirte bien, si quieres. Ahora hazlo, dibuja el círculo, tan perfectamente redondo como puedas.

Tenía una mal presentimiento sobre esto, pero Dios lo maldiga, ¡no soy nada sino confiada y obediente!

Agachándome, lenta y cuidadosamente dibujé un círculo de tiza en los rudos paneles del piso. Resultó ser algo aplastado y ladeado, pero bueno.

—No lo cierres —River me recordó, y dejé una “puerta” de dos pies de ancho en él. Ella vino tras de mí y salpicó sal, directamente de la caja, en un círculo fuera del mío—. La sal purifica las cosas y ofrece protección. —Ella dijo.

—¡Sabía eso! —dije.

Ella me sonrió, luego me indicó que entrara en el círculo. —Ahora sólo lo cerramos —ella murmuró, cerrando primero el círculo de sal y luego el de tiza.

Supongo que estábamos atrapadas ahora.

Ella puso cuatro piedras en los cuatro puntos cardinales, y yo comencé a sentirme alarmada. Se veía como que ella se estaba alistando para crear un rayo o algo así.

—Así que, uh... ¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunté de nuevo.

—Vamos a hacer un hechizo revelador —ella dijo.

## Capítulo 20

Traducido por Ellie  
Corregido por Emii\_Gregori

*Un* hechizo revelador. De acuerdo... eso no clarifica nada. Mi primer instinto fue salir del círculo y correr. O simplemente decirle que no y cruzar mis brazos sobre mi pecho. Y estaba a punto de hacerlo...

—De acuerdo, siéntate frente a mí.

Y, de algún modo, lo hice. Nos sentamos con las piernas cruzadas, nuestras rodillas casi tocándose. River sostuvo sus manos hacia mí, y yo las tomé con indecisión. ¿Qué íbamos a revelar? ¿Un tesoro enterrado? ¿Un asesino? ¿El lugar donde Solis había guardado su pulsera de cobre, que no podía encontrar? Cualquier cosa, siempre que no tuviera nada que ver conmigo, ni con mi pasado. Yo ya temía la inevitable náusea, sin importar lo que River había dicho.

—No habrá náuseas —River me aseguró, y me quedé mirándola fijamente.

—¿Puedes leer la mente?

Ella se rió. —No. Pero puedo leer las expresiones de las personas muy bien. Para este hechizo, yo estableceré limitaciones alrededor de tu poder, canalizándolo y controlando lo que hace. Sospecho que generalmente el poder se esparce por todas partes, y tu sistema no puede manejarlo. Todas las fuerzas moviéndose juntas te ponen enferma. Esa es mi teoría, de todos modos.

—Huh... —dije.

—Ahora, ambas debemos mirar la vela encendida —instruyó, asintiendo hacia la pequeña llama moviéndose entre nosotras.

—¿Qué debo hacer?

—Sólo sígueme —River dijo en una voz muy tranquila y determinada.

—¿Qué revelaremos?

—A ti. —Su tono era somnoliento ahora, ausente. Sus ojos castaño claros se volvían más pesados mientras continuaba mirando la llama parpadeante de la vela. Ella la había pegado con su propia cera a un pequeño espejo, y ahora la cera blanca se deslizaba por sus lados y fluía hasta el vidrio plateado.

—No.

—Todo estará bien, Nastasya —River dijo con calma—. Sólo tienes que... confiar en mí.

*Oh, Dios, voy a morir, pensé miserablemente. No puedo hacer esto.*

—Puedes hacerlo. —Su fuerza silenciosa irradiaba de ella hacia mí. Tragando pesadamente, a pesar de mi temor, intenté centrarme en la llama, tratando de ralentizar mi respiración y liberarme de todo pensamiento, de la manera en que había estado aprendiendo en clases. Podía sentir mi corazón latiendo rápidamente.

Advertí la voz de River, cantando suavemente. Cantaba palabras reales, ninguna de las cuales reconocí, y me resigné a unir mi voz en una especie de eco cuando lo sentía correcto. Soltando mis manos, sus esbeltos dedos trazaron símbolos en el aire, todos familiares para mí: runas. Yo conocía muy bien las runas. Las personas aquí utilizaban el Elder Futhark, y también reconocí al Eolh, para la protección, y al Beorc, para nuevos comienzos. El siguiente, Eoh, me confundió por un segundo... ¿un caballo? Entonces recordé que significaba cambios de alguna clase. Las manos de River se movieron tan rápidamente que no logré reconocer algunas de las que hizo, pero entonces trazó la runa Peorth en mi frente. Peorth era para revelar las cosas ocultas.

Ella había dicho que iba a revelarme. No tenía la menor idea qué demonios significaba, y odié las implicaciones. ¿Sería como, revelarle toda mi vida? Eso sería muy malo. Yo no quería tener nada que ver con eso. ¿Revelar lo que realmente pensaba? ¿Quién querría hacer eso? Sentí

sus ojos en mí y admiré su rostro sereno, su bronceada y apenas arrugada piel, su cabello gris recogido en una cola de caballo. Utilizando sus manos, ella trazó la forma de mi cara en el aire, sin tocarme, y de pronto sentí una onda de... poder.

*Oh, Dios...* Inhalé muy lentamente, cerrando mis ojos, sintiendo el poder elevándose dentro de mí, como si fuera luz. Lo sentí arremolinándose alrededor de nosotras, lo sentí descubriendo otro poder: el de River. Era como... como si dos antiguas corrientes se hubieran encontrado de repente. No sé cómo se sentía. Pero supongo que un baño de cálida luz sería una forma bastante buena de describirlo. Me sentía inundada por alegría y vida.

Unas alarmas comenzaron a sonar en mi cabeza. Las pocas veces en que había hecho esto, era así como se sentía antes de que la negra e inevitable peste asesinara la esperanza, despedazando horriblemente mi felicidad, como si mil insectos negros y escamosos se hubieran enjambrado sobre mí para tapar completamente el sol. Entonces vendría el dolor, los vómitos, la desesperación.

River cantaba otra vez, sus ojos cerrados ahora, mientras trazaba otros símbolos en mi frente, ojos y mejillas. Cepilló suavemente mis hombros y finalmente tocó mis rodillas. Gradualmente, la tensión me dejó —estaba preparada para el dolor, pero no había llegado todavía. Yo era una semilla, creciendo debajo de la tierra, estirándome en busca de calor. Y yo era también el calor, yo era la luz, y era... glorioso.

Me perdí en el calor por un momento, entonces sentí cómo la magia se desvanecía lentamente. Si pudiera haberla tomado en mis manos, entonces la habría sujetado desesperadamente. Pero se apagó, como una bajamar regresando al vasto océano.

Abrí mis ojos. Lentamente, somnolienta, River abrió los suyos. Me miró, y pensé ver asombro y quizás temor en sus ojos. Entonces me miró y me dio una lenta y satisfactoria sonrisa.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

Hice un chequeo rápido de mis sistemas. —Uh, no tan mal —dije con sorpresa—. Cansada. Relajada. Triste de que haya terminado.



—Esa es la parte maravillosa —dijo, estirándose y respirando profundamente—. No se ha ido. Está siempre allí. Está dentro de ti, y tú puedes utilizarla. Así es como los Tähti lo hacemos, ¿recuerdas? Es mucho más difícil utilizar el poder dentro de ti, requiere control, y enseñanzas. Muchas, muchas enseñanzas. Sin el hechizo para fortalecer y controlar tu energía, te sentirás enferma como siempre, terminando de rodillas, vomitando. No tiene que ser así, y ahora lo sabes.

Yo no sabía qué pensar. Un rápido regocijo me inundó: quizá no había cometido un enorme error, quizá todo esto valía la pena, quizá yo podría realmente aprender estas cosas... sólo para ser rápidamente opacado por mi negativa a creer que algo así de bueno podría sucederme.

River suspiró. —Yo lograré que lo creas —dijo, poniéndose de pie.

—Mi cara no es tan expresiva —dije, parándome también. Me sentía como si hubiera hecho un montón de yoga... y luego corrido una maratón.

—Sí lo es —me aseguró, y abrió nuestros círculos.

Ayudé a River a juntar las piedras, entonces miré para asegurarme de que no nos olvidáramos de nada. De repente, una cara apareció ante mí, y yo jadeé mientras dejaba caer las piedras.

Haciéndome girar, River me tomó del brazo. —¿Qué sucede?

Incapaz de decir algo, señalé a la cara extraña, la aparición frente a mí en la oscurecida ventana. Mi boca se abrió, pero ningún sonido salió de ella. Instintivamente, me agaché, intentando ocultarme en el suelo.

River se agachó inmediatamente junto a mí, su mano en mi hombro. Su rostro se veía a la vez preocupado y divertido.

—Hay alguien en la ventana —susurré—. Como un fantasma.

Ella asintió lentamente y cepilló el cabello lejos de mi cara. —Sí, es como un fantasma.

La miré fijamente.

Había otro pequeño espejo en el gabinete, y River lo tomó. Lentamente, ella lo sostuvo hacia mí.

El fantasma...

El fantasma era yo.

Intenté tragar. Me desplomé sobre mi trasero en el piso de madera, incapaz de alejar mis ojos del espejo. River alejó el cabello de mi rostro otra vez. Mi cabello estaba ahora dorado, cada huella de negro había desaparecido. Mi flequillo había crecido lo suficiente como para ponerlo por detrás de mis orejas, y las capas puntiagudas estaban ahora aplastadas porque mis puntas ya no estaban secas ni partidas ni florecidas.

Mis ojos se veían oscuros, como del color del cielo del norte en el invierno. Mis mejillas estaban más llenas y sonrosadas. No había delineador de ojos oscuro, ni ningún lápiz de labios que alterara mi apariencia.

Lucía como una adolescente. Una sana y normal adolescente.

—Yo no luzco así —susurré—. Yo jamás lucí así.

—Sí, sí lo hiciste —River dijo calladamente. Se arrodilló junto a mí, nuestras rodillas tocándose. Mantuvo su mano en mi hombro.

Tragué otra vez, sintiendo como si intentara tragar una de las piedras que había dejado caer.

Oh, sí. Es verdad. Yo había lucido así. Hacía mucho, mucho tiempo.

—Sunna, te casarás con Asmundur Olafson. —Mi madre adoptiva tenía una expresión resuelta en el rostro mientras amasaba con furia una gran masa de pan en un tazón de madera.

Yo estaba tan sorprendida que volqué agua fuera del cucharón, hacia la mesa limpia. —¿Qué?

—Tu *pabbi*<sup>18</sup> ha hecho un acuerdo con Olaf Pallson —continuó—. Te casarás durante el *laugardagur*<sup>19</sup>, este sábado.

La miré fijamente, pero ella no encontró mis ojos.

Limpié el agua derramada con un trapo, entonces terminé de llenar las tazas con agua. Olaf Pallson criaba ovejas, dos granjas más allá de la nuestra. Recordaba vagamente haber visto a Asmundur Olafson un par de veces, en días de mercado. Era grande y rubio, pero no podía recordar su cara.

Cuando no dije nada, ella dejó de amasar y me miró. —Sunna, tienes dieciséis. La mayoría de las muchachas están casadas, y algunas ya son madres. Asmundur es un muchacho bueno y heredará la granja de su padre, ya que es el hijo mayor.

—Yo no quiero casarme —dije injustificadamente, sabiendo que no tenía elección.

—Sunna... —Se limpió las manos en su delantal. Ella tenía apenas treinta y cinco años, y ya era considerada de mediana edad—. Sunna, tenemos otras seis bocas que alimentar.

Asentí, entonces llevé el cubo vacío hasta al pozo de afuera. Había sido difícil para ellos el adoptarme siquiera, aunque yo había resultado útil en cuidar de los pequeños y ayudar con las tareas domésticas. Los últimos seis años aquí habían sido... un respiro.

Ese *laugardagur* fue brillante y claro, seguido por tres días de intensa lluvia de primavera. Aún hacía frío, pero los días se alargaban cada vez más, y en sólo dos meses más se sentiría el calor del verano temprano.

Mis padres adoptivos caminaron a mi lado hasta la iglesia. Los caminos estaban mojados y llenos de barro. Eché un vistazo a mi reflejo en un charco y pensé: “Esta soy yo, en el día de mi boda”. Mi largo cabello estaba recogido en trenzas en mi cabeza. Mi ropa estaba limpia. *Momer*<sup>20</sup> me había hecho una guirnalda de laureles.

---

<sup>18</sup> **Pabbi**: “Padre” en islándico.

<sup>19</sup> **Laugardagur**: “Fin de semana”.

<sup>20</sup> **Momer**: “Madre”

Levanté la mirada y vi a Asmundur y a su padre esperándonos en la iglesia. *Entonces era así como lucía él*, pensé, estudiando su ancha cara de granjero.

Eso había sido en 1567.

Yo había lucido exactamente como luzco ahora.

Mi joven marido había muerto dos años después de eso, de viruela.

Parpadeando, me puse de pie.

—Vayamos por algo de té —dijo River, apagando la lámpara—. Recogeremos todo mañana.

Con la lámpara apagada, no había ningún fantasma reflejándose en el vidrio de la ventana. Anduvimos a oscuras por el vestíbulo, y a través de la estrecha escalera. No podía evitar tocar mi pelo. Se sentía más suave, sin la dureza del tinte negro en él. Se sentía extraño. Sabía que cada vez que viera a este “yo” en el espejo, me estremecería. No había lucido así en un muy largo tiempo.

Afuera, River miró hacia el cielo y dijo: —Es más tarde de lo que pensé.

Miré las estrellas, medio ocultas por las nubes. Las constelaciones se movieron en lo alto, en un arco a través de la noche. Mirando arriba, vi que no era de madrugada, pero ya habían pasado las primeras horas de la noche. Digamos, alrededor de las 10. Las nubes hacían que fuera más difícil saberlo.

—¿Son cerca de las diez? —Pregunté.

—Sí. —River me miró complacida—. Absorbes conocimientos en contra de tu voluntad.

Asentí. Me sentía muy diferente de como normalmente me sentía, y no sabía qué hacer conmigo misma. Como si el hechizo revelador hubiera borrado años verdaderos en vez de sólo la apariencia de los años. Todo parecía nuevo y diferente. Sólo quería ir a mi cuarto y mirarme fijamente en el espejo durante mucho tiempo.

La oscuridad se cernía sobre nosotras, y me mantuve cerca de River, mi mirada fija en las luces de la casa más adelante. Algo ingrátido y frío se posó en mi nariz, y vi cómo pequeños y finos copos de nieve caían lentamente del cielo.

Estaba frío y oscuro y nevando. Como en mi niñez, hace tantos años. Es por eso que prefiero lugares más tibios. Incluso Londres no era tan frío como aquí. Luciendo como había lucido en ese entonces, y sintiendo de repente cómo de similar era el clima, fui agobiada por una inundación de pensamientos oscuros y un terror sin nombre.

Nos acercamos a los escalones de la cocina, iluminados por un cuadrado angular de luz que llegaba desde la ventana. Me dirigí hacia la puerta, queriendo estar ya adentro, rodeada de otras personas, cuando River tomó mi brazo, deteniéndome. La miré.

—En aquellos tiempos tú estabas aquí —dijo suavemente, marcando un lugar en el aire con una mano, a un lado de su cuerpo—. Ahora estás aquí. —Sostuvo fuera su otra mano, muy lejos de la primera—. El tiempo se mueve hacia delante. Ya no estás allí. ¿Comprendes?

—Ajá... —dije, aunque en realidad no lo hacía.

Ella sacudió la cabeza. —Tú comenzaste aquí, en 1551. —Otra vez, marcó un lugar en el aire. Los diminutos copos de nieve caían sobre su cabeza y desaparecían en sus cabellos de plata—. Ahora estás aquí. *Aquí*. —Descendió la otra mano hasta un lado de su cuerpo, enfatizando la ubicación de la actual. Acercándose, presionó varios dedos contra mi pecho—. Tú. Estás. Aquí. Ahora. En este momento.

Yo aún debía de haber parecido perdida, porque ella suspiró y abrió la puerta de la cocina. Inmediatamente, el calor y la luz y los olores de las sobras de la cocina se arremolinaron hacia nosotras. La cocina estaba vacía, limpia, pero aún iluminada. Yo tenía hambre, lo que era raro. Y no me sentía enferma.

—Creo que necesitas algo de tarta de peras —dijo River, abriendo el refrigerador—. Y té.

## Capítulo 21

*Traducido por vapino  
Corregido por Emii\_Gregori*

Quando pasas la mayor parte de tu vida siendo un camaleón, cambiando todo acerca de ti una y otra vez, es impactante, ver al verdadero tú en el espejo. A través de los años he tenido cada color de cabello desde el blanco al negro, incluso azul, verde y morado, y cada extensión de corte de cabello, desde cortado al cero hasta el cabello por debajo de la cintura. He sido delgada como una barandilla, agradablemente rellenita, grande y embarazada, muerta de hambre y esquelética. Yo había tenido la piel blanca como la de un nortño, cuando estuvimos durante meses sin ver el sol, y yo había estado tan oscura como una nuez, de bronce bruñido por el sol ecuatorial que había empapado a través de mi piel hasta mis huesos.

Ahora lucía como la yo en la cual el niño en mí había crecido. Era monstruoso, inquietante, y me sentía horriblemente expuesta y vulnerable. Por la mañana envuelta en varias capas de suéter, abrigada con una bufanda difusa alrededor de mi cuello y atada con un pañuelo sobre mis cabellos, que, irónicamente, sólo me hacía más parecida a cómo solía ser. Vestida de campesina. Finalmente bajé a regañadientes las escaleras. Yo estaba encargada de colocar los cubiertos para el desayuno.

En la cocina murmuré un rápido hola a Daisuke y Charles, quienes estaban haciendo el desayuno. Me di cuenta que, por lo general, la cocina estaba siempre limpia y ordenada, a pesar de que ellos estaban cocinando para 13 personas. Ambos eran personas muy elegantes que parecían funcionar en algún estado de profunda calma. Brynne hizo grandes destrozos en la cocina, y lo mismo hizo Lorenz —ambos eran personas ostentosas, y tremendamente atractivas. Reyn era ordenado. Nell era desordenada. Jess y yo éramos ambas desorganizados, y estoy segura que los sorprendió a todos.

De todos modos, rápidamente agarré la bandeja de cubiertos y escapé al gran comedor, que estaba todavía sumido en la oscuridad previa al amanecer. Dentro me sentí irritante, ansiosa, nerviosa de una manera en la cual no me había sentido desde... semanas. Tan pronto como me fuera a trabajar esta mañana, pensaba desaparecer entre los servicios de los empleados con una caja de tinte para el cabello. Color caoba, esta vez, pensé.

La puerta de la cocina se abrió de golpe y entró Solis, cargando un montón de ramas cortadas. Cabeceé hacia él, no encontrando sus ojos. Él puso un alto florero en medio de la mesa y arregló las ramas largas en ello, haciendo un arreglo tal vez de tres pies de alto.

—Forzadas a florecer —dijo él, acariciando su corteza con dedos gentiles—. No por magia, sino simplemente por ponerlas en el interior. ¿Es un error forzar una cosa para ir en contra de su naturaleza?

Casi parecía estar hablando consigo mismo, sin siquiera mirarme, y yo esperaba que esto no fuera una verdadera pregunta. Con tanta filosofía existencial, puede que mi estómago aguantara antes de haber obtenido mi primera taza de café.

Me moví calladamente alrededor de la mesa, distinguiendo la hermosa y pesada platería de River del resto de las piezas de comienzos del siglo dieciocho por todo el lugar.

—¿Qué piensas, Nastasya? —Él pregunto, fijándome como un colector de insectos fija a una polilla hacia una bandeja aterciopelada—. ¿Crees que es intrínsecamente incorrecto forzar una cosa de ir en contra de su naturaleza? ¿Es a veces todo correcto, igual que con estas ramas? Y por cierto, ¿qué planta serán?

Hice una pausa, mirando el arreglo. Lo primero es lo primero, comprarme un poco de tiempo. Eran de color claro, no demasiado leñosas. Más como un arbusto. Era algo que floreció temprano, ya que esto no era exactamente el invierno y ya no podían forzarlo.

Tomé un puñal. —¿Forsitia?



Me sonrió, y me sentí estúpidamente satisfecha, como un sello realizado.

—Ahora, la otra parte de mi pregunta. ¿Es inherentemente equivocado forzar una cosa contra su naturaleza?

Con una sensación de hundimiento reconocí que un Importante Momento de Aprendizaje se había calado en mí cuando mi guardia estaba baja. La pregunta había sido casualmente preguntada; la respuesta no podía ser respondida casualmente. Las respuestas pasaron lentamente por mi mente debido a la falta de cafeína.

—¿Como entrenar perros? —intenté.

Él sonrió pacientemente. Hay pocas cosas peor que una sonrisa paciente. —La naturaleza de los perros, intrínsecamente, debe ser trabajada. Han sido domesticados por tantos miles de años que se ha convertido en su propia naturaleza y aun necesitan entrenamiento. Entrenamiento para trabajar con su naturaleza, no en contra de ella. Estoy hablando de obligar a estos brotes a florecer fuera de temporada, para nuestro placer. Así, por ejemplo. O una represa de un río. O mantener a una persona confinada al aislamiento. Los seres humanos son, por naturaleza, criaturas sociales. No sirven para estar solos.

Daisuke entró silenciosamente y puso una cesta de bizcochos sobre la mesa. Él echó un vistazo a mi cabello, me dio una leve sonrisa, y luego se empujó a través de la puerta de la cocina de nuevo.

Yo no podía concentrarme. Estaba alterada e incómoda, luciendo así, y yo sólo quería escapar hasta que pudiera cambiar otra vez. No llevaba puesto nada de maquillaje. Probablemente me veía como un vaso de leche.

Dejé escapar un suspiro. —No lo sé. Tal vez.

Esperé a que él me dijera que meditara sobre ello, o que buscara a alguien que pudiera ayudarnos a encontrar la respuesta, pero no lo hizo.

En su lugar, barrió sus dedos ligeramente a lo largo de las ramas de nuevo y dijo: —No lo sé, tampoco. —Se volvió hacia mí—. Tu naturaleza —dijo suavemente—, es lucir de esta manera. Esto es lo que eres, y esto

es lo que pareces. Por favor intenta abrazarlo. Recuerda lo que Hector Eisenberg dijo: “La cara de una mujer, desnuda y sin adornos, es tan hermosa como la luna, y así de misteriosa”

Sólo lo miré, sintiendo como si miles de insectos avanzaran lentamente por mi piel. Las personas comenzaron a llegar y sentarse, y Charles y Daisuke traían más platos a la mesa.

—Por favor no cambies otra vez —dijo Solis tan silenciosamente que sólo yo podría oírlo—. Continúa siendo tú misma. —Se alejó entonces y tomó un plato, siguiendo la fila para el desayuno.

—Mi cara no es tan expresiva —murmuré, y las esquinas de su boca se levantaron. Quería correr hacia mi habitación hasta que llegara el momento de ir a la ciudad, pero me vi forzada a seguir la fila, detrás de Lorenz. Sus oscuros ojos estaban apenas abiertos —debe haber estado en pie hasta tarde anoche.

—Giorno, Bella<sup>21</sup> —él murmuró, y la esencia a pachuli de su recién afeitada flotó hacia mí.

Detrás de mí, Charles tomó su propio plato.

—Bueno —dijo, con su acento irlandés atravesándome con esa sola palabra. Con su cabello rojo y pecas, el parecía un anuncio de viajes para la Isla Verde—. ¿Así que te lo aclaraste, entonces?

—No —dije, justo cuando un choque enorme nos hizo saltar a todos. Nuestras cabezas giraron para ver a Reyn de pie en la entrada, luciendo terrible. Había estado cargando un lote de leña, que ahora se encontraba dispersa en el piso.

Él me estaba mirando fijamente, horrorizado, su rostro blanco, sus ojos dorados bien abiertos. Él sacudió su cabeza y dijo: —No. No. — Entonces se dio cuenta de que estábamos todos mirándolo boquiabiertos. Miró hacia abajo a la leña, me miró nuevamente, se volvió sin una palabra y empujó la puerta de la cocina. Un momento después oímos el golpe de la puerta trasera de la cocina.

---

<sup>21</sup> **Giorno, Bella:** Buen día, hermosa.

—¿Qué le hiciste a él? —preguntó Nell bruscamente, tirando su servilleta para ir tras él. River la detuvo, tomando su brazo.

—Yo voy —dijo River suavemente.

—No —dijo Nell con irritación, sacudiendo su mano libre—. Somos muy cercanos. Sé qué hacer.

River sacudió su cabeza lentamente. —Por favor siéntate, Nell. Yo voy tras Reyn.

Nell abrió su boca para argumentar, entonces se aprehendió a sí misma, tomando la mirada que River le dio.

—Yo puedo ir —dijo ella, con mucha menos convicción.

—Termina tu desayuno —dijo River dirigiéndose ella, luego se giró y se fue tras Reyn.

Nell, contenta consigo misma por mirarme aireadamente, sacudía su cabeza con disgusto. Murmurando para sí misma, ella se sentó en la mesa y volvió a estirar su servilleta.

Ahora todas las personas se giraron a verme. Me encogí en un gesto de impotencia, no tenía ni idea de lo que acababa de ocurrir. Rachel le pidió a Anne que le pasara una fuente, y poco a poco las personas comenzaron a actuar con normalidad. Jess y Brynne rápidamente recogieron la leña y la cargaron con cuidado a la leñera junto a la chimenea. Sentí los ojos de Asher en mí, y los de Solis, pero mecánicamente conseguí un poco de comida y me senté al final del banco junto a Jess, quien me gruñó los buenos días. Murmuré algo en respuesta, mi cerebro trabajaba rápido.

Mi tipo de cabello rubio albino es común en el norte, especialmente entre mi familia y mi pueblo. Reyn tiene que haberlo reconocido, ¿entendía su significado?

Reflexioné sobre esto por un minuto febril, luego me di cuenta de que él ya sabía eso, él había estado mirando mis raíces que se dejaron crecer durante las últimas cinco semanas. Yo había estado cuidadosamente tiñendo la amplia franja de color blanco en mis raíces.

¿Entonces qué había sido?

Como resultado, tuve que ir a trabajar antes de averiguarlo. Reyn y River no volvieron a desayunar, y finalmente manejé en mi viejo coche maltratado a la ciudad.

Enfocarse en el trabajo. Estar en el presente, vivir en el ahora. Preocúpate de Reyn más tarde.

El anciano MacIntyre dio una mirada aguda a mi pelo, pero no dijo nada. —Un nuevo envío de productos para damas acaba de llegar —ladró—. Sigue adelante y ponlos en su pasillo específico. —Me frunció el ceño, luego se giró y se fue pisando lejos. Me reí irónicamente de mi misma. Uno de los cambios de Meriwether y yo tenía agrupado todos los “productos de damas” en un solo lugar. Durante el proceso nosotros habíamos aprendido que una manera de conseguir que el viejo Mac te deje en paz es tomar una caja de Kotex y preguntar acerca del precio.

Tiré de los grandes contenedores de plásticos hacia nuestro pasillo específico, ya esperando con impaciencia el relacionar la historia a Meriwether.

Cerca de la hora de almuerzo, sentí a alguien de pie junto a mí, y alcé la vista.

Le di a Dray un ceño fruncido. —¿Por qué no estás en la escuela?

Ella puso su cara hacia atrás. —Estoy graduada.

Levantándome, me estiré y boté una caja cartón de vacía en la papelera. —No es cierto, es una gran mentira. Tú no puedes tener más que dieciséis años.

—Diecisiete. ¿Qué te importa? Tú tampoco vas al colegio, y tienes qué, ¿tal vez diecisiete también? ¿Dieciocho? —Su ceño esta vez era verdadero, y luego miré hacia abajo y vi que ella sostenía una prueba de embarazo.

Ella vio mi mirada y sacó su barbilla. —¿Cuál de estos es el más barato?

Solemnemente comprobé todos los precios. —Éste —dije. Entonces tuve un pensamiento—. El baño esta por allí —señalé—. Ve hacerlo allí.

Ella retrocedió, lista para rechazar, pero vaciló.

—Ve —dije—. Hazlo ahora, mientras estoy aquí, en lugar de tu casa por ti misma.

Por una fracción de segundo, vi una grieta en su fachada de chica-dura, vi a la adolescente asustada bajo esa careta. Se impuso a su miedo, tomó la prueba y se dirigió los baños públicos que nosotros debíamos tener, pero que nadie utilizaba. ¿Supongo que lo mantengo esto en secreto? Sí.

Finalmente Dray regresó. —¿Estos son confiables?

Asentí. —Me temo que sí.

Dejó escapar un suspiro enorme y sacó el palo. Era negativo. —¿Cuánto te debo?

—Ocho setenta y nueve, más el impuesto —dije, comenzando a dirigirme al frente—. ¡Hey! ¡Tengo una idea! ¿Por qué no compras algunos condones? Entonces no tendrías que pasar por esto otra vez. No es que no haya sido divertido...

Ella estrechó sus ojos. —No, gracias.

Qué idiota. —Vienen en diferentes colores —engatusé.

Ella sacudió su cabeza.

Del mostrador frontal tomé la caja abierta y la extendí hacia arriba, luego lo lancé a la basura. —¿No está allí, como la clínica de la mujer, en la carretera que se cruza con la ruta veintisiete? Yo paso por allí.

Dray se encogió de hombros. Ella se sintió enormemente aliviada pero no quiso demostrarlo. —No lo sé.

La caja registradora se abrió. Tomé sus diez dólares y comencé a sacar el cambio. —Bueno, allí es —dije—. Es la clínica de la mujer. Ellos podrían darte la Píldora, más barata, y segura. O compruébalo, asegúrate que no tengas nada malo, porque estoy segura que tú te asocias sólo con chicos de alto nivel. —Hice rodar mis ojos.

Yo podía ver cómo ella procesaba la información.

—Puedes ir andando —dije en tono aburrido, mirando mis uñas—. Si ellos regalan la mercancía barata, puede que lo consigas.

Dray se encogió de hombros otra vez, pero la idea definitivamente había tomado residencia en su cerebro. Ella empujó la puerta para salir, luego se giró y dijo: —Me gusta tu cabello, por cierto. ¡Malvada! —Ella encendió sus ojos para asegurarse que yo entendía su sarcasmo, y yo le saqué la lengua. Ella sonreía con satisfacción mientras pasaba por el frente del escaparate de la tienda.

Y ahí lo tienes: mi mitzvah para el día. Nastasya Doe: Salvadora de chicas adolescentes.

Era tarde cuando regresé aquella tarde, realmente oscuro. Me levantaba antes del alba y llegaba a casa después de la puesta de sol, viendo el día sólo a través de las ventanas de MacIntyre. Es una mierda. Tenía unos pocos minutos antes de la cena, y milagrosamente, no fui asignada para ninguna tarea, entonces subí trabajosamente las escaleras con mis pies descalzos. O con calcetines, supongo.

Dirigiéndome sobre el largo vestíbulo pasando una ventana oscura tras otras, volví hacia mi habitación, tan segura y estúpida como nuestras vacas a la hora de ordeñarlas.

Automáticamente me giré hacia mi puerta y alcancé el pomo de de la puerta. Entonces me detuve. ¿Por qué? Miré de arriba abajo el pasillo. No había nadie allí. Algo se sentía extraño. Mi puerta estaba cerrada — no había un balde de agua en la cima de la puerta, por ejemplo. Todo parecía estar bien, razón por la cual me dije que todo estaría bien... y aún así tenía este sentimiento extraño e intimidante, y estaba poco dispuesta a entrar.

Me fui y partí a buscar a River.

## Capítulo 22

Traducido por Bautiston y Ellie  
Corregido por Emii\_Gregori

— *H*mm — River miró el marco de la puerta.  
En la planta baja, la cena estaba casi lista. Mi estómago estaba gruñendo. Me sentí como una gran mariquita. —No es nada, estoy segura —dije—. Me estaba imaginando cosas.

—No —dijo River—. No lo hacías.

—No veo nada —le dije.

Ella me miró. —Pero sentiste algo. Algo que hizo que no entraras.

Sonaba estúpido. Asentí. Yo no sabía si ahora era miedosa, o tantas cosas (Incy, Reyn, la oscuridad, yo misma, mi historia) me hacían ver el peligro en todas partes.

River buscó en su bolsillo y sacó una pequeña y hermosa caja de plata, su parte superior repujada con una escena de caza. Pensé que había guardado la plata como una ardilla durante siglos. Dentro de la caja había un polvo fino, color gris-verdoso. Una cuchara de plata descansaba dentro de la caja.

—¿La coca se puso mala? —supuse.

Ella negó con la cabeza, tomó la cuchara pequeña y recogió polvo. Murmuró algunas palabras sobre él, entonces levantó la cuchara y sopló con fuerza. El polvo voló por el aire hacia la puerta, y di un paso atrás rápidamente, casi sin aliento. Había símbolos en todo el marco de la puerta. El polvo los había iluminado, y ahora brillaban con un tenue brillo plateado. Unos pocos eran runas, pero no conocía a la mayoría de ellos.

—¿Qué es todo eso? —pregunté.



River estaba examinándolos. —Sigilos. Hechizos. —Ella se agachó abajo, siguiéndolos con el dedo.

—¿Para qué?

—No son muy poderosos —dijo ella, de pie con la espalda recta—. Y no son mortales. Son en su mayoría destinados para atraer la mala suerte hacia ti, así sales a dar una vuelta y te rompes el tobillo, o pierdes tus llaves, o quemas algo en la cocina. Tienen una barrera de defensa —Ella inclinó la cabeza hacia un lado, pensando—. Mmm.

—¿Así que eso es lo que sentí? ¿Estos hechizos...? ¿Y habrían hecho efecto en mí si hubiera entrado? —¿Quién ha hecho esto?

River me había dicho que había hechizado el lugar para que Incy no me pudiera encontrar. Todavía me costaba creer que él conociera sobre este tipo de magia de todos modos. Por lo tanto, ¿Reyn? ¿Quién más? ¿Nell? Ella estaba enojada esta mañana, cuando Reyn se asustó.

River asintió con la cabeza. —Habrían funcionado en la primera persona que pasara por la puerta. Es difícil de creer que tú los percibieras, son muy débiles. —Hizo una pausa, mirando pensativa—. Me pregunto... probablemente podría utilizar a Asher aquí.

Casi en el mismo momento, oímos pasos en las escaleras, y momentos después Asher apareció a la vista.

—¿Me necesitan? —preguntó.

River le explicó rápidamente la situación. Asher frunció el ceño cuando vio los sellos, pareciendo sorprendido, y luego miró más sorprendido a River cuando le dijo que yo los había sentido.

Se quedó en silencio durante un minuto, con los ojos de color marrón oscuro pensativos. Se acarició la barba corta. Finalmente alzó la vista. —Hay algo dentro. Eso es lo que ella sintió.

—¿Algo dentro? —Hice eco—. ¿Como, un tigre? ¿Qué hay dentro? ¡Esa es mi habitación!

—Muy bien, entonces, vamos a anularlos. —River se veía enérgica y sin sentido.

—¿Qué hay dentro? —Casi grité. Mi amuleto estaba allí.

—Más hechizos —dijo Asher—. Mucho más oscuros. Más fuertes.

Yo no soy un científico de cohetes. Soy brillante y tengo una especie de comprensión de la calle que me ha resultado útil. Pero no soy un genio. De todos modos, me da vergüenza admitir que fue sólo entonces cuando realmente me di cuenta de que alguien había hecho deliberadamente esto para mí. No sólo los hechizos de la puerta. Algo peor en el interior. Alguien aquí ha querido hacerme daño. Sentí el escalofrío de miedo que me había perseguido, de vez en cuando, desde que había dejado Londres. ¿Algún extraño se había metido? No veía como podría. ¿Quién se quedó aquí, en la casa? ¿Tal vez Nell? Parecía estar en el camino de su línea recta a Reyn. ¿Alguien más? Genial.

River y Asher comprobaron las otras puertas cercanas. Estaban limpias.

—Vamos a hacer un barrido completo más adelante —dijo River—. Pero ahora vamos a ocuparnos de estos.

—¿Windex<sup>22</sup> Mágico? —pregunté con voz débil.

River sonrió, viéndose felizmente normal. —Algo así.

Anne se acercó para llamarnos a cenar, y sus ojos se desorbitaron cuando Asher le dijo lo que estaba haciendo. Miró de ellos hacia mí en estado de shock.

Lo único que dijo fue: —Hmm. —Luego bajó las escaleras.

River y Asher hicieron el ritual para anular cualquier hechizo que se hubiera colocado sobre o dentro de mi habitación. Estaban de pie frente a frente, los ojos cerrados, murmurando palabras. A veces juntos, a veces sólo uno de ellos. Tomó un par de minutos. Se me ocurrió que probablemente hacían magia juntos durante años, incluso décadas. No sabía cuánto tiempo habían estado juntos. River era probablemente mayor que Asher, pero yo no sabía por cuánto. River era la más antigua inmortal que hubiera conocido o sobre la que hubiera escuchado. Me

---

<sup>22</sup> **Windex**: Marca de producto limpiador de ventanas.

pregunté si era la única. No, por supuesto que no —ella dijo que su hermano mayor era el rey de su casa. Y tendría que haber otros.

El melodioso canto de River y Asher cesó, y poco a poco abrieron los ojos y se apartaron.

—Eso debería servir —dijo Asher—. Era un poco de materia fea.

—¿Cómo qué? —pregunté, mientras River se acercó a abrir la puerta.

Asher se encogió de hombros, luego, seguí a River al interior de mi habitación. Confieso que dudé, a la espera de ver si una trampa para osos se cerraba alrededor de sus tobillos, o caían arañas sobre ellos, o estallaban en llamas. Asomé la cabeza por la puerta.

—Está bien —dijo Asher—. Puedes entrar.

—¿Estás seguro? —¿Cuando me había convertido en un marica? Cuando empecé a preocuparme por lo que me pasó, un hilo de voz respondió dentro de mi cabeza. Le dije que se callara, como siempre.

Dentro de mi habitación, River había soplado más polvo en mi puerta. También estaba cubierta con hechizos que se desvanecieron rápidamente. Asher fue pasando las manos debajo de mi colchón, girando sobre mi almohada, incluso apoyándose en sus manos y rodillas para mirar debajo de mi cama. ¿Cuando había sido la última vez que barrí allí?

*Oh. Nunca. Oops.*

—Ah —dijo él, deslizándose debajo de mi cama. Sacó una pequeña bolsa de cuero mientras River y yo lo rodeábamos.

—¿Alguna firma? —preguntó una voz desde la puerta. Solís se quedó allí, con sus agudos ojos color avellana en su rostro juvenil.

River frunció el ceño. —No lo sé.

Solís se acercó. —¿No sabes?

—¿Firmas como qué? —pregunté, pero todo el mundo estaba haciendo caso omiso de mí.

Asher abrió la bolsa de cuero y con cuidado tiró los objetos en la cama. Era un revoltijo de alfileres y agujas, un vial de vidrio pequeño lleno de líquido oscuro, marrón rojizo, y una piedra oscura y brillante que parecía de metal. Hematite, me acordé, palmeándome sola en la espalda.

—¿Es, como, una broma? —pregunté, mirando por encima del hombro de Solís.

—No —dijo Asher—. No es una broma.

—¿Qué está pasando? —dije, alzando la voz ligeramente.

Solís me miró, luego volvió y cerró la puerta de mi habitación. Abrió la mano en ella y murmuró algunas palabras que yo no conocía. Luego, los tres, como si estuvieran coreografiados, me miraron.

—¿Qué? —dije—. Yo no hice esto.

—Lo sabemos —dijo River—. Dime, ¿conoces a alguien de aquí, antes de venir aquí? Aparte de mí, quiero decir. ¿Hay alguien más familiar para ti?

—No. —Sí, yo había tenido esos destellos donde Reyn parecía familiar para mí, y también había tenido esa visión donde Reyn era un bárbaro salvaje. Pero realmente no lo conocía de antes de venir aquí, estaba segura de ello. Corrí a través de los —otros rostros de nuevo, tratando de imaginarlos en diferentes formas, y no podía recordar haber visto nunca a nadie de aquí antes—. No, no lo creo. ¿Por qué?

River me miró a los ojos con solemnidad. —Alguien de aquí te quiere muerta.

Sumergí mi pan en el caldo de puchero de mi plato. Los cuatro maestros y yo estábamos todos sentados a la mesa del comedor, con una cena tardía. En la cocina se oía a Jess, Nell, y Lorenz haciendo la limpieza. Lorenz estaba cantando un aria de Tosca —él tenía una hermosa voz.

—¿Y qué pasó con Reyn esta mañana? —No había estado en la cena, tampoco, y me pregunté si tenía alguna conexión con la escritura en mi cuarto. A pesar de todo, no creía que fuera así, pero algo sobre mí lo había asustado definitivamente esta mañana.

—De repente le resultaste familiar —dijo River, francamente. —. Algo sobre el color de tu pelo, la forma en que te veías de pie, tuvo un retroceso doloroso. —Ella sonrió con ironía—. Como tú lo haces. ¿Segura que no lo conoces?

—No, creo que realmente no —dije otra vez—. He estado en su mayor parte... pasando el tiempo con más o menos las mismas personas durante mucho tiempo. Creo que no he conocido a nadie de aquí antes. Aunque...

—¿Qué? —River preguntó.

Vacilé. —Bien... durante ese círculo, tuve una, no una visión, sino una memoria. Recordé algo que me había sucedido mucho antes. Mucho, mucho antes, como antes del 1600. En esa memoria, yo vi a alguien que lucía exactamente como Reyn. Como si él hubiera sido alguien que... casi me lastimó. Un invasor. Uno de los invasores del norte que llegaron en el invierno en aquellos tiempos. —Ugh. Yo nunca le había contado realmente a nadie acerca de ese episodio. Lo había estado enterrando durante cuatrocientos años, junto con un montón de otras memorias atroces que burbujeaban bajo la superficie de mi conocimiento.

Los ojos de River estudiaron los míos, y yo dejé caer mi mirada y remojé afanosamente mi pan en el tazón otra vez.

—Pero, quiero decir, Reyn tiene sólo doscientos sesenta y siete —dije—. Así que no era él. Sólo alguien que lucía, ya sabes, exactamente como él. O mi mente me estaba jugando una broma pesada, insertando la cara de Reyn en ese recuerdo. Fue... raro.

Los maestros se mantuvieron silenciosos un rato, y tuve la impresión de que se miraban los unos a los otros por sobre mi cabeza.

—¿Alguien aquí ha expresado algo negativo hacia ti? ¿Has hecho enojar a alguien? —El rostro juvenil de Solis se veía preocupado.

—Tan probable como es eso, no, creo que no —dije—. Quiero decir, no realmente, no a esa magnitud. Creo que Nell definitivamente tiene una aversión hacia mí, pero es más como un asunto de niña colegiala, ¿sabes? —Otro pensamiento se me ocurrió—. Aunque Reyn me dijo que me fuera durante mi primer día aquí.

—¿Te dijo que te marcharas? —Las cejas oscuras de River se arquearon elegantemente.

Deseé haber mantenido mi boca cerrada. Ahora me sentía como una niña alcahueta. Esto sólo se ponía mejor y mejor. —Era apenas mi primer día. Nadie pensaba que yo me quedaría. Yo no tenía exactamente un aura de éxito probable a mí alrededor, ¿sabes?

River me dio una pequeña sonrisa.

—Y el jurado sigue indeciso —me sentí obligada a agregar. Yo no quería que ellos se sintieran decepcionados o sorprendidos cuando yo finalmente fracasara y me fuera envuelta en llamas—. De todos modos... Reyn está muy comprometido con todo eso de elegir el bien, una y otra vez, y salvar su alma y lo que sea. Él no echaría a perder su progreso kármico haciendo algo como esto. ¿Verdad? —Miré a River, entonces a los otros. Todos asintieron lentamente, amablemente—. Emm, ¿qué quisiste decir con firmas? —pregunté.

—La magia es algo muy personal, muy íntimo —dijo Anne—. Cada persona hace magia a su propia manera. Como ya lo hemos hablado, qué hechizos utilizas, qué plantas y runas, con qué elementos trabajas, si utilizas hechizos de luna o hechizos de sol, o de viento o de agua, las personas desarrollan patrones de lo que les gusta utilizar, lo que funciona mejor con ellos. Después de trabajar en la magia con alguien por un par de veces, a menudo puedes identificar el estilo de hechizos de esa persona. Quedan impresos con su personalidad, con sus vibraciones.

—Algunas personas en realidad tejen sus propias firmas en sus hechizos —dijo Asher—. Están orgullosos de su arte, o quieren enviar una advertencia. Entonces su nombre forma parte del hechizo.

—Pero nadie dejó su nombre en estos. Sería estúpido de su parte —me di cuenta.

—Nadie dejó una firma total —dijo Solis—. Pero los hechizos parecen deliberadamente... disfrazados. Como si fueron creados por alguien que quisiera aparentar que fueron hechos por otra persona. Y entonces todo el asunto queda oscurecido, turbio.

Lo miré fijamente. —¿Realmente alguien puede hacer eso? —Oh, Dios, todo esto era mucho más complicado de lo que podría haber imaginado. Yo jamás lograría aprender todo esto.

—Sí —dijo River.

—¿Pero eran hechizos para hacerme... morir?

—Sí, más o menos —dijo River—. Lo cual es realmente tonto, teniendo en cuenta todo el tema de la inmortalidad. No sería directo, como un asesinato. Sino algo más como agarrarte una pulmonía y morir. Tener un accidente fatal. Ser asesinada durante un robo. Nada realmente premeditado, como alguien viniendo exclusivamente a matarte. En una persona normal, serían verdaderamente mortales. Pero para ti, para nosotros... son hechizos para atraer una gran oscuridad hacia ti. No te habría matado —sabes cuán difícil es lograrlo—, pero habría atraído una oscuridad terrible. Algo que podría inmovilizarte con temor, por ejemplo, o una depresión inquebrantable. Yo no he visto nada parecido desde... bueno, desde un tiempo realmente largo.

—Y el talismán bajo tu cama —dijo Asher—. Muy oscuro.

—¿El kit de costura?

Asher trató de sonreír, pero no pudo. —Habría funcionado sobre ti totalmente, durante cada momento en que estuvieras sobre esa cama.

Mi estómago estaba plagado de nudos otra vez. Recordé lo que había sentido cuando llegué a la puerta de mi habitación, esa sensación que me hizo vacilar. Había sentido como un frío, una sombra oscura que esperaba por mí en mi cuarto. Una sombra que se cerniría sobre mí, que me envolvería, de modo que nadie jamás volvería a verme otra vez. ¿Podría haber sido Reyn? No... a pesar de todo, yo no podría imaginarlo haciéndolo. ¿Pero entonces quién? ¿Nell? Sí, era una perra, ¿pero



realmente me odiaba tanto? ¿Era ella así de buena con la magia? ¿Tal vez uno de los otros? Mi cabeza comenzó a doler.

—Quizá yo no deba estar aquí —dije suavemente—. Quiero decir, todos lo sabemos. Esto sólo lo prueba.

—Al contrario —dijo el River—. A mi entender, esto significa que debes estar aquí ahora más que nunca.

Solis, Asher, y Anne asintieron, aunque vi a Solis dispararle una mirada rápida a River.

Anne cabeceó. —Concuerdo con eso. Esto es de lo que hablábamos —dijo a los otros maestros—. Ella tiene un poder natural extrañamente fuerte, algo antiguo y poderoso. Debería aprender a manejarlo, a controlarlo, y a utilizarlo para el bien. O será vulnerable para siempre.

—La pregunta es, ¿sabe otra persona de su poder? ¿Alguien se siente amenazado por ella? —preguntó Asher.

River sacudió la cabeza, mirándome, mientras yo intentaba actuar casual y no hiperventilar. Mi piel se había enfriado con la frase “antiguo y poderoso”. —¿Además de su amigo Innocencio? Y supongo que Boz, dado que él lo mencionó. Fuera de ellos, creo que no. Es demasiado desconocida, demasiado desinformada. Sí, tiene poder, pero es incapaz de hacer algo con él. Ella simplemente no sabe lo suficiente.

—Emm, estoy sentada justo aquí —dije.

Sin ninguna advertencia, River estiró sus manos, tocando mis sientes con sus dedos. ¿Qué hacía ella? Y entonces sentí... la sentí a ella.

Sentí la mente de River. Por un momento, me senté allí, maravillándome ante la sensación, pero entonces me di cuenta de todo lo que eso podría significar, y cerré mi propia mente, estableciendo cada pared que podía construir alrededor mi mente. Ella tenía razón, yo no estaba entrenada, no sabía cómo hacer nada, pero aún así envié gritos de protección a mi cerebro.

Sus ojos se ampliaron ligeramente, y entonces quitó sus manos.

Traté de actuar como si nada había sucedido. —¿Tengo fiebre? —  
Logré preguntar.

River sacudió la cabeza.

Esa noche, los cuatro maestros pusieron hechizos de protección sobre mí, posando runas en mi frente, mis brazos, mi espalda, sobre mi corazón. Solis y Anne permanecieron conmigo en mi cuarto, y dibujaron hechizos en el marco de mi puerta, sobre mi puerta, en la cara interna de mi puerta, sobre mi cama.

—¿Qué tal en el baño? —pregunté descaradamente—. Podría caerme en la ducha y quebrarme el cuello.

Ellos no lo consideraron divertido.

—¿Sabes hacer un hechizo de cerradura? —Anne me preguntó.

Me le quedé mirando fijamente. —¿Esos existen? ¡Jesucristo! ¡Podrías habérmelo dicho hace un mes! —Anne y Solis comenzaron a reír. Entonces me enseñó un hechizo elemental que no detendría a un búfalo, por ejemplo, pero evitaría que cualquier persona ingresara sin mi permiso. Era un hechizo sencillo, y yo reconocí la estructura básica del mismo por las clases de hechizos-para-tontos que enseñaba Asher. Pero aún un hechizo sencillo tenía que ser limitado por tiempo, lugar, persona, efecto... era esa clase de detalles los que me hacían querer gritar porque no tenía la paciencia suficiente.

Aún así, había odiado no tener una cerradura en mi puerta. Si esto mantendría a las personas fuera, entonces yo lo aprendería.

Anne lo repasó dos veces conmigo, y yo finalmente asentí. Entonces dejó mi cuarto y esperó en el vestíbulo. Muy lenta y cuidadosamente, sintiéndome como si fuera alguien a quien habían expulsado de la Escuela para Estúpidos, hice el hechizo, incluyendo palabras, gestos de mano, todo el asunto.

—Listo —dije finalmente, sintiéndome como si hubiera corrido a través del Puente de Brooklyn.

Anne trató de entrar. Vi el pomo de la puerta girando.

—No puedo entrar —dijo, sonando satisfecha—. Mientras más lo intento, menos puedo. ¡Buen trabajo!

Estaba asombrosamente contenta de mí misma, hasta que recordé que sólo estaba haciendo esto porque alguien aquí, alguien cercano a mí, quería verme muerta.

Eso aniquiló totalmente parte de la emoción.

## Capítulo 23

*Traducido por Sera y Emii\_Gregori  
Corregido por Melo*

Este día parecía marcar un nuevo capítulo en mi carrera en River's Edge. Por las reacciones y preocupación de los profesores, me hizo aflojar el paso y hacer todo con más conocimiento, intentando poner atención a cualquier sensación malévola a mí alrededor.

Vi a Nell y Reyn en la hora de la comida o cuando estaban trabajando juntos uno por el otro. Reyn estaba literalmente intentando no mirarme y actuaba como si fuera invisible. Ya no me llevaba en coche a la ciudad, y nunca fuimos asignados a trabajar juntos. Nell parecía haber conseguido controlar su hostilidad y había reanudado ser agradable y amable de una forma falsa y vacía.

No me metí con nada, y nadie encontró ninguna evidencia de más hechizos oscuros por ningún sitio. Todos estábamos en guardia, pero empezó a parecer como si pudiera haber sido una cosa al azar —como un aviso a través del arco, sin mucha intención de seguir.

Eso era lo que me decía a mí misma, de todos modos.

Un par de días después, el Viejo Mac me contó que la tienda estaría cerrada cinco días. Aparentemente, una o dos veces al año salía con sus amigos y pescaban. Me imaginé un puñado de hombres viejos gruñones, quejándose unos de otros, de pie tristes en el agua helada, agitando sus cañas. Pero quizás para él era terapia, un alivio. Seguro lo era para mí. Al principio estaba emocionada (¡cinco días libres!) y luego el pánico se estableció: ¿qué haría conmigo? Ahora mismo, cada momento del día estaba ocupada, e incluso cuando era un periodo de dos horas o algo atroz y aplastante del alma, todavía estaba concentrada en intentar estar consciente de quien y que estaba a mí alrededor.

Con cinco días libres, me imaginaba aburriéndome y pensando en cosas idiotas para entretenerme. Como perder el tiempo con los vecinos, aparecer en un coche llamativo, empezar a fumar, irme.

¿Era esto cuando empezaba a ir cuesta abajo? ¿Cuándo cualquier beneficio que hiciera me sería despojado en un par de elecciones singularmente malas? Sabía que estaba llegando. Siempre, siempre arruinaba las cosas buenas.

Al final resultó que, esta vez, al menos, mis miedos eran infundados. Debería haber sabido que los negreros hambrientos de poder en River's Edge verían mis cinco días de libertad sólo como un reto por cubrir.

—Yule está viniendo —me dijo River contenta, sosteniendo mis brazos en alto con edredones y otra ropa de cama—. Es un momento maravilloso para limpiar la casa. Luego, en el solsticio, cuando la noche más larga del año finalmente ceda al día más corto, sabremos que cada día será un poco más largo, un poco más brillante... bueno, es una sensación maravillosa tener todo limpio y fresco.

La miré por encima de la ropa de cama.

—Tienes que estar bromeando.

—Nop. —Me dio esa sonrisa irresistible y eterna que hacía que su cara se iluminara—. Al lavadero contigo ahora. Y alégrate de que es invierno y puedes usar la secadora. En verano lo haremos otra vez, pero con tendederos. —Hizo gestos de espantarme con sus manos, y me tropecé afuera hacia el frío, apenas siendo capaz de ver a donde iba. Al menos no iba a estar hirviendo esos bobos en enormes calderos, pensé sombríamente.

Dentro, dejé los edredones, sudando, y empecé a separar colores.

Una vez, tuve una neumonía muy mala. Mis pulmones estaban llenos de fluidos, estaba ardiendo de fiebre, y prácticamente deliraba. Una persona normal hubiera muerto—muchos murieron ese invierno. Mis amigos estaban de camino a Suiza para celebrar las vacaciones, y yo estaba demasiado enferma para ir, así que me dejaron en un convento en Alemania. Le dieron a la madre superiora un saco de dinero y le dijeron

que sería suficiente para mantenerme hasta que me recuperara o para enterrarme si no lo hacía. Todavía puedo recordar su risa maliciosa.

De todos modos, estuve ahí dos largos meses, y créeme, no sabes lo que es una monja hasta que has visto una monja alemana de finales del siglo XIX. Esas mujeres eran unas fregadoras, y disparatadas, pero como, en un grado, comprensibles. Si esas monjas hubieran manejado las cosas, Alemania hubiera ganado la Segunda Guerra Mundial. Unas monjas muy serias.

Y ese convento no tenía nada que ver con la casa de River durante el festival de limpieza pre-Yale. Así era de malo. Las ventanas fueron lavadas, por dentro y por fuera, las paredes fregadas, las habitaciones aspiradas, barridas y fregadas. Cada armario y alacena había pasado por ser ventiladas, limpiadas y ordenadas. Un creciente montón de cosas estaba destinado a venta de garaje, una vez que el tiempo se arreglara. Era malditamente-increíble.

Nada me había pasado últimamente—Reyn se apartaba de mi camino, aunque de vez en cuando lo pillaba mirándome. Nell revoloteaba por todo con una sonrisa azucarada, y la vi a ella y Reyn trabajando juntas varias veces. Lucía feliz como una lombriz. Yo no había tenido más malos sueños, visiones o revelaciones tipo agujero de gusano. La vida se sentía un poco normal, o tan normal como podría, considerando que había dado un cambio de 180 grados desde hace tres meses.

Una noche durante el frenesí de limpieza, estaba literalmente sobre mis manos y rodillas en el suelo de la cocina, fregando las baldosas. Es decir, baldosas y piedras. Las piedras estaban inherentemente sucias. Esa era su maldita naturaleza. Yo iba contra su naturaleza al intentar hacerlas estar limpias.

Nadie había comprado ese razonamiento. Por lo que ahí estaba.

Un limpiador muy talentoso con años de experiencia en el cuidado de baldosas habría terminado el gigantesco suelo de la cocina en alrededor de dos horas. Yo rodaba ya por la tercera hora, y había empezado a sudar hace cuarenta minutos. Todavía tengo bastante

fluidez en más o menos cinco idiomas, aunque de vez en cuando uso una construcción gramática pasada de moda o expresión, y puedo maldecir expresivamente en otras tres.

Y lo estaba haciendo.

Estaba intentando fuertemente no disfrutar de la subida de los meses de mugre, viendo los colores sutiles de cada piedra individual reaparecer mientras absorbía el agua sucia con un trapo.

—Estúpida malditamente dura maldita y estúpida piedra —siseé tranquilamente—. ¿Los hubiera matado el linóleo? No. Maldita fregona. Pero nooo, tengo que limpiar con un maldito cepillo. —Seguía con esta vena intelectual cuando oí la puerta trasera abrirse y cerrarse. Era más cautelosa actualmente, y me senté en mis talones y escuché. Había una gran entrada entre la puerta trasera y la cocina, ocupada con armarios, cubículos y depósitos para las cosas extras de la cocina que no eran usadas muy a menudo. Escuché pasos pisando fuertemente la nieve, escuché el crujido de abrigos.

Y voces. Una masculina y una femenina. ¿Quiénes?

Lenta y silenciosamente me puse en pie y cogí uno de los grandes cuchillos de cocina de la banda magnética de la pared. Era un cuchillo jamonero, uno de unas buenas doce pulgadas de largo y horriblemente afilado. No sería de ayuda si alguien usaba magia sobre mí, pero me hacía sentir mejor. Me agaché otra vez, deslicé el cuchillo bajo la repisa inferior de la isla de la cocina, y escuché.

Cerré los ojos y dejé salir mi respiración muy lentamente. Mi respiración se hizo más lenta y menos profunda. Mi oído parecía expandirse para llenar el espacio.

—¡Tú puedes! —Escuché a la mujer decir. Su voz estaba llena de emoción.

—No —dijo el hombre.

—¡Tú puedes! —dijo la mujer otra vez. Vino a mí entonces, el conocimiento, como si fuera un olor llevado por el aire. Era Nell. Y Reyn. Ella quería algo de él, quería que hiciera algo; él estaba diciendo que no



con una frialdad impasible. Pero estaba roto, inseguro. Ella podía sentir eso, se estaba llevando a casa su ventaja.

Escuché, con la cabeza ladeada como en las películas. Estaban envueltos en cada uno. Esto era sobre los dos, no sobre una tercera persona, como yo por ejemplo. Por lo que podía decir, no le estaba rogando para que me matara.

Sus voces se silenciaron, pero podía sentir su anhelo, su suplica que estaba intentando no ser súplica. Estaba cerca del punto de ruptura.

No soy nada salvo sensible. ¿Y quién entre nosotros no ha tenido una conversación susurrada y torturada con un amor no correspondido que no quisieras que alguien lo oyera por casualidad?

Abrí los ojos, mojé mi cepillo en el cubo de agua jabonosa, e intenté dar una alerta sutil y que salvara las apariencias de que alguien estaba cerca.

—Swi-innng loow, sweet chaaar-i-ottttt —gemí, borrando mi pequeño y negro corazón—. Comin' for to car-ry me hooome...<sup>23</sup>

Silencio.

—Swi-iiiiing loow —empecé otra vez, y entonces Nell apareció en la puerta. Su encantadora cara de chica inglesa estaba ruborizada; dos altos puntos de furia enrojecían sus mejillas. Se quedó mirándome, viendo lo que estaba haciendo. Estaba vestida, adorablemente, con botas altas de piel, vaqueros ajustados, un suéter grueso color marfil, y la pièce de résistance, una diadema de terciopelo.

Yo estaba en vaqueros sucios, una camiseta empapada (debido a un pequeño accidente llenando el cubo), sin maquillaje, el pelo enredado y pegado con sudor y escondido detrás de las orejas. (Y aquí va una gran nota para River... ¡Tú me has hecho lucir así!)

Una media, satisfecha sonrisa torció su rostro en una mueca, y de repente me pregunté de nuevo si ella había sido quien había embrujado mi habitación. No lo había pensado así, no había pensado que ella era

---

<sup>23</sup> Canción tradicional gospel Americana.

tan fuerte o lo suficientemente sabia. Pero ella más que tener una aversión hacia mí—que ahora parecía tan obvia. Ella vio la mitad del piso que había hecho, y con una sonrisa satisfecha cruzó rápidamente a través de ella. Dejando una línea de barro, sus botas de nieve imprimiéndose a través de las losas prístinas. Ella golpeó su camino a través de la puerta balanceándose y desapareció en una nube de algún fresco perfume como un jardín.

Me senté de nuevo, mirando hacia las piedras en consternación, y luego en ira.

¡Maldita sea! Grité dentro de mi mente.

¡Esa perra! Mañana a primera hora, ¡iba a buscar un hechizo para sacar las arañas hacia su habitación! ¡Toneladas de ellas!

Reyn apareció en la puerta. Miré fieramente hacia él, con la mandíbula apretada, demasiado enojada para incluso pensar en esa sensación extraña o cautelosa.

—Pasa —dije apretadamente, haciendo un gesto en el piso arruinado—. Ella ya ha deshecho una hora de trabajo. Adelante.

—Estoy seguro de que no se dio cuenta —dijo, con esa débil frescura de las consonantes que decía que el inglés no era su lengua materna. Aquellas fueron las primeras palabras que me había dicho directamente en más de una semana.

—Oh, no, por supuesto que no —dije, goteando con sarcasmo—. Estoy segura de que ella no comparó medio piso limpio, lavado con mi culo, ¡con la otra mitad! ¡Y estoy segura de que lo crees porque eres un estúpido e imbécil retrasado mental! —Mi voz se elevaba, y quería tirar mi cepillo en su cabeza, porque no podía lanzárselo a Nell. Después de evitarlo y ser evitada por él, algo se había desatado en mí y las palabras cayeron hacia fuera—. ¡Al igual que tu puedes pretender no saber que ella está comiéndose su corazón por ti! ¡Debe ser duro ser un regalo de Dios hacia las mujeres! —Continué, mi boca por desgracia trabajando mucho más rápido que mi cerebro—. Tan magnífico, entonces todos jadean después de ti, anhelando por ti, trabajando con cosas para estar cerca de ti, ¡probablemente conjurando hechizos de amor!

Los ojos jerez de oro de Reyn se ampliaron y miró hacia mí más intensamente. Le vi pensar respuestas más moderadas y, luego, para mi sorpresa, lo vi lanzando respuestas. Tal vez, también, estaba furioso por Nell, y por alejarlo de mí.

—Sí, ¡igual de duro como lo es para ti ser la fantasía de cada hombre! —Espetó de vuelta—. Cabello como la nieve, ojos como la noche, todas las palabras resistentes y suaves... —Se detuvo bruscamente, luciendo horrorizado. Esto era más emoción, más expresión de lo que yo había visto de él en las más de seis semanas que había estado aquí. Tendría que pensar en ello luego. Pero por ahora, estábamos encerrados en la batalla.

—Oh, sí —espeté. Tomé mis húmedas y jabonosas manos, con sus sucias y rotas uñas, enrojeciendo la piel con agua caliente y jabón, arrastrándolas por mi cabello sin lavar. Mientras Reyn miraba, le tiré abajó hacia mi camiseta mojada y salpicada por suciedad, dos tallas demasiado grandes. —¿Quién no querría ponerse esto? Sólo soy lo que todo hombre sueña. —Por una fracción de segundo, podría jurar que vi repentina una luz salvaje en los ojos Reyn, viendo el hambre verdadero mientras él me miraba. Tuve un momento de “uh-oh”, entonces se había ido, y no estaba segura de que lo había visto. Yo endurecí mis ojos y mi voz—. Oh, espera, no, no lo soy. ¡Soy difícil, exigente, infiel, espinosa y egocéntrica! Así que sal de aquí mientras puedas, ¡idiota! —Yo estaba casi gritando, y esperaba que nadie viniera a investigar.

Reyn estaba respirando con dificultad, y parte de mí se preguntaba si comenzaría a tirar cosas o a venir por mí después, pero él controló su temperamento. Con cara dura, caminó con cuidado a través de las losas lavadas sobre sus calcetines, con una mano sosteniendo sus botas, y empujó la puerta sin decir una palabra o dar una mirada hacia atrás. Yo estaba casi temblando por la adrenalina, completamente desconcertada. No tenía ni idea de lo que acababa de suceder.

Yo casi nunca terminaba gritándole argumentos a nadie —no me preocupaba nada como mucho que valiera la pena gritar pero Reyn había realmente, realmente llegado a mí. Y tal vez yo había realmente

llegado a él. Había algo sin nombre, entre nosotros, probablemente algo malo. Pero yo no podía entenderlo.

Lo que yo realmente, realmente quería era una bebida, un largo trago de whisky, tal vez, sobre algún poco de hielo. Prácticamente podía saborearlo, casi podía sentir el fuego mientras lo tragaba. Eso era lo que hacía cuando estaba enojada. Me emborrachaba, o lo que sea, me iba y encontraba a alguien, distrayéndome. Entonces no tendría que sentir nada.

No había ninguna bebida alcohólica aquí que yo hubiera encontrado. La idea de quedarme sola en la oscuridad me hacía sentir miedo. No había nadie aquí para distraerme—probablemente ya todo el mundo estaba durmiendo, y nadie quería distraerse a si mismo conmigo, de todos modos.

Yo estaba pegada conmigo misma. Yo, yo misma, y yo. Estábamos todas en el dolor, todas sintiendo aquello profundamente, como una herida abierta.

Trata de no pensar en ello, me dije una y otra vez, y tomé el cepillo de nuevo con una mano temblorosa.

Esa noche volví a mi cuarto tan tarde que mi té tradicional antes de acostarme pasó mucho tiempo frío, con una fina capa en la parte superior. No me lo bebí —solo dejé caer mi franela en el suelo y caí sobre la cama, demasiado cansada incluso para llorar.

Tuve sueños esa noche, como solía tenerlos. Malos sueños, sueños que eran medio recuerdos. También soñaba con cosas que no eran recuerdos, cosas que parecían como si las estuviera mirando desde arriba, observando desde la distancia. Vi a mi muchedumbre, Boz e Innocencio, Cicely y Katy. Estaban en un coche, a toda velocidad en un lugar oscuro, en una retorcida carretera. Ellos iban demasiado rápido, corriendo con otro coche, uno con gente común dentro, adolescentes, tal vez. Boz estaba conduciendo. Incy parecía menos loca de lo que él lo estaba, aunque no lucía exactamente como su viejo auto. Era tarde, casi se veía la luna. Ambos coches se turnaban tan rápido que se deslizaron hacia fuera en cada curva. El coche de Boz estaba en la delantera. Katy

estaba en el asiento delantero; Incy y Cicely estaban viendo el otro coche a través del parabrisas trasero. Los cuatro me parecieron muy grotescos—sus caras tan familiares torcidas con audacia calculada. Parecían demasiado ruidosos, demasiado salvajes, demasiado imprudentes e irresponsables. Hace dos meses yo habría encajado a la perfección.

Esto iba a terminar mal. La conducción se hacía cada vez más imprudente. Katy e Incy gritaban hacia el otro coche, burlándose de ellos, mostrándoles el dedo mayor. Había una luz extraña en los ojos de Incy que no reconocía. Vi la cara del otro conductor apretarse, viendo el agarre de sus nudillos blancos sobre el volante. El amigo junto a él había renunciado a su justa indignación por temor sincero —agarraba la manija de la puerta y se sofocaba de vuelta en su asiento como si estuviera pisando muy fuerte en un freno imaginario. Él habló con su amigo, pero su amigo no le hizo caso, furioso por Boz.

No quería ver más.

Sucedió en la parte superior de la carretera. Boz estaba gritando en una esquina, patinando hasta el momento que una de sus ruedas en realidad salió de la carretera, colgando sobre el acantilado por un segundo. Incy y las chicas gritaban con pánico con entusiasmo. Luego Boz carroñó el motor, y la tracción delantera tomó el camino de nuevo y se dispararon hacia adelante.

El otro coche no tuvo tanta suerte. El conductor estaba arriesgando todo para alcanzar a Boz. Él conocía este camino muy bien, claramente había corrido antes aquí. Pero él no había estado regularmente corriendo con cien coches diferentes en los últimos cincuenta años. Él se deslizó hacia fuera en la misma vuelta, su rueda trasera dejó el camino... y el coche se inclinó hacia atrás, sobre el acantilado. Vi sus ojos aterrorizados, sus manos crispadas como garras, sus bocas abiertas en gritos. Luego cayeron de punta a punta por el acantilado, rebotando cada vez más bajo. En la siguiente caída, el motor golpeó una roca y el coche explotó en llamas, con el tanque de combustible de gas roto, escupiendo fuego por todas partes.

Muy por encima, Boz se detuvo. Mis cuatro amigos se asomaron por el borde del acantilado, mirando el coche. Las chicas tenían sus manos sobre su boca, sus ojos se iluminaron con la adrenalina. Boz e Incy parecían sorprendidos pero obligados a reír nerviosos. Habían matado aquellos chicos. Boz e Incy y las demás habían matado a los chicos—los asesinaron. Esto hizo que el taxista paralizado se pareciera a un alumno travieso. Incluso en mi sueño, sentí un frío nudo en mi estómago. Incy se volvió hacia Boz.

—Tenemos que encontrar a Nasty —dijo, las palabras en realidad inaudibles para mí, pero claras sin embargo—. ¿No lo ves? Ella no debe perderse esto.

La idea de haber sido la Nasty que pensaban que no debería faltar era repugnante, repulsivo.

—Está bien, Incy —dijo Cicely—. ¡Suficiente es suficiente! Vamos a encontrarla.

Boz asintió con la cabeza sin dejar de mirar por el acantilado, su rostro solemne. Luego miró hacia adelante, mirando directamente a mis ojos, como si pudiera verme, en ese momento. —Sí —dijo—. Es momento de encontrarla.

Salté hacia arriba, jadeando, y encendí la luz sobre mí. Estaba sola en mi habitación. Estaba en West Lowing. Si esto había sido otra visión, entonces esto mostraba que todavía no sabían dónde estaba. Pero yo había reconocido los cerros, aquel camino torcido. Boz e Incy y las chicas estaban en California. Habían venido a América.

## Capítulo 24

Traducido por kuami  
Corregido por Melo

**R**odía sentir la impaciencia apenas disimulada de Solis.  
Lo que sólo empeoró las cosas, por supuesto.

Lo intenté de nuevo. Soltando una respiración todo el camino. Intentando calmar a mi mente, vaciarla de pensamientos.

Para lograr un perfecto y centrado silencio, que era tan ajeno a mi vida como alas crecientes, pretendiendo volar. Cuando me sentí preparada, miré una vez más en el recipiente grande y plano de agua. Inhale, exhale.

—¿Qué es agua? —La voz de Solis estaba tan baja que apenas podía oírlo.

Recordé sus palabras y murmuré: —El Agua es vida y muerte, luz y oscuridad, dura y suave. El agua es pasado, presente y futuro. Es líquida, sólida y gaseosa. Es suave en forma de lluvia y terrible en su fuerza. Lo sabe todo; posee los secretos más profundos —Respiré dentro y fuera, tratando de moverla lo menos posible—. Agua, revela mis verdades para mí.

Esperé. Este era mi tercer intento. Adivinación con el agua es, supuestamente, más fácil que otros métodos de adivinación, pero aún así es una habilidad. Y yo necesitaba dominarlo. Y me quedé fastidiada.

Esperé, observando la tranquila superficie del agua. Hasta ahora lo que yo había visto era: agua. Un cuenco mojado, yo estaba de rodillas y mis pies se congelaban y se sentían dormidos. Tenía hambre. Me di cuenta que mi cerebro no estaba vacío y mis pensamientos no estaban fijos. Y, por supuesto, hubo muchas cosas que no quería ver.

Solis iba a matarme.



De repente parpadeé. Unas imágenes brillantes se estaban formando en el cuenco, como si se reflejaran en un espejo.

—Hay una foto en el agua —dije en voz baja, sin mover los labios. Solís no dijo nada.

Seguí mirando, centrada ahora en este hechizo. La imagen se estremeció y se reveló: Era yo, parecía feliz, sosteniendo a un bebé que no reconocí. Parecía antinatural, como una persona normal. La imagen se envolvió en la niebla y se desvaneció, pero cambió. Me aparté, mi respiración era superficial: Había un castillo ardiendo. Luego tuve una imagen de una fracción de segundo de alguien muerto, una niña, acostada en un frío suelo de piedra, sus ojos negros abiertos y sin vida, su pelo rubio empapado en sangre. Pude ver el gran espacio vacío entre la cabeza y el cuello, el charco de sangre esparcida a su alrededor.

No, no, mi mente gritaba. El tiempo rebobinó más, y de repente yo estaba de regreso en esa noche, esa noche de terror cuando mi madre nos despertó y nos reunió en el estudio de mi padre. Desde dónde oímos a los asaltantes tratando de romper la puerta con un ariete. Y oímos el humo de la muralla, donde se había prendido fuego a las casas de nuestros sirvientes y los establos. Los animales estaban gritando aterrorizados; los hombres estaban gritando.

Mi madre estaba sosteniendo su amuleto y estaba cantando. Nunca había oído esta canción. Siempre me encantaba cuando ella cantaba. Ella cantaba para el equinoccio de primavera, para dar la bienvenida a la fertilidad de la tierra en los próximos meses.

Cantaba en los solsticios, alabando el equilibrio de la rueda del año. Cantaba a nuestros aldeanos si se lesionaban o tenían problemas en el parto. Pero esta canción era diferente, había un hilo de oscuridad en él, como un cordón umbilical pulsante, y el hilo engrosó y creció. La oscuridad era todo lo que nos rodeaba. Nosotros cinco la observábamos con los ojos bien abiertos. Sigmundur y Tinna parecían solemnes, pero no sorprendidos. Los tres más jóvenes estábamos con la boca abierta.

La puerta principal del castillo se abrió de golpe debajo de nosotros. El humo acre se filtraba a través de las saeteras y quemaban nuestras

narices. La voz de mi madre era ahora inquietante y terrible, enorme, oscura y poderosa.

La luz en la habitación parecía débil, y era difícil respirar, difícil de ver nada más, excepto la cara de mi madre, pálida, repentinamente aterrorizada, casi irreconocible.

Ellos empezaron a tratar de romper la puerta del estudio. La puerta era de dos centímetros de grosor, la cerradura de hierro forjado. La viga a través de la puerta era de otra de tres pulgadas de espesor.

Mi madre hizo una pausa durante un momento y centró su mirada en mi hermano mayor.

—Recuerda, Sigmundur —le dijo, y su voz no sonaba ni siquiera como ella. Yo estaba asustada, aferrándome a Eydis llorando, y Haakon se aferraba a mí, tratando de no llorar, porque él era un niño grande de siete años—. Recuerda lo que yo le dije, ¿sí?

Mi hermano asintió con gravedad, con las dos manos sosteniendo su espada.

—Así lo haré, Móðir —dijo él.

La sala se estremeció con la caída del ariete en la puerta. Los delicados globos de vidrio cayeron de la repisa encima de la chimenea de piedra. La antorcha de la habitación fluctuaba y el fuego estaba bailando como loco en el hogar.

Dos cosas sucedieron al mismo tiempo. Vi la escena desde una altura más corta, la altura de una niña de diez años. Sentí el camisón de lino de Eydis rasgarse bajo mis manos histérica. Yo era la hija de Úlfur, el lobo, y debía ser fuerte y valiente. Pero mi espada había caído de mis manos entumecidas, y todo lo que podía hacer era mirar a mi madre.

El fuego en el hogar brincó, y luego escupió hacia fuera en la habitación, una lluvia de chispas cayó en la alfombra del hogar. Algo tan grande como una col cayó por la chimenea, rebotó en el fuego, y luego rodó en el cuarto.

Era la cabeza de mi padre, cortada en el cuello, con los ojos y la boca parcialmente abierta, todavía ensangrentada.

Un sonido agudo llenó mis oídos... era mi propio grito.

En el mismo instante, la puerta finalmente estalló con la madera hecha añicos, haciendo estallar los remaches de hierro. Dos hombres irrumpieron a través de ella, con una cadena desgastada en alto, ancha, vestidos con cota de malla, con los rostros pintados a rayas primitivas en negro, blanco y azul. Uno de ellos gritó y levantó su hacha. Mi madre gritó palabras duras, palabras que me hicieron temblar, que hacía daño a mis oídos oírlos, palabras de la negritud, poder y furia.

Ella chasqueó sus manos abiertas al hombre, y de repente el cuarto se roció con las anillas de la cota de malla y la cadena de metal y sangre.

El otro hombre estaba de pie atónito, mirando fijamente a su compañero que se tambaleaba un poco, aturdido, mirando hacia su cuerpo de carne ensangrentada. Mi madre le había desollado vivo, con la magia, y no tenía piel, ni pelo y nada de ropa. Sólo girando con los ojos saltones y una musculosa cabeza esquelética. Se dejó caer hacia delante sobre su rostro, y mi hermano Sigmundur dio un grito de guerra y saltó hacia adelante, balanceando su espada.

Él cortó la cabeza del hombre de un solo golpe, y luego pateó la cabeza a través del cuarto.

Yo iba a desmayarme. Aparté lejos a Eydís y Háakon y corrí hacia mi madre, de pie detrás de ella, agarrándome a sus faldas. En el pasillo, los otros invasores estaban gritando, rompiendo cosas, prendiendo fuego a nuestra casa.

El otro hombre gritó, mirando a mi madre, y levantó su pesada espada.

Jadeando, salté hacia atrás, tragando convulsivamente, y mis pies golpearon accidentalmente, derramando el cuenco de agua.

Yo estaba de nuevo aquí, con la luz invernal gris sesgada por la ventana. Miré a mí alrededor salvajemente, mirando la cara de Solis, el aula, y la copa de los árboles desnudos por la ventana. Con mi estómago en un puño y enturbiado. Estaba respirando entrecortadamente,

luchando contra la tenue visión del túnel que se presentó ante mí. El agua derramada se filtró por la pierna de mis pantalones vaqueros y arañé mis ojos como si quisiera borrar de ellos lo que habían visto.

—Nastasya, ¿qué tienes de malo? —gritó Solis.

Arrodillada con mis manos y rodillas vomité, ¿qué tiene de malo? Me oí aullar a mi misma como a lo lejos. Solis puso una mano fría sobre mí, pero yo lo empujé lejos y me encaramé burdamente en mis pies. Estaba abrazada a mí misma, incapaz de caminar en línea recta, enferma con náusea y horror. De alguna manera me tambaleé hasta la puerta, la abrí, y me lancé por el pasillo. Corrí hacia fuera, al frío aire de la tarde, sin saber dónde estaba mi chaqueta, sin saber dónde estaba yo.

Caminé a través del campo, vi un seto alto, grueso de acebo estirado, que separaba el campo desde el corral de las cabras. Corrí hacia él, pasando por detrás, fuera de la vista. Yo estaba sin aliento, pero todavía lamentándome, mi corazón latiendo con fuerza en mis oídos como un tambor. Allí mis piernas cedieron y me caí de rodillas en el suelo frío. Yo estaba temblando. Nunca volvería a estar caliente de nuevo. Apretando mis ojos cerrados, traté de no ver las imágenes, como ya había probado muchas veces antes. Ellas estaban quemando en mi memoria, no sólo las imágenes sino el chisporroteo afilado de fuego estallando en mis oídos, el olor cobrizo de la sangre, el olor horrible de las alfombras de lana en llamas, los gritos de las voces de los hombres, los gritos de los sirvientes, los ojos ciegos de mi padre. El hombre en carne viva. Me acurruqué junto a la cerca, mis dedos escarbaron en la tierra, empapada con tal crudo dolor, tan ardiente que sentí como si me volviera loca. Mi garganta se cerró abruptamente, mi nariz comenzó a correr, mis ojos ardían, y de repente estaba lamentándome, lágrimas bajaron por mi cara, llorando ahora como no había podido llorar entonces. Sentí que nunca sería capaz de detenerme.

No sé cuánto tiempo estuve allí. En algún momento me recosté y me quedé acurrucada en un lado, sollozando, con mi rostro húmedo y frío donde el viento heló mis lágrimas. Yo mantuve los ojos bien abiertos para no ver nada, pero las hojas y el halcón, volaban ocasionalmente en el cielo sobre mi cabeza, las nubes cargadas se movían desde el suroeste.

Aspiré respiraciones profundas, dolorosas, preguntándome cómo había llegado desde entonces hasta aquí, cómo había sobrevivido, no sólo físicamente sino también emocionalmente.

Yo había apagado mis emociones. No todas a la vez, no durante la noche, pero poco a poco, en cuestión de décadas.

Cuando tenía cincuenta años, ya era un caparazón duro.

Gradualmente mis sollozos disminuyeron, se volvieron jadeos temblorosos.

Finalmente oí voces, y luego dos figuras oscuras se dirigieron hacia mí.

—Ella está aquí —llamó uno, y el otro no tardó en llegar.

River se arrodilló en el suelo cerca de mí y apartó el pelo de mi cara. —Mi pobre niña —dijo ella—. Querida. Lo siento mucho. Por favor ven ahora, ven y entra en calor.

Poco a poco mis ojos se dirigieron hacia los lados para descansar en su rostro. ¿Ella podría saberlo? Ella no podía saber.

Nadie podía saber. Yo era la única persona viva que lo sabía.

—Nastasya. Estás aquí ahora; no estás allí. ¿Entiendes? —River me miró fijamente a los ojos. Ella sacó un suave pañuelo blanco de su bolsillo y me secó la cara.

Solis se arrodilló también y me cubrió con mi chaqueta. El calor inmediato fue impactante. Esperaron pacientemente, de rodillas en la hierba fría, River sosteniendo mi mano que se sentía como el hielo. Yo quería vivir aquí para siempre, permitiendo que las hojas me cubrieran, siendo lentamente enterrada por el tiempo. Entonces, no sé por qué, me imaginé a Reyn, el Reyn de hoy, de pie sobre mí, con el viento frío despeinando su pelo mientras fruncía el entrecejo hacia abajo, con los brazos cruzados.

Poco a poco, con cada respiración dolorosa, me senté, y luego me puse de pie con las piernas temblorosas. La adrenalina se había lixiviado fuera de mi sangre, y me dejó exhausta y vacía. River y Solís me

ayudaron a introducir mis brazos en mi abrigo, como si fuera un niño. Mientras yo me sentía con miles de años.

—Querida —dijo River, acariciando mi pelo—. Sólo puedo imaginarlo.

—No, no puedes —logré graznar.

—Nastasya —dijo Solís con simpatía—, me temo que nadie llega a nuestra edad ileso. Cada uno de nosotros aquí tiene una historia horrenda, o dos, o cinco, o veinte. Cada uno de nosotros ha tocado fondo, de alguna manera, soportado cosas insoportables, visto lo que ningún ser humano debería de haber visto nunca. Y guardamos los recuerdos para siempre, desde hace siglos. No estás sola, y no eres la más oscura aefrelyffen en el planeta.

Sus palabras gotearon en mis orejas, en mi cerebro.

—¿Y cuánto peor es para las personas que realmente cometieron tales atrocidades? —Dijo River, sonaba casi distante, fuera de sus propios pensamientos—. Tan malo como ser una víctima, créeme, sé el daño que puede hacer, la verdad ineludible es peor aún que el perpetrador. Tienes que vivir con eso... —Su voz se desvaneció mientras mi mente daba vueltas.

Volvimos a la casa, con el sol detrás de nosotros apagándose rápidamente. En el interior, se oía cocinar los alimentos, la cera del suelo y las ramas de hoja perenne que habían sido cortadas para las decoraciones de Navidad. Yo quería acostarme en mi cama dura y nunca más levantarme. River y Solís me acompañaron hasta mi habitación y se quedaron allí de pie cuando abrí mi puerta y entré.

—¿Vienes a comer algo? —dijo River, con una encantadora voz melódica—. ¿O quieres que te traiga una bandeja?

La miré fijamente inexpresivamente como si ella estuviera diciendo una tontería.

—Te traeré una bandeja —decidió ella, y me dejaron en silencio cerrando la puerta.

*Nadie lo sabe, me dije a mí misma de nuevo. Nunca tuve que decírselo a nadie, y nadie lo sabría nunca. Yo era la única persona viva que había visto... que había visto a mi madre y a mi hermano matar a un hombre, visto rodar la cabeza de mi padre por el suelo. Era la única persona viva que sabía que era la última sobreviviente de la casa de mi padre, que su magia estaba enterrada profundamente en algún lugar de mí. Mientras no se supiera, nadie vendría tras de mí, nadie trataría de tomar mi poder por la fuerza.*

*Era mi secreto.*



## Capítulo 25

*Traducido por Kuami y Bautiston  
Corregido por Selune*

De alguna manera seguí con el ritmo diario de mi nueva vida. Mis tareas me dieron propósito y organización... sabía dónde tenía que estar y lo que tenía que estar haciendo en cada momento. Podía realizar todas mis obligaciones sin pensarlo mucho: barrer las hojas del porche, limpiar la cocina, acumular la leña, sembrar el centeno de invierno en el huerto. Me movía mecánicamente, y la gente parecía un poco más pendiente de mí, excepto Nell y Reyn, que me evitaban.

—Mi madre la había puesto en venta tres veces antes de que mi padre se la comprara —dijo Brynne un día mientras estábamos jugando fuera de la alfombra. Las dos llevábamos pañuelos atados sobre la boca, el polvo fino, acumulado empolvando el aire a nuestro alrededor. Su voz era apagada, pero yo la oí—. Ellos la separaron de los otros niños que había tenido, no inmortales. Algunos de ellos nunca los encontró, y al único que ella encontró fue cuando el niño era muy mayor y ya a punto de morir.

Sentí toda la historia.

—Pero ahora ella está... contenta —continuó, mirando a lo lejos—. Todavía sigue con mi padre. Amando todo lo que hace. Amándonos a todos mucho. Ella realmente lo disfruta, al ser un inmortal.

Todos teníamos historias, horribles y hermosas. Cada historia se sacó, examinó, comentó, y después se guardó. Eran cosas que habían sucedido en el pasado; y no estaban pasando ahora.

A medida que mi cerebro empezó a envolverse alrededor de todos estos conceptos triviales, mi vida cotidiana se convirtió en una dura rutina. Me olvidé de mover los edredones y mantas empapadas de la lavadora a la secadora, por lo que se enmohecieron. Y tuve que lavar a esas apestosas tres más veces, por lo que salió caro, el tan sonado

detergente ecológico que compró River, trabajó como una mierda. Quiero decir, la invención del blanqueador había sido un adelanto para la humanidad, ¿sabes? Habría funcionado inmediatamente. Fue un alivio estar irritada y renegando sobre eso, en lugar de revolcándome en la miseria por algo más.

Al día siguiente, estaba en una de las despensas, hasta las rodillas con los recipientes de vidrio, ordenando y quitando el polvo y tratando de concentrarme en estar en el presente ahora, ya que como todos hemos visto, estar en el pasado era claramente una maldita pesadilla. A través de una grieta en la puerta de la despensa vi a Reyn y Nell, lavando la lámpara de araña de hierro forjado que colgaba sobre la mesa del comedor. Nell dijo algo, y el lado de la boca de Reyn se curvó en una media sonrisa, su tensión antes olvidada, sin resentimiento. Haciendo que mi corazón ardiera.

Tuvimos nabos durante tres cenas seguidas.

La diabólica gallina picoteó mi mano de nuevo, haciéndome sangrar. Yo casi la estrangulo.

Solis me pidió suavemente que tratara de probarlo de nuevo. Supuse que él pensaba firmemente que era hora “volver a subir a ese caballo”. Simplemente pensé “diablos no”, y dije que diablos no. Y él me asignó tareas adicionales.

Después del incidente del suelo embarrado con Nell, ella me evitó, pero muy hábilmente... dudaba que nadie más lo notara. Pero ella hacía cosas pequeñas: Los bolsillos de mi chaqueta estaban llenos de suciedad, mis botas empapadas en agua, mi comida salada. No la vi hacer nada de esto, y algo de ello sería muy difícil de lograr por lo que debió haberlo hecho con magia. Pero yo sabía que fue ella, su pequeña, sonrisa de prepotencia y la mirada autosuficiente lo decía.

Yo quería estrangular a ambas, a ella y a la gallina. Juntas. Quizás sacudiría a la gallina.

Mi sueño era pesado y sin problemas, gracias a que tomaba el té de River todas las noches.

Una noche que yo estaba fuera de combate, alguien me agarró del hombro, agitándome fuertemente. Me desperté de un sobresalto, irguiéndome en posición vertical y abriendo la boca para gritar, cuando Reyn, dijo: —¡Silencio! ¡No despiertes a nadie más!

Le aferré su mano con las mías e intenté morderle.

—¡Detente! —dijo en tono molesto y no, digamos, lleno de sed de venganza. Miré de él hacia la puerta, y me di cuenta que había olvidado por completo hacer mi hechizo para el bloqueo de puertas. Esta era quizás la segunda o tercera vez que me había olvidado. Yo era una idiota.

Apartando sus manos, me eché atrás, recordando los episodios oscuros en mi cuarto, mis recuerdos del asalto, los sentimientos de alguien que en pos de mí, alguien que me odia, pero luego pensé que si él hubiera querido hacerme daño, me lo hubiera hecho mientras yo todavía estaba durmiendo, y sin despertarme para eso.

—¿Qué quieres? —le dije, tratando de sonar fuerte y enfadada.

—Estás en el tablero para dar el heno a los caballos —dijo en voz baja.

Le miré fijamente. —¿Y...?

—No lo has hecho —dijo Reyn.

La puerta a mi habitación todavía estaba abierta, ¿podría ir más allá de él y salir por la puerta si lo necesitara?

Probablemente no. ¿Qué diablos estaba haciendo?

—Supongo que me olvidé —le dije—. Solís me asignó tareas extras. Lo haré por la mañana.

—Deberías de haberlo hecho después de la cena —presionó.

—De acuerdo, Sr. Vigilante. —En realidad estaba enojada ahora, y eso reemplazaba cualquier miedo—. Lo haré mañana. Vete.

—Vas a hacerlo ahora —masculló—. Tengo que alimentar y limpiar el estiércol de los caballos al amanecer, y el heno tiene que estar allí,

esperando. No voy a hacer tu trabajo, así como el mío. Levántate ahora y hazlo.

Él no podía hablar en serio. Después de todo lo que había pasado, ¿me estaba acosando a media noche por una tarea? ¿Entrando en mi cuarto para esto? Mascullé algo que empezó con “jo” y acabó con “te”.

Sus ojos brillaron y se quedó allí, con las manos crispadas. — Levántate.

—¿Qué diablos te pasa? —le espeté—. ¡Fuera de aquí! ¡Lo haré mañana!

—Estarás ordeñando mañana al amanecer —masculló—. ¿Vas a levantarte una hora antes para hacer lo del heno?

Le miré con desprecio. —¡Al diablo con el heno! ¡Haz tú el jodido heno! ¡Ahora sal de mi habitación, imbécil! —Él no me había mirado ni hablado durante más de una semana, y ¿ahora estaba en mi habitación, gritándome en el medio de la noche? ¿Como si hubiera tenido un ataque de nervios?

Para mi sorpresa total, en realidad tomó uno de mis tobillos para, literalmente, arrastrarme fuera de la cama. Naturalmente, le di una fuerte patada con mi otro pie, cogiéndolo de lleno en su amplio pecho, duro como una piedra y haciéndole tambalearse atrás contra de mi pequeño armario.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Nuestras cabezas giraron para ver a River de pie en la puerta, atando el cinturón de su bata de franela roja.

Esta escena de repente parecía ridícula.

—Ella no le dio el heno a los caballos —Reyn dijo, tratando de controlar su ira—. No quiero hacer su trabajo mañana por la mañana. Estaba intentando conseguir que ella lo hiciera ahora.

River le miró con asombro, y entonces ese reconocimiento pareció filtrarse en su cerebro.

Él había estado intentando arrancarme de la cama literalmente para ir a hacer una tarea. Probablemente era la cosa más extraña y fuera de lo común que él había hecho nunca en River's Edge. Él miró fijamente hacia el suelo, pareciendo sorprendido de encontrarse aquí. Yo sólo sacudí la cabeza mirando a River, ofreciendo mis manos. Sin ninguna explicación.

River me miró.

—Se suponía que debía dar el heno a los caballos —admití—. Solis me lo dio como tarea extra. Me olvidé. Pensé que podría hacerlo mañana. Pero Reyn ha tenido un ataque cerebral y de alguna manera sintió que realmente tenía que venir y arrastrarme de la cama. En medio de la noche. En mi habitación privada.

Un músculo se contrajo en la mejilla Reyn, y el color se apartó de su cara enrojecida.

River lo volvió a mirar, con una arruga entre las cejas, como si hubiera un rompecabezas allí y estuviera tratando de resolverlo.

—¿Le pateaste? —me preguntó.

—Él estaba intentando sacarme de un tirón fuera de cama —señalé.

—¡Ella se negó a levantarse! —dijo Reyn.

—¿Lo llamaste idiota? —Ella parecía más desconcertada que otra cosa. Reyn estaba prácticamente hiperventilando.

—Bueno, él estaba siendo... un idiota —dije sin convicción.

—Hmm. —River miró de mí a Reyn y de nuevo a mí. Luego asintió con la cabeza, como si hubiera tomado una decisión—. Los dos van ahora y les darán el heno a los caballos —dijo ella, en un tono que no admitiría a cualquiera que pidiera clemencia.

—¿Yo? —preguntó Reyn, incrédulo.

—Parece muy importante para ti —dijo River solemnemente.

—¿Ahora mismo? —le dije.

—Ahora mismo —dijo. Abrí la boca para discutir, pero ella me devolvió la mirada fijamente hasta que la aparté. Por una vez. Nos dio una última mirada, negó con la cabeza y se dirigió por el pasillo.

Miré a Reyn con disgusto con los ojos entornados, el miedo había desaparecido. Él salió de mi habitación, me levanté de la cama y agarré los pantalones vaqueros de ayer de la silla, y un par de suéters. Por supuesto que el frío era escalofriante a estas horas de la noche.

Esto simplemente no tenía sentido.

Juré todo el camino hasta el granero, inhalando el aire frío que me quemaba mi nariz y boca, corriendo como si la noche fuera estuviera llena de fantasmas que pudieran alcanzarme, y tirar de mí hacia sus sombras. Dentro del edificio, el aire estaba lleno del olor caliente de los caballos y el heno. Es un olor que nunca se olvida, una vez que lo conoces. La iluminación nocturna era muy oscura y tuve que hacer una pausa de un segundo en la oscuridad para orientarme.

*¡Whump!* Chillé cuando una forma oscura cayó pesadamente delante de mí al suelo, rozando mi cara. Me tambaleé hacia atrás, con la mano en la mejilla, mi cerebro registró frenéticamente que había sido un fardo de heno, de 60kg de peso.

Una silueta se inclinó sobre el pajar de arriba.

—¡Intentaste matarme! —dije, desconcertada, sintiendo la viscosidad de la sangre caliente en mi mejilla—. ¿Era esto lo que tratabas de hacer? Me has atraído aquí a...

—¡No, no! —dijo Reyn—. No sabía que estabas ahí. —Hizo una pausa—. ¿Estás herida?

—¡Intentaste matarme! —No sería lo más descabellado, no muy lejos de lo que había pasado últimamente.

—Por supuesto que no traté de matarte —dijo irritado—. No tenía ni idea de que estabas ahí. Estaba seguro de que estarías perdiendo el tiempo durante otros veinte minutos. Repito, ¿te duele, sí o no?

—¡Sí! —le espeté—. ¡Lo arrojaste directamente encima de mí!

—Si lo hubiera tirado sobre ti, no estarías ahí de pie, criticándome —señaló.

Este era el granero más pequeño en River, donde vivían seis caballos. Además, del cortacésped y algunas herramientas de jardín y otros suministros en una esquina. Las balas de heno estaban cargadas arriba, en el desván de un cabrestante en la parte exterior del edificio, y desde donde se lanzaban las balas hacia abajo en el callejón entre los cobertizos, si era tu turno de dar el heno a los caballos. Por lo general, las balas se rompían cuando llegaban, por lo que el heno más fácil para ahorquillar en las perchas de alimentación.

Oí el sonido áspero y suave de los caballos en el oscuro silencio cuando caminé más allá de sus compartimentos a unos pasos de la escalerilla al fondo del granero. Algunos de ellos estaban dormitando, por lo que caminé con suavidad. De mala gana me subí a la buhardilla donde Reyn esperaba, con una pequeña lámpara de camping a pilas, colgando de un clavo cercano.

—Ya he bajado tres —dijo—. Puedes hacer el resto. —Él parecía alto y poderoso en el medio de la luz, y todavía parecía enfadado. No quería acercarme a él, pero después me sentí tan cobarde y él parecía tan insoportable que me adelanté como si él no fuera nadie. Él y yo habíamos tenido nuestros roces de mala manera desde el primer momento que nos conocimos, y el hecho que fuera mi ideal de un hombre perfecto sólo me molestaba más. Y de repente me resultaba familiar en él, ¿con mi pelo claro? ¿Cómo? ¿Por qué?

Valientemente, tratando de canalizar la Mujer Maravilla, me encogí de hombros, saqué mi chaqueta y un suéter y los eché sobre un montón de balas. Todavía llevaba encima mi ropa interior larga, un suéter, y por supuesto una bufanda alrededor del cuello. Desde que había oído por casualidad los pensamientos de alguien durante la meditación, sobre besar a alguien en el cuello, tenía pensamientos peligrosos sobre Reyn besando el mío. Cuando no estuviera furiosa o enfadada con él.

De todas formas, el aire aquí era cálido y casi enfermizo con el aroma dulzón del heno... en conjunto. El polvo del heno me hizo cosquillas en la nariz y froté mi mano a través de ella.



—Bien —dije brevemente—. Baja y empieza a ponerlo en las perchas. —Era divertido darle órdenes.

Yo quería hacer mucho más de lo mismo.

Tomó aliento como si fuera a empezar a discutir conmigo, luego empujó la lámpara para que brillara más en mi cara. Frunciendo el ceño, tomó mi barbilla con su mano y la giró para poner mi mejilla hacia la luz. Me estremecí lejos de su tacto, pero me cogió la barbilla con firmeza.

—¿Lo hice con ese fardo? —Preguntó.

—No. Fui atacada por un travieso fardo que me estaba esperando fuera —dije sarcásticamente, alejándome de él y centrándome en el trabajo interrumpido. Sin duda Reyn había levantado los fardos de 130 libras con un dedo meñique y los había tirado, pero no todos éramos monstruos musculosos de la naturaleza.

—Yo... te pido perdón —dijo con aspereza—. Realmente no sabía que estabas allí. No traté deliberadamente de golpearte con un fardo. —Dudó—. Probablemente. —Admitió.

Estaba sorprendida por su disculpa, y encogí un hombro. Mi mejilla picaba, pero no estaba goteando sangre en realidad. —Lo que sea. Bueno, ¿así que debo bajar otros tres fardos?

—¿Quieres ir abajo y lavarte? —dijo, sonando como si tener que estar preocupado era totalmente irritante.

—Oh, como si te importara —le dije—. No me soportas. Ni siquiera me miras. No. Quiero hacer esto y volver a la cama. —Me incliné, envolví mis dedos alrededor de la delgada cuerda que sostenía al fardo en su conjunto, y traté de empujarlo hacia el borde de la buhardilla. Lo moví alrededor de una pulgada. Menos de una pulgada. La maldita cosa pesaba más que yo.

Reyn no se había movido, y miré hacia arriba, odiando que me viera luchar.

—¿Qué? —Le fruncí el ceño.

Miró hacia abajo e hizo un gesto brusco hacia mi mejilla, como diciendo otra vez que lo sentía.

Fruncí el ceño más. El olor del heno y los caballos, la tranquilidad de la granja, todo era una reminiscencia de tiempos pasados también. Odiaba estar aquí. —Olvídalo. Estoy segura de que sólo aumenta mis encantos naturales de muchachita. ¿Ahora podrías salir de mi camino, gran tonto? —Me incliné sobre el fardo de nuevo, lista para darle un buen empujón.

Sus ojos, oscuros como el color del whisky en la penumbra, se redujeron. Antes de que supiera lo que estaba sucediendo, se había puesto de pie y me empujó suavemente fuera de balance. Me caí otra vez, aterrizando con torpeza en mi culo, mi boca abierta de asombro.

—¿Qué diablos pasa contigo? —Miré hacia él desde mi posición, y se me ocurrió que tal vez debería sentir miedo, después de todo.

—Yo no te quiero aquí —dijo, luciendo enojado y molesto y confundido. Se volvió para mirarme—. ¿Por qué tuviste que venir aquí?

Ni siquiera sabía qué decir. Él no era el único inmortal que necesitaba rehabilitación. Me pregunté, no por primera vez, de qué estaba siendo rehabilitado. Se inclinó, como para ayudarme, y me estremecí y puse mi mano para protegerme. Moviéndose con rapidez, me agarró la mano y la empujó hacia abajo, siguiéndola, y mientras respiraba por la sorpresa, me presionó hacia abajo en el heno, su cuerpo en la parte superior del mío, y me besó.

Yo no podía reaccionar, no podía pensar. Tenía mil fantasías sobre lo que le haría a mi merced, lo había deseado inútilmente desde el primer momento que lo vi, pero nunca, nunca había esperado realmente estar con él.

Ahora que me estaba besando, no de una forma terrorífica, no con hostilidad, sino con calidez, intentando seducirme. En un pajar, en el granero, en medio de la noche. Esta escena presentada a usted por las letras W, T y F<sup>24</sup>.

---

<sup>24</sup> WTF: Son las iniciales de "What The Fuck", y su traducción sería "Qué carajos".

Se retiró, con los ojos brillantes, y miró mi atónita cara. Su cabello rubio oscuro cayó sobre su frente, y los planos altos de sus pómulos se sonrojaron. En ese momento, poniendo toda mi neurosis histérica a un lado, él estaba más caliente de lo que cualquier hombre jamás podría estar, y yo era una piedra fría. Me quedé mirándolo, ya que le costaba respirar, los labios teñidos de color. Suavemente, como si me diera tiempo para protestar, me besó la mejilla raspada, haciendo que picara. Aún así lo miré, muda por la situación, por la humillante comprensión de que a pesar de todo, realmente lo quería, más de lo que había querido a nadie en toda mi laaaaarga vida. Enrollando un puñado de mi pelo en su puño, sostuvo mi cabeza y se inclinó de nuevo. —Bésame —dijo, mirando mi boca—. Bésame.

Mis nervios comenzaron a despertar, desde mis pies hasta mi cuerpo, a mi pecho y mis brazos y mi cara. Dejó caer su cabeza, la boca dura en la mía, y poco a poco, cuando la imposibilidad de todo esto se filtró en mi cerebro, comencé a besarlo de nuevo.

Hacía meses que no había besado a nadie, y apenas recordaba a ese tipo en el depósito de Londres. No podía recordar la última vez que había estado despierta, y sobria, besando a alguien a propósito. Quiero decir, realmente no lo recordaba. ¿Años? ¿Décadas? Era... hermoso. No podía creer que se tratara de Reyn. Reyn, con todo lo que había entre nosotros. Mi respiración se hizo más rápida.

Reyn encajó la pierna entre mis rodillas, y lo sentí presionarse contra mí, un peso en caliente que se sentía completamente nuevo y único. Su otra mano fue a mi cintura y se deslizó a mi lado en mi suéter, como si midiera el espacio de mis costillas. Se retiró por un segundo, me miró a los ojos, y me besó nuevamente, mis brazos alrededor de su cuello, una pierna curvada a su alrededor.

Se sentía... increíble, increíblemente bueno. Su peso, el olor de su piel, el tacto de su cabello en mis dedos, la boca en la mía, nuestros alientos se unían... era la sensación más asombrosamente buena que había tenido en no sé cuánto tiempo. Sentí una ráfaga fuerte de ¿felicidad? Explotar en mi pecho, y me presioné más a él, sintiendo cómo nuestros cuerpos encajaban entre sí. Mis dedos llegaron hasta donde los

botones de su camisa empezaban, la piel suave de su pecho. Su piel se sentía como si estuviera en llamas.

*¡Oh!, si fuera mío...*

Apreté los ojos y traté de no pensar, sólo dejarme llevar y sentirme emocionada y aturdida y casi... sí. Feliz.

Arrastró su boca de la mía y se mudó a besarme el cuello, debajo de mi mandíbula. —Eres hermosa —murmuró mientras mi cabeza daba vueltas—. Eres tan hermosa.

Miré sus ojos rasgados de oro-jerez. —No me gustas.

—Te gusto mucho —dijo entrecortado—. Te quiero demasiado. He tratado de mantenerte alejada. —Me besó en la boca de nuevo mientras las palabras se arremolinaban alrededor de mi cerebro aturdido. Estos momentos fueron acabando con cualquier memoria que había tenido alguna vez de alguien más, 400 años de caras y besos. Todo se sentía asombrosamente nuevo e importante, como si realmente fuera una adolescente de nuevo. Era todo lo que quería, todo lo que siempre quise, todo lo que querría. Mi idea del mejor hombre posible, el único hombre que yo quería para estar. Y mientras miraba, nuestros alientos se aproximaban rápidamente en la calma del granero, mi boca curvada en una media sonrisa, vi el reconocimiento frío cruzar en su cara, lo vi entrar en los ojos y apagar la llama allí.

*No, no...*

Él parpadeó, como si despertara de un sueño, y un fuerte temor presionó mi pecho y se acurrucó en mi estómago. Miró las hebras de mi cabello, atrapadas en sus dedos, y me miró a los ojos como si me viera por primera vez. Mis brazos apretados alrededor de él, así como sus ojos se agrandaron y se apartó de mí.

*No, no, no, vuelve, vuelve...*

—Tus ojos. Tu pelo. Has crecido. —Mirando sorprendido, se puso de pie rápidamente, golpeándose duro la cabeza en el techo inclinado del granero. Emitió una palabra que no conocía, pero fue sin duda alguna traducción de “¡mierda!”

—Sí, por supuesto —dijo. Tragué, con la impresión de los brazos doloridos y vacíos, mi cuerpo frío, donde él me dejó.

—Tú eres... tú eres... —dijo, casi para sí mismo. Se veía horrorizado, golpeado, mirándome, su mano sobre su boca suave y hermosa. Y justo entonces, con la pequeña lámpara recortando su silueta, con los olores de la granja y los caballos, la noche oscura y fría, tuve la horrible comprensión.

Me quedé inmóvil, una memoria se disparó a través de mi cerebro, y luego otra *¡Oh, Jesús, oh mi Dios, oh no...!*

Parecía obsesionado, desesperado. —Eres de la Casa de Úlful. —Su voz llegó en un susurro, y mi corazón golpeó en lo alto contra mis costillas, la respiración atrapada en la garganta—. Ese cabello, esos ojos... tu poder. Eres una sobreviviente de la Casa de Úlful. La única sobreviviente.

Mi garganta se cerró. Mis ojos estaban fijos en él mientras la sangre se drenaba de mi cara. No podía respirar. Todo a mí alrededor se desvaneció, excepto su rostro, alejado de la lámpara.

—...Y tú eres el invasor del invierno. —Mi voz estaba quebrada y era fina y sonora, a duras penas—. El Carnicero de invierno.

Reyn se tambaleó hacia atrás, poniendo una mano para agarrarse antes de caer sobre el pajar. Se veía verde y enfermo, incluso en la luz pálida, y le oí dar respiraciones ásperas y poco profundas.

Yo lo había estado besando. Besándolo.

—Tú no tienes doscientos sesenta y siete —dijo lentamente—. Tú eres mayor que yo. ¿Tal vez quinientos? ¿Seiscientos? Viniste desde el norte, una y otra vez, cada dos años en el invierno, y atacaste. Has matado a pueblos enteros. Violaste a mis vecinos. Casi me violaste. Casi mataste a mi hijo. Robaste los caballos y vacas y todo lo de valor. Dejaste atrás a la gente sin nada, personas que a continuación se murieron de hambre. Los que no mataste por completo.

Todo en mí era gritar, gritar, exagerando, pero mi voz siguió saliendo, y una parte de mi mente seguía poniendo las piezas en

conjunto, los trozos de memoria, fragmentos de rumores, fotos, sonidos y olores. El granero parecía llenarse con la negrura de mis recuerdos. Me senté, presionando la espalda contra los fardos de heno.

—No eres holandés. —Solté una risa corta—. Eres islandés y vikingo y mongol. He sufrido en tus manos por lo menos en cuatro ocasiones diferentes, todo en Noregr y Svipjoi y en las islas. Por último, me escapé, me mudé a Hesse en 1627. Incluso allí escuche las historias de horror de lo que estabas haciendo en el norte.

Reyn parecía como que no me veía a mí, ni a nada de lo que nos rodeaba.

Y entonces me sentí muy poderosa, con fría seguridad, y me puse de pie, frente a él. —Ahora mismo te estoy imaginando con tu cara pintada. Blanca, negra y azul.

Hizo un sonido ahogado, aparentemente enfermo.

—Ese eras tú, ¿no? ¿Tú, quién mató a toda mi familia? ¿Tú, quién destruyó la aldea de mi padre? Fue tu horda la que destruyó la casa de Tarko-Sale, y luego vinieron al oeste, a Islandia.

Tenía la cabeza levantada, los ojos salvajes. —Tu madre despellejó a mi hermano vivo. Tu hermano le cortó la cabeza. Yo estaba en el pasillo. Lo vi.

—Entonces, ¿quién fue el que mató a todos los demás? ¿Quién cortó la cabeza de mi hermanito? —Mi voz fue aumentando a medida que mi indignación crecía.

—Mi padre. —Llegó como un susurro.

—¿Dónde está tu padre ahora? —Me sentí como si pudiera chasquear la mano abierta y lanzar una bola de fuego de ella. Me sentía como una terrorífica bruja, de gran alcance, lista para hacer justicia.

—Muerto. Trató de usar el tarak-sin de tu madre, el amuleto. Él no era lo suficientemente fuerte. El hechizo salió mal, y fue consumido por una tormenta de fuego, un rayo. No había nada más que las cenizas. Él, mis otros dos hermanos, siete de sus hombres. Eran... cenizas.

—¿Y tú? ¿Por qué no te consumiste?

Reyn negó con la cabeza. —No lo sé. Me hizo esto. —Abrió su camisa de franela y estiro el cuello de su camiseta. Allí, en la suave piel de oro de su pecho, estaba una quemadura. Exactamente como la mía.



## Capítulo 26

*Traducido por Gayanita y Sera  
Corregido por Selune*

Una tormenta se rompió dentro de mí. Si yo no fuera tan ignorante con la magia, le habría desollado vivo con una palabra, despellejándole con mis emociones salvajes y escuetas. Como fuera, tenía que depender fundamentalmente de mí misma por él, cogiéndole por sorpresa. Mi cuerpo golpea al suyo, duramente, y caemos sobre un lado del granero cayendo doce pies abajo y aterrizando fuertemente en un descansillo sobre uno de los fardos rotos de heno que él había lanzado hacia abajo.

Yo estaba agitándole, chillando y maldiciéndole en el antiguo islandés, tratando de cogerle, perforarle, y pegarle en su cabeza. Después de unos momentos de intentar tomar su respiración, Reyn fácilmente ajustó sus manos alrededor de mis muñecas como tornillos de hierro, y a continuación, nos giró a los dos sobre su peso, fijándome en el suelo.

Él estaba murmurando cosas en islandés, las palabras que llegaban a mis oídos eran “Calma, detente, no te hagas daños tu misma”. Es decir, como le susurraría a un caballo enardecido o a un niño. Le pateé, intentaba romperle la rodilla con todas mis fuerzas y por supuesto él parecía estar como una roca, inamovible, haciéndome parecer como si tuviera puesta una camisa de fuerza.

—¡Reyn! —La voz de Solís fue fuerte y muy estrecha.

—¡Nastasya! —Dijo River, echándose hacia abajo dentro de mi vista.

Reyn y yo, ambos estábamos todavía pateándonos. Estaba sobre su cara y vi toda la vida de dolor de un inmortal, la culpabilidad, el pesar y la ira. Me imagino que vio lo mismo en mí.

—¡Ambos, paren! —Dijo Solís—. Reyn, levántate. —Puso una mano sobre el hombro de Reyn.

Con cautela, Reyn se puso en pie, soltándome de las manos en el último minuto y rápidamente alejándose del alcance de mis patadas.

River estaba mirándome. Se me ocurrió que su mundo probablemente habría sido bastante ordenado antes de que yo llegara aquí.

Ella se arrodilló cuando me senté, sacándome el heno. Mis emociones eran demasiado grandes para procesarlo, demasiado increíbles para hacerles frente. Cuatro cientos cuarenta y nueve años por evitarlo, habían explotado dentro de mi cabeza.

—Sé quien es ella —dijo Reyn. Su pecho se revolvía en la quemadura encubierta.

—¡Yo sé quién es él! —dije, revolviendo mis pies.

—Pues —dijo River, mirando hacia adelante y hacia detrás de nosotros—. Ahora ambos se conocen.

Giré mi cabeza y miré su rostro tranquilo. —¿Sabes quién es él? — Señalé con un dedo acusador.

—Sí —dijo River—. Y sabemos quién eres tú, también.

Yo aún no podía ni comprenderlo.

—Sabíamos que era sólo una cuestión de tiempo antes de que ambos se encontraran —dijo Solís, sin parecer preocupado.

—¡Él tiene que irse! —Yo sabía que era una estupidez tan pronto como lo dije. Fui la última en llegar. Sería la primera en irme.

—No —dijo River, sacando trozos de heno de mi pelo.

Mi corazón se rompió. —Bien. ¡Pues entonces me iré! Ahora mismo. —Comencé a llorar por dentro. No quería irme. Estaría perdida si no estuviera aquí.

—No —dijo River más suavemente, cepillando hacia fuera de mi suéter—. Tú no estarías perdida si te fueras.

—Mi cara no es tan expresiva —dije automáticamente.

—Deberían quedarse los dos —dijo River—. No hay ningún sentido en irse. Tú tendrás que hacer frente a esto, tarde o temprano. Permanece y abórdalo ahora, con nuestra ayuda.

La miré. —¡Él ha matado a miles de personas!

—¡No a miles! ¡Y no en cientos de años! —Dijo Reyn—. He dejado todo eso atrás.

Sacudí mi cabeza. ¿Cómo podría hacerlo, dejar todo eso de lado? Era quién era. Lo que él era.

*Y tú le besaste, dijo mi odioso subconsciente. Y te encantó.*

—Eso fue entonces —dijo River atentamente, tendiendo la mano hacia un lado—. Esto es ahora. —Ella sujetó su mano fuera de su vista—. Él ya no está en ese tiempo. Tú no estás en ese momento. Tú estás aquí, ahora. Esto es lo que eres ahora. —Colocó una mano suave sobre mi pecho. Sentí su calidez a través de mi suéter.

Ella señaló hacia Reyn. —Este es quien es ahora.

—¡Un imbécil! —Escupí.

—Pero no un asaltante de invierno —River dijo solemnemente—. No el carnicero del invierno.

No sabía qué decir a eso. Miré a los tres, y con el golpe me di cuenta de que se sentían más familiares, más que cualquiera de todos mis otros amigos, allá en casa. No sabía qué hacer conmigo. Sacudí mi cabeza una vez más, de repente exhausta, la adrenalina se filtraba en mis venas, dejándome vacilante y vacía.

—No puedo tratar con esto. Es demasiado. Él debería estar muerto. No puedo quedarme. Me voy a la cama —dije débilmente, y caminé pasándoles hasta la puerta del establo—. Yo nunca te perdonaré. Siempre llevaré al asaltante de invierno sobre mis hombros.

Él no dijo nada; ninguno de ellos lo hizo. Mis pasos crujieron a través de la hierba helada, caminando en medio de la oscuridad hacia casa yo sola. En el interior dejé mis botas en la puerta y caminé lentamente hacia la planta superior. Fui a mi habitación y hechicé mi

puerta dos veces para evitar que entrara cualquier persona. Luego subí a mi cama con toda mi ropa y me tumbé allí con los ojos secos.

—¿Nastasya? Hora de levantarse.

Legañosa, parpadeé. Alguien estaba llamando a mi puerta.

—¿Nastasya? —Era Asher.

—¿Yeah? —dije. Mi reloj ponía las 6: 15. Estaba muy oscuro fuera.

—Hora de levantarse —repitió Asher—. Si te das prisa, tendrás tiempo para desayunar, después de ordeñar y antes de irte a trabajar.

No podría estar hablando en serio. Mi boca se quedó abierta. Me di cuenta que él no podría verlo, así que me levanté, caminé fuertemente hacia la puerta y la abrí. Asher estaba fuera, tomando el aire fresco como una margarita. Abrí mi boca de nuevo.

Él sonrió y a continuación tocó mi hombro. —He oído que tuviste una noche dura. Pues bien, las vacas están esperando. Creo que Ana está haciendo rollos de canela para el desayuno.

Sólo me le quedé mirando. Mi universo entero se había desperdiciado a partir de la pasada noche. Cientos de años de dolor y muerte habían pasado por los pies de Reyn. ¿Y tenía que ir a por la leche de las vacas?

Asher esperó, con sus ojos calmados. Me acordé de lo que había escuchado de él, que su familia era de Polonia. Ellos habían estado allí durante la Segunda Guerra Mundial.

—Si veo a Reyn, lo mataré —dije.

—Creo que Reyn se levantó temprano. Él esta cultivando coles en el campo. —Asher se rascó su barba.

Parpadeé. Mi mundo era surrealista. Pero esto era realidad. Sin embargo dolorosa, sin embargo terrible, esto es realidad. Me puse mis zapatos.

Sorprendentemente, me dirigí a trabajar ese día, era la gran fiesta del pescado. Me dirigí hacia MacIntyre, realmente contenta de tener un

lugar para ir, algo que ver. El viejo Mac y yo nos gruñimos el uno al otro, y a continuación empezamos el día. Me centré en el ahora. Ordenar estantes en una tienda de productos cosméticos y medicamentos en MacIntyre no era exactamente igual que trabajar en una fábrica de balística, donde yo estaba saltando hacia adelante y podía perforar tornillos en su lugar cada doce segundos. Me obligaba a mi misma a prestar atención, darme cuenta de lo que estaba haciendo, para mantener mi mente firme cada segundo que pasaba aquí con cajas vacías de cartón de vendajes y bolsas de hielo. Ahora que sabía dónde estaba todo (y las estanterías ahora estaban arregladas lógicamente), tardaba mucho menos tiempo en ordenar las existencias.

Comencé mirando alrededor de la tienda, siniestramente pendiente de lo que estaba experimentando ahora mismo. Era definitivamente mejor, más limpio, más brillante y, como dije, mejor organizado. Pero, seamos realistas, todavía me parecía una mierda. Las paredes estaban manchadas de humedad y llenas de viejos agujeros de clavos, los aparatos de alumbrado eran viejos y el piso de linóleo era tan viejo que cada pasillo tenía una raya desgastada en el medio.

—¿Qué estás haciendo? —El viejo Mac se encaramó hacia mí, haciéndome saltar—. ¡No te pago por pararte y fantasear! —Se paró a diez pasos con sus tupidas cejas negras en una enojada V sobre sus ojos hostiles.

—Necesito que ordenes algunos estantes de homeopatía —repliqué. Después de la última noche, sería necesario seguir el juego del viejo Mac considerablemente, si quería desconcertarme—. Y algunas manoplas u otras cosas. Un pequeño estante de surtidas manoplas. Además, tenías una habitación en esa esquina para algunas bolsas de sal, las existencias que pone la gente de lado, para no matarse a sí mismos.

Me miró fijamente como si yo estuviera hablando en broma.

Recogí uno de los miles de catálogos de la tienda que venían cada semana. —¡Mira todas estas cosas! Esto es lo que la gente compra hoy en día, incluso la gente en un lugar de mala muerte. Tuve tres personas preguntándome en homeopatía por medicinas para el frío esta mañana.

Y va a nevar totalmente en cualquier momento. Las personas necesitan correr a comprar, les gusta la manteca de cacao y ver las bolsas de sal justo ahí, ¡creo que es excelente! Voy a poner una en mi coche.

Su boca estaba ligeramente abierta, como si él no supiera cómo hablar con alguien que no estaba encogiéndose de miedo.

—¿De qué te encargas? —gruño, finalmente—. ¡Te estás pasando! ¡Esta no es tu tienda! ¡Mi bisabuelo comenzó esta tienda! ¡Mi abuelo la pasó entonces a mi padre y ahora a mí! Y luego irá a mi hijo. —De repente su rostro parecía devastado, horrorizado. Como si él apenas hubiera recordado que sólo tenía una hija. Tragó y dijo—: Si yo aún tuviera un hijo, él podría llevarla después. —Pero su fuego había desaparecido, parecía angustiado y de repente viejo.

Finalmente lo entendí. —¿Tenías un hijo?

El viejo Mac asintió, con aspecto gris.

—¿Y murió con tu esposa?

Una mirada angustiada apareció sobre su cara, y él asintió de nuevo.

—Lo siento —dije—. Es duro perder a alguien. —Yo había perdido tantas personas. Me paré, preguntándome si debería seguir. Sí. Él tenía que dejar el pasado atrás y vivir en el ahora. Puse mi voz firme—. Pero escucha, viejo, aún tienes a Meriwether.

La cabeza del viejo Mac no lo dejó escapar, y el fuego habitual apareció en sus ojos.

—Y a pesar de que la trataste como una porquería ayer, ¡es inteligente! Ella se preocupa de este lugar, Dios sabe por qué. ¡Y después de que estires la pata, ella hará lo que deba hacer y ganará un montón de dinero y se reirá sobre tu tumba!

Está bien, quizás sea un poco tarde. El viejo Mac me miro atónito y pretendió estudiar el componente de la lista de algunos medicamentos para la fiebre pediátricos.

—Ella odia este lugar. —Su voz era hosca y agria.

—Ella odia ser tratada como una estúpida —repliqué—. Recuerda cuando este lugar estaba hecho un desastre. Fue idea suya empezar a arreglarlo.

—Nunca volverá a estar hecho un desastre. —El viejo Mac tiró el catálogo de vuelta al mostrador.

—Sí, sí, la fábrica cerró, bla, bla, bla —dije en mi forma habitual y sensible de cuidados—. Todavía hay gente aquí, y todavía necesitan la mierda que vendes. Es decir, el Walgreens más cercano está en la salida a la autopista. O la gente podría venir aquí, apoyar la economía local, ¡y ahorrar gasolina! —Era un nuevo ángulo de marketing brillante que no podía creer.

Emocionada, me volví hacia el viejo Mac, lista para una lluvia de ideas.

Él estrechó los ojos hacia mí. —¡Olvídalo! ¡Vuelta a trabajar! ¡Debería bajarte el sueldo por los últimos diez minutos!

—Sabes que tengo razooooooooon —dije en voz baja en una voz cantarina.

Él soltó un gruñido.

Nuestra relación era bastante floreciente. Y mi vida seguía, a pesar de todo. Todavía estaba aquí, todavía estaba viviendo mi vida, después de todo lo que me había dado cuenta la noche anterior.

Por alguna razón, Merriwether no apareció a las cuatro, pero el viejo Mac no parecía sorprendido o preocupado. Yo fiché como de costumbre, ya temiendo volver y posiblemente encontrarme con Reyn en la casa. Mientras me dirigía a mi coche, vi a Dray holgazanear al otro lado de la calle, enfrente de un edificio vacío que una vez había alojado un Dunkin' Donuts. Me vio pero no reaccionó. Me metí en mi maltratado coche pedazo de mierda, lo arranqué, luego di una gran vuelta en U y me puse a su lado. Bajé la ventanilla del copiloto.

—¿Quieres tomar un café? Mi día ha sido un asco —dije, sin ni siquiera mirarla—. En realidad, los últimos días han sido un asco.



Dray dudó, luego vino y abrió la puerta del copiloto. Intenté no verme triunfante. Entró y cerró la puerta, y me dirigí a un restaurante cercano llamado Auntie Lou's. Nunca había estado ahí, apenas había superado mi experiencia de Sylvia, y cuando entré, era como si volviera atrás unos cincuenta años. Como MacIntyre's, parecía congelado en el tiempo, aunque estaba limpio y nada estaba obviamente roto.

Miré a Dray. —¿Qué es este lugar? ¿La pintoresca ciudad que el tiempo olvidó? ¿Habéis oído hablar chicos de las maravillas de la modernización?

Su boca pintada oscura se arqueó por un lado, y nos deslizamos en una cabina, el asiento de vinilo se alisó por debajo de mis pantalones de pana.

—Bastante —dijo—. Pero sin la parte pintoresca.

La camarera vino, una rubia bien definida que parecía de la edad de Dray y, de hecho, parecía reconocerla. Dray le dio una mirada evaluadora, lo que parecía poner nerviosa a la chica.

—Batido de chocolate —dijo Dray.

—¿Qué tal es el café aquí? —pregunté—. En una escala de uno a diez. Sé honesta.

La camarera parecía sorprendida, luego se sonrojó. Miró hacia atrás al cocinero, esperando en la cocina, y bajó la voz. —No lo pidas —aconsejó—. La lié y puse demasiadas cucharadas de café. Es como el lodo. Tres personas lo han devuelto.

—Ohh, suena como mi idea de un buen café —dije—. Tráemelo.

—¿En serio?

—Sí. Desesperada, desesperadamente necesito algo de cafeína.

La camarera, cuya tarjeta de identificación decía Kimmie (y no lo estoy inventando), me dio una breve sonrisa y parecía muy guapa por un momento. —Vuelvo enseguida.

—Sólo difundes el sol donde quiera que vayas —dijo Dray.

—Esa soy yo —acordé desoladamente—. Soy un maldito elfo de Navidad.

Dray se sentó de lado en la cabina, con su espalda contra la pared, y sus pies encima del banco. Parecía incluso más distante de lo normal, viéndose pálida y no saludable por debajo de su intenso maquillaje.

—¿Cómo es que todavía estás en el pueblo? —preguntó.

Suspiré. Una buena pregunta. Concéntrate en el ahora. —Estoy intentando... aprobar un programa. —O al menos lo estaba. Ahora simplemente estaba traumatizada y no sabía a dónde ir.

—¿Como un programa de doce pasos?

—Sí. Sólo que peor. Mi trabajo es parte de ello.

—Oh. Pensaba que solamente tenías un deseo ardiente de contestar a las necesidades farmacéuticas de la gente —dijo Dray. Kimmie dejó el batido de Dray, que parecía fabuloso, y mi taza de café, que también parecía fabulosa, de alguna forma espesa y alquitranada.

—No tienes que beberlo si no quieres —susurró Kimmie.

—De acuerdo —le susurré. Después de que se fuera, pregunté—. ¿Va a tu colegio?

—Sólo hay un instituto —dijo Dray, tomando un gran sorbo de su batido—. Ya no voy más.

—¿Entonces qué haces? —Cuando todo en mí estaba pidiendo a gritos hacerme un ovillo en un caparazón y poner una manta sobre mí, me estaba haciendo estar aquí, haciéndome interactuar con ella. Y parecía... bien. Estaba contenta de estar aquí.

Dray se encogió de hombros, su cara impenetrable. Se incorporó, sujetando su vaso con ambas manos como un niño pequeño.

—¿Trabajas? —pregunté.

Ella se encogió de hombros de nuevo, pareciendo aburrida.

Pensé: ¿qué haría River?

En silencio, el ahora se retiró y Reyn irrumpió en mi mente. Le había besado. Me había besado. Nos habíamos besado como locos en el pajar. Yo habría ido mucho más lejos. Excepto por toda la cosa del Carnicero de Invierno.

*Y mis padres. Oh, Dios.*

—¿Por qué te has decolorado el pelo? —interrumpió Dray mis pensamientos.

Me llevó un momento volver. —No lo hice. Este es mi color natural. Estoy pensando en llevarlo rojo la próxima vez.

—No deberías —dijo, sus ojos en mi pelo desordenado y largo hasta los hombros—. Es un color genial. Ni siquiera recuerdo de qué color es mi pelo.

—Yo sé cómo es eso —dije.

Estuvimos en silencio varios minutos más. Tenía que ponerme en marcha pronto. Normalmente venía a casa directamente desde el trabajo, pero normalmente alguien más me llevaba. Me encantaba tener la libertad e independencia de conducir mi propio ser gastador de gasolina.

—De todos modos —dijo Dray, rompiendo el silencio—, no hay ningún trabajo por aquí. Este lugar está muerto.

Di un bufido. —Tienes razón. —Tomé un sorbo de mi espeso café, luego le eché dos azucarillos más.

Un destello de sorpresa iluminó sus ojos, como si esperara que yo defendiera su ciudad natal.

—A la gente aquí... no le gusto —dijo—. Sólo piensan que voy a joderlo como mis... familiares.

—¿A la gente de aquí no les gustas?

Dray asintió desafiante.

Me quedé mirándola. —¿Te importa una mierda lo que unos paletos de un pueblo en el medio de ninguna parte piensen sobre ti?

Ella parpadeó.

—Dray. Esto sólo es un pequeño pueblo. No es el único lugar para vivir en el mundo, ni siquiera en América. O incluso en Massachusetts. La gente que está aquí son sólo unas pocas personas, aquí en la tierra durante sólo un breve momento en pantalla. No son nadie. ¿Por qué te importa lo que piensan?

—Es todo el mundo —dijo Dray—. Todo el mundo en el colegio. Todo el mundo en el pueblo.

—Todo el mundo en *un* pueblo —señalé—. No todo el mundo en todas partes. Ve a California, o Mississippi, o Francia. Nadie ahí ha oído hablar de ti nunca, y más importante, nadie ahí ha oído hablar de los perdedores de este lugar.

Su boca en realidad se abrió. ¿En serio nunca se le había ocurrido? ¿Había pensado que estaba atascada aquí para siempre?

—¿Tan sólo ir... a otro lugar? —Prácticamente podía oír su cerebro ponerse en acción.

—Ve a cualquier otro sitio —dije.

Su cara impenetrable. —¿Cómo? Se necesita dinero.

Pensé. —Dos formas. Coge cualquier trabajo que puedas encontrar, ve a trabajar a Home Depot. A fregar suelos. Ve a trabajar a una funeraria, cualquier cosa. Y ahorra lo suficiente para un billete de bus de sólo ida a algún lugar, suficiente para el valor de la comida de una semana. Luego coge el autobús. O...

Ella esperó.

—Puedes ir a ser todo lo que puedas ser —dije—. Ve a ser quien quieras ser. Si puedes hackear a los militares, consigues dinero, educación, viajes, y habilidades útiles con un rifle.

Dray soltó una carcajada. —Cumplí diecisiete el mes pasado.

—Por lo que tienes un año para trabajar y ahorrar dinero, o puedes hacer que tu gente te firme su permiso para que te unas al ejército —dije, luego miré hacia el cielo afuera—. Tienes opciones, Dray. Siempre tienes opciones. Nunca es tan malo que no puedas irte de tu pueblo. Piensa en

ello. Y ahora tengo que irme. Esa almohada haciendo de cuerpo en mi cama sólo los engañará un tiempo.

Dray se acabó su batido. Todavía parecía pensativa mientras me puse mi chaqueta del hombre de Michelin.

—¿Puedo dejarte en algún sitio? —ofrecí.

—Nah. —Negó con la cabeza—. Puedo caminar. Gracias por el batido.

—No hay problema. Nos vemos por ahí.

Dray se dirigió calle abajo, viéndose algo menos desamparada de lo que estaba. Me metí en el coche, y luego ella se giró.

—¿Cómo te hiciste tan inteligente y todo eso? —preguntó, su tono haciéndolo una posible broma, si era necesario.

*Porque he cometido miles de errores más estúpidos que tú, pensé. He pasado por mucho peor.* Me encogí de hombros. —He estado alrededor de la manzana un par de veces.

Ella asintió, luego se giró y subió sus hombros hacia arriba en su chaqueta.

Ella se estaba haciendo importante para mí. Merriwether e incluso el Viejo Mac se estaban haciendo importantes para mí, después de décadas de no tener nada que sea importante.

Era inusual.

Era aterrador.

Sabía demasiado bien lo que dolería cuando los perdiera.

Realmente no me gustaba eso.

## Capítulo 27

*Traducido por Emii\_Gregori, Kuami y Ellie  
Corregido por Ellie*

De vuelta en casa, River, Asher, Solis, y Anne me trataron de una manera increíblemente normal. Era extraño. Esperaba hacer las tareas. Mi nombre estaba sobre la tabla. Aparentemente los cuatro profesores sabían toda la sórdida historia, pero ninguno de los estudiantes parecía tratarme o mirarme de forma diferente.

Vi a Reyn por primera vez en la cena.

Él vino a través de la puerta de la cocina, sosteniendo una gran sopera. Mis sentidos estaban exquisitamente sintonizados hacia él y lo examiné de cerca, tratando de verlo con el cabello largo enredado con sangre, con una cara pintada. Él me vio y su mandíbula se apretó. Mi imaginación lo imaginó de pie, sorprendido y aterrado, como una torre de iluminación consume su familia y soldados.

Él y yo nos miramos muy solemnes, y estábamos deliberadamente estuvimos sin encontrarnos los ojos de nuevo. Interessantemente, cuando eché un vistazo para conseguir un poco de pan, miré hacia arriba y vi los ojos de Nell cerrados sobre mí como láseres azules. La ignoré. Reyn se sentó donde yo no pudiera verlo fácilmente, y no dijo una palabra durante la cena.

Después de la cena Anne se levantó y dijo: —Me gustaría trabajar con algunos de ustedes, la explorando gemas y cristales. ¿Rachel?

—Oh, me encantaría —dijo Rachel.

—¿Charles? —preguntó Anne.

—Excelente, gracias —dijo Charles, tomando su plato de la mesa de limpieza.

—¿Reyn? —Dijo Anne—. Y Nastasya.

Silencio.

Cada uno de nosotros esperando a que el otro se retirara. Y esperamos. Y essspeeramos...

—Bien —dijo Anne—. Los veré a todos en la sala verde en diez minutos.

—¿Puedo unirme? —Nell sonaba un poco demasiado impaciente—. He estado muriendo por trabajar más con gemas.

Anne dudó un momento y luego asintió con la cabeza. —Sí, está bien.

Nell resplandeció.

Tristemente me encontré con los ojos de River. Ella lucía comprensiva, pero también como si se atreviera a echarme fuera. Me levanté y tomé mi plato a la cocina.

—No estas enfocándote —La voz de Anne era paciente. Demasiado paciente.

Abrí mis ojos. Yo estaba en una clase con alguien cuya familia había asesinado a mi familia. Alguien cuya familia había sido asesinada por mi familia. Estábamos en clase juntos, tratando de vincularnos con piedras. Yo estaba sentada lo más lejos posible Reyn y, por supuesto, Nell estaba pegada a él como un adhesivo. Todavía parecía surrealista, quién era él, qué había estado haciendo en mi vida. Los muchos recuerdos y experiencias que había tratado de bloquear fuera de mi mente durante los últimos 400 años estaban sentados a seis pies de distancia de mí, en colores vivos. Era como hacer frente al monstruo debajo de mi cama, sólo que amplificado hasta mil veces. Allí estaba él: el monstruo.

Mi peor pesadilla llevaba una franela verde oscura de cuadros y vaqueros y olía como a detergente para ropa y al aire fresco del otoño.

Estábamos sentados en hilera en una mesa larga. Anne tenía una bolsa de terciopelo negro de diferentes piedras y cristales, y cada uno de nosotros tuvo que cerrar los ojos, poner la mano dentro, y elegir el que parecía querer estar con nosotros. Sí. Esa era la instrucción real. Esto es



aún más personal que el metal que habíamos hecho, y la piedra que escogiéramos influiría en la forma en que hacemos magia.

Charles había ido por primera vez y había elegido el ojo de un tigre. (O fue elegido por él). —Ah, sí —dijo—. Los ojos del tigre están de moda esta temporada. —La luz de la tarde rápidamente oscureciendo brilló en su cabello rojo y sus ojos verdes brillaban con humor. Escribió algo en su diario encuadernado en cuero, su letra clara inclinándose hacia la derecha.

Rachel había escogido una amatista, su profundo color púrpura contrastando muy bien con su piel aceitunada y cabello negro. Como de costumbre, no sonreía —ella no era una chica sonriente—, sino que simplemente manejó su piedra, mirándola seriamente.

—¿Reyn? Ahora tú. Sólo deja tu mente libre y concéntrate, al mismo tiempo. —Anne sostuvo la bolsa abierta frente a él. La mano fuerte de Reyn era casi demasiado grande para caber en el cuello estrecho de la bolsa. Aquellos mismos largos dedos se habían deslizado bajo mi suéter anoche. Y también había ayudado a romper la puerta de mi padre para que pudieran matar a todos en nuestra casa. Mi mundo, pasado y presente, chocaban con una fuerza terrible, y tuve que sentarme aquí, inexpresiva.

Los momentos pasaron. Todos esperábamos. Reyn cerró sus ojos, y fui capaz de mirar su cara sin su conocimiento, tratando de ver la sed de sangre, tratando de ver el deseo. Aparté la vista.

Lentamente, sacó su mano y la abrió. En la palma de su mano estaba una piedra de color verde oscuro, salpicada de rojo.

—Una piedra de sangre —dijo Anne, mientras yo pensaba: *cuán apropiado*—. ¿Y cuáles son sus cualidades? ¿Alguien?

—Esto promueve... honestidad —dijo Reyn, y se me ocurrió que Nell pensaba que él tenía 267 años. Ella no conoce la verdad sobre él, y yo sí—. Integridad. Calma la ansiedad. La gente cree que sostener una piedra de sangre en contra de una herida detiene el sangrado. Hace mucho tiempo, los guerreros usaban amuletos de piedra de sangre para

restañar sangre en la batalla. —Él sonaba distante, reflexivo, girando la piedra una y otra vez en su mano.

—Muy bien —dijo Anne—. ¿Nastasya? Tu turno —Ella sostuvo la bolsa abierta delante de mí.

Puse la mano dentro y sentí alrededor. Piedra. Piedra. Cristal. Posible piedra. ¿Cristal? Oh, ¿Quién demonios sabía? Sólo agarré uno y lo saqué —una esmeralda áspera del tamaño y la forma de una almendra.

—No, esa no es —dijo Anne, tranquila, pero definitiva.

Levanté la vista hacia ella. ¿Cómo podía saberlo?

—Cierra los ojos, concéntrate, enfócate —dijo Anne—. Hay una piedra para ti. Quiere ser para ti. Inténtalo de nuevo.

Sintiéndome auto-consciente, cerré los ojos y traté de despejar mi mente de cualquier pensamiento. Lo cual no tenía sentido, ¿no se supone que debo estar pensando en piedras y cristales y esas cosas? Como “aquí, piedra, piedra, piedra... ven con mamá...”

Quería sólo tomar otra piedra de la bolsa, pero Anne probablemente diría que estaba mal una vez más. ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo iba yo a saberlo? Este era un ejemplo más del cuento de hadas, las estupideces de las bruj...

Sentí vibraciones. Pequeñas, temblando, vibraciones sutiles mientras mis dedos apenas rozaron algo. Toqué otra piedra, que era fresca y suave, pero aún muerta. Mis dedos se fueron a la deriva, y allí estaba otra vez, una piedra temblando muy ligeramente debajo de mi tacto. ¿Anne estaba haciendo algo? ¿Era esto un truco? Abrí los ojos y le fruncí el ceño. Sus ojos azules estaban sobre mi cara, atentamente. Sus manos, sosteniendo de la bolsa de terciopelo, eran sólidas e inmóviles. —¿Sí? —preguntó ella.

La piedra ahora brillaba con calor bajo mi tacto. Un lado estaba pulido y redondeado, un lado estaba roto y dentado. Sus vibraciones eran casi imperceptibles, como el latir del corazón de un colibrí. Mis

dedos se cerraron alrededor de ella, y una oleada de alegría me golpeó como una astilla.

La saqué. Era del tamaño de una cereza grande, y parecía como... lluvia lechosa, solidificada. Era la misma que la piedra en amuleto de mi madre. Una piedra de luna.

Era hermosa, misteriosa. Me encantó. Y yo le encantaba.

—Sí —dijo Anne con satisfacción—. Esa es. Tú puedes sentirlo.

Asentí con la cabeza sin decir nada, un poco asustada. Quiero decir, yo estaba aquí porque desesperadamente quería creer en lo que ellos estaban vendiendo, y sin embargo, parte de mí mantuvo la sorpresa cuando lo que vendían resultó ser cierto.

—¿Nell? Ahora tú.

Sonriendo, Nell inmediatamente cerró sus ojos y puso su mano en la bolsa. Hizo un par de pequeños sonidos "Hmm", como si demostrara cuán fuerte ella estaba concentrada. Yo la observaba, preguntándome cuál era su historia. Ella estaba sólo en sus años ochenta, de Inglaterra, así que nació en los años veinte en algún momento. Entonces ella había estado en sus años veinte durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Por qué estaba aquí? ¿Por qué quería a Reyn tanto? Espera hasta que se entere de que él era un berserker, el Carnicero de Invierno. ¿Le importaría?

Nell sacó su mano, sosteniendo una piedra de mármol azul y blanco. —Oh, es hermosa —dijo—. ¡Y va con mis ojos! —Ella lo sostuvo al lado de su cara y bateó sus pestañas. Charles sonrió.

—¿Sabes qué es? —Anne preguntó.

—Sí, por supuesto —dijo Nell rápidamente—. Es...

Silencio. Más silencio. Tic, tac...

—¿Sodalita? —dije, sobre todo adivinando.

Nell me miró con veneno real en el fondo de sus ojos. —Verdad, verdad, sodalita.

—Sí —dijo Anne—. ¿Y cuáles son sus cualidades?

Nell se detuvo de nuevo. Yo aún estaba conmocionada por las listas de piedras, cristales, piedras preciosas, metales, aceites, hierbas, estrellas, elementos, animales, plantas, bla, bla, bla, con las que había sido golpeada desde que llegué aquí. Había aprendido quizá la mitad del uno por ciento de lo que ellos querían que yo supiera. Pero Nell había estado aquí por hace ya varios años. Ella había pedido estar aquí esta noche.

Ella sonrió un poco, se ruborizó graciosamente, obviamente buscando una respuesta. Ella inclinó sus ojos en Reyn, como si esperando que la sacara de apuros. Él estaba girando su piedra de sangre una y otra vez en su mano, sin levantar la vista. Él había arrasado una aldea tras otra. Yo había visto los cuerpos de las personas que su horda había asesinado. Su padre había matado a mi padre. Mi madre y mi hermano habían matado a su hermano. Su padre había matado a todos los demás, excepto a mí. Y, sin embargo, este hombre, sentado a unos metros de mí —yo todavía podía recordar la manera que él sabía, como su peso me había presionado en el heno dulce olor, el tacto de su cálida la piel bajo mis dedos. Demasiada realidad.

—¿Nastasya? —Anne se volvió hacia mí—. La piedra lunar te ha elegido. ¿Cuáles son sus cualidades?

Nell se sintió avergonzada y trató de no demostrarlo. Me llevé a mi mente lejos de Reyn y traté de concentrarse en el ahora, luchando por cada pedazo de piedra lunar que pudiera recordar. Um, ¿es suave? ¿Blanquecina? Miré a la piedra en mi mano. Se sentía pesada y caliente. Era una tontería lo mucho que me gustaba esto.

¿Se había sentido mi madre de la misma manera sobre ella?

—Siempre es cortada en forma de óvalo, para mostrar una forma de ojo de gato —dije lentamente—, en lugar de ser facetada.

—Sí. ¿Qué más?

De mi mente se borró su composición química, o cómo se formaba, o de dónde provenía. ¿De Ceylon? ¿O esos eran los zafiros? Uhm, uhm...

—Se sietee atraída por la luna —recordé, las palabras parecían venir a mí desde ningún lugar—. Las personas creían que su forma de ojo de gato crecería o disminuiría según los ciclos de la luna.

—¿Qué más?

Mierda. Mi mente giraba con retazos de información. Sentí la piedra en mi mano y la miré. *Dime tus secretos, pensé. Dime por qué eres mía.*

—Es considerada una piedra más femenina que las otras. —No sé de dónde saqué eso—. Se la ha utilizado para conectar y atraer la energía femenina, en especial para sueños e intuiciones. —Cerré los ojos para permitir que los pensamientos se establecieran dentro de mi mente—. Se la utiliza para lograr un equilibrio entre energía femenina y masculina, y para ayudar en la curación, especialmente en los ciclos femeninos y durante el parto. Ayuda a la intuición. Y, bueno, a las profecías. Como, por ejemplo, si estás meditando y la sostienes, te ayudará a clarificar lo que ves. —*Huh... eso es interesante, pensé*—. Y, pues... reúne a amantes que se han separado enojados. —¿Dónde infiernos había leído yo eso? Esperaba que fuera verdad, y no como una cita de alguna película o algo así—. Protege a quienes viajan por agua. Ayuda a clarificar la toma de decisiones. —Ahora ya ni tenía la menor idea si continuaba hablando de la piedra de la luna. Me callé y abrí los ojos.

Anne me sonreía. —Muy bien, Nastasya. ¿Has trabajado con piedras de la luna antes? Parece que te sienta especialmente bien.

—No. Quiero decir, no lo he hecho.

—Sodalite —dijo Nell, como si no pudiera soportar que toda la atención estuviera sobre mí. Dio una risa ligera. Ella debería estar trabajando con la piedra de la luna, pensé... era mil veces más femenina que yo—. Es... ¿para atraer el amor?

—No, no necesariamente —dijo Anne—. Básicamente, ayuda a vaciar tu mente, para que puedas identificar tus sentimientos. Ayuda a limpiar los vestigios de ira, de culpa, y de temor, para que puedas ver tu propio sendero más claramente.

—Es básica para aquellas personas que tienden a ser excesivamente emotivas —dijo Charles amablemente.

La cara de Nell se había vuelto tiesa. Yo mantuve una expresión cuidadosamente neutral, pero por dentro reía maliciosamente.

—Corta a través de la ilusión y los pensamientos nublados —continuó Anne—, revelando las verdades, y haciendo a su usuario más centrado y seguro.

Nell no dijo nada.

—Ahora, querría que nos centremos en cargar las piedras con nuestras energías, nuestras vibraciones —dijo Anne—. Cada cristal, cada piedra, y cada gema tienen sus propios usos, su propio carácter. Trabajar con uno puede ser muy poderoso. Influir negativamente sobre uno puede no tener sentido en el mejor de los casos, o ser muy peligroso en el peor. Entonces nos sentaremos en un círculo, nos uniremos a nuestras piedras, y veremos a dónde nos lleva eso.

Anne tomó un pequeño tazón de plata y lo llenó con sal marina. —Pongan sus piedras aquí dentro —nos instruyó—. Las piedras retienen las vibraciones de las energías a su alrededor, las de sus antiguos propietarios, y los residuos de los hechizos en los que han sido utilizados. Las purificaremos primero.

Luego dibujó un círculo de sal en el piso, simplemente caminando en un círculo, sosteniendo una caja de sal marina al revés. Supuse que los inmortales y otros hacedores de magia mantenían a la industria de la sal viva y en auge. El círculo resultó ser tan perfecto como si hubiera sido dibujado con una brújula. Todos atravesamos su “puerta” y nos sentamos dentro. Yo esperaba que no fuéramos a hacer nada grande. Me sentía frágil, en la orilla, y yo realmente, sinceramente, totalmente no podría soportar más recuerdos ni visiones ni realidad en este momento. Y, sin embargo, una parte de mí se dio cuenta de que, de hecho, ya había visto recientemente lo peor de todo ello. Las cosas que había suprimido durante siglos habían sido sacadas a la luz. Ya no quedaban muchos esqueletos escondidos en mi armario. Aún así, podría disfrutar de un

descanso. ¿Qué sucedería si simplemente caminara sobre la línea de sal? ¿Mi cabeza estallaría? ¿La habitación se prendería fuego? ¿Qué?

Tuve cuidado de sentarme entre Rachel y Charles, y Nell fue igualmente cuidadosa de sentarse junto a Reyn, golpeando ligeramente a Anne para conseguir el lugar. Vi cómo Anne le dedicaba una fugaz mirada a Nell. El círculo era tan pequeño que nuestras rodillas se tocaban unas a otras.

Anne puso una gran vela blanca en el piso junto al tazón de piedras y murmuró unas pocas palabras. Pareció chasquear sus dedos sobre la mecha de la vela, y esta chispeó en llamas. Eso era taaaaan genial.

—No necesito pedir prestada sus energías para la purificación, así que simplemente pueden mirar —dijo Anne. Cerró los ojos y empezó a cantar. Las palabras sonaban como a antiguo gaélico, muy hermoso. También algo espiritual, algo tenebroso. Hizo gestos con las manos hacia la llama de la vela, como si llevaba a través del aire su energía. Entonces abrió las manos otra vez, llevando esa energía hacia el tazón de plata.

Yo casi jadeé cuando la sal en el tazón comenzó a brillar con débiles llamas azules. La sal es completamente no-inflamable, o sea, Brynne había apagado un fuego de la cocina arrojándole sal. Sin embargo, ahí estaba, en llamas pero sin ser consumida.

Después de sólo unos minutos, el canto de Anne fue apagándose, y la llama en la sal desapareció. Inmediatamente, Anne pasó sus dedos por la sal y tomó la piedra de sangre de Reyn. —Tengan cuidado —dijo Anne—. La sal está bien, pero las piedras están tibias.

Cada uno de nosotros tomó su piedra nuevamente. Para mí, la mía parecía más hermosa, sus colores más brillantes, como si una diminuta estrella hubiera sido encerrada en su interior, resplandeciendo brillantemente. ¡Hoo, escúchame, toda una poeta! De todos modos, yo quería sostenerla contra mi corazón, sostenerla fuertemente entre mis manos. Como que, nadie jamás había amado a una piedra de la manera en que yo amaba a esta. Era bastante... extraño.



—Ahora ataremos nuestras piedras a nosotros —dijo Anne. Tomó su propia piedra, un trozo de obsidiana mellada, de la mitad del tamaño de sus dedos.

—Um... ¿en verdad haremos un círculo? —Pregunté con muy poco entusiasmo. Miré alrededor del cuarto, preguntándome dónde podría vomitar luego.

—Sí —dijo Anne. Se inclinó y trazó rápidamente unas runas en mi frente, en mi garganta, y en el dorso de mis manos.

Nell me miró con condescendencia, probablemente pensando: tonta principiante con el estómago delicado.

—Dirigiré el círculo —dijo Anne—. Sostengan su piedra en la palma izquierda, y cúbrala con su mano derecha, así. —Nos mostró—. Simplemente pónganse en contacto con su poder y, cuando estén listos, repitan las palabras que diga. ¿De acuerdo?

Cada círculo al que había asistido en las últimas semanas había sido diferente, aunque sus formas básicas eran iguales. Había estado en el círculo grande del grupo bajo las estrellas, el pequeño círculo de dos personas que había tenido con River, y un par de círculos pequeños con mis compañeros de clase. La mayor parte de mí aún los temía, pero ahora una pequeña parte comenzaba a anhelarlos: la sensación de poder, la belleza, las vislumbres de verdades cósmicas... y si el poder de las runas lo soportaba, tal vez no terminaría en una fiesta de vómito.

—Cierren los ojos, sostengan sus piedras, y pónganse en contacto con su poder —dijo Anne.

Yo todavía no tenía un método prescrito de “ponerme en contacto con mi poder”. Más que nada, me quedé sentada allí, pensando acerca de cosas, y esperando que llegara a mí. Escuché la increíblemente calmante voz de Anne, traté de no sentir náuseas en mi estómago ante el pensamiento de Nell y Reyn juntos, recordándome a mí misma qué tan... —“ridículo” no era una palabra lo suficientemente fuerte— era tener interés en el Carnicero de Invierno, y sentir el peso tibio de mi piedra en mi mano.

Finalmente, empecé a tararear, era una antigua melodía que vino a mí, y mezclé mi tarareo con la voz de Anne. Tenía una clara melodía, y la melodía se sentía pesada y oscura y vieja, como la raíz de un árbol antiguo que se estiraba para alcanzar el centro de la tierra.

Yo no sabía de dónde venía todo esto... de repente era una pequeña duende mágica, vinculándome con mi piedra, sintiendo mis raíces en la tierra. *La la la...* Todo lo que puedo hacer es describir cómo se sentía. Y se sentía así, así que... demándeme.

¿Estaba oscilando? Me sentía como si estuviera oscilando. Ya no podía sentir la rodilla de Charles, o la de Rachel, tocando la mía. Ya no sentía mi huesudo trasero entumecido sobre el frío piso de madera. Mi piedra se ponía más y más tibia y pesada, y cuanto más pensaba acerca de ello, más feliz me sentía. Abrí mi boca ahora, realmente cantando mi melodía, permitiendo que se elevara a través de mí, hacia el aire. Era pesada y fuerte y llenaba mi pecho, fluyendo fuera de mi boca con facilidad. Sin que lo notara, había llegado a ser bastante hermosa y poderosa. Ahora me sentía como si la supiera, como si la reconociera, y en un destello vi de pronto a mi madre cantando la misma canción, realizando algún hechizo.

Mi madre.

—¡Ah! —Hubo un grito y entonces un ruido, y mis ojos se abrieron. Mi piedra se sentía tan pesada que mi mano cayó al suelo, la piedra de luna se sentía caliente.

Eché una mirada alrededor y vi a Nell, sus ojos muy abiertos, su boca abierta formando una "O". El tazón de plata y la vela habían sido tirados. La sal estaba rociada por el suelo, mezclándose con el pequeño río de cera que fluía de la vela a su lado.

—¿Qué sucedió? —Anne sonaba preocupada, mirando a cada uno de nosotros.

—¡Mi piedra! —Nell abrió la mano, y yo parpadeé mientras miraba la pequeña pila de polvo blanco y azul.

Había sido aplastada, pulverizada. Pero sin duda el sodalite era más fuerte que eso...

—¿Qué sucedió? —Anne preguntó otra vez.

Nell giró de repente sus ojos hacia mí. —¡Tú lo hiciste! ¡Tú aplastaste mi piedra! ¡Oí tu canción... era malvada! Era como una nube negra, llenando el cuarto. ¡Eres malvada! ¡Eres oscura!

Hace dos meses, yo habría podido hacer caso omiso de una acusación así, o incluso reírme de ella. Habría sido sin sentido. Sin embargo, ahora...

—No. No, no lo soy —balbuceé. Adentro, un pequeño pensamiento susurró: “Eso es lo que esperas” —. No lo soy —dije más firmemente—. Yo no hacía nada con mi canción... sólo trataba de atar mi piedra a mí. —Miré abajo hacia mi mano, sujetando mi piedra. Por un instante, se sintió como si pesara aproximadamente diez libras, esta pequeña piedra, pero de repente se aligeró, y la subí fácilmente. En mi palma, mi hermosa piedra de luna resplandecía, sus colores brillando.

Anne lucía desconcertada. Sin decir nada, ella se paró y desarmó el círculo. Recogió la vela y el recipiente de plata y los puso en el estante. Finalmente, ella se giró hacia nosotros, parados alrededor, inseguros acerca de qué hacer. —¿Cómo te sientes? —le preguntó a Rachel.

—Bien —dijo, encogiéndose de hombros—. Sentía cómo la piedra se unía a mí.

Se giró hacia Charles. —¿Y tú?

—Me siento bien, también —dijo Charles—. Sentí definitivamente una magia poderosa, pero no creo que haya sido Nastasya, y no se sintió como oscuridad.

Luego, Anne miró a Reyn, quien le llevaba cerca de una cabeza y media de estatura. —Sentí una magia poderosa —dijo Reyn lentamente, sin mirarme—. Se sentía antigua. Fuerte. Yo también uní mi piedra a mí. —Sostuvo su piedra de sangre y la miró.

¿Mi canción había sido mala? ¿Todo esto había sido por mí? ¿Acaso yo era desesperanzadoramente oscura, malvada? Pensé en Boz y en Incy

y me estremecí. Mis mejillas ardían mientras que el temor crecía en mi mente.

Entonces recordé de que River me había me había dado la bienvenida aquí. Ella había dicho que podía aprender a no ser... oscura. Me dijo que tenía una opción. Que podía aprender a ser Tähti. Mi mentón se levantó.

—¡Ella aplastó mi piedra! —dijo Nell, casi escupiendo. Ella le tendió su mano, con las pruebas de la evidencia empolvada innegable.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Le pregunté—. ¡Tengo mi propia piedra!

—Eso no es lo que... —Nell comenzó acaloradamente, luego se detuvo, mordiéndose el labio.

Charles y Rachel estaban ahora mirándonos fijamente a los dos como si esta fuera una telenovela sórdida. Y, por supuesto, en cierto modo lo era.

—Reyn, Charles, y Rachel —dijo Anne suavemente—, pueden irse. Se está haciendo tarde.

Ellos salieron tan rápido como pudieron, Reyn mirando por encima del hombro.

Crucé los brazos sobre el pecho, sosteniendo mi piedra de la luna con fuerza.

Entonces Anne miró hacia mí y a Nell, con las manos cruzadas delante de ella.

—¿Hay algo aquí que yo deba saber?

—Sí... que Nell es una completa perra.

Nell lucía como si quisiera derramar sus tripas, con una fascinación morbosa, y como que esperaba que lo hiciera. Sin embargo, ella con visible esfuerzo empujó sus emociones hacia abajo y dio a su rostro lívido en una expresión más neutral. —No, sólo... no he querido decir nada de esto, pero sigo teniendo la sensación de que Nastasya tiene celos de mí. —Dio una sonrisa encantadora, humilde—. Y... pensé que sentía

magia oscura. Me preocupa, no entrena su magia, es impredecible. Y realmente, ¿qué sabemos de ella? Mi piedra se aplastó dentro de mi mano. Yo no lo hice... fue algo oscuro. ¿No lo sientes? —Ella dio un exagerado estremecimiento, de hecho miraba a su alrededor como si la muerte pudiera estar esperando en una esquina. Porque ese es el tipo de cosa que podría hacer, conjurar la muerte, sólo para meterme con alguien. ¡Cielos!

Anne la miró, luego hacia mí. —¿Tú aplastaste la piedra de Nell? — Me preguntó.

Quedé boquiabierto: —¡No! Sentí la magia que vino a mí, a través de mí. No la tomé de una fuente externa, como su piedra. ¿Por qué querría hacerlo? Todo lo que estaba haciendo era llamar a mi poder, tratando de vincular mi piedra conmigo.

Anne asintió con la cabeza. —Muy bien. Nell, deja el polvo aquí. — Ella le ofreció un pequeño trozo de tela y Nell descargó la piedra aplastada en él—. Puedes irte. Nastasya, me gustaría que te quedaras un momento, por favor.

*Oh, venga, yo pensé.* Nell me dio una sonrisa secreta que sólo yo pude ver, y sujeté mis labios cerrados, increíblemente enojada. Cuando ella se dio prisa hacia la puerta, me di cuenta del reflejo de su rostro en un candelabro antiguo en la pared. Que estaba respaldado por un pedazo de metal pulido, con doble de luz reflejada. El metal actuó como un espejo, y en el espejo pude ver a Anne mirando a Nell. Así que ella había visto la sonrisa de Nell, también. *Excelente.* Sabes, pienso que es importante para todos hacer una pausa y apreciar momentos como este, que hacen la vida mucho más rica.

Nell hizo un gran show al cerrar la puerta detrás de ella, haciendo hincapié en que ella se iba y a mí me habían pedido que me quedara con el profesor.

Cuando la puerta estuvo cerrada, me volví hacia Anne. —Yo no desmoroné su estúpida piedra —cruce mis brazos sobre el pecho. Así como tenía la esperanza de que no fuera irrevocablemente oscura, estaba

aterrorizada de que Anne dijera que yo lo era, que no estaba hecha para estar aquí después de todo, que debía de ser la primera salir.

En cambio, ella dijo: —¿Hay alguna oportunidad que Nell pusiera algún hechizo oscuro en su habitación?

Estaba tan sorprendida, que me tomó un minuto el procesar su pregunta. —No lo sé —dije lentamente, pensando—. Yo no creía que ella fuera lo suficientemente poderosa, pero entonces, no sé realmente cómo juzgar eso. Y no pensé que me odiara tanto. Pero ahora estoy empezando a dudar.

—¿Por qué crees que puede odiarte? —los ojos azules de Anne eran amables y curiosos.

—En realidad... no lo sé —dije torpemente—. Si se trata de algo, es sobre Reyn... ella está loca por él, y él la ignora. Pero es evidente que Reyn y yo hemos estado evitando a los demás. Quiero decir, él es el diablo. Así que si se trata de Reyn, es una pérdida de tiempo. Sin embargo, no puedo negar que ella parezca estar en el carro de “odio a Nastasya”.

—Hmm. —Anne apartó su fino pelo oscuro fuera de su cara y me miró.

—Pero no desmoroné su piedra —me sentí obligada a agregar—. No abrí el camino de la magia antigua.

—Sí, lo sé —dijo—. Ella lo hizo. Su piedra básicamente se negó a unirse a ella.

Parpadeé: —¿Qué... se autodestruyó?

—Sí. Aunque estoy bastante segura de que era lo más adecuado para ella —dijo Anne—. Es interesante. ¿Cómo te hizo sentir tu poder?

No quise presumir, o exagerar: —Me sentí muy bien. Se sentía... fuerte. No se sentía oscuro para mí, o asustadizo, como algo ante lo que quisiera retroceder. Oí las palabras que estaba cantando, y pensé que sonaba fuerte... hermoso. —Dije sin jactarme o exagerar.

—Lo eran. Eran increíblemente fuertes. E increíblemente hermosas. Es tu legado. —Ella me miró de nuevo, como si estuviera intentando memorizar mi cara. Y empecé a sentir ansiedad, y metí la piedra de la luna en mi bolsillo y con calma me dirigí por mi chaqueta. Fuera, la noche era densa y reconfortante como un manto negro, y pude ver copos de nieve a que empezaban a flotar a la deriva.

—¿Cómo te sientes, sobre tu piedra?

Miré hacia abajo y traté de abrir la estupidez de la doble cremallera de mi chaqueta. ¿Quién querría abrir la cremallera de su chaqueta de abajo hacia arriba? ¡Nadie! Miré hacia arriba, a los ojos claros de Anne. Nada rápido o sarcástico me vino: —Me encanta —dije bruscamente, avergonzada de expresar tanto—. Me encanta. Es mío. Es... Es...

—Es parte de ti —dijo ella serenamente.

—Sí —murmuré, perdiendo el interés en la cremallera.

—Es la piedra perfecta para ti —dijo Anne, repasando el cuarto, mientras se ponía su propia chaqueta—. Vas a hacer magia interesante con ella. Estoy deseando ver eso.

Yo no supe qué decir.

—¿Te acuerdas del aprendizaje de la canción que cantaste? —preguntó ella, cerrando la puerta detrás de nosotras. Caminamos por el pasillo una al lado de la otra. Era tarde, mis párpados estaban pesados y mis emociones agotadas.

—No —dije, sosteniendo mi chaqueta cerrada cuando salimos al aire frío de la noche. La oscuridad nos rodeó, dando una sensación de intimidad en nuestro caminar. De repente la verdad empezó a salir de mi boca. Algo incluso más inusual—. En ese momento, sentí que era sólo como si estuviera viniendo del suelo, de la propia tierra —dije—. Me sentí como si fuera un canal de algo que ya existía y simplemente estaba pasando a través de mí, ¿sabes?

—Sí —dijo Anne—. Lo sé.

—Entonces, justo antes de que la piedra de Nell explotara, de repente me acordé de mi madre, cantando la misma canción cuando ella



hizo algo. Yo no sé qué. —Nunca había mencionado voluntariamente a nadie de mi familia, y me preparé para el aluvión de preguntas.

Como de costumbre, Anne no hizo lo que esperaba: —Era un poder muy antiguo, cariño —dijo—. Muy fuerte, como ya te he dicho. Tú eres la única persona en el mundo que puede tener acceso a esa línea de poder. Es un regalo de gran alcance, incluso aterrador. —Sus ojos brillaron por la noche, y yo contuve mi respiración, esperando por la horrible sensación de ir desprendiéndome de cada vez más capas de mi vida. Y no estaba preparada. No todavía.

Anne frotó sus manos juntas y sopló sobre ellas: —Sabes que Reyn realmente no es el diablo, ¿verdad? —vislumbré el destello de una sonrisa alrededor de su boca.

—No, no lo sé —dije.

Anne se rió. —En primer lugar, no creemos en el diablo. En el mal, sí. Existe. Luchamos contra él todos los días. ¿Pero el diablo? No.

—De acuerdo, un agente de mal, entonces —asentí.

Ella tomó una de mis manos entre las suyas. —Entiendo por qué te sientes así, Nastasya. —Su voz era ahora seria—. Lo hago. Pero sabes, Reyn es sólo un hombre, aunque inmortal. Quién fue Reyn, lo que hizo... fue por la cultura en la que él creció. ¿Él fue el único asaltante que alguna vez atacó el castillo de tu padre?

—Él fue el único que lo consiguió —dije secamente. Mi corazón dolía por dentro. Y no quise seguir hablando sobre eso.

—¿Su horda fue el único ejército que acabó con los pueblos? —Anne presionó suavemente—. La gente ha estado conquistando y esclavizando a los demás durante toda la historia de la humanidad. En nuestra época, las personas lo ven, saben al respecto, los humillan. En aquel entonces, era una parte de la vida, como la peste, como arar con caballos, al igual que siete de tus diez hijos murieran.

La miré. —¿Estás buscando excusas para él? —Mi voz era fría, incrédula.

—No, en lo absoluto —dijo Anne con firmeza—. No todos los hombres en aquel entonces hicieron lo que él hizo, eligieron su camino. Muchos hombres querían la paz, quería hogares y familias. No, Reyn fue un guerrero violento, sediento de poder, nacido en una cultura violenta en donde someter a otras culturas era la norma. Él no se rebeló contra eso, no huyó. Él abrazó el horror, la muerte, la oscuridad. Sin embargo, hace casi 300 años eligió un camino diferente y dejó atrás sus armas y su armadura. Él dejó la casa de su padre y abdicó de su liderazgo. Su pueblo lo desterró por elegir rechazar la oscuridad y la muerte. Desde entonces ha hecho la guerra de otra forma diferente, dentro de sí mismo, contra su propia naturaleza. Él ha tratado constantemente de elegir el bien sobre la oscuridad, la paz sobre la violencia, la vida sobre la muerte.

Me acordé de Reyn hablando de cómo seguir a la oscuridad significó locura y dolor inacabable.

—Ha sido una dura batalla, todos los días de su vida desde entonces —continuó Anne. Estábamos en la casa, pero de pie fuera, en la oscuridad y el frío—. Ha retrocedido. Ha progresado y lo perdió. Él descendió a los abismos y se arrastró de vuelta otra vez. Pero yo sé, y River lo sabe, que es un buen hombre, debajo de todo. —Ella me miró pensativamente—. Y creo que tú lo sabes, también.

Mi boca quedó abierta: ¿Cómo era posible que ella pudiera decirme eso a mí?

Ana se llevó las manos y respiró: —¡Oh, huelo el humo a madera! Nada huele tan acogedor como el humo de la madera en una noche fría, ¿no estás de acuerdo?

No dije nada.

## Capítulo 28

Traducido por flochi  
Corregido por Ellie

El día siguiente estaba en el servicio del desayuno. Quemé dos kilos de panceta. Un minuto estaba completamente encima de él, dando vueltas las tiras como una profesional, entonces me detuve para sacar un molde de pan inglés del horno, y cuando me volví a dar la vuelta, la plancha entera estaba cubierta con tiras quemadas de cerdo. Las miré con incredulidad, y entonces, por el rabillo del ojo, vi un parpadeo de cabello marrón claro flotando bajo la ventana de la cocina, corrí a la puerta, la abrí, y salí corriendo a la escalera de la cocina. No había nadie ahí. Pero estaba segura que había visto a Nell, y que ella le había hecho algo a la panceta. Realmente estaba empezando a sacudir mi jaula. Quería agarrarla y decirle que podía tener su propio berserker, que yo no lo quería... pero no lo hice. River no nos había pedido que mantengamos nuestras historias para nosotras mismas, pero por lo que podía decir, Reyn no le había dicho a nadie que yo era la heredera de la Casa de Úlful, y yo no le había dicho a nadie que él era un Asesino de Invierno.

Por primera vez, llegué a MacIntyre cinco minutos tarde. Había conseguido un paseo con Rachel, quien iba a seguir hasta Boston. Las calles estaban atascadas con la nieve de la noche anterior, y la pequeña cantidad de tráfico de la ciudad era más lenta de lo usual.

—Oh, ¡ahora entra a sus anchas! —Gruñó el Viejo Mac mientras la campana sobre la puerta delantera tintineó—. ¡Que alegría que nos acompañes hoy!

Estuve cinco malditos minutos tarde. La mejor defensa era una fuerte ofensa. —¿Ya ordenaste esa cosa homeopática? —exigí, dirigiéndome a la parte trasera para fichar mi llegada y colgar mi abrigo.

—Ponte a trabajar —respondió.

El viejo Mac se había levantado del lado equivocado de la cama ese día. Meriwether estaba fuera de la escuela por las vacaciones de invierno, pero él nos mantuvo a ella y a mí saltando toda la mañana, y yo apenas tuve una oportunidad de asentirle con la cabeza.

Las exhibiciones de Navidad y Hanukkah ya estaban resueltas. Pasé toda la mañana enderezándolas, rellenoando estantes donde pude. Yule estaba a sólo dos días, y no tenía idea lo que River había planeado.

—¿Eres completamente idiota? —La voz fuerte del Viejo Mac me hizo levantar la vista. Estaba a un par de pasillo de distancia, pero la voz baja y desesperada de Meriwether me aclaró que él le estaba gritando.

—¡Te lo he dicho cientos de veces! ¡Mantén los recibos médicos separados! ¿Estás tratando de destruir deliberadamente lo que queda de nuestro negocio?

Dos mujeres locales que estaban comprando en la recientemente expandida sección de cosméticos, y ahora alzaban sus miradas, fruncieron el ceño.

Meriwether murmuró algo que no pude escuchar.

—¡No me importa lo que pensaste! —Rugió el Viejo Mac—. ¡No te pago para que pienses! ¡Yo me encargo de pensar! ¡Tú solamente haces lo que digo!

Las mujeres, labios fruncidos, bajaron sus bolsas de compras y abandonaron la tienda, sus espaldas rígidas y miradas desaprobadoras. Estaba segura que Meriwether las había visto, ella debía estar retorciéndose de la vergüenza.

—¡Sólo porque te dejo mover algunos stock, no tengas ideas extrañas! —Despotricó.

Me puse de pie, las manos apretadas. El viejo Mac siempre había sido malo, pero usualmente no con una crueldad tan declarada, dirigiéndose a Meriwether tan directamente.

—Papá... —Escuché su suave voz, y supe que estaba al borde de las lágrimas. Pensé en cuán a menudo su padre le gritaba, acerca de cómo su vida debía ser en casa.

Mis manos empezaron a moverse en el aire, y las palabras se deslizaron de mis labios, casi sin darme cuenta. En todo lo que pensé fue que nunca la intimidaría otra vez.

—*Gib nat hathor* —susurré—. *Minn erlach nat haben...*

El espejo del pasillo mostraba la tienda vacía excepto por el viejo Mac agitando sus manos bajo la nariz de Meriwether. Entonces, atrapé un vistazo de mí misma, mi cabello rubio blanquecino, mis ojos oscuros, manchas ardientes de ira en mis mejillas, mis manos trazando sellos en el aire. Estaba haciendo un hechizo, haciendo magia. ¿Cómo? ¿De dónde había venido esto, este conocimiento? Tuve un recuerdo en una fracción de segundo de Incy y el taxista, y a mí preguntando dónde había aprendido esa magia. Ahora estaba haciendo lo mismo, y la magia desconocida estaba brotando dentro de mí, ni siquiera necesitaba pensarlo. Pensarlo haría que se escapara como si fuera humo. Pero aquí estaba yo, mi antigua herencia finalmente apareciendo...

Para lastimar al Viejo Mac.

Había un punto de calor en el bolsillo de mis pantalones vaqueros. Ahora estaba quemando mi muslo, quemándome a través del tejido. Me detuve y lo saqué, mi piedra lunar. Estaba haciéndose más brillante, y ver eso me hizo darme cuenta realmente de lo que estaba haciendo.

Quise herir al viejo Mac, y la diosa sabía que se lo merecía. Se lo merecía más que otras personas que lastimé en el transcurso de los años, intencionadamente y sin quererlo. Entonces, ¿qué me estaba deteniendo? Mi piedra lunar brilló en mi mano, casi demasiado caliente para sostenerla.

¿Qué estaba deteniéndome?

Incy había lisiado a ese taxista. Boz había matado a esos chicos.

River estaría tan... ¿Decepcionada? ¿Enojada? Decepcionada. Podría patearme fuera de River's Edge. Después, ¿a dónde podría ir? Solis y Asher estarían enojados—tal vez no decepcionados. Tal vez ellos esperaban que hiciera algo como esto. Nell estaría tan, tan contenta, y triunfante de que lo había jodido tan espectacularmente.

Y ellos lo sabrían, no había duda. Serían capaces de detectar el aroma de la energía mágica a mi alrededor, sentir las vibraciones en mis dedos. No estaba en River's Edge, donde la magia me mantenía escondida, más o menos, invisible para cualquiera de afuera. Esto era aquí mismo en la ciudad.

Si hacía esto, si hiciera esta magia, dejaría una impronta de mi energía aquí. Nunca había pensado en ello antes. Pero cuando entré en el salón de clases de River, podía sentir si la magia había sido recientemente trabajada allí. A veces podía decir por quién. Dejaría mi impronta aquí en la tienda, en West Lowing, para que cualquiera lo descubriera.

Me senté abruptamente sobre un bote plástico dado vuelta. Mi corazón empezó a retumbar, mis oídos se llenaron con un sonido zumbante.

Casi lo había arruinado todo. Casi había advertido mi presencia a cualquiera que quisiera captarlo, para encontrarme. Como Boz. Como Incy. Sí, River y los otros habían trabajado hechizos por toda la ciudad para que yo estuviera más o menos escondida aquí. Pero yo estaría haciendo magia oscura... y ese pensamiento fue incluso más aterrador que la desaprobación de River.

Me había detenido. Me había detenido a tiempo.

Me sentí fría y húmeda. El Viejo Mac y Meriwether todavía estaban discutiendo, a dos pasillos. Me puse de pie, sintiéndome débil por los nervios, y levanté una caja de Tampax. Dirigiéndome a las voces, fui dando zancadas como si hubiera estado en Timbuktu y no hubiera escuchado los disparos.

—Oigan, ¿alguno sabe...? —Comencé, entonces fingí sorpresa cuando dos cabezas se giraron hacia mí. El rostro de Meriwether estaba colorado, y las lágrimas corriendo por su mejilla. El Viejo Mac estaba tan rojo que me pregunté si estaba teniendo un ataque de corazón. Supongo que lo descubriría si repentinamente se pusiera de rodillas.

—Oops, lo lamento. No quise interrumpir —continué con falso entusiasmo—. Pero, ¿alguno de los dos sabe...? —sostuve en alto la caja

de Tampax, su efecto sobre el Viejo Mac siendo similar al efecto de una cruz sobre un vampiro— ¿...si estos vienen en tamaño grande?

Meriwether, cuya cabeza debió haber estado dando vueltas, juntó un poco de su ingenio. —¿Como un paquete de setenta y ocho?

—No —dije, mientras el viejo Max empezaba a retroceder, sus ojos sobre el suelo, murmurando para si mismo—. Mira, este tamaño es junior. Entonces es regular. ¿Viene en tamaño jumbo, o súper grande? ¿Como para las noches, o... tal vez... personas grandes?

Meriwether apenas pudo pensar con claridad, pero trató valientemente, lo que consiguió que yo me enojara más con su estúpido padre. —Creo que sí —dijo suavemente—. ¿Te fijaste en la parte de atrás?

—Ah —dije, aprovechando esa brillante sugerencia—. No. haré eso. Oye, es casi mediodía. No tengo hambre... ve a almorzar, y yo iré después cuando regreses. ¿Si?

Meriwether mordió su labio, entonces agarró su abrigo y huyó de la tienda.

El viejo Mac estaba atrás en el área de medicina, tirando pequeñas cajas a su alrededor, murmurando. Le había comprado a Meriwether un indulto de media hora. Deseé poder simplemente... arreglar su situación. La suya y la de Dray.

Me preocupaba por ellas. Quería que se sintieran mejor, que vivieran mejor sus vidas. Y entonces se me ocurrió: preocuparme de mí misma. Yo quería vivir una mejor vida, también. Ocuparme de mí misma me estaba permitiendo ocuparme de los demás. River había tenido razón nuevamente.

Qué molesto.

Y también supe que me había detenido yo misma de hacer magia negra. Había elegido no hacerla. Fue un progreso. Definitivamente lo fue.



Esa noche tuve el deber de lavar los platos, y estaba enfocándome en el presente, lo que significaba realmente sentir cuanto no me estaba gustando el deber de lavar los platos.

—¿Has pensado en un lavavajillas industrial? —le pregunté a River mientras me traía otra pila de platos—. Ellos hacen una carga entera en dos minutos enteros —agité mi pequeño cepillo de mano sobre un plato, mojándolo en el agua caliente y jabonosa. Me había olvidado de usar guantes de goma (digamos todos: “Por supuesto”, todos juntos, ¿bien?), y mis manos estaban agrietadas y enrojecidas. Eran como las manos de un pescador sueco. Un hombre. Uno viejo. Pensé en las manos femeninas, suaves y blancas de Nell, su manicure siempre perfecta, y sentí un aumento de la bilis en mis tripas.

River sonrió y pasó su mano por mi espalda. —Sé cuán importante es para ti ahorrar tiempo. Porque nunca has tenido bastante de él.

Gruñí, y ella rió.

Con toda seguridad, esta semana que pasó había apestado. Nell parecía estar llevando adelante su guerra. No pude conseguir sacar a Reyn de mi mente, reviviendo el terror de mis recuerdos de él, mientras él había destruido mi infancia y ahora mientras destruía mi paz mental. Recordé nuestro febriles besos, recordé cuán aterrorizado había parecido cuando me reconoció. Había estado aterrorizado de que yo fuera una “mala chica”, que podría hacerlo decaer de nuevo, y también por el papel que él y su familia habían interpretado en mi vida. Sus mundos estaban colisionando, también.

El viejo Mac había sido insufrible. Me sentí mal tanto por Meriwether como por Dray. Era invierno, mi estación menos preferida, con el sol levantándose tarde y poniéndose temprano, el interminable frío, la nieve, el hielo. ¿Por qué River no pudo haberse asentado en un lugar como las Bahamas? ¿No podía rehabilitar las almas allí? Si. Pudo hacerlo. Pero eligió que no.

—Tal vez simplemente no pueda hacerlo...

No me di cuenta que lo había dicho en voz alta hasta que River se volvió y dijo: —¿Qué?

Ahora estaba hecho, estaba fuera. Le di a un plato una enojada fregada. —Estoy lavando platos, recibiendo picotazos de las gallinas, perseguida por perras de dos-caras, haciendo amistad con chicos cuyas vidas son más miserables que las mías y, oh sí, estoy aquí compartiendo con el psicópata que mató a mis padres, quiero decir, ¿puede apestar eso más de lo que apesta?

River me miró.

—No estoy hecha para ser una inmortal Chica Scout —dije con cansancio—. Todo esto de estudiar, aceptar el pasado, examinar mis entrañas y esto de ser-amigable y almacenar... esta no soy yo.

River no dijo nada, y tras un minuto me armé de valor para lo que podría ver en sus ojos. ¿Decepción? Alcé la vista y vi... no lo sé. ¿Compasión?

—¿Qué quieres? —preguntó ella suavemente.

—Quiero sentirme mejor —dije, como había hecho antes—. No sentir dolor.

—No... ¿qué quieres realmente?

Apreté mis dientes y solté un suspiro. —Quiero... sentir que no soy un completo desperdicio de persona.

—No —Ella parecía bastante segura—. ¿Qué es lo que realmente quieres?

Quería gritar y romper el plato en el fregadero de piedra. —No quiero ser oscura —dije las palabras casi en un susurro... nunca las había dicho en voz alta antes.

River no dijo nada, pero tuve la ligera impresión que todavía no era la respuesta correcta. Después de un cierto tiempo, rozó su mano sobre mi pelo y luego se fue.

Si Nell hubiera entrado en la cocina justo en ese momento, habría roto un plato en su cabeza.

En vez de eso, me mantuve sola y terminé de lavar los malditos platos. Después, subí las escaleras, hice mi hechizo de puerta-cerrada,

me metí en la cama con toda la ropa puesta, bebí mi té, y lloré hasta quedarme dormida.

## Capítulo 29

*Traducido por ηηηη ☽ [SOS]; Lost Angel [SOS] y Dham-Love  
Corregido por Ellie*

**E**l día siguiente fue sábado. Tenía que preparar dos caballos. Me habían sido asignados Sorrel y Titus. Sorrel era un caballo alazán, de cuartos limpios que se utilizaba sólo para salir a montar; Titus era un caballo de tiro irlandés que ocasionalmente enganchaban a los vagones o a los carros o a lo que fuera. Ambos eran animales agradables, eran pacientes y tranquilos, a diferencia de, digamos, la gallina del infierno.

Puse a Sorrel en las traviesas y comencé con la almohaza de goma. Ella bufó en mi cabello mientras me inclinaba por sobre su montura, soltando la suciedad de su pelaje.

Caballos. Ni siquiera quiero hablar sobre caballos. Es imposible exagerar lo importante que siempre han sido los caballos para las personas, hasta literalmente cien años atrás.

Durante miles de años, los caballos y las vacas fueron los que mantuvieron a las personas vivas, permitiéndole a la gente viajar, cargar cosas pesadas, y cultivar suficiente tierra para mantener a una familia. Siempre he estado alrededor de ellos. Una de las veces que viví en Inglaterra, como a mediados de mil ochocientos o algo así, había sido una loca por los caballos, corría cada día, era propietaria de caballos, y poseía monturas de encargo. Pero eran como todo lo demás: eventualmente morían.

De cualquier forma, los superé. Ahora los evito en su mayoría. Sus ojos conocedores, su naturaleza sensible, que puede ver a través de toda la mierda, al igual que los perros, gatos y niños pequeños. Intenté evitarlos a todos ellos.

Además, tan pronto como olía a un caballo, traía de regreso tantos recuerdos, de esa forma tan fuerte en que sólo las esencias lo pueden hacer. A veces puedo estar exactamente en el mismo edificio o

aeropuerto o ver un mismo paisaje desde un puente y ni siquiera recordarlo, a pesar de haber estado ahí. Pero si ese recuerdo está copado de olores, todo regresa a mí, inundándome con infinitos detalles. El olor del maní tostado en Manhattan. El olor del Mar Mediterráneo en Menton. Heno recién cortado en Kansas. Nieve en Islandia. Uva aplastada en Italia. Buñuelos fritos y café en Nueva Orleans.

Y caballos.

Sorrel estampó su pata delantera izquierda suavemente mientras yo intentaba no pensar en el pajar ubicado a sólo doce pies por encima de mí. Por un par de minutos, había estado feliz ahí.

Primero la almohaza, luego el cepillo de su crin, a continuación el de su pelaje, luego la toalla. Sorrel se veía como de postal cuando terminé con su montura. Tuve que escarbar y limpiar debajo de sus herraduras y estuve lista. Mientras recortaba sus crines, ella acarició mi cabello, con su aliento cálido y perfumado de heno.

— Está bien, caballito — murmuré, y la puse de regreso en el establo.

Titus era más grande y pesado, pero ni de cerca tan grande como, digamos, un Percheron o un caballo Shire. Había visto caballos Shire que eran verdaderamente enormes. Llevé a Titus a las traviesas y recogí la almohaza de goma con mi brazo ya adolorido.

Caballos de reclutamiento.

Mi padre había tenido caballos de guerra, no enormes y pesados, como en Europa, diseñados para hombres y armas que pesan cientos de libras. Pero aun así, grandes, poderosos caballos preparados para la guerra. No para que se les acercaran los niños. También había poseído lo que llamaba caballos femeninos, más pequeños, ligeros, usualmente yeguas, para que mi madre, mis hermanos y yo montáramos. Fui montada en uno por primera vez cuando tenía tres años. Para cuando tuve seis, montaba mi propio caballo. No sabía cómo deletrear su antiguo nombre islandés, pero significaba “estrella de mar”, por una curiosa marca que tenía. Mis hermanas, mi hermano mayor y yo gustábamos de montar nuestros caballos tranquilamente fuera de la muralla y escoger nuestros caminos por los senderos de las playas

rocosas. Ahí practicábamos pararnos sobre el lomo de nuestros caballos, sujetando las riendas en una mano, y agitando la otra dramáticamente sobre nuestras cabezas. Pensamos que se veía increíblemente valiente y audaz.

Luego de que perdí todo y me fui a vivir con mi familia adoptiva, y ellos me casaron con Àsmundur, su padre nos dio un pequeño caballo de tiro como regalo de bodas. Era un regalo como de la realeza, ¡nuestro propio caballo! Su nombre era, bueno, su traducción era Mossy<sup>25</sup>, debido a su melena y a su cola. Ella era pequeña pero muy fuerte y valiente, y una dura trabajadora. La amaba, a pesar de que nunca puede montarla, porque cuando no estaba trabajando, tenía que descansar. Luego Àsmundur murió, y fue Mossy quien llevó su ataúd hasta el cementerio. La pequeña Mossy empujó el plano vagón con el cuerpo de Àsmundur, y el resto de nosotros caminamos detrás.

Tuve que vender a Mossy después de eso, no podía permitirme el lujo de darle de comer durante el invierno, y ni siquiera podía manejar una pequeña granja por mí misma. Además, si permanecía en esa comunidad, no tardarían demasiado en encontrarme otro esposo. Una joven y saludable viuda; yo sería arrebatada tan rápidamente como el oro. Así que vendí a Mossy y empaqué todo lo que podía cargar en mi espalda, le dije adiós a Momer y Pabbi y a la familia de Àsmundur, quienes no querían que me fuera. Más tarde me di cuenta de que ellos tenían otro hijo, de sólo catorce años en ese entonces, pero yo hubiese sido un matrimonio conveniente para él.

Me fui en el carro de heno de un vecino hasta la siguiente ciudad más grande, Aelfindg. Tomó todo el día y parte de la noche. Lloré durante todo el camino, en parte por el pobre Àsmundur, pero mayormente por el adorable, valiente, y fuerte pequeño Mossy, nunca lo vi otra vez y lo he extrañado por más de cuatrocientos años.

En Aelfindg, busqué a la Madre Berglind, quien vivía en el ático sobre un establo y pagaba su estancia tejiendo líneas de lino en los delantales y cosas así. Ella estaba muy vieja y casi ciega, trabajando en su

---

<sup>25</sup> Mossy: Significa "Cubierto de musgo"

telar prácticamente en base a su tacto. Tuve que acercarme mucho para que ella lograra verme. Cuando me vio, entornó los ojos y ladeó la cabeza. Yo había cambiado, ahora tenía dieciocho, era una mujer, una viuda, y la última vez que ella me había visto tenía sólo diez años. Pero cuando me reconoció, pareció temerosa y retrocedió.

—¿Qué es lo quieres, niña? —preguntó ella.

—¿Usted me recuerda? Yo era... una huérfana, y usted me ubicó con una familia, de granjeros, en el valle. ¿Gunnar Oddurson?

Ella dudó, entrecerrándome los ojos, como si estuviera considerando si negarlo o no. —Sí —dijo ella finalmente, de forma relucante.

—El hogar de mi familia estaba cerca de Heolfdavik —dije—. ¿Sabe si aún hay alguien ahí?

La vieja mujer miró alrededor, como si alguien pudiera estar escuchándonos. Ella parecía infeliz y molesta por mi visita. Yo quería agradecerle por los arreglos que hiciera con mi familia adoptiva, pero ella parecía ansiosa por que me fuera.

—No hay nadie ahí —dijo ella.

—¿Queda aún gente en la villa? —persistí.

—¡No! ¡Nadie vive ahí! —Ahora parecía molesta, girándose lejos de mí, cojeando de regreso a la banca antes de volver a su telar.

No supe qué decir y me sentí avergonzada por su incomodidad. Me volteé sin decir una palabra y me apresuré a través de las estrechas, escaleras inclinadas hacia el frío aire exterior.

Supongo que era natural regresar. No estaba tan lejos como pensaba, cuando era pequeña parecía una distancia increíblemente extensa desde el hrókur de mi padre a Aelfding y desde ahí a la granja de Oddurssons en el valle. Pero realicé el recorrido caminando en casi seis horas, el camino era estrecho y lleno de baches de barro.

Recordaba esta carretera vagamente. Sólo había llegado hasta tan lejos un par de veces, pero la recordaba más amplia, suave, y mucho más



transitada. En algunos lugares prácticamente tenía que salirme del camino.

En algunos lugares prácticamente tuve que abrirme camino a través de la abundante maleza. Alguna vez había sido un paso entre Heolfdavik y Aelfding, pasando derecho por las tierras de mi padre, nuestra aldea. Era extraño que nadie lo hubiese estado usando.

Apenas noté el desvío que conducía a las tierras de mi padre. Tan sólo algunas rocas, destrozadas y cubiertas de hierba de estepa, me hicieron darme cuenta de que este había sido el portal de nuestra villa. Me fui por ese camino, y después de media hora, cuando mis pies estaban inflamados y mis hombros doloridos por cargar mis pocas pertenencias, vi el patio de mi padre.

Cuando era pequeña, el patio estaba rodeado por muros de piedra de tal vez dieciocho pies de altura y cerca de doce pies de ancho, en la base. Ahora todo lo que veía eran fragmentos de piedras rotas.

En aquel entonces, cualquier ciudad que fuera más que cuatro o cinco chozas juntas tenía una pared alrededor de ella, para dificultar a los invasores. Eso no los detendría; nada lo hacía, pero podía frenarlos un poco. En nuestro pueblo teníamos la primera muralla del pueblo, con el portal que había atravesado, y luego, dentro de la zona amurallada teníamos casas y cabañas y pequeños parches de tierra donde la gente tenía cabras o cerdos u ovejas, u ocasionalmente un caballo. Pequeñas parcelas con huertos. En la parte superior de la colina estaba el fuerte de mi familia, la traducción es castillo, pero era un castillo pequeño. Era el edificio más grande y más elaborado de un centenar de millas, pero todavía era áspero, hecho completamente de piedra, en lugar de madera o barro y paja.

Mi padre había sido el rey de esta tierra, como su padre antes que él, y el padre de él anteriormente. Yo había nacido en la realeza, una realeza a más pequeña escala que los reyes y reinas europeos, aunque realeza que esgrimía un gran poder: el poder mágico de la Cuarta Casa de los inmortales. La Casa de Úlfur. El muro alrededor de nuestra casa probablemente cercaba alrededor de cinco acres. Era más alto y más

ancho que el muro de pueblo, y había lugares para los soldados que corren a lo largo de la parte superior. Enormes puertas de madera tachonadas con clavos de hierro, que se abrían hacia afuera, para hacer más difícil que ellos las rompieran con un ariete. Justo dentro del portón había una plataforma de espesa madera, cubierta con tierra compactada. Si tú no sabías que estaba allí, caminabas derecho sobre ella. Pero podía ser quitada del camino, en caso de un ataque, y te dejaba caer a un profundo, profundo hoyo. En la parte inferior del agujero cientos de estacas de madera. Supuse que algunos de los hombres de Reyn habían terminado allí abajo esa noche.

No era un castillo como Versalles o el Castillo de Windsor, era mucho más tosco y más viejo que esos, pero con aspecto de castillo, con saeteras estrechas en las paredes, escaleras curvas de piedra, y así sucesivamente.

El patio era el sitio rodeado por nuestra pared. Nuestros siervos vivían allí, en pequeñas casas que cubrían las paredes, y habíamos tenido nuestros propios caballos y cabras y cerdos y ovejas. Nuestros propios jardines. Si los invasores atacaban, la gente del pueblo cogía lo que podía y corría a la torre de mi padre. Los altos portones de madera se cerraban tras ellos, y luego todos nos agachábamos y esperábamos el ataque. Los atacantes nunca habían conseguido pasar a través de las paredes de mi padre. Hasta que lo hicieron.

Ese día era casi nueve años después del ataque. Yo no sabía qué encontraría. Pensé que tal vez el pueblo había sido reconstruido. Tal vez incluso un nuevo señor se había establecido en el castillo reparado. Pero lo que encontré ese día no era nada. Vi los escombros de las puertas del pueblo, y más escombros de nuestra pared. La casa de mi padre había sido construida con enormes piedras, cortadas desde el suelo en una cantera. Pero mientras observaba desde el sitio donde tendría que haber estado, la roca más grande que vi era tal vez del tamaño de una calabaza. Como si las piedras hubieran sido pulverizadas, justo como la piedra de Nell. Ahora sabía que el padre de Reyn había tratado de usar amuleto de mi madre, la herramienta que ayudaba a enfocar su magia.

Pero no tenía su conocimiento, sus hechizos, y al parecer había sido vaporizado por la explosión de algún tipo de poder. Reyn había visto a su padre y hermanos y a sus hombres convertirse en cenizas delante de él. Y cargaba una quemadura, como yo.

Los invasores siempre destruían las ciudades; le prendían fuego a todo, tomando o matando a los animales, tomando o matando a la gente. Pero generalmente quedaban restos de casas de campo, cimientos, chimeneas. A veces el daño no era completo, y la gente podía reconstruir, pero no muy a menudo. En aquel entonces todo el mundo creía que peligrosos Trolls seguían la estela de los asaltantes. Así, el pueblo podía ser abandonado a los Trolls, y un pueblo nuevo podía ser ubicado en algún lugar cercano.

Pero esto; nunca había visto nada como esto. No quedaba nada, y había sido una gran construcción de piedra de al menos catorce habitaciones.

Y a diferencia de la carretera que conduce aquí, donde había estado la torre de mi familia, nada había vuelto a crecer, ni siquiera la naturaleza había reclamado el terreno. Caminé por el contorno de la casa, el terreno en sí mismo había sido quemado, arrasado. Pero las cosas siempre volvían a crecer después de un incendio, a veces incluso mejor que antes.

Me había ubicado mi saco y me senté en el suelo. Había vuelto para nada. No había nadie allí para ayudarme a entender lo que había sucedido.

Secretamente había esperado encontrar algunos de los libros de Faðir, tal vez un poco chamuscados, pero ocultos bajo los escombros. O joyas de mi madre, lo fuera que los asaltantes no habían encontrado. En su lugar, era como si nadie hubiese estado nunca aquí. Froté la parte de atrás de mi cuello. Este era el lugar donde yo había vivido durante los primeros diez años de mi vida, donde había tenido una verdadera familia. Habíamos sido ricos, mi padre había sido poderoso. Gente importante había viajado largas distancias para verlo. Habíamos tenido funcionarios y profesores y libros e instrumentos musicales y caballos y

un pequeño carro tirado por cabras para mi hermanito. Ahora no había nada. Yo no tenía nada. No tenía a nadie.

Esa noche había visto la cabeza de mi padre caer por la chimenea y rodar por el suelo. Había visto a mi madre desollar vivo a alguien, visto a Sigmundur cortar su cabeza. Yo había corrido hacia mi madre, dejando a mi hermana mayor y a mi hermano pequeño, y me había aferrado a la parte posterior de su falda. La escena era toda imágenes entrecortadas, ruidos, sonidos entrecortados.

Había hombres, tantos hombres, en el pasillo. El castillo estaba en llamas, todo afuera en el patio estaba en llamas. Los caballos y las ovejas estaban gritando. Los niños; los hijos de los hombres de mi padre estaban llorando. Entonces sus gritos eran cortados de pronto.

El cuerpo del asaltante yacía en el suelo, cada centímetro rezumaba sangre. Al siguiente momento, un hombre más grande, con el cabello rubio-rojizo y el rostro pintado, gritó y pasó la mano por encima de su hombro para agarrar su hacha de batalla. Parecía que hubiera pasado en una velocidad extremadamente lenta, pero vi el swing de la afilada hoja de metal, vi a mi hermano saltar ágilmente para esquivarlo, vi la hoja deslizándose por su hombro, casi cortándole el brazo.

Sigmundur chilló y luego la habitación se llenó con más berkserks. Algunos permanecían en guardia afuera de la puerta, disminuyendo los guardias de mi padre mientras se apresuraban por el corredor.

Sigmundur tambaleó, quejándose, pero estaba levantando su propia espada con la otra mano cuando el hacha del asaltante cayó de nuevo, y luego la cabeza de mi hermano rodó por el suelo, seguida de su lento y arrugado cuerpo.

Detrás de la falda de mi mamá escuché su áspera, oscura y terrible canción, vi un destello de luz de sus manos, chocando a los invasores en sus rostros, en sus ojos. Ellos chillarían y retrocederían, pero siempre había otros. Algunos cortaron la cabeza de Eydis, y ella cayó como una flor cortada en un campo. Su cabeza permaneció muy cerca a su cuello, y sus ojos seguían parpadeando, sus manos se contraían. Una pesada bota

empujó su cabeza a varios metros, y después de unos cuantos minutos estaba quieta y sus ojos cerrados.

Tinna seguía. Ella siempre había odiado pelear y las espadas, siempre había tratado de salir de la práctica. Ahora estaba de pie en su camión, su rostro tan blanco como su ropa, y dejó su espada caer al suelo. Un hombre caminó hacia ella y la agarró, lanzándola sobre su hombro. Empezó a pasar con dificultad por los cuerpos al tratar de dejar la habitación, pero algunos de los guardias de mi padre lo atacaron, rozando sus espadas por su cintura así sus armas se caerían.

Otra hacha cortó la cabeza de Tinna. El hombre más grande, el más viejo, estaba gritando a los otros, todavía estaba vivo, aunque había derramado tanta sangre que el color de su rostro se había ido. Hablaba un dialecto diferente al de nosotros, pero era lo suficientemente similar para entender las palabras “¡Mátenlos a todos! ¡No dejen a nadie vivo! ¡Incluso los niños! ¡Incluso uno vivo maldecirá su magia!”

Haakon cayó sobre sus rodillas, sus pequeñas manos todavía sostenían su daga. Un hombre corrió hacia él y Haakon automáticamente deslizó su daga, hiriendo la pantorrilla del hombre. En otro segundo, mi pequeño hermano también estaba muerto.

Mi mamá estaba de pie, alta, terrible e irradiando poder. Vi un disparo de rayo por el aire y golpear el invasor más grande en el ojo. Este explotó y él gritó, tirando su hacha y poniendo una mano sobre la cuenca arruinada. Mientras mi madre levantaba sus manos de nuevo, sosteniendo el amuleto, él movió su espada larga, más rápido de lo que pude haber creído posible. Sentí que el cuerpo de mi madre se sacudió por el golpe, y luego, muy, muy lentamente, empezó a caer hacia atrás. Me aferré a ella y cerré mis ojos, apretándolos, y ella cayó justo encima de mí. Mi cabeza golpeó el suelo de piedra tan fuerte que vi estrellas, y el caos de la habitación se desvaneció por un momento.

El peso de mi madre era mucho para mí, la espesa lana de su túnica me sofocaba. No podía ver nada, no me podía mover. Los gritos se habían apagado. Mi nariz estaba llena de horribles esencias, de cabello, de lana, de piel. No sé cuánto tiempo estuve allí. Eventualmente hubo

silencio, y permanecí allí, aunque apenas podía respirar. El humo estaba llenando mi nariz, quemando mi garganta. Finalmente me di cuenta de en realidad no podía respirar. Empujé fuertemente el cuerpo de mi mamá, pero tuve que asegurar mis pies y sacudirme fuerte. Ella se alejó de mí. Abrí mis ojos. La habitación estaba vacía de cosas vivientes. A mí alrededor descansaban los cuerpos de mis hermanos y hermanas. El rostro de mi madre, todavía hermoso, descansaba en paz a unos cuantos metros. El corredor estaba vacío. Escuché unos suaves lloriqueos desde afuera. El castillo se estaba siendo quemado a mí alrededor, la habitación estaba ardiendo, el calor era casi insoportable.

Lentamente me levanté. Estaba entumecida, no pensaba, no sentía nada. Me sentía muerta... además ellos me habían matado, yo era un espíritu ahora. Tuve que pasar por el cuerpo de Eydis, tuve que pasar sobre Haakon. Si fuera un espíritu podría haber flotado sobre ellos.

La puerta del estudio estaba rota, destrozada, y me dirigí hacia ella, y luego por la esquina del ojo vi que una pared se movió. La miré y se movió de nuevo, una estrecha franja de piedra al lado de la alacena. Se desmoronó y me agaché, mis dedos accidentalmente tocaron el cabello de Sigmundur, empapado con sangre.

El rostro de una mujer se asomó, luciendo horrorizada. Ella vio la habitación y su contenido y levantó su mano hasta su boca para evitar gritar. Pestañeeé y la reconocí: Gildun Haraldsdottir. Ella era la esposa del mayordomo estable de papá. Un hombre apareció a su lado: Stepan, su esposo. Su rostro se arrugó de dolor y horror y puso una mano sobre el hombro de su esposa.

Me levanté.

Ellos retrocedieron alarmados, mirándome levantarme sobre las llamas y los cuerpos. Con sus bocas abiertas con sorpresa, Gildun me señaló que me acercara hacia ella. Me dirigí lentamente hacia ella, apenas sabiendo lo que estaba haciendo. Algo crujió bajo mi pie, era una cadena de oro pesada, la que sostenía el amuleto alrededor del cuello de mamá. El amuleto se había ido, y el cuello de mi mamá había sido cortado. Di otro paso hacia Gildun, dejando la cadena donde estaba.



Me hicieron señas urgentemente. Nunca había visto esta puerta secreta, no tenía ni idea a dónde conducía. Ahora, mirando hacia atrás, podía ver por qué mamá nos había arreado a todos aquí. Algunas cosas habían pasado demasiado rápido para que ella nos llevara al túnel de escape, o tal vez sólo podía ser abierto por el otro lado. No lo sé. Nunca lo sabré.

Las llamas crujían por la alfombra donde estaba parada. En otro momento mi camisón se hubiera incendiado. No sabía que era inmortal, recién había visto morir a mi familia. Sabía que morir en el fuego sería malo. Otro paso más lejos y pisé algo más. Me temía que fuera la mano de alguien, no quería mirar hacia abajo. Pero lo hice. Estaba parada sobre la lana que ardía lentamente, el hedor era terrible. Bajo las llamas estaba el amuleto de mi mamá, o por lo menos la mitad. La otra mitad faltaba, la mitad con la piedra lunar. Rápidamente lo busqué, pero no lo vi. Me agaché y lo recogí, quemando mi mano, e inmediatamente lo dejé caer de nuevo.

—Lilja, apresúrate —la voz de Gildun era suave y temerosa—. ¡El fuego!

Rasgué el dobladillo de mi camisón, salió una larga tira. Envolví mi mano alrededor, y recogí el amuleto, y luego mantuve mi mirada fija en el rostro de Gildun. En cinco pasos, la alcancé, y Stepan me alcanzó, me agarró y me empujó por el oscuro túnel. Gildun cerró la puerta detrás de nosotros y recogió su antorcha. Stepan sostuvo mi mano fuertemente y me guió por el túnel.

—¡Esperen! —Necesitaba tener mis manos libres. Envolví el amuleto en la tira de ropa y traté de atarlo a mi cuello. Luego tomé la mano de Stepan de nuevo, y los tres corrimos por el túnel de bajo techo, cubierto de polvo, estrecho, y oliendo a humedad y tierra.

Se sintió como si hubiéramos corrido por horas. Me tropecé con raíces y piedras, y una vez Gildun tuvo que ponerme en pie. Finalmente salimos en un peñasco gigante. Una fisura natural pero estrella en el peñasco era la salida, y estaba escondida por un denso matorral. Nos abrimos paso por el matorral y nos encontramos en el estrecho camino



de una granja, a una buena distancia del castillo. Sobre mi hombro podía ver que toda la estructura estaba iluminada por el fuego.

No sabía si íbamos a correr todo el camino hacia Aelfding o qué, pero cerca de un cuarto de milla del camino, un granjero, alguien que no conocía, estaba esperando en su carro de heno. Trabajando rápidamente. Gildun y Stepan hicieron un hueco en el heno, luego Stepan me recogió y me metió allí como un paquete. Más heno fue lanzado sobre mí, por lo vemos un espesor de un metro, pero tan flojamente que todavía podía respirar, aunque a duras penas.

El granjero pateó su burro, y el pesado carro se empezó a mover.

El día siguiente el granjero me llevó con la Madre Berglind, y ella me llevó a la granja de Gunnar Oddursson, y me convertí en Sunna Gunnarsson. Lilja y su vida se habían hecho a un lado, un libro cerrado que nunca quería volver a abrir. Viví allí por seis años, hasta que me casé. Nunca vi a Gildun o Stepan o al granjero de nuevo, no tenía idea de lo que había pasado con ellos.

Mientras el tiempo pasaba, me acostumbré a ser la hija de un granjero, y la única señal de que había sido algo diferente era la quemadura en la parte trasera de mi cuello, donde el amuleto había quemado a través de la ropa y luego mi piel. No lo había notado en su momento.

El sol estaba alto en el cielo, y yo tenía que empezar ya y regresar a Aelfding antes del ocaso. De repente la parte trasera de mi cuello se erizó y me levanté rápidamente, protegiéndome los ojos de la luz para buscar por el bosque a cierta distancia. No vi a nadie ni nada, y se me ocurrió que no había visto o escuchado un solo pájaro, o un solo animal salvaje en este lugar. Ni siquiera había visto insectos. Este lugar era peor que la muerte... estaba maldito.

Agarré mi paquete y me dirigí al camino. Mi paquete se sentía cinco veces más pesado, el peso se hacía insoportable. Todo estaba ponderado; un silencio opresivo me presionó, haciendo mi respiración espesa en mi garganta. Me apresuré. Parecía que ni siquiera el sol brillaba de la misma manera aquí. Había oscuridad, una sombra que no era producida por

ninguna cosa viviente. Este lugar estaba empapado de horror, sangre y maldad.

Y luego fui abatida con dolor, me duplicaba, y mi paquete se derramaba de mi mano...

Pasé el cepillo ligeramente por las piernas de Titus, sintiendo la calidez de su fuerza allí. Deseé que hubiera tenido todas estas lujosas herramientas para haber cuidado mejor a Mossy. Había hecho lo mejor que podía, pero ella habría estado tan feliz con este granero y estos fardos de heno.

Todo esto había sido hace tanto. *Eso fue entonces, esto es ahora.* Me enderecé, mi mano al lado de Titus. Una idea se quebró en mi cerebro, como una aguda luz blanca, y con asombro me di cuenta de lo que me había dicho River. Entonces, yo estaba allí, en tiempo y en distancia, un mundo lejano, otra yo. Ahora yo estaba aquí, justo aquí, en la realidad, y esta era yo ahora: Ya no estaba allí, ya no era más esa chica. De alguna manera, nunca había tenido esto ante.

Tal vez lo que River había querido decir era que el tiempo por si solo era como un río, moviéndose constantemente hacia adelante, y tienes que estar en un nuevo río cada día, cada hora. Todavía mi vida me había sentido como... en un lago. Un lago donde todo estaba contenido, para siempre. Todas mis experiencias, todas las diferentes personas con las que había estado, todo lo que había tenido, todo lo que había perdido... me los había llevado conmigo, todo el tiempo. Habían hecho capa tras capa de un duro cascarón, como capas de laca en una caja japonesa. Es cascarón había protegido a mi yo marchito y medio muerto que ya no podía soportar interactuar con algo o alguien normalmente.

Mi tiempo aquí —ni siquiera dos meses— estaba quitando gradualmente una pequeña capa de cascarón a la vez. Germinando, como una flor que casi muere y que de repente es empapada por la lluvia. ¿Por qué estaba pasando esto? ¿Por qué lo estaba dejando, después de tanto tiempo?

En ese día, hace 440 años, había permanecido en el suelo de la fortaleza quemada de mi padre, llorando de miedo y de dolor. Había tenido un aborto involuntario, mi único vínculo a Asmundur y a mi vida con él. Luego sinceramente sentía que había perdido todo: mi familia, mi hogar, mi familia de crianza, mi esposo, mi amado caballo, y ahora mi único bebé, que había vivido sin mi conocimiento y había muerto antes de que lo supiera. No me quedaba nada, ni ningún lugar a donde ir. Nadie que ser, ni hija, ni esposa, ni siquiera amiga.

Cuando pude caminar el día siguiente, había recogido mis cosas y las había puesto en el camino, lejos del lugar de horror, muerte y pérdida. Caminé hasta que encontré una planta alta y frondosa rociada con pequeñas flores púrpuras. Me comí un montón de esas, asfixiándome con las flores, las ásperas y gruesas hojas, apenas fui capaz de tragármelas. Nuestra lavandera nos había dicho que el acónito era increíblemente venenoso y que los niños nunca deberían tocarlo.

Me comí tantas como pude, sintiendo que el veneno empezaba a quemar mi boca. Mis manos se entumecieron, y me retorcí una y otra vez con increíbles dolores de estómago. Lloré y grité y me retorcí por horas antes de perder la conciencia.

La ironía comenzó, por supuesto, yo era inmortal, pero no lo sabía. Después de mi intento de suicidio fallido, ni siquiera podía morir apropiadamente. De alguna manera me había hecho camino al pueblo más grande, Reykjavik. Me llevaron como una criada para una ama de llaves, y me presentó a mi nueva señora, Helgar. Eso fue cuando mi vida como inmortal comenzó, y mi vieja vida terminó, justo tan agudamente y ciertamente como si el acónito me hubiera matado. Había crecido mi primera capa.

—Si cepillas más ese caballo, no tendrá más pelaje.

Mi cabeza se giró hacia las palabras, y vi la amplia y dura espalda de Reyn mientras cargaba pesadas sillas de montar por la nave lateral. Había sido Reyn, esa noche. Él era uno de los intrusos en el corredor. Él en realidad no había matado a nadie de mi familia, lo cual era un alivio, porque hubiera tenido que matarlo, y en realidad es bastante difícil

cortarle la cabeza a alguien. Pero había estado allí esa noche. Él era la única persona viva que había compartido el horror de esa experiencia conmigo. Y aquí estaba él, en sus pantalones Levis y sus botas de trabajo. Sin el rostro pintado, sin espada a su lado. Sólo un chico normal. Un chico normal, malhumorado, y con su camisa apretada que había compartido la experiencia de la ejecución de mi familia, hace cuatrocientos años.

De hecho, Titus había girado su cabeza y me estaba dando una mirada de aprobación.

—Lo siento —le murmuré, dejando mis herramientas y desmontándolo.

Lo guié a su establo, me aseguré que tuviera heno, y luego regresé a mi habitación, perdida en mis pensamientos.

## Capítulo 30

Traducido por Ruthiee; Anelisse y Kuami  
Corregido por Ellie

**S**ólo otra pizca...  
Tomé otra lenta mordida, mirando hacia abajo a mi plato, pero concentrando toda mi atención en el panecillo de Nell. Respiré dentro y fuera lentamente, concentrándome en mover su panecillo sólo un poco fuera de su alcance, una y otra vez.

Una vez, dos veces, tres veces vi que trató de alcanzarlo mientras hablaba con un indiferente Reyn y un más animado Lorenz, quien echó su cabeza hacia atrás y rió. Cada vez, la mano de Nell iba automáticamente para donde ella había dejado su panecillo, y cada vez sus dedos se cerraban en el aire. Frunciendo el ceño, ella podría tomarlo, cortando un pedazo, y luego dejándolo cerca de su plato.

Después yo podría bordarlo fuera del camino, muy, muy lentamente. Usando mis súper fabulosas ondas cerebrales inmortales. Era un triunfo increíble.

Había llegado antes y trabajado los hechizos necesarios de restricción para que así los panecillos de todos no pudieran moverse, y así sólo podría mover su panecillo, y no su tenedor o su vaso. Había estudiado minuciosamente libros de la elaboración de los hechizos en la librería, y practicado partes del hechizo por los últimos dos días en mi habitación. Estaba haciendo magia blanca: Nada cerca de mí estaba muriendo, nada estaba teniendo su vida succionada. Esta era yo, ahora, Tähti, utilizando mi herencia de increíble poder mágico. Por supuesto, lo estaba usando para hacer algún tipo de maldad. ¿Eso no lo hacía magia blanca? ¿Importaba tanto la intención como el método? Probablemente habría una clase sobre eso en mi futuro.

Estaba prácticamente encendida con emoción suprimida, y el esfuerzo de contener una risa cacareada estaba haciendo que mi estómago doliera. Pero lo estaba haciendo. Y Nell se estaba poniendo un

poco frustrada, un poquito confundida. Era una cosa de tan poca importancia, el no tener tu panecillo donde uno piensa que está y, aun así, ante la imposibilidad de hacerlo, se vuelve muy desconcertante.

Tomé otra lenta cucharada de sopa, controlado mi respiración, manteniendo mi rostro tranquilo y neutral. A dos asientos lejos, los encantadores dedos arreglados de Nell tamborileaban en un mesa vacía, de nuevo. Esta vez, ella en verdad se quedó viendo hacia su panecillo, y pasó por un rápido movimiento de donde debía estar.

Casi resoplaba sopa a través de mi nariz. Sentí que alzaba la mirada, mirando alrededor de la mesa. Tan lejos como pude decir, nadie aquí alguna vez usó o empleó de mala manera la magia así. Desde el incidente de la piedra aplastada, Nell había hecho un sutil pero evidente espectáculo de que me miraba, no sentándose cerca de mí, evadiéndome. Ella quería asegurarse de que todos supieran que la querida y dulce Nell era recelosa y no confiaba en mí. Después de todo, ella había estado aquí por años. Ellos la conocían. Yo todavía era una perfecta extraña.

—Oh, Nas, ¿destapaste la fila de cebollas en el jardín esta mañana?  
—Bryenne preguntó. Ella tenía otra prenda colorida envuelta alrededor de su cabeza, contrastando extrañamente con su suéter de lana Nórdico. Últimamente parecía que los radiadores no estaban del todo en su tarea de mantener las habitaciones calientes. Era ya un inusual invierno helado, la gente decía.

—Síp —dije, y hundí mi pan en mi sopa.

—¿Y las cubriste de nuevo antes de que el sol bajara? —Asher preguntó.

—Síp —dije, y alcancé por más verduras salteadas.

—No habrá más espinaca este año, ni siquiera en las más frías estructuras —dijo Jess en su voz áspera. Traté de verme apropiadamente decepcionada.

Nell ahora tenía un apretón de muerte en su panecillo, manteniéndolo en una mano mientras su sonrisa se estiraba, su risa un poco demasiado alegre.

Manteniendo una expresión tan inocente en mi rostro como era posible, comí lentamente y escuché lo que la gente hablaba acerca de Yule, que era mañana.

—Tenemos el tronco Yule —dijo Charles—. Ha sido quemado en la parte de atrás del granero desde el año pasado.

—Lo encenderemos al atardecer —dijo Solis—. ¿Cómo está progresando el equipo de la comida con sus planes?

—Soy yo, Charles, y Lorenz —dijo Anne—. Creo que tenemos todo resuelto.

—De acuerdo —dijo Solis—. Griten si necesitan ayuda.

—Puedo hacer galletas, si quieren —dijo Jess, y Anne se veía feliz y asintió. La idea de que el curtido Jess, quien se veía como si hubiera sido arrastrado fuera de la calle por algún programa de trabajo social, fuera un maestro de las galletitas era gracioso, y sonreí.

Por el rabillo de mi ojo, vi que Nell había finalmente dejado ir su panecillo, dejándolo en el borde de su plato.

—La decoración está casi terminada —ella dijo, poniendo una alegre sonrisa en su rostro—. Y vamos a estar colgando muérdago, ¡así que estén atentos!

Alrededor de la mesa, la gente sonreía y reía, incluyéndome a mí... incluso cuando poco a poco, muy despacio, empujaba el panecillo de Nell fuera de su plato. El ligero movimiento atrapó sus ojos y tiró de su cabeza para quedarse viendo. Lorenz, al otro lado de mí, me pidió que le pasara la sal, y lo hice tan suavemente, sin perder la concentración. Fui incluso capaz de preguntarle si la gente intercambiaba regalos en el Yule.

—Hacemos una cosa tipo “amigo secreto” —me dijo en su inglés acentuado. Lorenz parecía fusionar generaciones de conceptos italianos de perfección, todo en una sola persona, y me pregunté por qué no lo encontraba más atractivo—. Distribuimos los nombres en un sombrero, y cada uno de nosotros escoge uno. Luego debemos dar un regalo secreto a nuestro elegido.



Me pregunté qué tan lejos Nell podría ir para asegurarse de que ella escogiera a Reyn, o que él la escogiera a ella, o ambos.

Ociosamente, miré hacia arriba y vi que Nell estaba en realidad despedazando su panecillo en pequeños pedazos y dejándolos caer en su sopa, donde ella los aplastaba con su cuchara. Casi rompí en risas, pero la profunda expresión de muerte en su rostro ahogó mi diversión.

¿Lo había notado alguien más? Ella en realidad parecía un poco como si estuviera llegando al profundo final. Reyn la observaba de reojo, sin expresión en su rostro.

Todos estaban hablando acerca de los planes del Yule, y el ambiente era brillante, feliz, y acogedor. Miré alrededor, y todos —excepto Nell y Reyn— parecían contentos. Tuve una de esas revelaciones en las que golpeas tu frente: No puedo recordar la última vez que había estado en un grupo de gente que parecía, en conjunto, contentos. Ciertamente ninguno de mis amigos, quienes con tiempo y distancia parecían como sociópatas para mí. Había estado alrededor de gente rica y poderosa por un largo, largo tiempo pero, ¿cuándo cualquiera de ellos había parecido realmente contento? Triunfantes, sí. Victoriosos, sí. Pero contentos era completamente un nuevo fenómeno para mí, y me estaba llamando la atención.

La gente en esta mesa no estaba cambiando el curso de la historia, o dirigiendo grandes compañías, o apoderándose de territorios. Ellos no estaban empujando cualquier cosa al límite y más lejos. No estaban subyugando a otras personas, no estaban trabajando para incrementar el control sobre cualquier cosa excepto ellos mismos, no estaban haciendo nada en exceso, no estaban adquiriendo todo lo que podían. Cada uno de ellos, que ahora conocía, tenía historias horrendas, e historias de triunfo. Cada uno de ellos necesitaba estar aquí por un corto tiempo o uno largo.

Y aun así había un profundo nivel de alegría aquí. Incluso Jess, destrozado por el tiempo y la experiencia, parecía contento. Ninguno pensaba que el o ella fueran perfectos —todos estaban trabajando en sus habilidades, fortalezas, áreas de conocimiento. Todos son un trabajo en progreso. No eran importantes en ningún ámbito, excepto en éste, donde

eran conocidos por unos pocos, además de entre ellos mismos. Todos nosotros teníamos trabajos simples, y todos arrastramos y limpiamos y cargamos como siervos, cada día.

¿Por qué estaban tan felices? Ni siquiera era como si todos estuvieran con su alma gemela. Asher y River eran una pareja, pero nadie más lo era, que yo supiera.

Me sentí asombrada. Es más, sentí un repentino despertar, un amanecer, una claridad de reflexión. Tal vez mi piedra lunar me estaba ayudando, pero de repente, finalmente supe qué quería. Todo parecía obvio, como si hubiera estado en frente de mí todo el tiempo, incluso antes de que llegara aquí.

Vi que River estaba mirando justo hacia mí, sus claras cejas cafés en alerta. Levantando sus cejas ligeramente, ella lanzó sus ojos hacia el panecillo de Nell, ahora aplastado en pedazos dentro del tazón de su sopa. Después ella estrechó sus ojos hacia mí, como si dijera “sé que causaste eso”.

Mordí mi labio.

La cena se acabó. Había preparado sólo el hechizo de rodar, así que una vez que el panecillo estuvo en la sopa de Nell, mi diversión acabó. Pero había sido glorioso.

Después descubrí que Reyn y yo éramos el equipo de limpieza de la cena. No habíamos estado programados juntos desde que nos habíamos descubierto el uno al otro, y pude haber jurado por mi nombre que él no había estado ahí antes de la cena. Pero ahí estaba ahora, y cuando miré hacia River, ella me dio una mirada sensata de vuelta. ¿Quizás esta era mi penitencia por el panecillo? Ella no podía haberlo sabido con certeza. O tal vez sí.

En la cocina, Nell estaba de pie muy cerca de Reyn, quien estaba llenando el fregadero con agua jabonosa. Ella estaba riéndose para él, murmurando en su dulce voz.

—¿Nell? —Dijo River.

Nell miró a su alrededor con una sonrisa encantadora. Cuando ella me vio, su sonrisa vaciló, pero rápidamente regresó. Ella hizo un gesto alegre con la mano hacia mí. —Nastasya, no te preocupes. Voy a tomar tu parte esta noche.

Me di media vuelta y estaba a punto de salir de la cocina cuando River, dijo: —Me gustaría que Nastasya hiciera la cocina esta noche con Reyn, Nell.

Todos estábamos sorprendidos... la gente intercambiaba tareas todo el tiempo. Esto era algo inusual. Es evidente que yo tenía que aprender una especie de lección de vida al estar encerrada en la cocina con mi archienemigo. Sentí claramente que no estaba preparada para aprenderlo.

Dejé escapar un suspiro y comencé a organizar las sobras para almacenarlas en recipientes de Tupperware. River esperó hasta que Nell hubiera salido de mala gana, entonces se acercó a mí.

—Nosotros hemos sentido... a alguien haciendo hechizos, intentando localizarte, Nastasya. Por lo general no funcionan aquí, pero hemos puesto hechizos en el lugar para ocultar tu presencia aquí. Alguien ha estado tratando de encontrarte, utilizando la magia.

Mi corazón dio un salto. —¿Incy?

—Esa sería mi conjetura —dijo River. Ella me palmeó la espalda—. No quiero que te preocupes, quería que lo supieras. Nosotros los maestros tomaremos medidas para asegurarnos de que estés a salvo. ¿A menos que tú quieras hablar con Inocencio?

—No, no lo haré. Todavía no. —Tal vez nunca.

—Muy bien, entonces. Todo está bien, pero creo que debías saberlo.

Asentí con la cabeza, y River salió.

La noche fuera de las ventanas era negra y fría. Yule era mañana, la casa parecía de fiesta. Sin embargo, aquí en la cocina, Incy se cernía sobre mi cabeza, y no había mala sangre entre Reyn y yo. Y aquí, “mala sangre” era un eufemismo ridículamente certero.

—River dice que tenemos que hablar. —Reyn iba raspando los platos en el cubo de los cerdos... que amaban las sobras—. Tiene razón. Generalmente.

—No esta vez. No quiero hablar contigo. —Tiré un poco de ensalada en una bolsa y la puse en la gran nevera.

—Ninguno de nosotros quiere salir de aquí. —Su voz era baja y controlada—. Pero tenemos esta cosa entre nosotros. No quiero que nos cause problemas a nosotros ni a nadie.

“¿Esta cosa entre nosotros?” Lo hizo sonar como una mala cita. —Cualquier otra persona, ¿como Nell?

Él inclinó un vistazo a mí. Dios, qué guapo era. Así como totalmente, cósmicamente, kármicamente hermoso. —Yo no sé por qué sigues insistiendo en eso. No hay nada entre Nell y yo.

Dejé salir un bufido. —¿Sabe eso Nell? Porque ella está prácticamente escogiendo la porcelana. —Él se me quedó mirando en blanco, así que aclaré—: Para tu boda.

—No seas ridícula. —Él se veía horrorizado, y mi corazón dio un pequeño salto. Mi corazón es así de estúpido

—No seas imbécil, inconsciente e insensible —repliqué—. ¡Uy, demasiado tarde! —Fui a la despensa grande para obtener algunos contenedores, y me sorprendí cuando Reyn me siguió. Esta despensa era un armario estrecho, en esencia, y no había el suficiente espacio para los dos—. Sal —le dije, mis manos llenas de plástico.

—Podríamos matarnos el uno al otro —dijo. Era alto y ancho y olía sorprendentemente bien para alguien que había masacrado pueblos enteros. Mi mirada estaba fija en la piel de la V del cuello de su camisa, y me acordé de la quemadura que tenía. A continuación, sus palabras finalmente me llegaron.

—¿Qué? —Un nudo frío se apretó en mi estómago. Como arma defensiva, el Tupperware era muy insuficiente.

—Podrías matarme por la parte que interpreté en tu peor experiencia. Podría matarte por la parte que has interpretado en mis

peores experiencias. Los dos perdimos hermanos, padres, amigos, en las horribles muertes. Ahora sólo estás tú, heredera de la Casa de Úlful, y yo, heredero de la Casa de Bloodletter. Tú y yo somos lo único que queda.

—¿Y crees que debemos matarnos unos a otros y terminar con ello?  
—Fruñí el ceño—. Ni siquiera puedo imaginar cómo.

El lado de su boca se arqueó y respiró rápidamente. —Podríamos ir de la mano y arrojarnos a una turbina industrial.

Lo miré. —¿Crees que esto es divertido?

Hizo un gesto de impaciencia. —Creo que es 400 años demasiado tarde, es lo que pienso. Si querías venganza, deberías haber venido detrás de mí entonces.

—¡Yo tenía diez años!

—¡Y yo tenía sólo veinte!

Nos miramos el uno al otro para largos momentos.

—¿Apenas veinte años? —Dije finalmente—. ¿No, como, doscientos para entonces?

Reyn negó con la cabeza. —No. Mi padre entonces tenía quinientos. Yo tenía tres hermanos. Uno tenía cuatrocientos sesenta. Otro tenía doscientos noventa y nueve. El otro tenía ciento setenta y cuatro. Y yo tenía veinte años. Entonces ser inmortal era incomprensible para mí.

—¿Y murieron todos?

—Sí —dijo con gravedad—. Uno de ellos murió esa noche. Los otros dos murieron con mi padre cuando trató de usar el amuleto de tu madre.

—¿Por qué no moriste entonces, también? —Hubiera sido muy conveniente.

—No lo sé. ¿Por qué no moriste tú esa noche?

—Mi madre cayó sobre mí... yo estaba escondida debajo de sus faldas.

Nos quedamos en silencio a continuación, volviendo a examinar las memorias que, ocultas, eran mucho más dolorosas. Fue increíble para mí que hubiera alguien con quién hablar acerca de esa noche, alguien que lo había experimentado.

Reyn dejó escapar un suspiro. —¿Y ahora qué? ¿No llegamos a un acuerdo? ¿No nos matamos entre nosotros? ¿Tienes de dejarnos? Desde ya te digo que no seré yo.

—Yo no me quiero ir. —Los últimos dos meses habían sido los mejores de toda mi vida, los más saludables. Me sentía tan diferente ahora, aunque a menudo experimentaba más dolor, pude ver que era como una ampolla de punción. Una vez que los recuerdos estaban fuera, eran menos destructivos.

—Así que podemos quedarnos —dijo Reyn.

Fruncí el ceño. —Supongo. Hasta que se me ocurra algo horrible que hacerte. Pero si tú fueras un caballero, te marcharías.

Me dio una sonrisa dura, y el oxígeno en mis pulmones se evaporó. —Ambos sabemos que yo no soy un caballero.

—Sí. Muy bien, déjame salir. Estoy cansada.

—Hay algo más —dijo, y gemí.

—¿Y ahora qué?

—Esto. —Él dio un paso más cerca de mí, tan cerca que los contenedores se encontraron entre nosotros. Sus ojos bajaron la mirada hacia la mía, tan intencionada y dorada como la un león.

—¡Oh, no, no! —Susurré, dejando caer todo. Empujé con fuerza contra su pecho, era como empujar un árbol.

—Sí —dijo en voz muy baja, inclinándose hacia abajo—. Sí.

Retrocedí. Empujé contra él y traté de volver la cabeza. Realmente lo hice. Pero ya sabes, es mucho más fuerte... y yo soy, por supuesto, una completa y total idiota, y cuando me abrazó con fuerza y, finalmente, capturó mi boca con la suya, cada pensamiento coherente voló fuera de mi cabeza en cuestión de segundos. Me olvidé de luchar.

Pensamientos como enemigo mortal, pensamientos como el odio de él, pensamientos como Nell es un problema... todos ellos sólo se escabulleron como humo soplado por el viento.

Alejé mi boca, dividida, confusa y tan llena de anhelo que me dolía el pecho, y dije: —¿Por qué?

—No lo sé —dijo—. No lo sé. —Parecía frustrado e inseguro y consternado. Sentí su corazón golpeando contra mi pecho—. Simplemente... te quiero. Te quiero tan mal, todo el tiempo. Yo sé que no, yo sé que no puedo, sé que está mal... pero incluso cuando me irritas por completo, cuando estás recordándome el dolor y la desesperación y la tortura... que está ahí, esperando. Estoy cansado de luchar contra él. Lucho con tantas cosas, todo el tiempo, todos los días. Y no quiero luchar contra esto. Ya no.

Nuestras frentes se unieron. Sus manos se cerraban alrededor de mi cintura, las mías estaban en sus hombros. Se sentía como una roca bajo mis dedos, y sin pensarlo tracé el diseño sobre su camisa, donde su quemadura debía estar. Yo quería fundirme con él, quería arrastrarlo hasta el pajar, y al mismo tiempo sabía que era tonto y loco y que debía ser psicoanalizada inmediatamente. Es posible que me dieran terapia de choque.

Tal vez me pusieran una camisa de fuerza.

Fue como todo en el exterior sabía que estaba mal, traicionero y estúpido, pero todo en el interior estaba como “oh, mi Dios, esto se siente tan bien, tan bien; nos pertenecemos, somos lo mismo, nos conocemos el uno al otro hasta debajo de nuestros huesos”.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí, o cuántas horas estuvimos encerrados juntos. ¿Era un sonido pequeño que se filtraba en mi cerebro febril? ¿Un silbido? ¿Un sonido ligero de roce en el suelo de losa fuera de la despensa?

Pero minutos más tarde oímos gritos, y casi al mismo instante oímos el humo.



—¡Fuego! —Alguien gritó, haciéndose eco en otras personas, y después de una alarma contra incendios que sonaba real.

Reyn agarró mi mano y me sacó a través de la puerta de la cocina hacia atrás, hacia el aire de la noche fría. Corrimos hacia al frente de la casa, donde las personas se reunían en el patio delantero. Todo el mundo parecía asustado y sorprendido.

—¿Dónde está River? —Agarré a Brynne mientras corría.

—Ellos lo están apagando —dijo sin aliento—. Los maestros. Se supone que debo contar cabezas. —Ella comenzó señalando a todo el mundo, unos pocos habían corrido fuera de la casa, algunos habían estado fuera, y Jess había estado en el granero. Ella consiguió a todos, los ocho estudiantes, incluyéndonos a mí y Reyn que habíamos estado besándonos en la despensa. Hice una mueca cuando lo recordé.

Unos pocos minutos después, las ventanas ya no mostraba la luz vacilante de las llamas.

—Parece que fue en el ala de los dormitorios —dijo Daisuke, frotándose los brazos. La mayoría de nosotros no llevábamos chaquetas. Yo intentaba tener cuidado de no mantenerme demasiado cerca de Reyn, aunque en el interior mis pensamientos eran una especie de grito de horror y alegría, pero tenía que mantenerlo todo en secreto hasta que me diera cuenta de qué demonios estaba haciendo.

—¡Oh, Reyn! ¡Estás aquí! —Nell llegó y enlazó su brazo con el suyo mientras yo miraba para otro lado y trataba de no reaccionar—. Bien, ¿qué está pasando? Huelo a humo. —Miró a su alrededor a los otros y entonces me vio. Ella me lanzó una evidente doble mirada cuando me vio... parpadeó, con la boca abierta, mirándome como si quisiera asegurarse de que yo estaba allí.

—Hubo un incendio —dijo Rachel—. Tienes razón, Daisuke, estaba en el ala de los dormitorios. Tuve que usar las escaleras de incendio del otro lado de la casa.

Un minuto más tarde River, Anne, Asher, y Solís llegaron al exterior.

—El fuego está apagado —dijo Solis, y un par de estudiantes aplaudieron.

—¿Qué pasó? —Preguntó Charles—. ¿Cómo empezó?

—Todavía estamos deduciendo eso —dijo River. Ella parecía muy seria y cansada. Me preguntaba si había utilizado la magia para apagar el fuego.

—¿Exactamente dónde estaba? —preguntó Nell. Por el rabillo del ojo vi a Reyn desengancharse de su mano y apartarse de ella. Ella lo miró anhelante, pero trató de mantener su rostro sereno.

—Estaba por el cuarto de Nastasya —dijo Anne, mirándome—. Alrededor de su puerta.

Mi boca se abrió.

Nell sacudió la cabeza: —Algunas personas tienen que ser el centro de atención —murmuró en voz baja, pero lo suficientemente alto para que unas pocas personas lo oyeran.

Me volví para enfrentar a Nell, pero antes de que yo pudiera hablar, River dijo: —Sí. Sé lo que quieres decir.

Nell miró como si ella no hubiera tenido la intención de que River la oyera, y se sonrojó.

—Yo no lo hice —le dije con ira—. ¿Mi cuarto está bien?

—Sí, creemos que sí —dijo River—. Puedes entrar y mirar.

—Bueno, ¿dónde estabas? —Nell me lanzó una mirada interesada—. No estabas en la cocina. No estabas en el establo. Ni estabas de paseo con los demás. Debías de estar en tu habitación. ¿Cómo conseguiste salir? ¿Cómo sabemos que no lo empezaste tú?

Puse mis manos en mis caderas, queriendo abofetearla para sacarle esa mirada de suficiencia de la cara.

—Eso es suficiente, Nell —dijo Asher—. Nastasya, vamos a ir a ver la habitación.

—Pero... ¿hay alguien que le crea? —Nell miraba estupefacta. El resto de los estudiantes hizo un círculo a nuestro alrededor y tuve la

sensación de que no hacían cosas como estas con demasiada frecuencia. ¡Yo había traído emoción a River's Edge! De una manera totalmente mala, por supuesto.

—Nastasya estaba conmigo —dijo Reyn brevemente.

Los ojos de Nell eran redondos como platos. —No, ella estaba en su habitación. ¿Y tú dónde estabas? No estabas en la cocina. Necesitaba preguntarte algo, y no estabas allí.

—Nastasya estuvo conmigo todo el tiempo, después de la cena hasta ahora. No en su habitación. —Un músculo estaba tirando bruscamente en la mandíbula de Reyn, él estaba enfadado.

La posibilidad de que Reyn me estuviera defendiendo parecía que no se le había ocurrido a Nell, y eso la agitó. —Ella podría haber tenido un momento, escaparse, encender el fuego, y regresar —intentó—. ¿Dónde estabas?

—Ella no lo hizo —dijo Reyn.

—Nell... la tienes tomada con Nastasya —dijo Rachel.

—¡No lo hago! —Nell insistió—. Pero, ¿por qué todos confiamos en ella? ¿Por qué todos le creemos? ¡Desde que ella llegó, han pasado cosas horribles! ¡Es oscura y mala! ¡Ella lo ha echado todo a perder!

De repente, River y Solis se encontraban a ambos lados de ella. —Ha terminado, Nell —dijo Solis suavemente.

—¿Qué está pasando? —preguntó Charles.

—Nell —dijo River, poniendo una mano sobre el hombro de Nell—. Ya sabes lo que voy a decir. Nosotros hablamos sobre esto. Has ido demasiado lejos, y tengo que pedirte que dejes River's Edge.

Todos quedamos asombrados, con la boca abierta, incluida la mía.

Nell parecía sorprendida. —¡No! ¿De qué estás hablando? ¡No yo, ella! ¡Ella tiene que irse! ¡Ella es mala, violenta! ¡Ella trató de hacerme daño! No quise decirlo, no quería causar problemas. ¡Pero pone los hechizos en mí! ¡Intentó herirme! ¡Tienen que librarse de ella!

—Nell —dijo River y esperó hasta que Nell enfocó su cara—. Hemos hablado contigo sobre esto, sobre los hechizos que pusiste en la habitación de Nastasya, las otras cosas que has hecho. Estás trabajando magia oscura, y no la vamos a mantener. Te hemos dado varias oportunidades de elegir un camino diferente, pero pareces incapaz de pasar de tu odio. Ahora, como hemos comentado, lo he arreglado para que puedas ir a pasar tiempo con mi tía —dijo River—. En Canadá. Asher irá contigo, hasta que estés instalada, si lo deseas.

—No entiendo lo que está pasando —dije.

—¡Lo que está pasando es que has ganado! —De repente la cara de Nell se transformó en rabia—. ¡Perra estúpida! ¡Has estado tratando de deshacerte de mí desde el principio! ¡Reyn me ama! ¡Él quiere estar conmigo! ¡Pero le has lanzado un hechizo, que le hizo quererte! ¡Te vi besarlo!

*Por favor, tierra trágame, permíteme entrar en una grieta interminable hasta que golpee el centro de la tierra y estalle. Por favor. ¿Es eso mucho pedir?*

Nell se abalanzó sobre mí mientras yo estaba paralizada de vergüenza, pero River y Solis la sostuvieron por los brazos. River empezó a murmurar cosas, trazando símbolos sobre la espalda de Nell. Nell comenzó a gritar, retorciéndose, dando patadas. —¡No! ¡Basta! ¡Lo han entendido todo mal! ¡Es ella! ¡Es ella! ¡Es oscura! ¡Todos lo hemos sentido! ¡Desháganse de ella! —Sus últimas palabras terminaron con un grito.

Fue horrible, doloroso y humillante, a pesar de que casi la odiaba. Aún así era una pena.

Unos momentos más tarde, Nell se desplomó, sollozando cansadamente, y Solis puso su brazo alrededor de ella, llevándola a la camioneta. Anne los siguió, hablando en voz baja, diciendo que ellos le enviarían sus cosas.

Nell estaba murmurando, las lágrimas corrían por su rostro, y para decir la verdad, parecía una bruja loca.

Yo estaba tratando de asimilar el hecho de que el River parecía creermelo, que estaba de mi lado, a pesar de todo.

Reyn estaba de pie cerca de mí, aunque él no estaba tocándome. Vi sus manos abriéndose y cerrándose, y era consciente de que todo el mundo estaba mirando hacia atrás y adelante entre nosotros, como si estuvieran viendo un partido de ping-pong.

River se acercó a mí. Me sentí como si me hubieran puesto en una licuadora y me hubieran triturado. Todas mis emociones estaban en carne viva, y mis nervios tensos.

—¿Estás bien? —Preguntó.

Pensé en ello: —No. En realidad no.

Ella me dio la más elemental de las sonrisas y frotó mi brazo, y luego miró a Reyn. Inclinando la cabeza hacia un lado, River se volvió hacia mí, como si estuviera detectando un cambio radical dentro de mi alma, se había dado cuenta de ello incluso antes de que yo lo notara. Dejé escapar un profundo suspiro. Sus ojos estaban todavía en mí: —¿Qué quieres? —Me preguntó en voz baja.

Tragué: —Quiero pertenecer a este lugar —le dije, diciéndole lo que me había dado cuenta durante la cena—. Para estar feliz y en paz, no necesito nada excepto aprender. Quiero sentirme segura, y no como una forastera. Quiero... pertenecer, aquí. Ser digna de estar aquí. Durante tanto tiempo como pueda. —Estúpidamente, yo estaba al borde del llanto, como una niña, como alguien que tenía su corazón en un puño. El pánico palpitaba en mi pecho, pero lo ignoré.

Su mirada se afiló, y yo pensé que podría ver más de mil años de emoción detrás de sus ojos.

—¿Sí? —preguntó ella.

—Sí. Pero... sobre todo, quiero ser yo misma. Quiero ser Lilja, de la Casa de Úlful. —Me froté la mano por mi rostro, muy cansada—. Lo sé ahora, y entiendo todo lo que eso significa. Quiero mi poder de regreso. Quiero mi herencia. Quiero ser la hija de mi madre y heredera de mi padre.

Con un nudo en la garganta, tuve esa cálida sensación previa al llanto detrás de mis ojos. Todo parecía tan claro para mí ahora, tan inevitable.

Una nueva luz brilló en los ojos del River, un nuevo asombro en el rostro. Me pareció ver alivio, alegría y ansiedad en su expresión. Ella puso su brazo a mí alrededor: —Sí —dijo ella simplemente—. Sí, yo también quiero eso para ti.

—Espera —dijo Brynne, su voz parecía extrañamente fuerte en el silencio de la noche—. ¿Ustedes chicos se estaban besando?

Yo gemí y me cubrí la cara. Reyn pasó su peso de un pie al otro, mirando hacia cualquier menos a mí. Las cosas no habían terminado entre nosotros, no las cosas malas... y ahora sabía que las cosas buenas, tampoco.

Quería ver qué pasaría de ahora en adelante. Quería ser yo quien formara mi propio futuro. Ya no iba a escapar más.

*fin*

*Siguiente libro:*

*Darkness Falls*



# *Biografía del Autor...*



Cate Tiernan nació en el Nueva Orleans, y actualmente vive en Carolina del Norte con sus dos hijas. Su trabajo más popular es la serie Wicca (llamada así en las ediciones del Reino Unido y de Australia). Ella misma ha dicho que aprecia muchos aspectos de la religión, incluyendo su tradición de reconocer y de abrazar la energía de mujeres.

Cate Tiernan es su nombre de escritora, no su nombre real.

Traducido, corregido y diseñado en el  
foro

*Purple Rose*

<http://purplerose1.activoforo.com/forum>

*¡Te esperamos!*